trotta

SørenKierkegaard

El Instante

editorial

El Instante

El Instante

Søren Kierkegaard

Traducción del danés y presentación
de Andrés Roberto Albertsen, en colaboración
con María José Binetti, Óscar Alberto Cuervo,
Héctor César Fenoglio, Ana María Fioravanti,
Ingrid Marie Glikmann y Pedro Nicolás Gorsd

E D I T O R I A L T R O T T A

COLECCIÓN ESTRUCTURAS Y PROCESOS
Serie Filosofía

Primera edición: 2006
Segunda edición: 2012

Título original: *Øieblikket Nr. 1-10*

Ferraz, 55. 28008 Madrid
Teléfono: 91 543 03 61
Fax: 91 543 14 88
E-mail: editorial@trotta.es
http://www.trotta.es

ISBN: 978-84-8164-867-6
Depósito Legal: M-7.236-2012

Impresión
Gráficas Varona, S.A.

CONTENIDO

PRESENTACIÓN

Andrés Roberto Albertsen

Søren Aabye Kierkegaard, hijo de Michael Pedersen Kierkegaard y Anne Sørensdatter Lund, nació en Copenhague el 5 de mayo de 1813. Inició sus estudios de teología en la universidad de su ciudad natal en 1830, pero más tarde los abandonó. En 1838, poco tiempo después de cumplir veinticinco años, se enamoró de Regina Olsen, diez años menor que él. Kierkegaard decidió reanudar sus estudios tras la muerte de su padre, ocurrida el 9 de agosto del mismo año. En octubre de 1840, rompió su compromiso con Regina y se abocó enteramente a la tarea de escribir. En septiembre de 1841, defendió su tesis doctoral *Sobre el concepto de ironía* y en corto tiempo publicó algunos *Discursos edificantes* y varias de sus obras más importantes escritas bajo distintos pseudónimos. En 1843, publicó *O lo uno o lo otro*, *Temor y temblor* y *La repetición*; al año siguiente salieron a la luz las *Migajas filosóficas* y *El concepto de la angustia*; un año después publicó *Estadios en el camino de la vida*; y en 1846, el *Postscriptum no científico a las Migajas filosóficas.*

El Instante

En el último año de su vida, decidió pronunciarse en *El Instante*, una revista escrita y firmada enteramente por él y en la cual atacó a la iglesia oficial de Dinamarca y a aquellos que se alineaban tras ella, proclamándose cristianos. El 30 de enero de 1854, murió el obispo Jacob P. Mynster quien, además de haber sido su educador en los años de juventud y pastor de su padre, fue de hecho el conductor espiritual de Dinamarca durante medio siglo. Kierkegaard, que lo conocía de cerca, estaba convencido de que se trataba de un hombre astuto y prudente, pero que nunca había entendido el cristianismo como una pasión y una lucha.

Al momento de la muerte de Mynster, aspiraba a sucederlo Hans L. Martensen, quien pronunció el elogio fúnebre del difunto obispo. Aquel elogio estuvo centrado en la declaración de que Mynster había

llegado a ser un verdadero «testigo de la verdad», «un nuevo eslabón en la cadena sagrada» cuyo origen se remontaba a Cristo y a sus apóstoles. «En cuanto a mí –diría luego Kierkegaard en su *Diario*–, cuando veo al nuevo primado de la iglesia danesa celebrar desde el púlpito al obispo Mynster como un 'testigo de la verdad' [...], entonces debo entender como mi máximo deber, con todo el poder que el Altísimo se ha dignado concederme y con toda la disposición a sufrir con que él con dulzura y severidad nutrió mi alma, lanzarme al ataque y hacer una protesta, la protesta contra una predicación del cristianismo que a su vez tendría necesidad de una explicación frente al Nuevo Testamento»[1]. Kierkegaard, que estaba persuadido de que alguna vez debía por fin desenmascarar la total falta de religiosidad que se desplegaba en esa pretensión de ser «testigo de la verdad», a fin de no interferir en su elección, esperó a que Martensen fuera nombrado sucesor de Mynster para desencadenar la batalla, que se inició once meses después del mencionado elogio fúnebre.

La batalla se inició en el número 295 del periódico *Fædrelandet*, el 19 de diciembre de 1854, con la publicación de un artículo que tituló: «¿Fue el obispo Mynster un 'testigo de la verdad', un verdadero 'testigo de la verdad'? ¿Es esto verdad?». Y respondía que, para un hombre de religión, ser «testigo de la verdad» no significaba realizar bellas predicaciones sino vivir en pobreza, en humildad, en soledad, aceptando la miseria y la humillación. ¿Cómo podía llamarse «testigo de la verdad» a quien había vivido cómodamente, entre placeres y honores, haciendo una brillante carrera? ¿Qué tenía que ver semejante vida con caminar sobre la huella de Cristo?

«[...] con el obispo Mynster –dice Kierkegaard en el número 6 de *El Instante*– ocurrió que toda su seriedad no pasó del siguiente pensamiento: lograr de manera humana, admisible y recta, o seguramente de manera humana y honorable, atravesar esta vida de modo feliz y bueno.

»Pero esta filosofía de vida no es de ninguna manera la del cristianismo del Nuevo Testamento, no es la filosofía de vida del cristianismo primitivo. El cristianismo primitivo es de tal manera contrario a este mundo que su filosofía es: no un mero pasar por este mundo de modo feliz y bueno, sino asegurarse de chocar en serio con este mundo de manera que, después de haber luchado y sufrido, se pueda salir airoso en el juicio donde el juez (a quien, según el Nuevo Testamento, sólo se puede amar odiando a este mundo y a la propia vida en este mundo) juzgará si se ha cumplido su voluntad.

1. *Søren Kierkegaards Papirer*, ed. de P. A. Heiberg, V. Kuhr y E. Torsting, 2.ª ed., 20 vols., Gyldendal, København, 1909-1948, vol. XI/3, B, p. 95.

»Hay un mundo de diferencia, un abismo, entre la filosofía de vida de Mynster (que en realidad es epicúrea, es la filosofía del goce de la vida, de las ganas de vivir, propia de este mundo) y la cristiana, que es la de los sufrimientos, la del entusiasmo por la muerte, propia del otro mundo; sí, hay tal diferencia entre estas dos filosofías de vida, que esta última (si es que hay que tomarla en serio y exponerla sólo una vez en un momento de meditación) debe parecerle al obispo Mynster como una especie de locura».

La polémica contra la cristiandad oficial de Dinamarca estaba lanzada. La réplica del nuevo obispo no tardó en llegar y desencadenó una serie de veinte artículos más publicados por Kierkegaard en *Fædrelandet* entre fines de 1854 y principios de 1855. A efectos de dar mayor difusión y amplitud a sus objetivos, Kierkegaard fundó la singular revista *El Instante*, cuyo primer número apareció el 24 de mayo de 1855. Un intervalo de aproximadamente diez días separaron un número de otro; el último publicado por su autor fue el noveno, que vio la luz el 30 de septiembre. La lucha duró cuatro meses y fue intensa; Kierkegaard descargó allí sus últimas energías, pues el 2 de octubre, cuando el décimo número estaba listo para ser publicado, Kierkegaard cayó en la calle, inconsciente; fue llevado al Frederiks Hospital, donde murió el 11 de noviembre de 1855, a los 42 años de edad.

Actuar en el instante

«Ser escritor –dice Kierkegaard en el número primero de *El Instante*–, eso sí que me agrada. Si tuviera que ser sincero, debería decir que he estado enamorado del producir, pero con una aclaración: a mi modo. Y lo que he amado es justo lo opuesto a actuar en el instante; lo que he amado es precisamente la distancia del instante, en la cual, como un enamorado, he podido colgarme de los pensamientos y, como artista enamorado de su instrumento, entretenerme con el idioma arrancándole las expresiones que el pensamiento reclamaba – ¡Bendito pasatiempo! ¡En toda una eternidad no podría cansarme de esta ocupación! [...] Como tengo que actuar en el instante, debo, ay, despedirme de ti, amable distancia en la que no había que correr detrás de nada, siempre con tiempo, donde podía esperar horas, días, semanas para encontrar la expresión exacta a la que quería llegar, mientras que ahora debo romper con todas estas mimosas consideraciones de enamorado».

Una lectura apresurada de este pasaje, así como también de la decisión de nuestro autor de dar a su publicación precisamente el título

de *El Instante*, podría llevarnos a pensar que el filósofo, hasta ese momento abstraído en las alturas de la idealidad, hubiera decidido de pronto «bajar» a la arena de las disputas temporales. Si ese fuera el caso, si se tratara de una intervención coyuntural que interrumpe el curso del pensamiento filosófico más serio y trascendente, entonces *El Instante* sólo conservaría para nosotros, lectores del siglo XXI, un interés historiográfico, el que puede tener un documento en el que un ciudadano danés de mediados del siglo XIX ataca a los poderes fácticos de su ciudad y de su momento.

Toda la obra kierkegaardiana gira en torno al problema de qué significa ser cristiano; en toda su obra de escritor, Kierkegaard siempre luchó contra la «cristiandad». Las ideas que aparecen expresadas en *El Instante* no son nuevas, más bien lo contrario, recorren toda su obra; incluso se podría afirmar que son las mismas que desarrolló en sus últimos libros *Mi punto de vista* (1848) y *Ejercitación del cristianismo* (1850). Pero es justo aquí donde comienza la diferencia: una cosa son las ideas, y otra cosa muy diferente son las personas e instituciones reales que las encarnan y sostienen en este mundo; es decir: la diferencia entre la mayoría de los escritos anteriores y *El Instante* es que, mientras antes atacaba ideas, *ahora* ataca tanto a personas con nombre y apellido, vivas o muertas, como a instituciones reales y existentes de gran poder, y no tan sólo instituciones ideales, como la «cristiandad», la «multitud», etcétera.

Que las cosas sean así no quiere decir, por tanto, que se trate de escritos meramente coyunturales; todo lo contrario, indican la distancia *absoluta* que separa el hecho de profesar ciertas ideas del hecho de encarnarlas y afrontar en la práctica todas sus consecuencias; indican la diferencia *absoluta* entre tomarse la cosas en serio o hacer «como si...».

«¿Por qué quiero, pues, actuar en el instante? –pregunta Kierkegaard en el primer número de *El Instante*–. Porque me arrepentiría eternamente de no hacerlo, y eternamente me arrepentiría si me dejara amilanar por el hecho de que la generación actual, sin duda, encontrará a lo sumo interesante y rara una exposición verdadera de lo que es el cristianismo, pero después se quedará tranquila donde está, creyendo que es cristiana y que el cristianismo de cotillón de los pastores es cristianismo». Lejos, entonces, de tratarse de una simple coyuntura histórica, *el instante es lo decisivo.* Desde una perspectiva historicista, cada uno de nosotros es tan sólo uno más, cuyo sentido únicamente puede comprenderse en el más amplio contexto de lo universal. Para esta mirada, cada persona es un particular y su ínfimo valor apenas puede apresarse *en relación* con los que han venido

antes y con los que lleguen después. En el curso de la historia universal, cada uno tiene un valor relativo. Ni uno cuenta para la historia universal, ni todo lo que haya sucedido o pueda suceder cuenta para uno, más que relativamente. Pero en el instante, aquí donde puedo decidir qué soy, es aquí donde cuento absolutamente, es aquí donde llego a ser por toda la eternidad. Es en el instante donde cada uno se vuelve singular.

El instante es lo decisivo; así lo ha escrito Kierkegaard en numerosas oportunidades, bajo distintos pseudónimos y con su propio nombre: se puede creer y profesar lo que se quiera, pero sólo en el tiempo, en este instante, aquí y ahora, donde se decide y todo está en juego, es donde se afirma y confirma lo que se es. Toda palabra es vana si lo que se dice no se traduce en acto; esto es lo que Kierkegaard nombra con la expresión «contemporaneidad». Puede que uno piense: «Si yo hubiera vivido en los tiempos de Jesús, si hubiese tenido la ocasión de encontrarme con aquellos hombres grandiosos como lo fueron los apóstoles, habría sido capaz de reconocerlos, cosa que sus contemporáneos no hicieron». O incluso: «Si las circunstancias me lo permitieran, si otro fuera el contexto histórico, yo seguramente sería capaz de hacer lo necesario: seguiría a Cristo hasta la muerte». Pero quien piense así encontrará en Kierkegaard una inquietante pregunta: «Pero tú, ahora, en este instante, ¿qué es lo que estás haciendo? Porque sólo es aquí y ahora donde se juegan todas tus posibilidades».

«Lo llamo 'El Instante' –así finaliza Kierkegaard el primer número de *El Instante*–. Sin embargo, no quiero que sea efímero, así como tampoco es efímero lo que he querido hasta ahora. No, fue y es algo eterno: del lado de los ideales contra las ilusiones. Pero, en un sentido, debo decir acerca de todo mi trabajo anterior que su hora aún no ha llegado; he estado alejado del tiempo actual, incluso muy alejado, y sólo estuve cerca en cuanto que la lejanía fue adrede y llena de propósito. Ahora, por el contrario, debo asegurarme por todos los medios la posibilidad de utilizar el instante». Con la publicación de *El Instante*, Kierkegaard puso en acto su propia posibilidad de ser contemporáneo de Cristo. Y eso fue posible al llegar a convencerse de que con Cristo no cabe más que una posibilidad: la de la contemporaneidad, ya que los tres, los quince, los diecinueve o los veintiún siglos que nos separen de él son algo que no quita ni pone.

Cristianismo y «cristiandad»

Llegar a ser verdadero cristiano, contemporáneo de Cristo, tal es la tarea. Ahora bien, ¿en qué consiste ser verdadero cristiano? En *El Instante*, n.º 2, Kierkegaard afirma: «Cuando el cristianismo vino al mundo, la tarea era sencillamente proclamar el cristianismo. [...] En la 'cristiandad', el caso es distinto, ya que la situación es otra. Lo que se tiene delante no es cristianismo sino una 'prodigiosa ilusión' y las personas no son paganas sino que viven dichosas en la fantasía de ser cristianas. Si el cristianismo tiene que instalarse aquí, antes que nada debe desaparecer esta ilusión».

La ilusión que ataca Kierkegaard es la de que todos creen ser cristianos por el simple hecho de haber nacido en la «cristiandad» y haber recibido el «chorrito» de agua bautismal; así, con semejante propagación, más que alcanzar el verdadero cristianismo lo que en realidad se consigue es suprimirlo.

«El cristianismo es renuncia a este mundo», dice Kierkegaard. La lógica de este mundo, de esta vida, es la lógica del confort; toda su filosofía se reduce a pasar lo mejor posible el mayor tiempo posible. ¿El cristianismo, por el contrario, consistiría simplemente en repudiar lo confortable, en pasarlo mal y sufrir en este mundo? Sólo una lectura atolondrada puede interpretar de este modo las palabras de Kierkegaard, pues una y otra vez nos vuelve a aclarar cómo entiende él este asunto: «¡Lejos de mí –dice en *El Instante*, n.º 2– hablar despectivamente de lo confortable! [...] El agua es una cosa que puede obtenerse de una manera difícil, bombeando; pero también puede obtenerse de una manera cómoda, abriendo el grifo; por supuesto que prefiero la manera cómoda. Pero lo eterno no es una cosa de este tipo, que no importa de qué manera se obtenga; no, lo eterno, en realidad, no es una cosa sino el modo en que se obtiene». De lo que realmente se trata, entonces, es de que la relación con la verdad, el acceso a ella, no se logra de una manera fácil y preestablecida, como quien abre un grifo; por el contrario, en relación con ella, a diferencia de lo que ocurre en este mundo, la lógica que impera es la del precepto de que sólo come quien trabaja.

El cristianismo –dice Kierkegaard en *El Instante*, n.º 3– es «la enseñanza del renunciamiento, de la heterogeneidad con este mundo, la enseñanza que no formula ninguna indicación sino en referencia a otro mundo». Todos sabemos cómo la «cristiandad» ha malinterpretado estas palabras: el hecho de que llegar a ser cristiano inevitablemente acarrea la infelicidad en este mundo, lo ha entendido como que se llega a ser cristiano simplemente por el mero hecho de

ser infeliz y sufrir en este mundo, y en ese sentido ha transformado el cristianismo en una moralina enemiga de todo disfrute terrenal y siempre lista para condenarlo; la heterogeneidad del cristianismo con este mundo, la ha interpretado como la espera de un mundo feliz que vendrá después de la muerte, pero mientras tanto vive acomodada a los poderes de este mundo; y la referencia a otro mundo, más que tomarla como bandera de lucha contra este mundo, siempre le ha servido de excusa para no hacer nada contra éste.

Llegar a ser cristiano, entonces, no es una condición o una predisposición natural, tal como la de tener hijos o poder hablar: llegar a ser cristiano es, por el contrario, un camino que corre en dirección exactamente opuesta a este mundo. A fin de afirmarse en este asunto decisivo, Kierkegaard recuerda, en el número 6 de *El Instante*, las terribles palabras evangélicas: «¿Qué es, según el Nuevo Testamento, llegar a ser cristiano, para qué la una y otra vez repetida exhortación de no escandalizarse y de dónde las terribles colisiones (odiar al padre, a la madre, a la esposa, a los hijos, etc.) en las cuales el Nuevo Testamento respira? ¿No será [...] que llegar a ser cristiano es llegar a ser, humanamente hablando, infeliz para esta vida, pero esperando bienaventurados una bienaventuranza eterna?».

El choque definitivo con este mundo, con los inevitables trastornos, incomodidades y sufrimientos que acarrea, justamente esto es lo que la «cristiandad» busca evitar a cualquier precio. La «cristiandad» no niega en forma directa que el cristianismo sea renuncia a este mundo, todo lo contrario, lo proclama a los cuatro vientos; pero indirectamente, en los hechos, lo niega de la peor manera: «El cristianismo es renuncia a este mundo –repite Kierkegaard en el número 7 de *El Instante*–. Esto lo dicta el profesor en su cátedra y hace de dictarlo en su cátedra su carrera, sin reconocer que en realidad no es cristianismo: si lo fuera, ¿dónde está la renuncia a este mundo? [...] El pastor predica, 'testimonia' (¡sí, gracias por hacerlo!) que el cristianismo es renuncia y hace de predicar esto su medio de vida, su carrera; no reconoce siquiera que eso en realidad no es cristianismo – porque ¿dónde quedó la renuncia?». En este auténtico pase de magia, en el cual con una mano distrae al público mientras que con la otra realiza el truco, radica la esencia misma de la «cristiandad»: mientras que con la boca se proclama y se cree cristiano, con sus actos vive de acuerdo y sosteniendo a este mundo. La verdadera lucha contra este mundo, pues, no consiste simplemente en repudiar el confort, sino en entender que lo decisivo no se compra ni se vende, ni puede accederse a ello con arreglo a la lógica del confort. Pero los cristianos de la «cristiandad» han realizado el milagro: renuncian a este mundo de la manera más confortable.

Actualidad del pensamiento de Kierkegaard

Kierkegaard dice que lo que «en nuestro tiempo sin carácter se hace necesario es el divorcio, la separación entre lo infinito y lo finito, entre el afán por lo infinito y por lo finito, entre el vivir por algo y el vivir de algo, esas cosas que nuestro tiempo –de manera totalmente indecorosa– ha puesto en el mismo ropero, ha hecho confluir o confundir, mientras que el cristianismo, con la pasión de la eternidad, con el más terrible 'o lo uno o lo otro', las mantiene separadas por un profundo abismo» (*El Instante*, n.º 4).

Marcar la diferencia *absoluta* que existe entre vivir *de* algo y vivir *por* algo, resulta decisivo. Ahora bien, es pertinente preguntarse si esta diferenciación no excede ya por completo la discusión sobre qué es ser cristiano y qué es el cristianismo, y desborda hacia la simple y esencial pregunta de cómo se hace para vivir de acuerdo con la verdad. Pero también es pertinente preguntarse si esta diferenciación, que se establece con el más terrible «o lo uno o lo otro» y nos abre a la pregunta de cómo se hace para vivir de acuerdo con la verdad, si esta diferenciación no es, en definitiva, la forma como se presenta hoy la pregunta acerca de qué es ser cristiano, y si, además, no es éste el asunto decisivo del cristianismo en todos los tiempos. Pues, ¿en qué otro sentido, sino en éste, se debe entender la expresión kierkegaardiana «ser contemporáneo de Cristo», es decir, de la verdad? Dicho de otra manera: de nada vale respetar y asumir los ritos exteriores del culto si no se vive *por* y *para* la verdad; de nada vale llenarse la boca con las palabras «Cristo», «fe», «Dios», si no se vive por y para la verdad; de nada vale proclamarse cristiano contemporáneo de Cristo si no se vive por y para la verdad; de nada vale que todo el mundo nos apoye y acompañe en nuestras ideas, puesto que eso no les pone ni les quita un gramo de verdad.

Ante la verdad, cada uno de nosotros está irremediablemente solo, inclusive solo de sí mismo, pues no hay ninguna forma preestablecida, ninguna autoridad ni persona que nos pueda guiar y garantizar que estamos en la dirección correcta; nada fuera de nosotros puede ayudarnos, todo movimiento recae única y exclusivamente sobre nosotros: ante la verdad, estamos desamparados en nuestra propia soledad, y nuestro único amparo es esa misma verdad que nos convoca. Pero –nos dice Kierkegaard– «este asunto humano de si una idea en sí misma es verdadera no preocupa a nadie, lo que preocupa es cuántos tienen esa idea. ¡Ajá! Pues el número determina si una idea tiene poder terrenal; y esto es lo único que preocupa: el individuo en

el pueblo – sí, no hay ningún individuo singular, cada individuo es público» (*El Instante*, n.º 6).

A pesar de todo, llegar a vivir *por* la verdad es, sin embargo, la tarea en la que muchos hombres dicen estar empeñados; pero más allá de la fe que cada uno profese, más allá de que uno se proclame creyente o ateo, cada uno está irremediablemente solo en su búsqueda de llegar a vivir *por* la verdad. Y justamente a este hombre, al individuo singular (*Enkelte*), que se enfrenta solo y decidido a su tarea, es a quien Kierkegaard se dirige y ofrece una ayuda inestimable para conquistar lo que busca: llegar a vivir de acuerdo con la verdad.

Criterios para la traducción

La traducción del original danés, la presentación y las notas son obra del equipo interdisciplinario de traducción dirigido por quien esto firma e integrado por María José Binetti, Óscar Alberto Cuervo, Héctor César Fenoglio, Ana María Fioravanti, Ingrid Marie Glikmann y Pedro Nicolás Gorsd.

Los traductores de estos artículos en forma de libro han tenido siempre presente la conocida sentencia de los italianos: «traduttore, traditore», y en todos los casos han preferido privilegiar la literalidad antes que la elegancia de estilo o el embellecimiento de las frases. Sin embargo, eso no significa que se hayan hecho concesiones a costa de la claridad de la comprensión, según la advertencia que el propio Kierkegaard nos ha dejado, para orientarnos, en *Ejercitación del cristianismo*: «[...] como se dijo de un traductor que deseaba escrupulosamente traducir al pie de la letra a un autor, y, por tanto, sin sentido – 'demasiado concienzudo', pero quizá también demasiado cobarde y blandengue, como para querer comprender rectamente».

Recordemos que las palabras de Kierkegaard están dirigidas a interlocutores a quienes se les habla en el fragor de un combate cuya pasión y encarnizamiento lo llevaron al límite de sus fuerzas y al que dedicó su vida entera.

Por eso, se han conservado la dilatada extensión de las oraciones y las frecuentes repeticiones de vocablos o expresiones, como las de alguien que se ve obligado todo el tiempo a retomar el hilo del discurso, porque si «de la abundancia del corazón habla la boca»[2], el que se manifiesta aquí es un corazón sobreabundante y ardoroso.

2. Lc 6, 45.

También, por lo general, se ha respetado el empleo de las rayas o guiones largos del original danés. En castellano, este signo de puntuación se escribe sin un espacio que lo separe de las palabras contiguas y sólo se utiliza para sustituir en los diálogos el nombre del hablante, indicar el cambio de interlocutor, encerrar una construcción explicativa o aclarativa o intercalar, en la oración principal, una proposición cuyo significado es independiente. En cambio, Kierkegaard aplica lo que en danés se llama «raya de pensamiento» (*tankestreg*), que se escribe separada de las palabras contiguas por un espacio y que, además de cumplir las funciones que tiene entre nosotros, expresa con un efecto dramático que lo que sigue es algo imprevisto o sorprendente, o bien, si va al final de una oración –y en este caso se puede utilizar más de una–, para insinuar que algo no está terminado, es decir, con el mismo sentido que los puntos suspensivos en nuestro idioma.

Se han conservado las palabras y frases en latín o en otros idiomas que emplea Kierkegaard, con la traducción castellana a pie de página.

En cuanto al uso de algunos conceptos claves, cabe aclarar que:

– *Enkelte* es un adjetivo que puede significar «individual», como cuando se dice «en cada caso individual», y también «solo», como cuando se dice «un solo árbol», «una sola canción». Kierkegaard lo usa como sustantivo y, cuando se entiende que ha querido darle las dos acepciones a la vez, se lo ha traducido como «individuo singular»;

– *Lære* es un sustantivo que significa tanto «enseñanza» como «doctrina», pero como Kierkegaard usa también el sustantivo *Doctrin* en *El Instante*, n.º 9, se ha traducido *Doctrin* como «doctrina» y *Vranglære* como «doctrina herética». En todos los otros casos en que aparece *Lære*, se ha traducido como «enseñanza», añadiendo en algunos casos el complemento «de Cristo», aunque no esté en el original, ya que la expresión a menudo utilizada por Kierkegaard «sufrir por las enseñanzas» sin ese agregado carece de sentido en el contexto.

Las notas a pie de página que pertenecen al propio Kierkegaard están indicadas con asterisco y las de los traductores están numeradas.

Se ha traducido directamente del danés de la edición *Øieblikket, Nr. 1-10*, Hans Reitzel Forlag A/S, København, 1984.

EL INSTANTE N.º 1
24 de mayo de 1855

TALANTE

En un pasaje de su *República* Platón dice, como se sabe, que sólo se puede llegar rectamente a algo cuando acceden al gobierno los que no tienen deseo de ello[1]. Su idea es que, suponiendo que haya idoneidad, el no deseo de gobernar es una buena garantía de que se gobernará verdadera y competentemente, mientras que quien sólo tiene afán de gobernar se convierte con demasiada facilidad o bien en alguien que malversa su poder para tiranizar o bien en alguien a quien el deseo de gobernar coloca en una oculta relación de dependencia respecto de aquellos sobre quienes tiene que gobernar, de modo tal que su gobierno en realidad se convierte en una ilusión.

Esta observación también puede aplicarse en otros casos en los que se trata de que algo alcance enteramente la seriedad: suponiendo que haya idoneidad es mejor que el implicado no tenga el deseo. Pues, aunque pareciera que el dicho tiene razón, y el deseo conduce la obra, la verdadera seriedad aparece, en rigor, sólo cuando un hombre con idoneidad, contra su deseo, es obligado por algo superior a asumir la tarea, es decir, con idoneidad contra el deseo.

Entendido de esta manera, puedo decir que me relaciono correctamente con esta tarea, la de actuar en el instante; pues, Dios lo sabe, nada es más contrario a mi alma.

Ser escritor: eso sí que me agrada. Si tuviera que ser sincero, debería decir que he estado enamorado del producir, pero con una aclaración: a mi modo. Y lo que he amado es justo lo opuesto a actuar en el instante; lo que he amado es precisamente la distancia del instante, en la cual, como un enamorado, he podido colgarme de los pensamientos y, como artista enamorado de su instrumento, entretenerme con el idioma arrancándole las expresiones que el pensamiento reclamaba – ¡Bendito pasatiempo! ¡En toda una eternidad no podría cansarme de esta ocupación!

1. Libro VII, 520d.

Disputar con los hombres: eso sí que me agrada; por naturaleza, estoy tan predispuesto para la polémica que sólo me siento en mi elemento cuando estoy rodeado de la humana mediocridad y mezquindad. Pero con una condición: que se me permita despreciar calladamente, satisfacer esa pasión que hay en mi alma, desprecio para el que mi vida de escritor me ha dado muchas oportunidades.

Soy, pues, un hombre de quien en verdad se puede decir que no tiene el menor deseo de actuar en el instante, y presumo que ésta es la razón por la que he sido elegido.

Como tengo que actuar en el instante, debo, ay, despedirme de ti, amable distancia en la que no había que correr detrás de nada, siempre con tiempo, donde podía esperar horas, días, semanas para encontrar la expresión exacta a la que quería llegar, mientras que ahora debo romper con todas estas mimosas consideraciones de enamorado. Y como tengo que actuar en el instante, habrá una cantidad de hombres que me obligarán, al menos alguna vez, a tomar en consideración todo lo insignificante que la mediocridad discursea dándose gran importancia y con aire doctoral, todo el galimatías que, por traerlo consigo, la mediocridad saca de lo que escribo, toda la mentira y la difamación a las que está expuesto un hombre contra quien los dos grandes poderes de la sociedad –la Envidia y la Necedad– deben necesariamente confabularse.

¿Por qué quiero, pues, actuar en el instante? Porque me arrepentiría eternamente de no hacerlo, y eternamente me arrepentiría si me dejara amilanar por el hecho de que la generación actual, sin duda, encontrará a lo sumo interesante y rara una exposición verdadera de lo que es el cristianismo, pero después se quedará tranquila donde está, creyendo que es cristiana y que el cristianismo de cotillón de los pastores es cristianismo.

ACERCA DE SI «ESTO DEBE SER DICHO» O ¿CÓMO SE INSTALA LO DECISIVO?

La objeción que he formulado contra lo establecido es decisiva. Ahora bien, si alguien quisiera decir –y estoy preparado para que aun el hombre mejor predispuesto hacia mí hable de esta manera–: «pero la objeción es temiblemente decisiva», entonces yo podría responder: de otra manera no puede ser; o bien podría responder con palabras de uno de mis pseudónimos: cuando el portal de la interioridad ha estado cerrado durante mucho tiempo y finalmen-

te se abre, su puerta no gira tan fácil y silenciosamente como una puerta interior[2].

Sin embargo, también puedo explicarme con más precisión. Instalar lo decisivo –y ésta es la tarea– no puede hacerse del mismo modo que todo lo demás; y como, para colmo, la desgracia de este tiempo justamente es el «hasta cierto grado», el meterse en todo hasta cierto grado, cuando esto justamente es la enfermedad, se debe sobre todo evitar en lo posible que también hasta cierto grado se meta aquí, con lo cual todo estaría perdido. No, lo decisivo se instala de otro modo. Como el salto de la fiera hacia su presa, como el impulso del águila en la caída, así se instala lo decisivo: de repente y de un golpe (con intensidad). Y como la fiera, une astucia y fuerza: primero astutamente se mantiene muy quieta, tan quieta como ningún animal manso puede estarlo; y después se concentra totalmente en un solo salto o impulso, como ningún animal manso puede concentrarse ni dar el salto, así se instala lo decisivo. Primero quieto..., esa quietud en la atmósfera que no existe en un día calmo y que sólo se produce antes de la tormenta, y de pronto estalla.

Así se instala lo decisivo. Y, créeme, conozco de sobra el defecto de este tiempo, que es la falta de carácter. Todo hasta cierto grado. Pero así como «un escudo de acero de calidad, claro como un espejo, tan brillante que donde pega el rayo del sol, rebota con brillo doble», así como lo que más teme tal escudo es la más pequeña mancha –pues basta la más pequeña mancha para que el escudo ya no sea lo que era–, así teme lo decisivo todo roce y este «hasta cierto grado». Esto lo entiendo, y cómo no voy a entenderlo yo, que soy conocido por todos, aun por los chicos en la calle, por el nombre: o lo uno o lo otro[3].

Voy a decir lo que es «o lo uno o lo otro», ya que se supone que debo saberlo. «O lo uno o lo otro» es la expresión ante la cual se abren las puertas y se muestran los ideales – ¡bendita visión! «O lo uno o lo otro» es la señal que da acceso a lo incondicionado – ¡Dios sea alabado! ¡Sí, «o lo uno o lo otro» es la llave del cielo! Y, por el contrario, ¿qué es, fue y será la desgracia del ser humano? Es este «hasta cierto grado» de Satán o de la miseria o de la sensatez cobarde que, aplicado al cristianismo, lo transforma –milagro invertido

2. Cita no textual de «Culpable - No culpable», en *Estadios en el camino de la vida*.

3. Título de la obra pseudónima de Kierkegaard *Enten - Eller* que se ha traducido de diversas maneras al español: *O bien - O bien*; *O esto - O aquello*; *La alternativa*. Véase la edición más reciente: *O lo uno o lo otro. Un fragmento de vida* I, trad. y ed. de B. Sáez y D. González, Trotta, Madrid, 2006.

o milagrosa inversión– ¡lo transforma en disparate! No, ¡o lo uno o lo otro! Y así como no importa la ternura con que se abracen y se acaricien el actor y la actriz sobre las tablas, ya que no por eso dejará de ser un acuerdo teatral, un matrimonio de teatro, así todo «hasta cierto grado» es una relación teatral con lo incondicionado que se convierte en algo imaginario; sólo o lo uno o lo otro es el abrazo que se convierte en lo incondicionado. Para presentar una posición diametralmente contraria a lo establecido en el apartado siguiente, daré un ejemplo que pone de manifiesto la broma de la vida: así como cualquier oficial que pertenece al entorno personal del rey lleva una insignia (distinción) por la que se lo reconoce, los que en verdad han servido al cristianismo deberían estar marcados con «o lo uno o lo otro», la expresión de la majestad o de la relación con la majestad divina. Todo lo que sólo es «hasta cierto grado» no ha servido al cristianismo, aunque tal vez a sí mismo, y no puede honradamente exigir otra marca más que la de «servicio real» (como en una carta); lo que es servicio de Dios es: o lo uno o lo otro.

¿SE JUSTIFICA QUE EL ESTADO –¡EL ESTADO CRISTIANO!– IMPOSIBILITE EN LO POSIBLE EL CRISTIANISMO?

La pregunta, creo, no necesita ninguna aclaración para ser respondida. Cualquiera debería decirse a sí mismo que no se justifica.

Lo que necesita ser aclarado es que lo que el Estado ha hecho y hace es, en lo posible, imposibilitar el cristianismo[4]; esto puede ser aclarado muy fácil y brevemente, pues el estado de cosas en el país es que el cristianismo, el cristianismo del Nuevo Testamento, no sólo no existe, sino que en lo posible ha sido imposibilitado.

Supongamos que el Estado designara a mil funcionarios[5] que con sus familias vivieran de, es decir, que pecuniariamente estuvieran interesados en impedir el cristianismo: eso sería un intento de imposibilitar en lo posible el cristianismo.

Y, sin embargo, este intento en el que manifiestamente se tratara de impedir el cristianismo no sería ni de lejos tan peligroso como lo que, de hecho, sucede cuando el Estado designa a mil funcionarios que –a título de proclamar el cristianismo (y aquí está el peligro ma-

4. En Dinamarca la iglesia y el Estado están íntimamente compenetrados, al punto de volverse indistinguibles en muchos asuntos sociales, políticos y jurídicos. Por ejemplo: los nacimientos los certifica la iglesia.

5. Número aproximado, en la época de Kierkegaard, de pastores empleados por el Estado.

yor en comparación con el intento manifiesto de impedir el cristianismo)– están pecuniariamente interesados en: *a*) que los hombres se llamen cristianos –cuanto más grande sea el rebaño, mejor–, que tomen el nombre de cristianos, y *b*) que se queden ahí y no se enteren de lo que en verdad es el cristianismo.

Con la existencia de estos mil funcionarios sucede que, cuando se los confronta con el Nuevo Testamento, se ve con claridad que toda su existencia es, cristianamente, un negocio dudoso. Es cierto que si los hombres no tomaran el nombre de cristianos, el pastor no tendría de qué vivir; pero proclamar lo que de verdad es el cristianismo no puede ser otra cosa que abrir los ojos a los hombres sobre el hecho de que la propia existencia del pastor es un negocio dudoso, pues aunque el maestro en cristianismo reciba algo para vivir, ser pastor no puede convertirse en un cargo real, en una carrera o promoción gradual.

Y esto, esta actuación, no ocurre en nombre de impedir el cristianismo. No es para eso para lo que se paga a mil funcionarios con familia. No, ocurre en nombre de proclamar el cristianismo, de difundir el cristianismo, de trabajar por el cristianismo. Entre el defecto y el exceso (que, como sabemos, lo arruina todo), entre este defecto (que los hombres no tomen el nombre de cristianos) y este exceso (que se enteren de lo que el cristianismo en verdad es y realmente se vuelvan cristianos), queda –con seriedad de equilibrista– el cristianismo de la «cristiandad», el cristianismo oficial, estatal, del pueblo que, por cierto, comparado con el del Nuevo Testamento, en cuanto al número produce algo sorprendente: cristianos a millones, todos de la misma calidad.

¿No es esto casi lo más peligroso que podría tramarse para, en lo posible, imposibilitar el cristianismo? «El pastor» está interesado pecuniariamente en que la gente se llame cristiana; pues así cada cristiano (con el Estado como recaudador) es miembro contribuyente, y contribuye asimismo a darle a todo el estamento un poder palpable – pero nada es más peligroso para el verdadero cristianismo, nada es más contrario a su esencia, que hacer que los hombres tomen con ligereza el nombre de cristianos, enseñarles a menospreciar el ser cristianos como si fuera algo fácil de ser. Y «el pastor» está pecuniariamente interesado en que se siga así, en que, al tomar el nombre de cristianos, los hombres no se enteren de lo que el cristianismo en verdad es, pues de lo contrario toda la maquinaria con los mil cargos reales y el poder del estamento se vendrían a pique – pero nada es más peligroso para el verdadero cristianismo, nada es más contrario a su esencia que (este nacimiento abortado) este empeñarse en que se siga así, que sólo se tome el nombre de cristiano.

¡Y esto es lo que se presenta como trabajar por difundir, actuar por el cristianismo!

Con sólo pensarlo, hay para mí algo tan abominable e indignante en esta clase de adoración a Dios, es decir, adorar a Dios tomándolo en broma, que con todas mis fuerzas, en la medida en que pueda, tengo que afanarme por contribuir a evitar que ello suceda, contribuir a que a la muchedumbre se le haga ver cómo son las cosas, y así se le impida volverse culpable de un delito del que en realidad el Estado y los pastores la han hecho partícipe – pues, por más frívola y sensual que pueda ser la muchedumbre, tiene sin embargo demasiadas cosas buenas como para que quiera adorar a Dios de ese modo.

Por eso, que haya luz en la cuestión, que se haga claro para los hombres lo que el Nuevo Testamento entiende por ser cristiano, para que cada uno pueda elegir si quiere ser cristiano o si, honradamente, de manera sincera y sin reservas, no quiere serlo; y que se diga en voz alta a todo el pueblo: para Dios en el cielo es infinitamente más grato que tú reconozcas con sinceridad –condición para que tal vez puedas serlo– que no eres y no quieres ser cristiano; esto es infinitamente más grato que la repugnancia de adorar a Dios tomándolo en broma.

Sí, así debe hacerse; se debe poner luz en la oscuridad en la que se mantiene esta cuestión en la iglesia estatal o del pueblo. En vez de observar con un respeto incondicional lo que el Nuevo Testamento entiende por ser cristiano y preguntarse cuántos cristianos hay en el país, se invierte la relación de este modo: en el país hay un millón de hombres, *ergo*, un millón de cristianos – y entonces se colocan los mil funcionarios para vivir de ellos. Y también se da un paso más, se invierte esta última oración y se concluye: cuando hay mil funcionarios que tienen que vivir del cristianismo –y esto ya es así– entonces tiene que haber un millón de cristianos, tenemos que mantener a rajatabla que hay un millón de cristianos; de lo contrario, no podemos asegurarles el sustento a todos estos funcionarios.

Por consiguiente, dado que hay mil funcionarios con familia que tienen que vivir de eso, *ergo*, debe haber un millón de cristianos. La predicación del cristianismo responde entonces a lo dicho (el particular tipo de aprieto en que nos hemos metido); actuar por el cristianismo se convierte, por tanto, en hacer que los hombres tomen el nombre de cristianos y, asimismo, contribuir a que todo continúe igual, y esto es lo que yo llamo imposibilitar en lo posible el cristianismo; por lo cual (lo repito) se hace culpable a la muchedumbre de un delito, el de adorar a Dios tomándolo en broma, y es lo que yo me afano por evitar de cualquier forma, pues, a pesar de que no ha sido suficientemente reconocido hasta ahora, yo amo a los hombres.

Reconozco que cuando la cuestión es tomada de este modo, aparece una pregunta muy seria sobre el sustento terrenal y temporal de estos funcionarios (pues ellos son socios en lo del millón de cristianos, una quimera tan grande como la de los condados en la luna). Pero en esto soy el hombre más condescendiente y mejor dispuesto, y lejos de mí está querer participar de las argucias de las que podrían ser objeto por parte de ciertos políticos. Para llegar al meollo del problema, debí tratar de que, en lo posible, el viento se llevara ese globo que el obispo Martensen había comenzado a inflar sobre ser «testigo de la verdad». Ante todo, este repugnante disparate debía desvanecerse. Entonces –¡seamos sensatos!– se podría hablar en forma razonable sobre una cuestión muy seria en sentido llanamente humano. Y así creo que es mejor para todos. A la clase de pastores que tenemos, no les conviene la pretensión de pasar por «testigos de la verdad»; pues si así fuera, el difícil problema se resolvería con infinita facilidad: se le confisca sin más su sueldo y se le suprime la jubilación – un «testigo de la verdad», como es notorio, debe soportar cosas así. Si la ocurrencia acerca de ser «testigos de la verdad», de que los pastores son «testigos de la verdad», hubiera venido de un funcionario sagaz, por ejemplo, de un ministro de culto que hábilmente quisiera quitarse de encima al clero, habría sido muy graciosa – pero el asunto es que vino de un obispo, y por ello resulta una ocurrencia tonta y escandalosa.

«¡TOMA UN VOMITIVO!»

Parece que hay muchos a los que les han impresionado mis artículos en *Fædrelandet*[6]. Quizá su situación sea más o menos la siguiente: por un lado, se han dado cuenta, o al menos se han puesto a pensar si acaso todo lo religioso no está en una situación extremadamente lastimosa; pero, por otro lado, hay muchas razones por las que prefieren no entregarse a esos pensamientos; aman el orden habitual de las cosas al que por nada quieren renunciar.

Su situación es como cuando se anda con mal sabor de boca, con la lengua empastada y con escalofríos y el médico dice: toma un vomitivo.

De la misma manera digo yo: toma un vomitivo, sal de la mediocridad.

6. Entre diciembre de 1854 y mayo de 1855, Kierkegaard publicó una serie de veintiún artículos en este periódico, mediante los cuales inició el ataque abierto y frontal contra la iglesia oficial, que continuó y culminó con estos diez números de *El Instante*.

Piensa por un instante en lo que es el cristianismo, en lo que exige de un hombre, qué sacrificios requiere, qué sacrificios se le han ofrecido, de manera que (como se lee en los relatos) incluso «tiernas vírgenes» no tuvieron miedo (a diferencia de nuestras vírgenes cristianas que ocupan su tiempo, su pensamiento, en si tienen que vestirse de celeste o *coquelicot* para ir al teatro), sino que, encomendando sus almas a Dios, valientemente entregaron sus «delicados miembros» a la crueldad de sus verdugos; piensa por un instante en esto. Y acláratelo de manera bien clara y patente, admite que es una repugnancia vivir como si la adoración *cristiana* a Dios fuera esto: que un hombre vestido dramáticamente comparezca de lo más tranquilo y que, con espanto en su figura y sollozos ahogados, anuncie que hay un ajuste de cuentas de la eternidad a cuyo encuentro vamos – pero que fuera de ese momento vivimos como si a nadie se le ocurriera desdeñar las cuestiones relacionadas con el ascenso en su carrera, su ventaja terrenal, el respeto de la gente distinguida, etc., menos aún al declamador, y si a alguno se le ocurriera hacerlo, que como castigo se declare su ocurrencia como una especie de locura – – imagínate vivir como si ésta fuera la adoración cristiana a Dios. ¿No te da ganas de vomitar?

Bien, ¡toma entonces una dosis más! Acláratelo de manera bien clara y patente, lo repugnante que es vivir como si ésta fuera la adoración *cristiana* a Dios: que cuando muere el declamador, comparece un nuevo declamador muy bien ataviado y desde el púlpito, tranquilamente, presenta al muerto como «testigo de la verdad», como uno de los verdaderos testigos de la verdad, un eslabón de la cadena santa. ¿No te hace esto vomitar?

Bien, toma entonces otra dosis: acláratelo de manera bien clara y patente. Vivir como si ante alguien que dice «no, no me parece que el declamador muerto pueda ser llamado testigo de la verdad», se considere celo *cristiano* repetir con insistencia y propagar todo lo posible que quien se atreve a decir tal cosa está manchando –¡escucha bien!–, está manchando el recuerdo de un hombre de bien, violando la paz del sepulcro –¡escucha bien!–, violando la paz del sepulcro, etc., etc.[7].

¿No es cierto que esto hace vomitar? Pero ya verás que pronto te pondrás bien, el mal sabor desaparecerá, es decir: llegarás a la conclusión de que todo está podrido. Y esta repugnancia sólo pudo lograr el efecto que debía cuando el obispo Martensen pronunció estas palabras: «testigo de la verdad».

7. Es muy frecuente el uso que del «etcétera» hace Kierkegaard y casi siempre lo escribe en esta forma abreviada y repetida: «etc., etc.».

Deja que actúe; y, acto seguido, agradece al Dios Obispo Martensen este vomitivo extremadamente provechoso.

POSTDATA

En mi trabajo me he aproximado tanto al tiempo actual, al instante, que no puedo prescindir de un medio por el cual pueda dirigirme instantáneamente a nuestro tiempo; y lo he llamado

El Instante

Si alguien a quien le interesara la cuestión deseara asegurarse por su propia comodidad de manera directa la recepción de lo que se publique, puede suscribirse dirigiéndose al editor, pero me reservo en *todos* los aspectos la *más incondicionada* libertad; de otro modo no podría hacerlo.

Lo llamo *El Instante*. Sin embargo, no quiero que sea efímero, así como tampoco es efímero lo que he querido hasta ahora. No, fue y es algo eterno: del lado de los ideales contra las ilusiones. Pero, en un sentido, debo decir acerca de todo mi trabajo anterior que su hora aún no ha llegado; he estado alejado del tiempo actual, incluso muy alejado, y sólo estuve cerca en cuanto que la lejanía fue adrede y llena de propósito. Ahora, por el contrario, debo asegurarme por todos los medios la posibilidad de utilizar el instante.

No quiero convencer a nadie de que se suscriba; antes bien, le pido a cada uno que lo piense mucho antes de hacerlo. En lo que se refiere a lo eterno, no se arrepentirá de prestar atención a mi palabra, pero es posible que en lo temporal sí se arrepienta. Le pido que considere por sí mismo si quiere lo eterno o lo temporal. Yo, que me llamo «O lo uno o lo otro», no puedo servir a nadie con «Tanto lo uno como lo otro». Estoy en posesión de un libro que es casi desconocido en el país, cuyo título quiero mencionar con precisión: el Nuevo Testamento de nuestro Señor Jesucristo. A pesar de que tengo una relación libre con ese libro y no estoy comprometido con él por un juramento, ejerce sin embargo un gran poder sobre mí; me provoca un *horreur indescriptible* hacia el «Tanto lo uno como lo otro».

EL INSTANTE N.º 2
4 de junio de 1855

A «MI LECTOR»

Tú, a quien he llamado «mi lector», a ti, desearía decirte unas palabras.

Cuando un hombre se arriesga en forma tan decisiva como lo he hecho yo y en un asunto que, además, remueve todo tan profundamente como la religión, es natural esperar que se haga cualquier cosa para contrarrestarlo, tergiversando y falsificando lo que dice, que su persona quede expuesta a los ataques y que se le considere como alguien a quien nada se le debe pero con respecto al cual todo está permitido.

Por lo general, sucede en este mundo que quien es agredido, de inmediato se ocupa de responder cada imputación, cada falsificación, cada acto de mala fe, y está siempre listo para, de ese modo, contrarrestar la agresión. Yo no pienso hacerlo.

Y sobre este asunto quiero hablar unas palabras contigo, mi lector, para que las medites muy en serio. Piensa un poco: que alguien que ha sido agredido se ocupe con tanto afán en defenderse, ¿no responderá la mayoría de las veces a que él, por un mero afán egoísta, se interese en defenderse por temor a que la falsificación de lo que dice, las habladurías sobre su persona, puedan afectarlo en sentido terrenal y temporal? Y –¡piensa un poco!– dado que precisamente la mayoría de los que comparecen en público al fin y al cabo tienen un propósito terrenal y temporal, y por eso se ocupan tanto en justificarse ante cualquier acusación, ¿no crees que este afán tan común también hace daño, porque acostumbra a los demás a no hacer nada por salir de la duda y definirse, a evitar toda complicación, todo esfuerzo, lo que demuestra que ya no quedan maestros en ningún ámbito sino sólo sirvientes?

En todo caso, tengo la intención de tratar el asunto de otro modo: pretendo no precipitarme a contrarrestar toda falsificación y tergiversación, toda esta mentira y difamación, todas esas tonterías y ridiculeces. Por un lado, el Nuevo Testamento me enseña que la presencia de tales ataques es la prueba de que se está en el camino

acertado, de manera que no debería precipitarme a quitármelos de encima, a menos que desee arribar lo antes posible al camino equivocado. Por otro lado, el Nuevo Testamento me enseña que aquello que, considerado desde la perspectiva del tiempo, es una plaga de la que, de acuerdo con la noción de temporalidad, tendríamos que liberarnos lo antes posible, considerado desde lo eterno, tiene su valor; de manera que no debería precipitarme a escapar, si es que deseo no engañarme a mí mismo en relación con lo eterno.

Así lo entiendo yo. Y ahora llego a las consecuencias que tiene para ti. Si alguna vez has creído que estoy al servicio de algo verdadero, por lo que a mí respecta, cuando llegue la ocasión, haré lo necesario, pero sólo lo estrictamente necesario, para que tú, cuando quieras esforzarte y estar atento, puedas resistir la falsificación y tergiversación de lo que digo y todos los ataques contra mi persona; pero, mi querido lector, yo no alentaré tu indolencia. Si crees que soy un sirviente, es que nunca has sido mi lector; si realmente eres mi lector, entenderás que hasta puedo considerar deber mío para contigo que tengas que esforzarte un poco, si no quieres que la falsificación y la tergiversación, la mentira y la difamación te aparten de la idea de que estoy al servicio de algo verdadero.

LA TAREA TIENE DOS SENTIDOS

Cuando el cristianismo vino al mundo, la tarea era sencillamente proclamar el cristianismo. Lo mismo sucede cuando el cristianismo se introduce en un país cuya religión no es el cristianismo.

En la «cristiandad», el caso es distinto, ya que la situación es otra. Lo que se tiene delante no es cristianismo sino una «prodigiosa ilusión» y las personas no son paganas sino que viven dichosas en la fantasía de ser cristianas.

Si el cristianismo tiene que instalarse aquí, antes que nada debe desaparecer esta ilusión. Pero dado que esta ilusión, esta fantasía, consiste en que los hombres se consideran cristianos, parece que instalar el cristianismo fuera quitárselo. Sin embargo, es lo primero que debe hacerse: la ilusión tiene que desaparecer.

Ésta es la tarea. Pero la tarea tiene dos sentidos.

Un sentido es hacer lo que se pueda para aclarar los conceptos de los hombres, instruirlos, conmoverlos con ayuda de ideales; por medio del *pathos*, conducirlos a un estado *pathologico*, avivarlos mediante el aguijón de la ironía, la burla, el sarcasmo, etc., etc.

La tarea es la misma aun cuando la ilusión de considerarse cristianos se halle entremezclada con otra ilusión monstruosamente grande que tiene un lado sólo externo: el hecho de que se haya logrado fusionar cristianismo y Estado, de que el Estado designe mil funcionarios que, por instinto de conservación, están interesados en que nadie se entere de lo que es el cristianismo y en que nadie sea cristiano. La propia existencia de estos pastores es cristianamente una mentira; mundanizados por completo y al servicio del Estado (funcionarios reales, personas de alto rango, de carrera, etc.) no podrían, por supuesto, decirles a las comunidades lo que es el cristianismo, porque hacerlo significaría renunciar a sus cargos.

Éste del que hablo ahora constituye otro tipo de ilusión respecto de la primera que mencioné, relacionada con las ideas de los hombres, con el cautiverio de los individuos en la fantasía de ser cristianos. En cuanto a esta segunda ilusión, hay que actuar de otro modo pues, como resulta claro, el Estado tiene poder para hacerla desaparecer. Y éste es el otro sentido de la tarea: trabajar para que el Estado haga desaparecer dicha ilusión.

Si tuviera que compararla con algo, diría que esta tarea se parece al tratamiento médico de un paciente psíquico. Debe actuarse psíquicamente, dice el médico, pero de ahí no se deduce que no haya nada que hacer físicamente.

De lo aquí expuesto, se sigue algo que debo encarecer al lector – y espero que tome a bien que hable de un modo diferente de lo que por desgracia es habitual: dorarle la píldora al lector porque uno quiere su dinero y considera que su juicio es el juicio.

Lo que quiero encarecer al lector es que no se limite a leer un número de *El Instante* una sola vez y de corrido sino que, en caso de que el número incluya varios artículos, primero lo lea de corrido para familiarizarse con el contenido y después lea cada artículo por separado.

LO CONFORTABLE Y LA PREOCUPACIÓN POR LA BIENAVENTURANZA ETERNA

Se trata de dos cosas – uno casi se vería tentado a decir qué diablos tienen que ver la una con la otra; sin embargo, son éstas las dos cosas que el cristianismo oficial o el Estado, con la ayuda del cristianismo oficial, han conseguido unir, y además lo han hecho con la misma tranquilidad con que en una reunión, para que nadie quede afuera, se unen los brindis de todos en uno solo.

El pensamiento del Estado parece ser el siguiente: entre las diversas cosas que el hombre necesita en este momento de la cultura y que el Estado se afana por garantizar a los ciudadanos de la manera más económica y confortable posible, entre estas diversas cosas, como la seguridad pública, el agua, la iluminación, los caminos, el pavimento, etc., etc., también se cuenta la bienaventuranza eterna en el más allá, una necesidad que el Estado también debe satisfacer –¡qué generoso!– y de un modo igualmente económico y confortable. Como es natural, va a costar dinero, porque sin dinero nada se consigue en este mundo, ni siquiera el certificado de que uno alcanzará la salvación eterna en el otro mundo; no, sin dinero no se consigue nada en este mundo. Pero lo que hace que el Estado signifique el mayor bien para los individuos es que de él se consigue lo mismo, pero de una manera más económica que la privada; es más, se consigue de un modo más seguro y, por si esto fuera poco, de una forma tan confortable como sólo puede brindarse en gran escala.

Para instalar el cristianismo, primero se organiza un censo completo; después, se impone a todo el país la contribución –exactamente igual a lo que sucedió cuando el cristianismo entró en el mundo– y entonces se emplean mil funcionarios reales. «Vosotros, mis queridos súbditos, vosotros deberíais...», tal es el pensamiento del Estado, «vosotros también deberíais, con respecto a este gran bien no imponible, la bienaventuranza eterna, tenerlo todo de la manera más cómoda, confortable y económica posible; así como ahora se posee la comodidad de tener agua en cada casa en lugar del pesado esfuerzo de antaño cuando se cargaba por las escaleras, también en relación con la bienaventuranza eterna en el más allá (lo que en los tiempos incultos de la ignorancia se iba a buscar hasta el fin del mundo y de rodillas) la tendréis a vuestro servicio con sólo chistar, o incluso antes de chistar; no necesitáis subir ni bajar escaleras, Dios nos libre, os será llevada –como la cerveza hoy día– por los camareros a quienes el rey hubiere autorizado para ello, que sin duda se mostrarán enérgicos y atentos, ya que de eso viven, y que no obstante resulta tan barato que deja al descubierto el precio exorbitante del catolicismo».

¡Lejos de mí hablar despectivamente de lo confortable! Dejemos que se aplique en los casos en que pueda aplicarse, en relación con todas aquellas cosas que no importa cómo se obtengan, ya que pueden obtenerse de una u otra manera; pues cuando así sucede es preferible sin duda el modo cómodo y confortable. Por ejemplo: el agua. El agua es una cosa que puede obtenerse de una manera difícil, bombeando; pero también puede obtenerse de una manera cómoda, abriendo el grifo; por supuesto que prefiero la manera cómoda.

Pero lo eterno no es una cosa de este tipo, que no importa de qué manera se obtenga; no, lo eterno, en realidad, no es una cosa sino el modo en que se obtiene. Lo eterno sólo se obtiene de un único modo –y aquí está lo que lo distingue de todo lo demás: que sólo puede obtenerse de un único modo; lo que sólo puede obtenerse de un único modo es lo eterno–, sólo se obtiene de un único modo, del engorroso modo de la eternidad, como Cristo señala con estas palabras: Es angosto el camino y estrecha la puerta que lleva a la vida y pocos son los que la hallan[1].

Fue una dura advertencia; lo confortable –precisamente lo que distingue a nuestro tiempo– no guarda ninguna relación con la bienaventuranza eterna. Cuando, por ejemplo, hay que caminar, no sirven de nada los más sorprendentes inventos para producir vehículos más cómodos y transportar por medio de ellos a quienes se les asignó la tarea de caminar. Y así también, cuando lo eterno es el modo en que se obtiene, entonces no ayuda en absoluto querer cambiar el modo tendiendo al confort, pues lo eterno se obtiene sólo con dificultad. No se obtiene indistintamente de un modo fácil o difícil, sino que se trata del modo en que se obtiene, y este modo es el difícil.

Recibid las gracias vosotros, funcionarios y asesores de la Cancillería, asesores jurídicos, consejeros de Estado y consejeros privados, recibid las gracias por el prodigioso papeleo que habéis tenido que hacer para asegurar de un modo barato y confortable a todos, a cada uno de los súbditos de Su Majestad, la bienaventuranza eterna; recibid las gracias vosotros, los mil funcionarios eclesiásticos, aunque, por cierto, no lo habéis hecho gratis, pues habéis llevado vuestra comisión; no obstante, corresponde que se os agradezca solemnemente; recibid las gracias todos vosotros – porque sólo ahora sabemos que los súbditos de Su Majestad serán salvados y que un certificado del «Estado» ha dejado de ser la más desventurada recomendación para el más allá, donde lo que en realidad se juzga es si has pertenecido al reino que por ningún precio quiere ser un reino de este mundo.

LO HUMANO AMPARA (PROTEGE) LO DIVINO

Que es un abracadabra que lo humano proteja lo divino, se puede entender fácilmente. La pregunta es: ¿cómo pudo ocurrírsele algo así a una entidad tan razonable como el Estado?

1. Mt 7, 14.

Pues bien, es una larga historia; pero sobre todo tiene que ver con que, en el transcurso del tiempo, el cristianismo ha sido administrado cada vez menos como lo que es: lo divino.

Piensa en un hombre de Estado que hubiera vivido en el tiempo de la llegada del cristianismo al mundo y entonces dile: *quid tibi videtur*[2], ¿no te parece que podría ser una religión para el Estado? Presumiblemente te tomaría por loco; ni siquiera se dignaría contestarte.

Pero puesto [el cristianismo] al servicio del temor del hombre cobarde, de la mediocridad, de los intereses temporales, la cuestión podría verse de otra manera, y entonces pensar que el cristianismo debería estar sumamente contento de sentirse protegido por el Estado y así alcanzar la gloria (aunque por este camino poco a poco se convirtió en un penoso animal enfermo y paralítico, listo para el matadero).

Visto de esta manera, la responsabilidad incumbe al clero que, en cierto modo, como se dice, le ha jugado una mala pasada al Estado; ha hecho creer que el Estado tenía algo que hacer en este asunto, pero tarde o temprano ello conduce a que el Estado, al ponerse por encima del lugar que le corresponde, tenga que pagar una multa a los músicos callejeros. Pues aunque sea cierto que de ninguna manera resulta demasiado oneroso para el Estado proteger lo que se ha hecho pasar por cristianismo, tan pronto como se vuelve a conocer lo que es el cristianismo, queda claro que el Estado se ha puesto por encima del lugar que le corresponde y que por su propio bien debería desear volver a la tierra cuanto antes.

Amparado por el Estado, sucede con el cristianismo lo que en este cuento o relato: un rey, vestido con las ropas de un hombre común, vive en un pueblo, y el intendente tiene la bondad de concederle su protección. De pronto llega un enviado que, con profundas reverencias y luego de rodillas, se dirige a este simple ciudadano y le dice: «Su Majestad». Si el intendente es un hombre razonable, verá que, aun con las mejores intenciones, se había colocado por encima del lugar que le correspondía al proteger a este ciudadano.

Figúrate – no aquello que con tanta frecuencia se ha comentado y que casi se ha vuelto trivial, que Cristo vuelva al mundo; no, figúrate que vuelve uno de los apóstoles; se estremecería de horror al ver al cristianismo protegido por el Estado; figúratelo acercándose al cristianismo así degradado e inclinándose ante él: no hay en nuestro tiempo ningún hombre de Estado tan estrecho de miras que no pueda ver que ha hecho mal en querer proteger al cristianismo, que es

2. ¿Qué te parece?

un indignante *quid pro quo*[3] confundir el hecho de que los pastores necesiten la protección del Estado con que el cristianismo necesite tal protección, pues si el cristianismo tiene alguna necesidad es, sin duda, la de desembarazarse de tales pastores que no quieren saber de inclinarse ante el cristianismo –pues ante él uno se inclina con la disposición al sacrificio, a sufrir por las enseñanzas de Cristo–, sino que sólo saben inclinarse ante el rey, ante el ascenso en el escalafón, ante una condecoración, lo cual es infidelidad por parte de quien, en su condición de maestro en cristianismo, está por juramento comprometido con el Nuevo Testamento; es infidelidad contra el Nuevo Testamento. Pues así enseña el cristianismo: «Teme a Dios y honra al rey». Un cristiano debe ser, en lo posible, el mejor súbdito de Su Majestad. Pero, cristianamente, el rey no es la instancia; él no es y no puede y no debe y no será la instancia en relación con un reino que a ningún precio será de este mundo, que ni en la vida ni en la muerte será de este mundo. La fidelidad al juramento por el Nuevo Testamento tendría que ayudarlo a uno a evitar lo que, si se amara al rey, debería evitarse: que Su Real Majestad fuera puesta bajo una luz equivocada. En su sublime divina seriedad, el cristianismo siempre ha permitido conservar a la existencia del rey su seriedad; sólo el detestable cristianismo de cotillón, traicionando el Nuevo Testamento, se ha hecho también culpable de la traición de colocar al rey bajo una luz perturbadora para la dignidad y seriedad de su real existencia.

Llegará pues el instante en que un rey, de pronto, se levante de su asiento y diga: «Ahora lo veo, esos malvados de los pastores me han conducido hasta aquí, hasta donde menos que nadie merecería estar; me han puesto en ridículo. Pues, por nuestro honor real, si alguien debiera saber en qué consiste la majestad del rey, ese sería yo, pues yo sé lo que tengo en mi poder, oro y bienes y rango y dignidad y todos los emblemas del honor; reinos y países puedo regalar, yo que incluso, aventajando a otros reyes, tengo coronas[4] para regalar. ¿Qué es, en último extremo, el cristianismo? El cristianismo no es sólo no anhelar esto; no, es no querer recibirlo a ningún precio por más que le sea ofrecido; es rehuirlo con más miedo que el que la mente terrenal tiene cuando rehúye las miserias y los sufrimientos; es rehuirlo con más pasión que la que la mente terrenal tiene cuando desea todo aquello. ¡Por el amor de Dios! ¿Adónde he llegado con esta locura? ¡Pretender proteger con oro, bienes y títulos y dignidades y estrellas y emblemas de honor... cuando rehúye todo eso más que a la peste!

3. Tomar una cosa por otra.
4. La corona es la unidad monetaria de Dinamarca.

¡La verdad es que doy risa! ¿Y quiénes tienen la culpa?, ¿quiénes sino esos malvados de los pastores que han convertido el cristianismo en exactamente lo opuesto de lo que es en el Nuevo Testamento y así me han hecho creer que podía proteger el cristianismo? ¡Qué tonto! Pues ¿qué es lo que he protegido? Ciertamente, no el cristianismo –que en toda su doliente pequeñez es más distinguido que yo– sino a algunos malvados que, justamente por eso, hubieran merecido menos que nadie mi protección».

ELOGIO DEL GÉNERO HUMANO
O DEMOSTRACIÓN DE QUE EL NUEVO TESTAMENTO YA NO ES VERDAD

En el Nuevo Testamento, el Salvador del mundo, nuestro Señor Jesucristo, presenta la cuestión de esta manera: El camino que lleva a la vida es angosto; la puerta, estrecha, y pocos son los que la hallan[5].

Ahora bien, sucede, por el contrario, para hablar sólo de Dinamarca, que todos somos cristianos; el camino es lo más ancho posible, el más ancho de Dinamarca, ya que todos lo transitamos, y además es totalmente cómodo, confortable, y la puerta lo más amplia posible; no hay puerta más amplia que aquella por la que todos pasan *en masse*[6]:

ergo[7], el Nuevo Testamento ya no es verdad.

¡Alabado sea el género humano! ¡Tú, Salvador del mundo, tú has abrigado ideas tan pobres sobre el género humano que no previste la altura que éste, perfectible como es, puede alcanzar mediante un constante y continuo esfuerzo!

Hasta este punto el Nuevo Testamento ya no es verdad: el camino, el más ancho; la puerta, la más amplia; y todos nosotros, cristianos. Sí, me atrevo a dar un paso más allá –me entusiasmo, pues se trata de un elogio del género humano–: me atrevo a sostener que el común de los judíos que vive entre nosotros hasta cierto punto es cristiano; cristianos como el resto de nosotros. Hasta este punto todos somos cristianos. Hasta este punto el Nuevo Testamento ya no es verdad.

Y cuando se trata de ver lo que contribuye a la apología del género humano, cuidando de no salir con algo erróneo, se debe vigilar que nada, nada que a este respecto sea una prueba, aunque sólo fuera

5. Mt 7, 14.
6. En masa (en francés en el original).
7. Por lo tanto, consiguientemente.

una insinuación, se nos escape. Me atrevo por eso a dar un paso más allá, sin expresar una opinión tajante, dado que en este caso me faltan conocimientos, por lo que traslado mi pregunta a los expertos, a los entendidos en la materia: me pregunto si en los animales domésticos, los más nobles, el caballo, el perro, la vaca, no podrían verse señales de algo cristiano. No es inverosímil. Uno reflexiona sobre lo que quiere decir vivir en un Estado cristiano, en un pueblo cristiano, donde todo es cristiano y todos son cristianos, donde a cualquier parte donde se mire sólo se ven cristianos y cristianismo, verdad y testigos de la verdad – no es inverosímil que eso tenga influencia sobre los animales domésticos más nobles y, a su vez, sobre lo que a juicio tanto de los veterinarios como de los pastores es siempre lo más importante: la descendencia. La treta de Jacob es bien conocida: a fin de obtener corderos moteados puso ramas descortezadas en los bebederos para que las ovejas madres no vieran más que esas ramas y, por tanto, tuvieran crías moteadas[8]: no es inverosímil –por razones obvias, no me animo a tener una opinión más tajante, ya que no es mi materia, sino que preferiría requerírsela, por ejemplo, a un comité conjunto de veterinarios y pastores–, no es inverosímil que un día los animales domésticos de la «cristiandad» terminen por traer crías cristianas al mundo. Este pensamiento me da vértigo; pero si se confirmara, se vería que de acuerdo con la escala mayor –en honor al género humano– el Nuevo Testamento dejaría de ser verdad.

¡Tú, Salvador del mundo, cuando preocupado dijiste «cuando yo vuelva, ¿encontraré fe en la tierra?»[9], y cuando inclinaste tu cabeza en la muerte, seguramente en lo que menos pensaste fue en que, de acuerdo con esta escala, tus expectativas serían rebasadas, en que el género humano de un modo tan bello y conmovedor convertiría el Nuevo Testamento en mentira y tu significado en algo casi dudoso, pues, en honor a la verdad, ¡¿puede decirse de unos seres tan bondadosos que necesiten o que hayan necesitado alguna vez un salvador?!

TODOS SOMOS CRISTIANOS

Que todos somos cristianos es algo tan comúnmente sabido y aceptado que no sólo no necesita ninguna prueba, sino que, además de

8. Gn 30, 37-41.
9. Lc 18, 8.

ser una verdad histórica, ahora está en proceso de ascender a axioma, una de las condiciones básicas eternas que el niño trae al nacer, de modo que debe decirse que con el cristianismo se ha producido en el ser humano un cambio por el cual *en la cristiandad* el niño nace con una condición básica más que el ser humano fuera de la cristiandad: la de ser todos cristianos.

No obstante, nunca hace daño clarificar cada vez más hasta qué punto es cierto y verdadero que todos seamos cristianos.

Éste es mi intento; y me jacto de que realmente clarificaré hasta qué punto es verdad que todos seamos cristianos. Lo somos hasta el punto de que si entre nosotros viviera una persona, un librepensador que con las expresiones más fuertes declarara que todo el cristianismo es mentira y del mismo modo con las expresiones más fuertes declarara no ser cristiano, no le serviría de nada; él es cristiano; de acuerdo con la ley puede ser castigado, eso es otra cosa, pero es cristiano. «¡Qué disparate!», dice el Estado, «¿a dónde llevaría eso? Una vez que a alguien se le permitiera declararse no cristiano, pronto todos acabarían por negar que son cristianos. No, no, *principiis obsta*[10], y afirmémonos en los principios. Ahora tenemos los casilleros en orden; todo rubricado, todo en regla, siempre con la condición de que todos seamos cristianos – *ergo*, también él es cristiano; semejante engreimiento, con el que sólo quiere destacar, no puede ser aceptado; es cristiano y basta».

Si esta persona se muere y deja tantos bienes que ese hombre de Dios que es el pastor y también el sepulturero y otros muchos hombres puedan recibir cada uno lo suyo, entonces no servirá ninguna protesta; es cristiano y es sepultado como cristiano; hasta ese punto es cierto que todos somos cristianos. Si no deja nada (aunque incluso lo poco sirve; el pastor, que es cristianamente austero, siempre se conforma con poco, si es que no hay más), si no deja literalmente nada... éste sería el único caso en que quizá se tomaran en consideración sus protestas; pues además, al estar muerto, no puede hacerse cargo personalmente de los gastos de un entierro cristiano; hasta ese punto es cierto que todos somos cristianos. Esto es tan firme en la «cristiandad» como lo es la condición opuesta fuera de la cristiandad; tan firme que ninguna duda puede perturbar esta condición básica eterna: todos somos cristianos.

10. Impide por principios (o en versión más ajustada: impídelo, en virtud de los principios).

UNA DIFICULTAD EN EL NUEVO TESTAMENTO

En el Nuevo Testamento todas las situaciones, todas las proporciones se presentan de manera grandiosa.

Lo verdadero se muestra de modo ideal; por otro lado, los equívocos, los extravíos también se muestran a gran escala: se advierte contra la hipocresía, contra toda clase de doctrinas heréticas, contra el descaro de las acciones, etc., etc.

Pero lo extraño es que aquello que lamentablemente sobreabunda en este mundo, aquello que en realidad es la sustancia de este mundo: el disparate, la queja, la mediocridad, la estupidez, la necedad, el jugar al cristianismo, el convertir todo en mero decir, etc., todo esto no es tomado para nada en consideración en el Nuevo Testamento.

De aquí se sigue la dificultad de que es casi imposible, con la ayuda del Nuevo Testamento, aprehender la vida real, el mundo real en el que vivimos, en el que por cada hipócrita cualificado hay cien mil cabezas huecas y por cada hereje cualificado hay cien mil mezquinos.

El Nuevo Testamento parece promover una elevada idea de lo que es ser hombre. Por un lado, apunta al ideal; por el otro, incluso cuando describe lo equivocado, también se ve que tiene una elevada idea de lo que es ser hombre; pero el disparate, la mezquindad, la mediocridad, siempre esquivan el golpe.

De ello se ha aprovechado el disparate desde tiempos inmemoriales para pasar por ser la verdadera ortodoxia cristiana – con sus incalculables batallones de millones de cristianos. Tal ortodoxia, que si bien no es espiritualmente fuerte, sí lo es numéricamente, se aprovecha de no poder ser acusada –realmente no puede serlo– de hipocresía, de doctrina herética, etc., *ergo* es la verdadera ortodoxia cristiana.

Y esto es perfectamente posible. En efecto, lo más alto y lo más bajo tendrán en cualquier situación una cierta y fugaz semejanza, la de no ser aquello que es más bajo que lo alto o no ser el punto medio entre lo alto y lo bajo. De este modo, más allá de toda crítica, estas dos determinaciones han de tener una cierta y fugaz semejanza. Y así sucede también con la ortodoxia de aquellas masas y de sus pastores, que sólo se parece a lo verdaderamente cristiano en que sin duda no es doctrina falsa, herejía.

Por lo demás, este disparate se asemeja a lo verdaderamente cristiano aún menos que cualquier tipo de herejía y doctrina falsa. La situación es la siguiente: así como lo verdaderamente cristiano está de manera notoria por encima de toda herejía y equívoco y extravío,

así también el disparate está de manera notoria por debajo de las herejías y equívocos y extravíos. Pero, como fue dicho, la dificultad del Nuevo Testamento consiste en que, exigiendo el ideal y luchando contra los demonios, no ha tenido en cuenta para nada este cuerpo enorme, que en la «cristiandad» constantemente da testimonio de la verdadera ortodoxia cristiana, cuya seriedad cristiana encuentra su expresión en que «los testigos de la verdad» –¡qué satírica contradicción!– hacen carrera y son felices en este mundo mientras los domingos proclaman cómo la verdad debe sufrir en este mundo.

Con eso hay que tener cuidado. Y cuando uno se cuida lo suficiente, entonces verá que el Nuevo Testamento acierta, que las cosas suceden como el Nuevo Testamento ha predicho. En medio de esta enorme población de «cristianos», en esta multitud de «cristianos» aparecen de vez en cuando algunos individuos singulares, un individuo singular. Para él, el camino es angosto: cf. el Nuevo Testamento; es odiado por todos: cf. el Nuevo Testamento; matarlo es considerado un servicio a Dios: cf. el Nuevo Testamento. ¡Qué libro tan curioso es el Nuevo Testamento! Después de todo acierta, pues este individuo singular, esos individuos singulares – sí, fueron los cristianos.

SI SOMOS REALMENTE CRISTIANOS, ¿QUÉ ES ENTONCES DIOS?

Si no es así, a saber: que lo que entendemos por ser cristiano es una fantasía y que toda esta maquinaria con una iglesia del Estado y mil funcionarios clericales-seculares, etc., es una prodigiosa ilusión que no nos ayudará en lo más mínimo en la eternidad, sino que, al contrario, será usada para acusarnos – si no es así; pues de ser una fantasía, cuanto antes la hagamos desaparecer, mejor (¡por bien de la eternidad!) – –

– – si no es así, si lo que entendemos por ser cristiano realmente es ser cristiano, ¿qué es entonces el Dios del cielo?

Él es el ser más ridículo que jamás haya vivido y su Palabra es el libro más ridículo que jamás haya salido a la luz: poner (como lo hace en su Palabra) cielo y tierra en movimiento, amenazar con el infierno, con castigos eternos – para conseguir lo que nosotros entendemos por ser cristianos (y nosotros, como es notorio, somos verdaderos cristianos): no, ¡una cosa tan ridícula jamás ha existido! Imagínate que a una persona se le presentara un hombre con una pistola cargada y le dijera: «Te derribo de un tiro»; o imagínate algo todavía peor, que le dijera: «Me apodero de tu persona y te torturo hasta matarte de la forma más terrible, si no (¡cuidado, que ahora viene!), si no pro-

curas que tu vida en la tierra sea tan provechosa y placentera como te sea posible». Queda claro que éste sería el discurso más ridículo, pues para lograrlo no se necesita amenazar con una pistola cargada ni con la más dolorosa pena de muerte; quizá ni la pistola cargada ni la más dolorosa pena de muerte estarían en condiciones de impedirlo. Pues de la misma manera: pretender conseguir por temor a los castigos eternos (¡terrible amenaza!) o por esperanza de una bienaventuranza eterna – sí, pretender conseguir lo que ya somos (pues lo que llamamos cristiano es ser cristiano) significa pretender conseguir que seamos lo que ya somos: que vivamos como mejor nos plazca – ¡pues abstenerse de cometer delitos comunes es sólo una cuestión de simple sensatez!

La blasfemia más tremenda es la cometida por la «cristiandad»: transformar al Dios del espíritu en – un disparate ridículo; y el culto menos espiritual, menos espiritual que todo lo que hay y que jamás hubo en el paganismo, menos espiritual que adorar como dios a una piedra, un buey, un insecto, menos espiritual que cualquier otra cosa, es adorar bajo el nombre de Dios ¡semejante necedad!

SI REALMENTE SOMOS CRISTIANOS, *EO IPSO*[11] EL NUEVO TESTAMENTO YA NO ES LA GUÍA PARA EL CRISTIANO NI PUEDE SERLO

Bajo los supuestos dados, el Nuevo Testamento no es ni puede ser la guía para el cristiano, pues el camino ha cambiado, es totalmente distinto al del Nuevo Testamento.

Por tanto, el Nuevo Testamento, considerado como guía para el cristiano, se convierte, bajo aquellos supuestos, en una rareza histórica, casi como una guía para viajeros en un determinado país cuando en dicho país todo se ha modificado. Una guía de este tipo no tiene ya validez para los viajeros por ese país. A lo sumo, tiene valor como lectura de entretenimiento. Mientras avanzamos en el tren con rapidez por la vía, leemos en la guía: «Aquí se encuentra el terrible abismo de los Lobos, por el que uno puede precipitarse 70.000 brazadas bajo tierra»; mientras alguien en el acogedor café está fumando su cigarro, lee en el manual: «Aquí es donde tiene su refugio una banda de ladrones que asalta y maltrata a los viajeros»: «aquí es» quiere decir: aquí era, pues ahora –y resulta divertido imaginarse cómo era– ya no hay ningún abismo de lobos, sino las vías del tren, y ninguna banda de ladrones, sino un acogedor café.

11. Entonces, automáticamente.

Si en realidad fuéramos cristianos, si cristianamente fuera correcto hablar de «cristiandad» y de un mundo cristiano, entonces yo gritaría lo más alto posible para que me escucharan en el cielo: ¡Tú, Infinito, si alguna vez te has mostrado como amor, fue en verdad desamor por tu parte no darnos a conocer que el Nuevo Testamento ya no es la guía (el manual) para los cristianos! Mientras todo se ha transformado en su contrario y aun así es verdad que seguimos siendo cristianos, ¡qué terrible angustiar a los débiles con el hecho de que tu Palabra no ha sido todavía revocada ni cambiada!

Pero que Dios sea así, no lo puedo aceptar; y por tanto me veo obligado a ensayar otra explicación que, por otra parte, me convence mucho más: todo esto de la «cristiandad» y «el mundo cristiano» es una canallada de los hombres; que realmente seamos cristianos es una ilusión promovida por esa canallada; el Nuevo Testamento totalmente inalterado es, por el contrario, la guía para los cristianos, a quienes siempre les irá en este mundo como se lee en el Nuevo Testamento, y que no deberían dejarse distraer por el hecho de que a los cristianos canallas les vaya de otra manera en este mundo, el mundo de las canalladas.

¡QUÉ FELICIDAD QUE NO SEAMOS TODOS PASTORES!

Imagínate que se constituya una sociedad para controlar el consumo de vino.

Con tal fin, la comisión directiva considera conveniente encargar a algunas personas que, como enviados, oradores, pastores, recorran el país tratando de ganar nuevos adeptos.

«Pero», dice la comisión directiva en la reunión donde la cuestión se debate, «ahorrar en los pastores no ayuda en nada, pedirles que no tomen vino, tampoco; de ello sólo resultaría una cosa insípida y estéril que no entusiasmaría a nadie para incorporarse a nuestra sociedad. No, en el pastor no se debe ahorrar; debe tener su botella de vino todos los días y, para estimular su tenacidad, algo adicional a fin de que tenga ganas de realizar su tarea y que cautive a los hombres con calor, energía y máximo poder de convicción para que en gran número se incorporen a la sociedad».

¡Supón que todos, en lugar de hacerse miembros de la sociedad, se hicieran pastores al servicio de ésta!

Así pasa con el cristianismo y el Estado. El cristianismo, la enseñanza del renunciamiento, del sufrimiento, de la heterogeneidad con este mundo, la enseñanza que no formula ninguna indicación sino en

referencia a otro mundo; esta enseñanza es la que el Estado quiere instalar. «Pero», dice el Estado, «ahorrar en los pastores no ayuda; de ahí sólo resulta algo estéril e insípido, que no sólo no gana a nadie para las enseñanzas de Cristo, sino que más bien espanta a todos. No, el pastor debe ser remunerado, su vida debe poder organizarse de tal manera que a él y a su familia les resulte placentero proclamarlas. Así habrá esperanza de ganar a los hombres para el renunciamiento de lo terrenal; pues el pastor estará predispuesto a describirles con calor, energía y máximo poder de convicción cuán bienaventurados son el renunciamiento y el sufrimiento, cuán bienaventurado es ser remitido exclusivamente a otro mundo, que esto es –¡escúchalo!– ¡bienaventurado, bienaventurado, bienaventurado!».

¡Qué felicidad que no seamos todos pastores!

El Dios de los cielos actúa de manera diferente cuando quiere instalar el cristianismo. Él se asegura de que al menos uno llegue a ser cristiano: el maestro en cristianismo. Y entonces viene la arremetida con vistas a ganar hombres para esta enseñanza. Ahora bien, es poco lo que se consigue, y en la misma medida en que es cierto que el maestro es un cristiano, terminan por matarlo, y todo se redujo a uno: el maestro.

Sin embargo, el Dios de los cielos carece totalmente de inteligencia, en especial de la alta inteligencia del Estado; es un pobre tipo de pocas luces de la vieja escuela, con la ingenuidad suficiente como para pensar que cuando se quiere coser hay que hacer un nudo en el hilo. No tiene ni idea de lo que es el secreto de la inteligencia del Estado, ni de lo mucho mejor que van las cosas cuando se dejan de lado semejantes tonterías y se pone manos a la obra en serio y de un solo golpe tenemos millones de cristianos con la ayuda de maestros que no son cristianos.

¡Oh, disparate humano! ¡Y ha sido llamado seriedad! Se han perdido siglos a causa de esta costosa tontería, que ha sido pagada con muchísimo dinero y a un precio aún mayor: ¡con la pérdida de la eternidad!

CÓMO JUZGA CRISTO EL CRISTIANISMO OFICIAL
Junio de 1855

Podría parecer extraño que sólo ahora avance sobre esto, pues el juicio de Cristo debería ser decisivo, no importa lo inoportuno que resulte para el gremio de los estafadores clericales que se han apoderado de la marca «Jesucristo» y bajo el nombre de «cristianismo» han hecho negocios brillantes.

Sin embargo, no faltan razones para que sólo ahora me refiera a esta cuestión decisiva; y a quien haya seguido con atención toda mi obra de escritor, de ninguna manera le habrá pasado inadvertido que hay ciertamente un método en mi modo de proceder, que se caracteriza *tanto por* lo que digo –que todo esto de la «cristiandad» es un asunto criminal, equivalente a lo que suele llamarse con el nombre de falsedad, estafa, sólo que aquí es la religión la que se usa así–, *como por* el hecho de que realmente tengo, como yo mismo digo, un talento de policía.

Fíjate ahora si puedes seguir los pasos del caso. Yo empecé haciéndome pasar por poeta, apuntando con malicia a lo que pensaba en relación con el cristianismo oficial: que la diferencia entre el librepensador y el cristianismo oficial es que el librepensador es un hombre sincero, que *enseña* directamente que el cristianismo es fábula, poesía; y que, por el contrario, el cristiano oficial es un falsificador, que solemnemente asegura que el cristianismo es otra cosa, solemnemente se empeña contra el librepensador, y así oculta que en realidad él *convierte* el cristianismo en poesía, suprime el seguimiento de Cristo; de manera que sólo por la imaginación nos relacionamos con el modelo, pero él mismo vive bajo determinaciones del todo distintas, lo cual significa relacionarse poéticamente con el cristianismo o transformarlo en poesía, no más comprometedor que la poesía; y, por último, el resultado es que directamente se desecha el modelo y se deja que aquello que uno es –la mediocridad– pase a ser el ideal.

En calidad de poeta saqué a la luz algunos ideales; expuse aquello con lo que los mil funcionarios reales están comprometidos por juramento. Y estos buenos hombres no se dieron cuenta de nada, permanecieron muy tranquilos, hasta tal punto todo era, cristianamente, falto de espíritu y mundanidad; estos buenos hombres no

tenían idea de que se ocultaba algo detrás de este poeta, que mi modo de proceder era el del policía, para que los implicados estuvieran tranquilos y la policía tuviera ocasión de formarse una idea más profunda del caso.

Así pasó un tiempo. Incluso me llevaba bien con estos hombres sujetos a juramento, y logré, con toda tranquilidad, dos cosas: instalar los ideales y conocer a aquellos con los que me las tengo que ver.

Pero, al final, estos buenos hombres se impacientaron con este poeta; se les trasformó en un acoso. Así sucedió con el artículo contra el obispo Martensen referido al obispo Mynster. Totalmente tranquilos, sí, totalmente tranquilos como estaban, hicieron hincapié ahora (como podrá recordarse) en que «la escala con que se los medía era demasiado grande», etc.

Entonces este poeta se transformó de repente – si me permiten la expresión, arrojó la guitarra y tomó un libro que se llama el «Nuevo Testamento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo», y –sí– con mirada de policía interpeló a estos buenos maestros sujetos a juramento, «testigos de la verdad», sobre lo siguiente: ¿acaso no es éste el libro con el que estáis comprometidos por juramento, el libro cuya escala es bastante mayor que la usada por el poeta?

Desde ese instante, como se sabe, se hizo silencio. Tan listos como se creían, tan dispuestos a reclamar, mientras consideraran no sólo que quedaban a salvo, sino que podían hacerse los importantes sosteniendo: «No es más que un poeta, un exaltado con sus ideales, la escala es demasiado grande»; así de silenciosos se quedaron apenas ese libro y el juramento entraron en juego. Tal como sucede en los procedimientos de la policía. Primero se tranquiliza al implicado; y, a propósito, si un agente de policía posee otros muchos dones pero no es virtuoso en el arte de tranquilizar, no tiene «verdadero talento de policía». Una vez tranquilizado, el implicado invierte los papeles: él, justamente él, es el hombre honrado y con toda claridad parece que fuera el agente de policía el que era puesto en un brete. Pero cuando éste, tranquilizando de esta forma, se entera de lo que desea saber, cambia su modo de proceder, va directo al grano, y así de pronto el implicado se queda en silencio, se muerde el labio y piensa: qué historia maldita.

Pues bien, tomé el Nuevo Testamento, me permití respetuosamente recordar que estos venerables testigos de la verdad por juramento están comprometidos con el Nuevo Testamento. Y entonces se hizo el silencio. ¿No fue extraño?

Entretanto consideré que lo más correcto era mantenerlos, durante algún tiempo, en la incertidumbre sobre lo bien informado que

estoy y hasta qué punto tengo el Nuevo Testamento de mi parte, cosa que estoy consiguiendo, pero de lo que no se me ocurriría jactarme.

Hablé entonces en mi propio nombre y cada vez en forma más decisiva, dado que advertía que se seguía desdeñando la imputación por el hecho de que yo al principio presentaba la situación de la manera más favorable para la parte contraria, hasta que finalmente asumí decir en mi propio nombre que es una culpa, una gran culpa, participar del culto divino público tal como es ahora. Fue en mi propio nombre; así quedó claro que ya no podrían librarse de mí con la excusa de que soy un poeta y que son los otros quienes representan la verdad. Pero siempre resulta un alivio que hable en mi nombre; y así conseguí, por este efecto aliviador, tranquilizar un poco a la parte contraria y tener la oportunidad de conocerlos un poco mejor; saber si tenían la intención de empecinarse y no hacer caso de la imputación; pues la conciencia debe de haber golpeado a estos hombres sujetos a juramento al escuchar esta palabra que todo lo cambia: es culpa, una gran culpa, participar del culto divino tal como es ahora, pues está en las antípodas del culto divino.

Pero, como he dicho, el alivio era que hablaba en mi propio nombre. Pues aun cuando yo sé con Dios que he hablado verdaderamente y como debía hablar, y aun cuando lo que he dicho era verdadero y debía decirse, incluso si no hubiera ninguna palabra del mismo Cristo, la cuestión es que siempre es bueno que sepamos por el Nuevo Testamento cómo juzga Cristo al cristianismo oficial.

Y lo sabemos por el Nuevo Testamento; su juicio se encuentra ahí – pero, claro, estoy totalmente convencido de que, seas quien fueres, si no conoces otra cosa acerca de lo que es el cristianismo que lo que surge del sermón dominical de los «testigos de la verdad», entonces año tras año puedes ir cada domingo a tres iglesias a escuchar –en términos generales– a cualquiera de los funcionarios reales, y nunca habrás escuchado las palabras de Cristo a las que estoy aludiendo. Los testigos de la verdad piensan más o menos lo que sigue: así como el dicho asegura que «no se debe hablar de la soga en la casa del ahorcado», así también sería una locura que en las iglesias se citaran aquellas palabras de la Palabra de Dios que ponen al cielo por testigo contra toda la payasada del pastor. Podría estar tentado de plantear la siguiente exigencia que, aunque barata y modesta, es el único castigo que les deseo a los pastores: que se elijan determinados pasajes del Nuevo Testamento, y que el pastor se comprometa a leerlos en voz alta ante la congregación. Naturalmente con la condición de que no suceda, según es uso y costumbre, que el pastor, después de leer un pasaje del Nuevo Testamento, deje a un lado el Nuevo Testamento

para dar enseguida su propia «interpretación» de lo leído. No, muchas gracias. No, lo que yo estaría tentado a proponer sería este otro servicio divino: la congregación se reúne; se reza una oración en la puerta de la iglesia; se canta un himno; entonces el pastor sube al púlpito, toma el Nuevo Testamento, nombra el nombre de Dios y lee a la congregación el pasaje que corresponde en voz alta y clara – después deberá callarse y permanecer cinco minutos en silencio en el púlpito y sólo entonces podrá irse. Esto me parecería extremadamente provechoso. No se me ocurriría intentar que el pastor se sonroje; pues quien, con la conciencia de querer entender por cristianismo lo que él entiende por cristianismo ha podido prestar juramento por el Nuevo Testamento sin sonrojarse, no será fácil que se sonroje; y, por otro lado, se supone que para ser pastor oficial antes que nada es necesario que haya superado los infantilismos de la adolescencia y la inocencia, como sonrojarse y cosas así. Pero supongo que la congregación sí se sonrojaría por el pastor.

Y ahora, las palabras de Cristo a las que me refiero.

Se encuentran en Mt 23, 29-33; Lc 11, 47-48, y dicen así:

Mt 23, 29-33. 29¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que construís los sepulcros de los profetas y adornáis las tumbas de los justos, 30diciendo: «Si hubiéramos vivido en el tiempo de nuestros padres, no nos hubiéramos unido a ellos para derramar la sangre de los profetas»! 31De esa manera, atestiguáis contra vosotros mismos, que sois hijos de los que mataron a los profetas. 32¡Colmad entonces la medida de vuestros padres! 33¡Serpientes, raza de víboras! ¿Cómo podréis escapar a la condenación de la Gehenna?

Lc 11, 47-48. 47¡Ay de vosotros, que construís los sepulcros de los profetas, a quienes vuestros mismos padres mataron! 48Así os convertís en testigos y aprobáis los actos de vuestros padres: ellos los mataron y vosotros les construís sepulcros.

¿Qué es, pues, la «cristiandad»? ¿No es la mayor tentativa posible encaminada a rendir culto a Dios construyendo los sepulcros de los profetas y adornando las tumbas de los justos y diciendo: «Si hubiéramos vivido en el tiempo de nuestros padres, no nos habríamos unido a ellos para derramar la sangre de los profetas», en lugar de seguir a Cristo, como él lo exige, y sufrir por sus enseñanzas?

Sobre esta clase de culto divino he afirmado que, en comparación con el cristianismo del Nuevo Testamento, consiste en jugar al cristianismo. La expresión es plenamente verdadera y característica. Porque, ¿qué es jugar, cuando se piensa en cómo debe ser entendida

la palabra en ese contexto? Es imitar, simular un peligro donde no hay ningún peligro; y así, lo que se busca es mantener la ilusión de que el peligro está ahí. Así juegan los soldados a la guerra en el campo de entrenamiento; no hay ningún peligro, pero se actúa como si lo hubiera, y el arte consiste precisamente en hacer todo de manera ilusoria, como si fuera una cuestión de vida o muerte. Y así se juega al cristianismo en la «cristiandad». Artistas dramáticamente vestidos comparecen en construcciones artísticas – cuando no hay en verdad ningún peligro; es más, el maestro es funcionario real, que asciende en forma gradual y hace carrera – y juega dramáticamente al cristianismo, en resumen, hace comedia; discursea acerca del renunciamiento, pero él asciende en forma gradual; enseña a despreciar títulos y rangos mundanos, pero hace carrera; describe a los magníficos («los profetas») que fueron asesinados, y la cantinela es siempre la misma: si hubiéramos vivido en el tiempo de nuestros padres, no nos habríamos unido a ellos para derramar la sangre de los profetas, nosotros, que construimos sus sepulcros y adornamos sus tumbas. Es decir, que ni siquiera se quiere ser (como constante, encarecida y suplicantemente he propuesto) lo suficientemente honesto como para reconocer que no se es en absoluto mejor que quienes mataron a los profetas; no, se quiere aprovechar la circunstancia de que no se es contemporáneo de ellos para creerse mucho, mucho mejores que quienes los mataron, seres del todo distintos de aquellos inhumanos – porque es obvio que lo somos, dado que construimos los sepulcros de los tan injustamente asesinados y adornamos sus tumbas.

Sin embargo, la expresión «jugar al cristianismo», por característica que sea, no puede ser usada por quien tiene autoridad. Éste se expresa de otro modo.

Cristo lo llama –¡presta atención!– hipocresía. Y no sólo esto, sino que dice –¡horrorízate!– él dice que la hipocresía es un delito tan grande, justamente tan grande, como asesinar a los profetas, es decir, delito de sangre. Sí, si pudiéramos preguntarle a él, quizá contestaría que el delito de hipocresía, justamente porque está tan bien escondido y se extiende lentamente durante toda la vida, es un delito mayor que el de quienes, en un arrebato de furia, asesinaron a los profetas.

He aquí, pues, el juicio, el juicio de Cristo sobre la «cristiandad», sobre el culto dominical, sobre el cristianismo oficial. Horrorízate, pues de lo contrario quedarás colgado de él. Es muy decepcionante, pues ¿acaso no somos personas de bien, verdaderos cristianos, nosotros, que construimos los sepulcros de los profetas y adornamos las tumbas de los justos, acaso no somos personas de bien, sobre todo comparados con los inhumanos que los asesinaron? Y además, ¿qué

tenemos que hacer, si no podemos hacer más que estar dispuestos a dar de nuestro dinero para construir iglesias, etc., no escatimar en el pastor y, además, escucharlo? El Nuevo Testamento responde: lo que tienes que hacer es seguir a Cristo, sufrir, sufrir por sus enseñanzas; el culto divino que quieres favorecer es hipocresía, es un delito de sangre. El pastor con su familia vive de que tú seas un hipócrita o de hacer de ti un hipócrita o de conservarte en la condición de hipócrita.

«Así os convertís en testigos y aprobáis los actos de vuestros padres: ellos los mataron y vosotros les construís sepulcros» (Lc 11, 48).

Sí, el cristianismo de domingo y la enorme logia de pastores comerciantes, como es natural, se enfurecen ante este discurso, que con una sola palabra cierra todos los negocios, desecha toda esta profesión autorizada por el rey, y no sólo eso, sino que advierte contra tal culto divino como contra un delito de sangre.

No obstante, es Cristo quien habla. Tan profundamente está unida la hipocresía al hecho de ser hombre que, justo cuando el hombre natural se encuentra mejor que nunca y ha conseguido armarse un culto a su medida, se escucha el juicio de Cristo: Eso es hipocresía, es delito de sangre. No importa que tu vida en los días laborables sea mundana, lo bueno es que al menos los domingos vayas a la iglesia del cristianismo oficial; no, no, el cristianismo oficial es mucho peor que tu mundanal semana: es hipocresía, es delito de sangre.

La «cristiandad» se fundamenta sobre esta verdad: el hombre es un hipócrita nato. El cristianismo del Nuevo Testamento era la verdad. Pero, sagaz y pícaro, el hombre inventó un nuevo tipo de cristianismo, el de construir los sepulcros de los profetas y adornar las tumbas de los justos y decir: Si hubiéramos vivido en el tiempo de nuestros padres... Y esto es lo que Cristo llama delito de sangre.

Lo que el cristianismo quiere es: imitación. Lo que el hombre no quiere es sufrir, y menos que nada la clase de sufrimiento propiamente cristiano: padecer a los hombres. Entonces suprime la imitación, y con ello el sufrimiento, lo específicamente cristiano; entonces construye los sepulcros de los profetas: esto por un lado; entonces miente ante Dios, ante sí mismo, ante otros, diciendo que él es mejor que los que asesinaron a los profetas: esto por el otro lado. Hipocresía al principio e hipocresía al final, y según el juicio de Cristo, delito de sangre.

Imagínate que la gente está reunida en una iglesia de la cristiandad, y que de pronto entra Cristo: ¿qué crees que haría?

Bien, lo que haría puedes leerlo en el Nuevo Testamento.

Se dirigiría a los *maestros* – pues a la *congregación* la juzgaría como otrora: había sido desviada del camino – se dirigiría a los de

«largas vestiduras», a los mercaderes, a los juglares, que transformaron la casa de Dios, si no en una cueva de ladrones, al menos en una boutique o en un puesto de feria, y les diría: «Vosotros, hipócritas; vosotros, serpientes; vosotros, raza de víboras»; y, como entonces, haría un azote de cuerdas para echarlos del templo (Jn 2, 15).

Tú, que lees esto, si no conoces otra cosa sobre el cristianismo que lo que se dice en la perorata dominical, te rebelarás contra mí – estoy totalmente preparado para ello, te parecerá que soy responsable de la más horrorosa blasfemia al presentar a Cristo de ese modo; dirás: «Está poniendo en su boca palabras como 'serpientes', 'raza de víboras'; esto es espantoso, son palabras que nunca se escuchan en boca de una persona instruida; y dejar que las repita una y otra vez es terriblemente grosero; ¡y hacer de Cristo una persona que utiliza la violencia!».

Pero, amigo mío, ¡si puedes corroborarlo en el Nuevo Testamento! Ahora bien, cuando lo que se quiere alcanzar predicando y enseñando el cristianismo es una vida cómoda y placentera en una posición reputada, entonces la imagen de Cristo debe modificarse algo. Adornos: no, en eso no vamos a escatimar; oro y diamantes y rubíes, etc., los pastores lo miran con agrado, y hacen creer que eso es cristianismo. Pero la severidad, esa severidad que es inseparable de la seriedad de lo eterno, hay que apartarla a un lado. Cristo se convierte entonces en una figura sentimental, un hombre siempre bueno – esto se relaciona con que el platillo puede ir circulando durante el discurso y la comunidad puede tener ganas de poner algo y echar unas monedas; ante todo se relaciona con que, por temor a los hombres, se está en buen entendimiento con los hombres; mientras que el cristianismo del Nuevo Testamento es: por temor de Dios, padecer a los hombres por las enseñanzas de Cristo.

Pero «ay de vosotros, que construís los sepulcros de los profetas» (enseñando al pueblo que ése es el cristianismo del Nuevo Testamento) y «adornáis las tumbas de los justos» (poniendo constantemente juntos el dinero y el cristianismo) y decís «si nosotros...» – sí, si vosotros hubierais vivido en el tiempo de los profetas, los habríais asesinado, es decir, habríais permitido ocultamente, como de hecho sucedió, que el pueblo lo hiciera y cargara con la culpa. Sin embargo, en vano os ocultáis en la «cristiandad»; lo que está oculto queda revelado cuando la Verdad juzga: «Así os convertís en testigos y aprobáis los actos de vuestros padres, y colmáis la medida de vuestros padres, pues ellos los mataron y vosotros les construís sepulcros». En vano os hacéis los santos, en vano intentáis, al construir los sepulcros de los justos, mostrar cuán diferentes sois de los impíos que los mataron.

¡Oh, la impotencia de la hipocresía para ocultarse! Habéis sido descubiertos. Justamente, el construir los sepulcros de los justos y decir «si nosotros...», justamente, esto es matarlos, es ser hijos legítimos de aquellos impíos, hacer lo mismo que ellos, es ser testigos de los actos de los padres, aprobarlos, «colmar la medida de los padres», es decir, hacer lo que es aún peor.

EL INSTANTE N.º 3
27 de junio de 1855

ESTADO - CRISTIANISMO

El «Estado» es directamente proporcional a las cifras (lo numérico); por eso cuando un Estado se reduce, las cifras pueden progresivamente llegar a ser tan pequeñas que el Estado deje de existir, que el concepto muera.

El cristianismo se relaciona de otro modo con las cifras: un solo cristiano verdadero es suficiente para que sea verdad que el cristianismo existe. Sí, el cristianismo es inversamente proporcional a las cifras, y cuando todos se han hecho cristianos, el concepto «cristiano» ha muerto, pues el concepto cristiano es un concepto polémico. Sólo se puede ser cristiano por oposición o a contracorriente. Así sucede también en el Nuevo Testamento, con relación al hecho de que Dios quiere ser amado, y precisamente por eso exige el antagonismo para potenciar el amor, de modo que el cristiano que ame a Dios, en el antagonismo con otras personas, llegue a sufrir por ellas el odio y la persecución. Tan pronto como la oposición se elimina, ser cristiano se convierte en disparate, tal como sucede en la «cristiandad», que solapadamente ha suprimido el cristianismo en virtud del: todos somos cristianos.

Pues bien, el concepto de «cristiano» es inversamente proporcional a las cifras, mientras que el de «Estado» es directamente proporcional a las cifras. Y, no obstante, se los ha implicado mutuamente – – en beneficio del disparate y de los pastores; pues juntar de este modo Estado y cristianismo tiene tanto sentido como hablar de un metro de manteca, o aún menos sentido, pues manteca y metro no guardan ninguna relación entre sí, mientras que Estado y cristianismo se relacionan inversamente o, mejor aún, se excluyen mutuamente.

Sin embargo, en la «cristiandad» es difícil entenderlo, en la cristiandad donde, como es de prever, no se tiene la menor idea de lo que es el cristianismo, y donde menos aún se le ocurriría decir a nadie o, aunque fuera dicho, a nadie le cabría en la cabeza que el cristianismo ha sido *suprimido* por la *propagación*, por estos millones de cristianos nominales, cuyo número se supone que tiene que tapar

el hecho de que no hay ningún cristiano, de que el cristianismo no existe en absoluto. Pues, así como se habla de eludir un asunto con pura palabrería, así la humanidad y el individuo han querido eludir y esquivar el bulto de ser cristianos por medio de esta multitud de cristianos nominales, de un Estado cristiano, de un mundo cristiano, con la finalidad de que Dios quede tan aturdido con todos estos millones que no se dé cuenta de que ha sido engañado, de que no hay ni un solo cristiano.

¿SE JUSTIFICA DESDE EL PUNTO DE VISTA CRISTIANO QUE EL ESTADO SEDUZCA A UNA PARTE DE LA JUVENTUD QUE ESTUDIA?

«Seducir»; esta expresión se suele emplea en relación con lo femenino. Se habla de seducir a una jovencita, y se piensa entonces que, en una edad en la que desde lo más íntimo se anhela lo terrenal y lo vano, se le abre a la pobre criatura un camino que la conduce a todo lo que desea, ¡ay!, pero a costa de su inocencia. Y se encuentra tan injustificable seducir a una jovencita precisamente porque, a su edad, el anhelo por los placeres y las vanidades de la vida es tan fuerte que es preciso actuar sobre ella en sentido contrario. Como se sabe, es fácil seducir a quien espera ser seducido, y precisamente por eso es injustificable aprovecharse de tal circunstancia.

Desde el punto de vista cristiano puede decirse que el Estado ha hecho algo muy parecido con los jóvenes estudiantes de teología. La idea cristiana de la vida es tan elevada que lo que normalmente se llama inocencia y pureza de ninguna manera alcanza para responder a su exigencia.

De acuerdo con el cristianismo del Nuevo Testamento, ser cristiano y, con mayor razón, maestro en cristianismo, es pura renuncia y sufrimiento, condiciones de un maestro que para el hombre natural no pueden ser menos atractivas.

Pero, justo en el instante en que el joven cuyo único anhelo está dirigido a lo que es de este mundo, justo en ese instante en que necesitaría las más fuertes impresiones en sentido contrario, ya sea para espantarlo de querer ir por ese camino, o bien, si realmente tuviera vocación, transitarlo con madurez; justo en ese instante, el Estado aprovecha para echarle su red, para capturarlo, para «seducirlo», de modo que al joven, en la visión errónea propia de la seducción, le parezca que ser maestro en cristianismo es precisamente el camino que lo conducirá a todo lo deseado, a un salario abundante, seguro y, en el transcurso creciente de los años a las delicias hogareñas en el

seno de una familia, quizá a hacer carrera, quizá incluso una brillante carrera – por cierto, ¡ay!, por cierto, cristianamente, a costa de su inocencia; puesto que hay un juramento que debe prestar por el Nuevo Testamento, un juramento que le abre a él, el seducido, el acceso a lo que desea, pero que tomará venganza después.

Cristianamente, la exigencia debería plantearse así: que el Estado tenga la amabilidad de dar a conocer lo antes posible que, a partir de un determinado momento, dejará de nombrar maestros en cristianismo comprometidos por juramento con el Nuevo Testamento. Con el clero actual el Estado ha firmado un contrato, incluso, según mi modo de ver, ha firmado un contrato con toda la juventud teológica actual; dejemos por eso que indique un determinado año; desde ese momento dejará de nombrar maestros.

¿SE JUSTIFICA QUE EL ESTADO RECIBA UN JURAMENTO QUE NO SÓLO NO SE CUMPLE, SINO QUE SU PRESTACIÓN ES UNA CONTRADICCIÓN?

Si se tienen ojos y se ha sacado provecho de ello, no se necesita ser muy viejo para darse cuenta de que los hombres tienen una decidida predilección por la ilusión y reposan mejor en la ilusión.

Cuando se trata de alguna causa de importancia para la sociedad, los esfuerzos de los hombres se concentran por lo general en crear una comisión. Una vez creada, uno se queda tranquilo; no se preocupa mucho por que la comisión haga algo; por último se olvida todo.

Así también, cuando algo realmente tiene que ser serio, los hombres consideran que debe haber un juramento; un juramento que nos asegure que hay y habrá seriedad. Es decir, la prestación del juramento es la seriedad – si se cumple o no, importa menos.

Sí, a veces, de tanta seriedad, no nos damos cuenta de que la propia prestación del juramento implica una contradicción.

Éste es el caso del juramento del pastor por el Nuevo Testamento que el Estado, no obstante, recibe. Si el asunto fuera que ese juramento no se cumple, no sería tan inquietante, pero la verdad es que su prestación implica una contradicción. Y, sin embargo, debe presumirse que ni la sociedad ni los individuos podrían quedarse tranquilos si, en relación con algo tan serio como ser maestro en cristianismo, la seriedad no estuviera asegurada por un juramento, pero como su prestación ciertamente implica una contradicción, al tranquilizarnos por este juramento, somos tranquilizados por una ilusión.

El cristianismo guarda relación con el reino que no es de este mundo – y resulta que el Estado recibe un juramento del maestro en

cristianismo, juramento que significa fidelidad justamente a lo que es lo contrario del Estado. Tal juramento es una contradicción tan grande como dejar que un hombre jure poniendo la mano sobre el Nuevo Testamento donde dice: no debes jurar.

Si el pastor tuviera que ser, tal como el juramento por el Nuevo Testamento lo exige, un discípulo de Cristo, y su vida, una imitación de Cristo, entonces su compromiso como funcionario real sería el mayor impedimento; en el mismo instante en que tuviera que moverse en la dirección exigida por su juramento por el Nuevo Testamento, debería romper con su posición de funcionario real. Es decir, que el juramento como funcionario real le ata a éste de tal modo que, si tuviera que cumplir con el juramento que se le hace prestar por el Nuevo Testamento, debería romper con lo primero. ¡Qué contradicción! ¡Y qué extraña clase de seriedad: se presta (¡qué solemne!) un juramento, un juramento cuya prestación es una contradicción! ¡Y qué degradante tanto para el Estado como para el cristianismo!

La exigencia cristiana para con el Estado debería ser la siguiente: que el Estado tenga la amabilidad de dispensar cuanto antes a todo el clero del juramento por el Nuevo Testamento, liberarle de ese juramento expresando que el Estado se ha metido en un asunto que no le compete, con lo cual se expresaría al mismo tiempo lo que es cierto: que Dios, si se me permite decirlo así, se desliga de todo el conjunto de pastores, les libera de su juramento.

¿SE JUSTIFICA DESDE EL PUNTO DE VISTA CRISTIANO QUE EL ESTADO DESCARRÍE AL PUEBLO, O QUE DESCARRÍE EL JUICIO DEL PUEBLO SOBRE LO QUE ES EL CRISTIANISMO?

Cuando tomamos lo puramente humano y dejamos de lado lo divino (el cristianismo), la situación es ésta: el Estado es la más elevada instancia humana, es, humanamente, lo más alto.

El pueblo y el individuo singular en el pueblo viven por eso de tal manera que todo lo que lleva una marca concreta de que está confirmado, aprobado, autorizado por el Estado, todo lo que en el Estado monárquico lleva la etiqueta de «la realeza», es considerado superior a esa misma cosa si carece de esta etiqueta, la cual, por la intermediación del Estado, da una seguridad (garantía) de que ahí hay algo en lo que se puede confiar, algo que debe respetarse.

Así vive el pueblo; y es deseable que viva así; pues de esta manera se es un súbdito tranquilo y apacible que reposa en la confianza en el Estado. Así vive el pueblo; desde la mañana hasta la noche el indivi-

duo recibe ininterrumpidamente esta impresión, todo su pensamiento está ligado a la idea de lo que es propio de la realeza, de lo que está autorizado por el Estado. Aun en las cuestiones más pequeñas se interpone este modo de ver; el empresario, el comerciante, etc., consideran que al obtener el permiso para aplicar a sus productos el adjetivo «real», valen más que los que no tienen ese adjetivo.

Volvamos ahora al cristianismo. Es lo divino, y *lo* divino que, justamente porque en verdad es lo divino, por ningún precio quiere ser un reino de este mundo; por el contrario, quiere que el cristiano arriesgue vida y sangre para evitar que se convierta en un reino de este mundo.

¡Y, sin embargo, el Estado, bajo el nombre de maestros en cristianismo, se encarga de instalar mil funcionarios reales!

¡Qué engañoso desde el punto de vista cristiano! El pueblo vive y respira, como he dicho, en la consideración de que lo que está autorizado por la realeza es lo máximo, es más que lo que no está autorizado por la realeza. El pueblo, por su parte, también aplica esto aquí: tiene mayor respeto por un maestro en cristianismo autorizado por la realeza que por otro que no lo está, y entre los autorizados por la realeza, a su vez, más respeto cuanto más distinguidos sean por el Estado, mayor rango tengan, más condecoraciones, mayores ingresos.

¡Qué confusión fundamental! Es (como cuando se habla de mutilar una lengua) mutilar el cristianismo o trastocarlo, es darle la vuelta completamente, o una manera elegante de practicarlo que lo deja de lado: ¡bajo la apariencia de cristianismo se vive el paganismo!

No, puesto que el cristianismo es precisamente lo contrario de los reinos de este mundo, la heterogeneidad, lo más verdadero es no estar autorizado por la realeza. El estar autorizado por la realeza puede ser una ventaja, una comodidad, una conveniencia para el pastor: *das ist was anders*[1]; pero cristianamente es una recomendación en contra, y lo es en la misma medida en que, de acuerdo con el escalafón estatal, se tenga una categoría superior, se tengan más condecoraciones, mayores ingresos.

QUE «EL ESTADO» CONTROLE LA CUENTA Y PRONTO SE VERÁ QUE ESTÁ RADICALMENTE EQUIVOCADA

La prueba es muy sencilla: que el Estado convierta la proclamación del cristianismo en praxis privada (y ésta es la única verdadera exi-

1. Esto es otra cosa.

gencia cristiana, así como también lo único razonable), y pronto se verá si aquí, en el país, hay un millón y medio de cristianos; y, consiguientemente, si en el país se necesitan mil pastores con familia.

Presumiblemente, la verdad será que no son realmente necesarios ni cien pastores; presumiblemente, la verdad será que ni uno solo de todos esos obispos, deanes, pastores, está en condiciones de hacerse cargo de una praxis privada.

Cuando en los exámenes se introdujo la lengua materna en lugar del latín, el hecho se convirtió en un agravante; pues entonces el examinando ya no tenía la excusa de que la lengua le impedía revelar todos sus conocimientos; así también la praxis privada en el campo de la religión es algo mucho más serio que esta estupidez de los funcionarios reales, en la que, al fin y al cabo, ni siquiera es necesario tener una religión, sino que se alcanza con discursear *qua*[2] funcionario remunerado por el Estado, protegido por el Estado, con prestigio asegurado *qua* funcionario real.

Lo que sostiene la ilusión de que existe un pueblo cristiano es en parte la generalizada apatía e indolencia humana, que prefiere no salir de la rutina; pero lo que sobre todo la sostiene son estos mil interesados, entre los cuales no hay uno solo que no esté interesado pecuniariamente en mantener la ilusión. Si se rompiera la ilusión, novecientos quedarían sin empleo, y los cien que estuvieran en condiciones de ejercer su trabajo en forma privada entenderían demasiado bien que sería algo totalmente distinto al actual servicio de uniformados con promoción gradual asegurada por el Estado, que puede llegar incluso a producir un salario de muchos miles. En el caso de que alguien requiera atención médica, evidentemente no se necesita que el Estado ayude a la gente a entenderlo. Pero cuando se les da libertad religiosa a los hombres, puede costar trabajo hacerles comprender su necesidad espiritual. Aquí es donde el Estado ayuda, pero ciertamente de una manera para nada cristiana: «¿Cómo? ¿Tú no necesitas para nada el cristianismo; acaso quieres ser enviado al reformatorio?»[3]. «¿Cómo? ¿Tú no necesitas para nada el cristianismo? Entonces es que quizá no tengas una gran necesidad de llegar a ser algo en la vida; ¡pues si no eres cristiano, todos los caminos se cierran para ti

2. En cuanto..., en su condición de...

3. En esta época, en Dinamarca, la confirmación era obligatoria y otorgaba ciertos derechos civiles: poder casarse, hacer la conscripción, tener licencia para abrir un comercio, practicar un oficio o acceder a un puesto de aprendiz. Esta condición se mantuvo a pesar de que en 1848-1849 se estableció la libertad de cultos al sancionarse una constitución y cambiar el régimen político de monarquía absoluta a monarquía constitucional.

en la sociedad!». ¡Ah! Esto constituyó una ayuda para la praxis del pastor, y es lo que principalmente le da para vivir; y por eso él «vive cristianamente» (para recordar un pasaje de Peder Paars[4]).

Es inútil; tenemos que eliminar todos los disfraces y las mistificaciones y las formalidades para llegar al fondo del asunto: que la pregunta sobre la subsistencia del orden eclesial establecido es una cuestión de dinero, que el solemne silencio del clero tiene una explicación muy sencilla. Es lo mismo que sucede en los negocios: cuando a uno le reclaman dinero, trata primero de ver si puede zafarse, haciendo como si no oyera. Sería preferible que el clero reconociera abiertamente la verdadera situación, pues la cosa no hace más que empeorar para él por culpa de su silencio. Cuando un hombre camina gravemente por la calle con pasos graves y medidos, uno se ve inducido a pensar: debe ser alguien fuera de lo común; pero si uno por casualidad se entera de que camina de este modo porque está un poco excedido de copas, que es por esto (para contrarrestar la ley de la gravedad y no caer en la cuneta) por lo que debe mantenerse tan grave, sería preferible que se balanceara un poco; quizá alguien se reiría, quizá; quizá ni siquiera se percataría de ese estado, pero, por el contrario, su gravedad llama la atención y no se salva de las bromas, que se vuelven más impías cuanto más se esfuerza por caminar más gravemente. Así sucede con el silencio del clero; una palabra transparente, franca, clara, le hubiera sido infinitamente más útil que este silencio, que con solemnidad, con mucha, mucha, elevada solemnidad esconde que se trata de una cuestión de dinero, y ahora los sarcasmos cobran sentido; la posición del clero, a causa de ese solemne y arrogante silencio, se vuelve muy interesante.

SI EL ESTADO EN VERDAD QUIERE SERVIR AL CRISTIANISMO, QUE ELIMINE LOS MIL MEDIOS DE VIDA

Mientras en Dinamarca existan mil medios de vida autorizados por la realeza para maestros en cristianismo, se estará haciendo todo lo posible para impedir el cristianismo.

Mientras haya mil medios de vida autorizados por la realeza, siempre habrá un número equivalente de personas que se propongan ganarse el pan de esa manera.

Entre ellos habrá unos pocos que quizás hayan recibido la vocación de anunciar el cristianismo. Pero justo en el instante en que esto

4. Poema cómico heroico de L. Holberg (1719), canto II, verso 48.

se convertía en una cosa seria para ellos y debían asumir la función de maestros sólo confiando en Dios y por su propia cuenta y riesgo, justo entonces el Estado les ofrece la comodidad de aceptar un empleo real, con lo cual esos pocos se embarullan en su relación con el cristianismo.

La amplia mayoría, en cambio, no tendrá la más mínima vocación para proclamar el cristianismo, sino que lo considerará simplemente como un medio de vida.

De este modo, el Estado logra llenar todo el país con un cristianismo podrido, que constituye la mayor dificultad para la instalación de un cristianismo verdadero, una dificultad mucho mayor que un completo paganismo.

Veamos un ejemplo. Si el Estado se dispusiera a impedir la verdadera poesía, sólo necesitaría –y eso que la poesía no es heterogénea respecto a este mundo como lo es el cristianismo– instalar mil medios de vida para funcionarios poéticos reales. Entonces pronto se cumpliría el propósito: el país quedaría tan sobrecargado de poesía podrida que la verdadera poesía se volvería casi imposible. Los poetas que realmente tuvieran vocación de poetas, justo en el instante crítico, se escabullirían del esfuerzo de aventurarse por su propia cuenta y riesgo, y elegirían la comodidad de un empleo autorizado por la realeza. Pero tal esfuerzo es, justamente, la condición para llegar a ser poeta con vocación. La mayoría sólo vería un medio de vida en ser poeta, un medio de vida que cualquiera se aseguraría rehuyendo la incomodidad de estudiar para los exámenes.

EL INSTANTE N.º 4
7 de julio de 1855

JUICIO MÉDICO

1

Cualquier médico admitirá que con un buen diagnóstico (es decir, con el juicio acerca de la enfermedad) se ha ganado más de la mitad, así como también admitirá que toda pericia, cuidado y esmero no ayudan en nada cuando no se ha diagnosticado correctamente.

Lo mismo sucede con lo religioso.

Se ha permitido y se permitirá mantener como válido esto de la «cristiandad», la idea de que todos somos cristianos; y de esta forma se ha destacado y se destacará a veces un aspecto de la enseñanza, a veces otro.

Pero la verdad es: no sólo no somos cristianos, no, ni siquiera somos paganos, a los que al menos podría predicarse la enseñanza cristiana sin subterfugios; en cambio, por una ilusión, una inmensa ilusión («cristiandad», estado cristiano, país cristiano, un mundo cristiano) nos vemos impedidos de llegar a serlo.

Y se pretende dejar intacta la ilusión, mantenerla en pie de manera inalterada y proporcionar una nueva presentación de la enseñanza cristiana.

Eso es lo que se pretende; y, en cierto sentido, es coherente, porque al estar uno preso de la ilusión (y con mayor motivo si además se está interesado en mantener esa ilusión), justamente por eso es necesario que se quiera lo que no puede sino alimentar la enfermedad – algo muy común, ya que lo que más le gusta al enfermo es precisamente lo que alimenta la enfermedad.

2

Imagina un hospital. Los pacientes mueren como moscas. Se prueba uno y otro método, pero nada da resultado. ¿Dónde está el problema? Está en el edificio, todo el edificio está envenenado; se atribuirá la muerte de los pacientes a diversas enfermedades, pero lo cierto es que todos murieron a causa del veneno que hay en el edificio.

Así sucede también con lo religioso. No se quiere admitir que el estado religioso es lamentable, que las personas están, desde el punto de vista religioso, en un estado miserable. Entonces uno opina que la solución sería procurarnos un nuevo libro de himnos; otro, que un nuevo misal; un tercero, una liturgia musical, etc., etc.

Pero es en vano; el problema está en el edificio. Toda esta pocilga de la iglesia estatal, que desde hace mucho tiempo no ha sido ventilada, todo el aire encerrado en esta pocilga, hablando espiritualmente, se ha transformado en veneno. Y por eso la vida religiosa está enferma o muerta, ¡ay!, porque justo aquello que desde el punto de vista mundano se considera salud es, cristianamente hablando, enfermedad, y, a la inversa, lo que cristianamente es sano, es considerado enfermo por lo mundano.

Dejemos que se derrumbe esta pocilga, librémonos de ella, cerremos todas estas boutiques y puestos de feria, los únicos que han sido exceptuados por el severo decreto sobre días feriados; imposibilitemos esta ambigüedad oficial, dejemos fuera de circulación a todos estos curanderos y proporcionémosles algún otro sustento – pues, mientras el médico autorizado por el rey es el verdadero médico y el no autorizado es el curandero, en lo que se refiere a lo cristiano es al revés: el maestro autorizado por el rey es el curandero, y lo es precisamente por estar autorizado por el rey. Volvamos a rendir culto a Dios en la sencillez, en lugar de burlarnos de él en edificios suntuosos, que vuelva la seriedad y se termine el juego – pues un cristianismo predicado por funcionarios reales remunerados y protegidos por el Estado, utilizando el poder de la policía contra los otros, un cristianismo así se parece tanto al cristianismo del Nuevo Testamento como flotar con salvavidas de corcho o inflable se parece a nadar; es decir, es jugar.

Sí, que suceda. Lo que el cristianismo necesita no es la protección asfixiante del Estado; no, necesita aire fresco, persecución y – la protección de Dios. El Estado sólo produce calamidades, detiene la persecución, y no es el medio para conseguir la protección de Dios. Sobre todo, liberemos al cristianismo del Estado, ya que con su protección lo aplasta hasta matarlo –como una mujerona que aplasta al bebé con su cuerpo hasta matarlo– y le enseña al cristianismo los malos hábitos más execrables: usar, bajo el nombre de cristianismo, el poder policial.

3

Una persona adelgaza día tras día, cada vez más, se consume. ¿Cuál puede ser la causa si no pasa necesidades? «No, ciertamente que no»,

dice el médico, «de ahí no viene el problema, sino de su forma de comer, de comer a destiempo, sin tener hambre, de usar estimulantes para despertar el apetito; así es como arruina su digestión y se debilita como si pasara necesidades».

Lo mismo sucede con lo religioso. Lo más funesto de todo es satisfacer aquello que aún no es necesidad. No se espera a que la necesidad aparezca, sino que se la provoca, o se busca producir con estimulantes algo que sea una especie de necesidad y luego se la satisface. ¡Oh, esto es indignante! Y, sin embargo, esto es lo que se hace en el ámbito religioso, y así se falsifica el sentido de la vida de las personas y se las ayuda a desperdiciarla.

Pues toda la maquinaria de la iglesia estatal y los mil funcionarios reales, que con el pretexto del cuidado del alma de los hombres falsifica lo más alto en la vida, hace surgir en ellos una preocupación por sí mismos, una necesidad para la cual seguramente van a encontrar un maestro, un pastor hecho a su medida, de forma que la necesidad no llega a surgir –y justamente la aparición de esta necesidad en la persona es el sentido más elevado de la vida– sino que, al ser satisfecha mucho antes de que surja, se le impide surgir. Y se pretende que este embrollo del género humano sea continuar la obra que el Salvador del género consumó. – Y ¿por qué? ¡Porque hay tantos y cuantos funcionarios reales que con sus familias tienen que vivir de esto en nombre del – cuidado de las almas!

LO INDIGNANTE

El cristianismo del Nuevo Testamento es sobre todo lo contrario a nosotros los hombres (para los judíos un escándalo, para los griegos una locura); está destinado a exasperarnos a nosotros los hombres hasta tal punto contra él, que tan pronto como se escucha es la señal para el más apasionado odio y la más cruel persecución. Y el Nuevo Testamento de ninguna manera pone un velo a todo esto. Por el contrario, lo dice de manera más terminante y decidida: cuando Cristo habla con los apóstoles, continuamente se escucha –y lo inculca una y otra vez– que no debieran escandalizarse, que debieran estar preparados para lo que les va a suceder. El discurso de los apóstoles atestigua suficientemente que debieron reconocer la verdad de lo que había sido preanunciado.

A nadie que se piense a sí mismo como cristiano se le podría ocurrir enojarse con una persona, si esa persona lo hiciera objeto de su odio y encono, por habérsele dicho lo que el cristianismo realmente

es; todo lo contrario, él, toda vez que se piense a sí mismo como cristiano, debería encontrar ese odio del otro totalmente natural.

Pero incluso hasta el más enconado contra él estaría de acuerdo y entendería que encuentre indignante el hecho de que se mantenga de generación en generación a toda una familia de parásitos que (llamados maestros en cristianismo y comprometidos por juramento con el Nuevo Testamento) se ganan la vida en nombre del cristianismo, llenándoles la cabeza a las personas con algo de su propia cosecha –la prueba totalmente decisiva de que no es el cristianismo del Nuevo Testamento–, parásitos que se ganan la vida en nombre del cristianismo, predicando justo lo contrario del cristianismo del Nuevo Testamento, desafiando la autorización real. Y esto, cristianamente, es tan ridículo como cuando en el juego de cartas se quiere matar el triunfo con una carta cualquiera o como querer legitimarse como pastor de ovejas con un certificado del lobo.

Esto es lo indignante. Quizá tampoco tenga parangón en la historia que una religión haya sido abolida así: a fuerza de prosperar – dado que se entiende por cristianismo lo contrario de lo que el Nuevo Testamento entiende por cristianismo, la religión del sufrimiento se ha convertido en la religión de la alegría de vivir, pero conservando el mismo nombre.

Esto es lo indignante: que la situación del cristianismo es, si se puede decir así, el doble de difícil que cuando llegó al mundo, porque ahora no tiene que enfrentarse con paganos y judíos, despertando su encono, sino con *cristianos*, debiendo despertar su encono exactamente en el mismo sentido en que en su tiempo despertó el de paganos y judíos; *cristianos* a quienes la mafia clerical de estafadores les ha hecho creer que lo son y que el cristianismo se canta con la festiva melodía de una canción báquica, e incluso con mayor vivacidad, porque estas canciones siempre tienen la melancolía de lo que pronto se acaba y de lo que dentro de cien años se habrá olvidado, mientras que la feliz canción báquica cristiana, según la aseveración de los pastores, «dura una eternidad».

VERDAD Y MEDIO DE VIDA

El consejero señor Zierlich de Heiberg tiene, como se sabe, tan alto sentido del decoro, que incluso encuentra indecoroso que se cuelguen juntas en el mismo ropero la ropa de mujer y la de hombre.

Si eso le preocupa al señor Zierlich, allá él; lo que por el contrario en nuestro tiempo sin carácter se hace necesario es el divorcio, la

separación entre lo infinito y lo finito, entre el afán por lo infinito y por lo finito, entre el vivir por algo y el vivir de algo, esas cosas que nuestro tiempo –de manera totalmente indecorosa– ha puesto en el mismo ropero, ha hecho confluir o confundir, mientras que el cristianismo, con la pasión de la eternidad, con el más terrible «o lo uno o lo otro», las mantiene separadas por un profundo abismo.

El cristianismo conoce bien al hombre y sabe qué clase de buen tipo es, lo fácil que es hacerle aceptar y jurar por cualquier cosa siempre que se le muestre cuál es el camino para ganarse la vida, para hacer carrera, para conseguirse una esposa, etc. Por eso el cristianismo, con el mayor celo policial, ha puesto una barrera para impedir la confusión entre cristianismo y medio de vida, cristianismo y carrera, cristianismo y compromiso matrimonial, etcétera.

No sucede así con el Estado, que ha hecho una misma cosa del cristianismo y del medio de vida, licenciado en Teología y compromiso matrimonial, etc., etc. Y por eso el cristianismo se ha transformado totalmente desde el instante en que el Estado se metió con él: mientras que la intervención de Cristo y de los apóstoles pudo conseguir esa bagatela de unos pocos cristianos, ahora hemos pasado a contarlos por millones: millones de cristianos y cien mil puestos para ganarse la vida – el cristianismo ha triunfado totalmente.

Sí, o quizá lo que haya pasado sea que ha triunfado bajo el nombre de cristianismo una formidable canallada: pues con todo el cristianismo sucede como con aquella inscripción «esto tiene que ser Troya»[1] en lugar de Troya, como el título impreso en el lomo de un libro vacío. De este modo, se puede introducir victoriosamente cualquier religión en el mundo; y el cristianismo introducido de este modo es, por desgracia, justo lo contrario del cristianismo. ¿O acaso, en nuestros tiempos sensatos, hay algún joven que no entienda fácilmente que si el Estado tuviera la ocurrencia de introducir, por ejemplo, la religión de que la luna está hecha de queso verde, y que para ese fin dispusiera de mil puestos para hombres con familia con posibilidades de ascenso paulatino, la consecuencia sería –siempre y cuando el Estado se mantuviera firme en su propósito– que después de unas generaciones las estadísticas podrían mostrar que esa religión (la luna está hecha de queso verde) era la dominante en el país?

Un medio de vida – ¡oh!, estas pruebas que se han aducido en favor de la verdad del cristianismo, estas eruditas, profundas y totalmente convincentes pruebas de Satán, que han llenado volúmenes, por las cuales la cristiandad coacciona al igual que el Estado con su

1. *Ulises de Ítaca*, de Holberg, acto 2, escena 1.

poder militar, ¿qué cuentan todas ellas en comparación con un medio de vida con el que, además, se puede hacer carrera?

Un medio de vida – que Juliana y Federico puedan estar juntos: ¡oh!, estas pruebas que han sido aducidas a favor de la verdad del cristianismo, estas eruditas, profundas y totalmente convincentes pruebas de Satán, ¡¿qué cuentan todas ellas en comparación con Juliana, con que Juliana y Federico puedan estar juntos?! Si en algún instante surgiera en Federico la idea de que «en realidad yo no creo en esta enseñanza y sin embargo debo predicarla a otros» – si tales pensamientos surgieran en Federico, entonces recurre a Juliana, ella puede espantar esos pensamientos. «Dulce Federico», dice ella, «estemos juntos: ¿para qué vas a andar atormentándote con tales pensamientos, si hay otros mil pastores como tú, si en resumidas cuentas eres un pastor como los otros?»

Sí, Juliana tiene un papel importante en procurar religiosos al Estado. Y por eso se tendría que haber tenido cuidado en apoyar a Juliana, así como en apoyar el medio de vida. Pues es posible que, tal como Don Juan le dice a Zerlina[2], sólo en los brazos tiernos de la esposa inocente reside la verdadera felicidad; y posiblemente sea verdad lo que tanto poetas como prosistas han testimoniado, que sólo en esos brazos tiernos se olvidan la miseria y furia del mundo. Pero la pregunta es si en esos brazos tiernos no se olvida demasiado fácilmente también otra cosa: qué es el cristianismo. Y cuanto más viejo me hago, tanto más claro me queda que esta paparruchada en la que el cristianismo, especialmente en el protestantismo y especialmente en Dinamarca, se ha sumido, en buena medida está conectada con el hecho de que estos brazos tiernos han interferido un poco demasiado, de modo que en nombre del cristianismo se podría exigir que las dueñas respectivas de esos brazos tiernos se retiraran un poco.

Sería muy significativo para enterarnos de la verdad acerca del cristianismo si se lograra que el medio de vida y Juliana se hicieran a un lado para poder ver. ¡Cuán deseable sería si el Estado lo entendiera de tal manera que diera a conocer que se siente comprometido a remunerar a los pastores con los que en algún momento firmó contrato, en el caso de que éstos entendieran que deben cesar en sus funciones! Parece que hay muchos que humanamente hablando son hombres honestos y respetables que sentirían su conciencia en alto grado aliviada – y en realidad es el Estado quien carga con la responsabilidad, el Estado, que llamándolos seductoramente ha mostrado a los jóvenes e inexpertos licenciados en teología y a sus prometidas

2. Zerlina: personaje de *Don Giovanni* de Mozart.

algo que cristianamente no tiene justificación. Después (una vez que uno se ha convertido en padre de familia, etc.), después, sí, entonces ya es después, ya no se tienen fuerzas para romper con este error, en el que uno, sin culpa, se ha metido, pero se permanece en él – con una conciencia atormentada.

VERDADEROS CRISTIANOS: MUCHOS CRISTIANOS

El interés del *cristianismo*, lo que éste quiere es: verdaderos cristianos.

El egoísmo del *clero* requiere de muchos cristianos, tanto por la ventaja pecuniaria como a causa del poder.

«Y esto resulta muy fácil, no cuesta nada; consigamos los niños, entonces les echamos a cada uno un chorrito de agua en la cabeza – y ya es cristiano; si alguno ni siquiera recibe el chorrito, no importa, siempre y cuando se imagine haberlo recibido y, de esa forma, ya es cristiano: así en muy poco tiempo tenemos más cristianos que arenques en la temporada de pesca, cristianos por millones, y somos, también por el poder del dinero, el más grande poder que el mundo ha visto jamás. Eso de la eternidad es y será el más ingenioso de todos los inventos, al menos cuando cae en las manos indicadas y prácticas; pues el Fundador, que era poco práctico, se equivocó en lo que el cristianismo propiamente es».

No, mejor quedémonos con lo que comparado con esto casi es pureza angelical, pero que no obstante el Estado sanciona con el correccional: ¡enriquecerse haciendo imitaciones de los sellos de la aduana o falsificando las etiquetas de fábricas famosas! Pero llegar a ser poderoso y ganar lo terrenal poniendo un sello falso en lo que fue servido en sufrimiento hasta el final y hasta lo sumo, hasta ser abandonado por Dios; poner un sello falso en relación con aquello que el que muriendo en la cruz confió a la integridad humana en la imitación; es decir, hacer esto sin conmoverse por el hecho de que fue el Amor, que sufrió, y que al morir el Amor confió su causa a la integridad humana, sin conmoverse por el hecho de que eran millones los que fueron defraudados así respecto de lo más alto y lo más sagrado, haciéndoles creer que eran cristianos: no, esto es terrible. Por lo común parece que la magnitud de un delito, su vileza, su vasta ramificación, inflama al agente de policía, le redobla el entusiasmo. Pero hay un límite; y si se supera, bien podría sucederle que, como alguien que está a punto de desmayarse, debe agarrarse a algo que lo sostenga, con el deseo de escapar para encontrar un consuelo en el llanto, lo que por lo demás nunca le había sucedido.

Ahora bien, así llegamos a los millones de cristianos, a los Estados cristianos, reinos, países, al mundo cristiano. Pero esto es sólo la primera mitad del crimen cristiano; ahora viene el refinamiento. El refinamiento, único en su clase, sin ninguna analogía; pues los que se enriquecen haciendo imitaciones de los sellos de la aduana o de fábricas famosas, no exigen ser honrados y respetados como los verdaderos amigos de la aduana o de dichas fábricas. Esto está reservado a los falsificadores cristianos. Este celo propio del egoísmo de reclutar muchos cristianos, de un modo que es justo lo contrario del cristianismo en lo más íntimo de su corazón, este celo se maquilla hasta hacerse pasar por verdadero celo cristiano y afán por la difusión de la enseñanza de Cristo, como si de este modo se sirviera al cristianismo y no fuera el cristianismo lo que se traiciona, sirviéndose a sí mismo. Sin embargo, este celo del egoísmo por falsificación fue etiquetado como celo y afán cristianos, estos falsificadores exigieron ser considerados como los verdaderos amigos del cristianismo. Y a estos infelices millones se les esquilmó su dinero y se los utilizó como poder mundano, mientras que por el otro lado se los estafó respecto de lo eterno, dejándolos ir con un galimatías: a estos millones que veneraban y adoraban a los falsificadores cristianos como los verdaderos servidores del cristianismo.

Hay faltas que comete una criatura, un niño, que se castigan con un tirón de orejas, y sería una locura total si el padre o el maestro por una falta así exigiera que el niño fuese castigado con trabajos forzados de por vida; por el otro lado, sería una locura total, en relación con los delitos que el Estado razonablemente castiga con trabajos forzados de por vida, considerar que podría bastar con un tirón de orejas. Pero en nuestros días, en estos estados y países cristianos en los que todos los pastores son testigos de la verdad, de lo que nunca se escucha hablar es de que hay delitos a los cuales, por una causa distinta de la del caso del niño, sería una suerte de locura castigarlos con trabajos forzados de por vida, porque el castigo no tendría ninguna proporción con el delito. Cuanto más tiempo vivo, más claro me queda que los verdaderos delitos no se castigan en este mundo: las faltas del niño se castigan, pero los suyos no son los verdaderos delitos. El Estado castiga delitos; pero los verdaderos delitos, en comparación con los cuales los delitos que el Estado castiga casi no pueden llamarse delitos, no se castigan – en el tiempo.

EN LA «CRISTIANDAD» TODOS SON CRISTIANOS; CUANDO TODOS SON CRISTIANOS, EL CRISTIANISMO DEL NUEVO TESTAMENTO *EO IPSO* NO EXISTE, MÁS AÚN, ES IMPOSIBLE

El cristianismo del Nuevo Testamento descansa en la idea de que se es cristiano en una *relación de contraposición*, que ser cristiano es creer, amar a Dios en una relación de contraposición. El cristiano, según el cristianismo del Nuevo Testamento, halla todo el esfuerzo, la lucha y el tormento en relación con lo exigido (morir, odiarse a sí mismo, etc.) y halla también el sufrimiento en la contraposición con otras personas, cosa de la que habla el cristianismo del Nuevo Testamento una y otra vez: ser odiado por otros, ser perseguido, sufrir por las enseñanzas de Cristo, etcétera.

En la «cristiandad» todos somos cristianos – la relación de contraposición se ha extinguido. Al vaciarlo de sentido se ha logrado que todos sean cristianos y que todo sea cristiano – y entonces vivimos (bajo el nombre de cristianismo) el paganismo. No se ha tenido el coraje de plantarse y rebelarse abiertamente contra el cristianismo, no, de manera hipócrita y astuta ha sido eliminado, falsificando la determinación de lo que es ser cristiano.

Sobre esto digo que se trata de : 1) un caso criminal cristiano; 2) jugar al cristianismo; 3) tomar a Dios por tonto.

Cada hora que se mantiene este estado de cosas, continúa el delito; cada domingo que se celebra misa de esta manera, se juega a ser cristiano y se toma a Dios por tonto; cada uno de los que participan en ese jugar al cristianismo y en tomar a Dios por tonto, está implicado en el caso criminal cristiano.

Sí, oh Dios, si no hubiera eternidad, la palabra menos verdadera que alguna vez hubiera sido dicha en este mundo, la habrías dicho tú, Dios de la verdad: no os apartéis de Dios, que con Dios no se juega.

LA DIFICULTAD DE MI TAREA

Nada es más fácil de ver que el cristianismo oficial, que lo que nosotros llamamos cristianismo no es el cristianismo del Nuevo Testamento, que ni se le aproxima, ni tiene la más remota similitud con él; y consideraría una cuestión menor lograr que a la gente le quedara esto claro, si no estuviera en juego una dificultad especial.

Si admitiéramos que lo que el Nuevo Testamento entiende por cristianismo y por ser cristiano fuera algo del agrado del hombre, algo que debería agradar y atraer al hombre natural, casi como si fuera su propia invención, como si le hablara su propio corazón: entonces, rápidamente tendríamos todo en orden.

Pero, pero, pero aquí reside la dificultad: justo lo que el Nuevo Testamento entiende por cristianismo y por ser cristiano es –cosa que el Nuevo Testamento de ninguna manera oculta, sino que reafirma tan decisivamente como es posible– lo más opuesto al hombre natural, un escándalo para él, algo contra lo que debe o bien rebelarse con salvaje pasión y porfía o bien quitárselo de encima astutamente, a través por ejemplo de la canallada de llamar cristianismo exactamente a lo contrario y entonces dar gracias a Dios por el cristianismo, por el gran e invalorable regalo de ser cristiano.

Al dar a conocer que lo que llamamos cristianismo, el cristianismo oficial, de ningún modo es el cristianismo del Nuevo Testamento, y al mostrar con este fin lo que el Nuevo Testamento entiende por cristianismo y ser cristiano, que es puro tormento, pena y miseria (pero que por cierto te asegura eternidad), mientras que lo que nosotros entendemos por cristianismo es placer y alegría de vivir (pero por cierto sin otra seguridad que la que pueda dar el pastor) – cuando digo esto, no puede evitarse que la mayoría confunda lo siguiente: que lo que yo aseguro que es el cristianismo del Nuevo Testamento no les agrada, y además: que si les agrada o no les agrada no tiene nada que ver con la pregunta acerca de lo que es el cristianismo del Nuevo Testamento; es más, el hecho de que no les agrade debe interpretarse como una señal de que lo que yo llamo el cristianismo del Nuevo Testamento es el cristianismo del Nuevo Testamento, ya que el propio Nuevo Testamento dice una y otra vez que no le agrada al ser humano, que es un escándalo para él.

Ciertamente, no es por nada por lo que yo he llamado esto de la «cristiandad» un caso criminal. El mensaje del cristianismo oficial, como era de esperar, no es que simplemente fue negligente, sino que lo falsificó desde la raíz – como sabemos, lo esencial para él es ganar adeptos, y el cristianismo es para él lo menos importante. El modo de proceder es el siguiente: se ponen en movimiento las pasiones humanas y lo que ya se sabe que les resulta atractivo, se lo llama cristianismo, se lo hace pasar por cristianismo – y así se ganan adeptos para el cristianismo.

El cristianismo del Nuevo Testamento es, por el contrario, lo que en grado sumo desagrada y rebela al hombre. Así predicado, no se ganan ni cristianos por millones ni sueldos ni beneficios terrenales. En cada generación es la excepción que haya un hombre que ejerza tal poder sobre sí mismo que pueda *querer* lo que no le agrada, que pueda aferrarse a *lo* verdadero que no le agrada, aferrarse a que es lo verdadero a pesar de que no le agrada, aferrarse a que es lo verdadero justamente porque no le agrada, y, no obstante, a pesar de

que no le agrada, es capaz de querer implicarse en ello. La mayoría de los hombres se desconcierta de inmediato, consciente o inconscientemente; aquello en lo que se meten debe ser algo que resulte agradarles y atraerlos.

A esto apuntan los falsificadores del cristianismo. Al explicar a los hombres lo que es el cristianismo invierten la cuestión así: puedes cerciorarte de que esto y aquello es el cristianismo por el hecho de que te atrae, en vez de: puedes cerciorarte fácilmente de que esto y aquello debería ser el cristianismo precisamente por la rebelión que suscita en lo más íntimo de tu corazón.

De esta manera la compañía clerical que especula con el número de hombres ha ganado a los hombres, les ha hecho creer que son cristianos, haciéndoles creer otra cosa bajo el nombre de cristianismo, algo que les agrada. Y esto ha complacido a los millones: además de llegar a ser cristianos, serlo de un modo tan barato y atractivo, en media hora y en un solo golpe dejar arreglado todo lo que tiene que ver con la eternidad, para poder entonces disfrutar plenamente de esta vida.

Fíjate, aquí reside la dificultad: de ninguna manera en poner en claro que el cristianismo oficial no es el cristianismo del Nuevo Testamento, sino en que el cristianismo del Nuevo Testamento y lo que el Nuevo Testamento entiende por ser cristiano es lo que menos agrada al hombre.

Y ahora podemos pensar en lo que significa lograr que los hombres que, desmoralizados por el mensaje de este cristianismo canalla y mal acostumbrados a que la señal de lo cristiano sea lo que los atraiga, quieran ver lo que el Nuevo Testamento entiende por cristianismo y lograrlo, mientras mil «curadores de almas» previsiblemente van a mover cielo y tierra para no perder a las ovejas y excitar en ellas todas las pasiones... que es imposible que esto y aquello pueda ser cristianismo, puedes cerciorarte fácilmente de ello, puedes sentir cómo te subleva.

Sí, vosotros, curadores de almas, vosotros habéis poblado el cielo. Qué vacío estaría el más allá si no hubierais existido; y estos millones, a los que con vuestra cura de almas habéis despachado – al cielo, ¡cómo os lo agradecerán y os bendecirán alguna vez en el cielo! En la vida civil se utiliza la expresión «vendedor de almas»[3] que tomada literalmente resulta inapropiada, pues en realidad sólo son los cuerpos lo que aquí se vende; sin embargo, la verdadera «venta de almas» –que es más consistente– está reservada a la cura de almas;

3. En castellano podría traducirse también como «negrero».

¡esta verdadera «venta de almas» no se castiga en este mundo, sino que se la honra y reverencia! La magnitud de un delito se relaciona también con la duración del tiempo; los verdaderos delitos ni siquiera podrían ser castigados en el tiempo, porque utilizan toda la temporalidad para originarse, y si se los castigara en el tiempo se les impediría llegar a ser los verdaderos delitos. ¡Éstos sólo son castigados por la eternidad!

LO OFICIAL – LO PERSONAL

Tú que lees esto, imagina el siguiente caso. Viene hacia ti un hombre (en modo alguno te da la impresión de que está loco) que de modo tranquilo, serio, pero profundamente conmovido, te dice: «Reza por mí, ¡oh! reza por mí»; ¿no es cierto que te causaría una impresión casi terrible? ¿Y por qué? Porque personalmente tuviste la impresión de que se trataba de una persona que probablemente debía librar la última batalla con un Dios personal, puesto que le decía a otra persona: reza por mí, reza por mí.

Cuando, por el contrario, lees, por ejemplo, en una *Carta pastoral*: Hermanos, tenednos presentes en vuestras intercesiones, al igual que nosotros incesantemente, noche y día, rezamos por vosotros y os tenemos presentes en nuestras intercesiones... ¿Por qué esto probablemente no te cause ninguna impresión? ¿No será porque sin querer tienes la sospecha de que se trata sólo de una fórmula, una perorata oficial de manual o de una cajita de música? ¡Ah! De lo oficial no se puede decir que tiene un gustillo desagradable, no, lo repugnante de lo oficial es que uno se vuelve tan infinitamente insulso con ello o por ello, porque no tiene gusto a nada, porque, para usar una expresión antigua, tiene el mismo gusto que sacar la lengua por la ventana y recibir un golpe en ella.

Y, por último, dado que el hombre contratado por el Estado como pastor para que, vestido de terciopelo, predique que Jesucristo vivió en la pobreza y enseñó eso de «seguidme», dado que el obispo Martensen probablemente ha decidido combatir sin tregua –por lo oficial– contra sectas y herejías, etc., y dado que además hay cientos al servicio de lo oficial..., entonces puede ser necesario que al menos haya uno que se ocupe de lo oficial. No me atrevo a este respecto a esperar ningún nombramiento por parte del Estado, más bien quizá –dicho entre nosotros– lo espero de parte de nuestro Señor. Pues bien, créeme, no hay nada tan repugnante para Dios, ninguna herejía, ningún pecado, nada tan repugnante para Dios como lo oficial.

Y puedes entenderlo fácilmente; dado que Dios es un ser personal, puedes concebir cuán repugnante es para él que se le quiera limpiar la boca con formularios, servirlo con solemnidad oficial, con discursos oficiales, etc. Sí, justamente porque Dios es, en el sentido más eminente, personalidad, pura personalidad, justamente por eso lo oficial es para él infinitamente más repugnante que para una mujer descubrir que se le quiere pedir la mano – utilizando la fórmula de un manual.

El INSTANTE N.º 5
27 de julio de 1855

TODOS SOMOS CRISTIANOS –
SIN TENER SIQUIERA IDEA DE LO QUE ES EL CRISTIANISMO

Permitidme ilustrar esto desde un único punto de vista.

Cuando el cristianismo exige amar al enemigo, se podría decir que, en cierto sentido, tiene una buena razón para exigirlo; pues, como sabemos, Dios quiere ser amado; y Dios es justamente, sólo humanamente hablando, el peor enemigo del hombre, tu enemigo mortal: quiere que tú mueras, que mueras para el mundo; odia aquello en lo que tú por naturaleza tienes depositada tu vida, aquello a lo que te agarras con todas tus ganas de vivir.

Los hombres que no mantienen ninguna relación con Dios disfrutan ahora –¡terrible ironía!– de la ventura de que Dios no los importune en esta vida. No, únicamente de aquellos a quienes ama, de aquellos que tienen relación con él puede decirse, sólo humanamente hablando, que él es su enemigo mortal – pero por amor.

Él es tu enemigo mortal; él, el Amor, él quiere por amor a ti ser amado por ti; esto significa que tú debes morir, morir para este mundo; de lo contrario, no puedes amarlo.

Él está sentado, omnipresente y omnisciente como es, cuidándote y conoce hasta lo mínimo que acontece en ti – ¡lo conoce él, tu enemigo mortal! Cuídate de desear algo, cuídate de temer algo; pues lo que desees no se cumplirá, sino más bien lo contrario; y cuanto más lo temas, tanto más pronto vendrá sobre ti. Pues él te ama y quiere ser amado por ti, las dos cosas por amor; pero en el momento en que hay algo que deseas, ya no piensas en él; y lo mismo sucede cuando hay algo que temes; o si lo pones en función de tu desear y temer, entonces no piensas en él, en y por sí mismo, esto es, no lo amas – y él quiere ser amado y lo quiere por amor.

Considera un ejemplo. Un profeta... Piensa en lo que significa ser profeta, cuán forzada y sacrificada es la vida de ese hombre, que renuncia a casi todo lo que nosotros, los hombres, por el contrario, damos valor. ¡Piensa en el profeta Jonás! Un hombre al servicio de Dios, forzado y atormentado, que tiene el humilde deseo de descansar

un poco bajo la sombra de un árbol. Encuentra este árbol, la sombra, el descanso en esa sombra, bajo ese árbol. Le sienta tan bien que presumiblemente *desea* poder conservar este respiro, y *teme* que pueda serle quitado – y, entonces, sucede lo que tenía que suceder: enseguida Dios todopoderoso pone su atención en ese árbol y le ordena a un gusano que socave su raíz.

Así de terrible, hablando sólo humanamente, es Dios en su amor, así de terrible, hablando sólo humanamente, es ser amado por Dios y amar a Dios; de manera que la proposición subordinada de la oración: «Dios es amor», es: «Él es tu enemigo mortal».

– – – y entonces jugamos al juego de que todos somos cristianos, de que todos amamos a Dios, pues las personas, hoy día, por «Dios es amor» y por «amar a Dios» no entienden otra cosa que el caramelo pegajoso y empalagoso con el que comercian los testigos de la verdad de lo que es mentira.

Si damos por sentado que no hay Dios, ni eternidad, ni rendición de cuentas, el cristianismo oficial sería un invento de lo más encantador y de buen gusto para hacer de un modo razonable que esta vida sea tan deleitosa como sea posible, más deleitosa que aquella a la que el pagano podría aspirar. Pues lo que siempre atormentaba al pagano amante del deleite era, como se sabe, la cuestión de la eternidad; pero el cristianismo oficial ha invertido la cuestión de la eternidad de tal modo que sirve en realidad para darnos el gusto y las ganas de alegrarnos y deleitarnos por esta vida.

Al igual que si un compositor de variaciones, a partir de uno o dos pasajes de una marcha fúnebre, se hubiera tomado la licencia poética de componer una galopa desenfrenada, así también el cristianismo oficial se ha tomado, a partir de algunas frases del Nuevo Testamento (la enseñanza de la cruz y del tormento y del espanto y del estremecimiento ante la eternidad, etc.), la licencia poética de componer un bonito idilio con procreación de niños y rondas infantiles, un idilio donde todo es tan alegre, tan alegre, tan alegre, en que el pastor (una especie de músico divino del Estado), por dinero, hace que el cristianismo –que enseña a morir para el mundo– interprete música en casamientos y nacimientos, un idilio, en fin, en el que todo es gozo y alegría en este mundo –que, según la enseñanza cristiana, es un valle de lágrimas y cautiverio–, este mundo magnífico que, sin embargo, sólo es –sí, según el Nuevo Testamento es el tiempo de la prueba para la rendición de cuentas y el juicio– un anticipo de la todavía mucho más deleitosa eternidad que el pastor garantiza a las familias que, por su relación con él, han manifestado interés por lo eterno.

UN GENIO – UN CRISTIANO

Nadie dejaría de admitir que no cualquiera es un genio. Pero que un cristiano sea algo aún más raro que un genio – esto es algo que astutamente se ha hecho caer en el olvido.

La diferencia entre un genio y un cristiano es que el genio es lo extraordinario de la naturaleza; nadie puede hacer de sí mismo un genio. Un cristiano es lo extraordinario de la libertad, o, más precisamente, lo ordinario de la libertad, y aunque es extraordinariamente raro encontrar uno, es lo que cada uno de nosotros debería ser. Por eso Dios quiere que el cristianismo se proclame incondicionalmente a todos, por eso los apóstoles son hombres sencillos, el modelo en la figura de un humilde siervo, todo para señalar que esto extraordinario es lo ordinario, accesible a todos – y sin embargo, un cristiano es algo aún más raro que un genio.

Pero que nadie se deje engañar: del hecho de que ser cristiano sea accesible a todos, posible para todos, no se sigue que sea algo fácil y que haya muchos cristianos. No; esto debe ser posible para todos; si no, no sería lo extraordinario de la libertad; pero, de todos modos, que alguien llegue a ser cristiano es algo más raro que un genio.

Si damos por sentado que estos batallones de millones y millones de cristianos están en lo cierto, surge una objeción muy significativa: las condiciones del cristianismo no guardan ninguna analogía con el resto de la existencia. Normalmente vemos por todas partes las proporciones desmesuradas propias de la existencia; la posibilidad de millones de plantas se disipa como el polen, millones de posibilidades de seres vivos se pierden, etc., etc., por cada genio hay miles y miles de personas que no lo son, etc.; siempre la enorme prodigalidad. Sólo en relación con el cristianismo es distinto: en relación con lo que es más raro que un genio se acepta que cada uno que nace es un cristiano.

Además habría otra objeción muy significativa si se toma como verdadero que existen millones de cristianos. La tierra es sólo un pequeño punto en el universo – y, sin embargo, el cristianismo estaría reservado a ella y por un precio de oferta tal que todo el que nace sería cristiano.

La cuestión se presenta de otra manera cuando se ve que ser cristiano es una idealidad tal que, en lugar del disparate de la cristiandad y de los 1.800 años de historia del cristianismo y de que el cristianismo es perfectible, bien puede formularse esta proposición: el cristianismo en realidad no ha entrado en el mundo, se quedó en el modelo y a lo sumo en los apóstoles; pero ya éstos lo predicaron

dando tanta importancia a la propagación, que allí comenzó la distorsión. Pues una cosa es trabajar por la difusión, de forma que sin descanso y a toda hora se predique la enseñanza de Cristo a todos, y otra es ser demasiado ligeros para permitir que todos, por centenares, por miles, tomen el nombre de cristianos, y que se hagan pasar por discípulos de Jesucristo. El mensaje del modelo era otro; pues así como incondicionalmente predicó su enseñanza a todos, viviendo sólo para eso, así también fue incondicionalmente prudente en cuanto a quién podía ser discípulo y llamarse de ese modo. Aunque un grupo de personas se hubiera dejado llevar por el discurso de Cristo, no por eso hubiera permitido que de inmediato esos miles se llamaran sus discípulos. No, él era mucho más prudente. Por eso en tres años y medio sólo consiguió once – mientras que un apóstol en un día, aproximadamente en una hora, consiguió tres mil discípulos de Cristo[1]. O bien aquí el discípulo es más grande que el maestro o bien el apóstol es un poquito demasiado ligero en consentir, un poquito demasiado ligero en privilegiar la propagación; de modo que la distorsión ya empieza aquí.

Sólo la autoridad divina podía deslumbrar al género humano de tal modo que se llegara a una seriedad incondicional para querer incondicionalmente lo eterno. Sólo el Dios-hombre puede unir esto: el trabajar incondicionalmente por la propagación y el ser incondicionalmente prudente en cuanto a qué se entiende por discípulo. Sólo el Dios-hombre sería capaz de perseverar, si fuera imaginable, durante mil años y otros mil años más en el trabajo incondicional por la propagación de las enseñanzas a través de la predicación, aunque no hiciera un solo discípulo, a menos que estuviera dispuesto a cambiar las condiciones. El apóstol tiene la necesidad egoísta de alivio que satisface consiguiendo adeptos, siendo muchos, cosa que el Dios-hombre no tiene, pues no necesita adeptos de manera egoísta, y por eso la eternidad es lo único que no tiene precio de mercado.

Así sucedió cuando Cristo predicó el cristianismo. El género humano quedó incondicionalmente deslumbrado.

Pero *naturam furca expellas*[2], siempre vuelve. El hombre tiende a invertir la relación. Así como un perro que es obligado a caminar a dos patas tiene a cada instante la tendencia a volver a caminar a cuatro, y tan pronto como ve la oportunidad lo hace, y sólo espera

1. Hch 2, 41.

2. Parte de una cita de Horacio (*Epístolas*, I, 10,24) que dice: *Naturam expelles furca, tamen usque recurret* («Por más que apartes a la naturaleza con un horcón, ella volverá»).

que esa oportunidad se presente; así también toda la cristiandad es el esfuerzo del género humano para volver a caminar a cuatro patas, para quitarse de encima el cristianismo, y lo hace astutamente no sólo en nombre del cristianismo sino, además, con la pretensión de ser la perfección del cristianismo.

Primero se mostró la otra cara del «modelo». El modelo dejó de ser el modelo, y se hizo el redentor; y en lugar de verlo en orden a la imitación, se optó sólo por sus beneficios y se deseó estar en el lugar de los beneficiarios, lo cual está tan trastrocado como si alguien fuera presentado como modelo de generosidad, no para imitar su generosidad, sino para ocupar el lugar de aquellos con quienes fue generoso.

De este modo se extinguió el modelo. También se eliminó al apóstol como modelo. Después también el cristianismo primitivo como modelo. Y así se terminó consiguiendo... volver a caminar a cuatro patas, y que esto, justamente esto, fuera el verdadero cristianismo. Con la ayuda de dogmas se aseguró contra todo lo que pudiera, aunque sólo fuera con un poco de verdad, llamarse modelo cristiano, y así se avanzó a toda vela hacia la perfectibilidad.

EL CRISTIANISMO DEL HOMBRE DEL ESPÍRITU; EL CRISTIANISMO DE LOS HOMBRES QUE SOMOS NOSOTROS

Cuando confronto un cristianismo con otro, no se me ocurriría malinterpretarlo, como si me hubiera puesto de acuerdo con el veterinario pastor Fog, en que hay dos clases de cristianismo. No, yo los pongo uno frente al otro, en la opinión inalterada de que el cristianismo del Nuevo Testamento es el cristianismo, y el otro, una canallada, y que no se parecen más que el cuadrado al círculo. Pero la razón por la cual los pongo uno frente a otro es para iluminar con un par de palabras lo que he expresado en un artículo en *Fædrelandet*[3]: pienso si no habrá sucedido que nosotros los hombres, esta generación, nos hemos degenerado tanto que ya no nacen hombres que puedan sostener lo divino, el cristianismo del Nuevo Testamento; y de ser así, quedan invalidadas de la manera más simple todas las pruebas de los pastores comprometidos por juramento de que el cristianismo oficial es el cristianismo del Nuevo Testamento y de que el cristianismo está vivo.

Existen dos diferencias fundamentales entre el hombre del espíritu y los hombres que somos nosotros, en las cuales quiero centrar la

3. Se refiere al artículo titulado «Den religiøse tilstand», publicado el lunes 26 de marzo de 1855 en el n.º 72 de *Fædrelandet*.

atención y así volver a iluminar la diferencia entre el cristianismo del Nuevo Testamento y el cristianismo de la «cristiandad».

1) El hombre del espíritu se diferencia de los hombres que somos nosotros en que, si puedo decirlo así, el primero está tan sólidamente construido que puede sostener en sí una reduplicación[4]; los hombres que somos nosotros, por el contrario, somos como una pared de adobe comparada con un muro de piedra, tan flojos y débiles que no podríamos sostener una reduplicación. Pero el cristianismo del Nuevo Testamento justamente se relaciona con una reduplicación.

El hombre del espíritu puede sostener en sí una reduplicación, puede soportar con su razón que algo sea contrario a la razón y no obstante quererlo, puede soportar con su razón sustentar que algo cause escándalo y no obstante quererlo; que algo, humanamente hablando, lo haga infeliz y no obstante quererlo, etc. Justamente así se configura el cristianismo del Nuevo Testamento. Los hombres que somos nosotros, en cambio, no podríamos soportar o sostener en nosotros una reduplicación; nuestra voluntad altera nuestra comprensión. Nuestro cristianismo (el de la «cristiandad») se adapta a esta situación: suprime de lo cristiano el escándalo, la paradoja, etc., y pone en su lugar la verosimilitud, lo directo, es decir, transforma al cristianismo en algo muy distinto de lo que es en el Nuevo Testamento; sí, justo en lo contrario, y éste es el cristianismo de la «cristiandad» (el de los hombres que somos nosotros).

2) El hombre del espíritu se distingue de los hombres que somos nosotros por su capacidad de soportar el aislamiento; su rango, como hombre del espíritu, es proporcional a la intensidad con que puede soportar el aislamiento, mientras que los hombres que somos nosotros permanentemente necesitamos de «los otros», del grupo; nos morimos, nos desesperamos, si no estamos resguardados por la pertenencia al grupo, por tener la misma opinión que el grupo, etcétera.

Pero el cristianismo del Nuevo Testamento coincide, se relaciona con el aislamiento del hombre del espíritu. Cristianismo en el Nuevo Testamento es amar a Dios en el odio al hombre, en el odio a sí mismo y, por tanto, a otros hombres, en el odio al padre, a la madre, a su propio hijo, a su esposa, etc.[5]: la expresión más fuerte del más dolo-

4. La repetición es uno de los conceptos fundamentales de Kierkegaard. La palabra danesa que se traduce por «repetición» es *Gjentagelse*, título, además, de uno de los primeros libros de Kierkegaard (1843). En este pasaje, en cambio, la palabra danesa que aparece es *Fordoblelse*, que traducimos por «reduplicación», y que también podría traducirse por «duplicación», «redoblamiento». Queda a juicio del lector dilucidar si la *Fordoblelse* de este pasaje es equivalente a *Gjentagelse*.

5. Lc 14, 26.

roso aislamiento. – Y a propósito de esto digo: ya no nacen hombres así, de esta calidad y calibre.

El cristianismo de los hombres que somos nosotros consiste en amar a Dios en concordancia con amar y ser amado por los otros hombres; permanentemente los otros, el grupo, están presentes.

Permitidme poner un ejemplo. En la «cristiandad» esto es cristianismo: un hombre con una señorita del brazo llega al altar donde un atildado pastor vestido de seda, medio versado en poesía, medio en el Nuevo Testamento, pronuncia un discurso medio erótico, medio cristiano, una ceremonia nupcial. Esto es cristianismo en la «cristiandad». El cristianismo del Nuevo Testamento sería: si aquel hombre realmente pudiera amar de tal manera que la novia fuera en verdad la única amada con toda la pasión del alma –y esta clase de hombres ya no existe– entonces, odiándose a sí mismo y a la amada, debería abandonarla para amar a Dios. – Y a propósito de esto digo: ya no nacen hombres así, de esta calidad y calibre.

EL CRISTIANISMO DEL NUEVO TESTAMENTO Y EL CRISTIANISMO DE LA «CRISTIANDAD»

El pensamiento del cristianismo era: querer cambiarlo todo.

El resultado, el cristianismo de la «cristiandad», es: todo, absolutamente todo, ha quedado como estaba, sólo que todo ha tomado el nombre de «cristiano» – y, entonces (¡que empiece la música!), ¡entonces vivimos el paganismo, tan alegremente, tan alegremente, una vuelta y otra vuelta y otra vuelta; o, mejor dicho, vivimos el paganismo refinado con la ayuda de la eternidad y con la ayuda de que todo es cristiano!

Inténtalo, toma lo que quieras, y te bastará para ver que es como yo digo.

Si lo que el cristianismo quería era: castidad – basta de prostíbulos; el cambio fue que los prostíbulos continuaron existiendo como en el paganismo; la magnitud de la lubricidad, igual; pero ahora son prostíbulos «cristianos». Un proxeneta es un proxeneta «cristiano», tan cristiano como todos nosotros; excluirlo de los medios de la gracia... «¡Oh!, Dios nos libre», dirá el pastor, «¿a dónde vamos a llegar si empezamos a excluir a miembros que pagan, aunque sea sólo uno?». Se muere, y en proporción con lo que ha pagado recibe un aceptable elogio junto a su tumba. Y después de haber ganado su dinero de una manera, cristianamente, tan vil y tan ruin –pues, cristianamente, hubiera sido preferible que el pastor lo robara–, el pastor regresa a su

casa, está apurado, tiene que ir a la iglesia a – declamar o, como dice el obispo Martensen, a testimoniar.

Si lo que el cristianismo quería era: honradez y sinceridad, basta de engaños – el cambio producido es que el engaño continúa existiendo como en el paganismo, «cada uno» (¡cristiano!) «es ladrón en su oficio»; pero el engaño tomó el predicado «cristiano», se convirtió en engaño «cristiano» – y el «pastor» invoca la bendición sobre esta sociedad cristiana, sobre este Estado cristiano, donde se engaña como en el paganismo y, además, pagando al «pastor», el mayor engañador, se engañan a sí mismos tomando esto por cristianismo.

Si lo que el cristianismo quería era: seriedad en la vida y supresión de los honores de la vanidad – todo quedó como estaba; el cambio fue que todo tomó el predicado «cristiano»; se hicieron cristianos los títulos, los rangos, el tintineo de las condecoraciones – y el pastor (¡éste, de todos los equívocos, el más indecente; de todas las ridiculeces, la más ridícula mezcolanza!) se pone feliz al ser – decorado con la «cruz», ¡la cruz![6]. Sí, en el cristianismo de la «cristiandad», la cruz se ha convertido en algo parecido al caballito de palo y a la trompeta del niño.

Y así con todo. Si hay en el hombre natural, además del instinto de conservación, algún instinto fuerte, ése es el instinto de la reproducción de la especie, al cual el cristianismo busca aplacar enseñando que es mejor no casarse; pero, si no queda otro remedio, es mejor casarse que quemarse. Sin embargo, en la cristiandad la reproducción de la especie se convirtió en lo serio de la vida y en cristianismo; y al pastor –¡esta personificación del disparate arrebujada con largos vestidos!– al pastor, maestro en cristianismo, cristianismo del Nuevo Testamento, se le han fijado los ingresos en relación con la actividad de los hombres a favor de la reproducción de la especie; ¡por lo visto recibe algo por cada niño!

Como he dicho, inténtalo, y encontrarás que todo es como digo. El cambio en relación con el paganismo es que todo permaneció inalterado, pero tomó el predicado de cristiano.

CUANDO TODOS SON CRISTIANOS, EL CRISTIANISMO *EO IPSO* NO EXISTE

Esto, cuando se muestra, es muy fácil de ver; y una vez visto, es inolvidable.

6. Nombre de una condecoración que otorgaba el rey.

Cualquier determinación válida para todos no puede tener influencia sobre la existencia misma, sino que debe o bien servir de fundamento para la existencia o bien quedar fuera como insignificante.

Considera la determinación «hombre». Todos somos hombres. Esta determinación no tiene una influencia decisiva sobre la existencia humana, pues se parte de la suposición de que todos somos hombres; esta determinación está antes del comienzo, y sirve de fundamento: todos somos hombres – y de ahí se parte.

Éste es un ejemplo de una determinación válida para todos que sirve de fundamento. La otra, es una determinación que también concierne a todos y está antes del comienzo, pero queda afuera como insignificante.

Supón –y no discutamos si es una suposición extraña; tenemos que aclarar la cuestión– que todos fuéramos ladrones, que todos fuéramos lo que la policía llama personas con antecedentes – si todos lo somos, esa determinación no tiene *eo ipso* absolutamente ninguna influencia sobre nada, viviríamos exactamente como vivimos, cada uno valdría lo que ahora vale; algunos –personas con antecedentes, es decir, dentro de la determinación de que todos somos personas con antecedentes– son señalados como ladrones y bandidos; otros –personas también con antecedentes– son altamente considerados, etc.; en síntesis: todo, hasta el más mínimo detalle, sería como ya es, pues si todos somos personas con antecedentes, este concepto desaparece; cuando todos lo son, serlo es igual a nada; ser una persona con antecedentes cuando todos lo somos no es que diga algo, sino que no dice absolutamente nada.

Exactamente lo mismo sucede con eso de que todos somos cristianos. Si todos somos cristianos, entonces el concepto desaparece, ser cristiano es algo que está antes del comienzo, fuera – y de esto se parte, vivimos entonces lo meramente humano exactamente como en el paganismo; la determinación «cristiano» no puede influir decisivamente en nuestra vida porque, puesto que todos lo somos, justamente por esto ha sido puesto fuera.

El pensamiento de Dios con respecto al cristianismo era, si puedo decirlo así, dar a conocer con claridad su opción en favor de nosotros los hombres. Para ese fin hizo que «individuo» y «especie», el singular y la multitud, no encajaran, los puso el uno contra el otro, colocó entre ellos la determinación de la discordia; pues ser cristiano, según su pensamiento, era justamente la determinación de la discordia del singular con la «especie», con los millones, con la familia, con el padre y la madre, etcétera.

Dios lo hizo de este modo, *en parte* por amor, pues él, el Dios del

amor, quiso ser amado; pero es un conocedor demasiado grande de lo que es el amor como para habérselas con la canallada de ser amado por batallones o por naciones enteras, que a la orden de *ein, zwei, drei*[7] se forman para el desfile de la Iglesia; no, la fórmula siempre es: el singular contra los otros; y *en parte* lo hizo como el gobernante, para así dirigir a los hombres y educarlos. Éste fue su pensamiento, por más que nosotros los hombres en cierto sentido podríamos decir, si nos atreviéramos a ello, que la ocurrencia más agraviante que Dios pudo tener fue hacernos encajar de este modo, o de este modo impedirnos aquello que, como criaturas animales, consideramos como el verdadero bienestar: correr juntos en manada, el uno siempre «como los otros».

Dios lo logró; deslumbró realmente a los hombres.

Pero poco a poco la especie humana volvió en sí y, sagaz como es, vio que mediante el poder no es posible quitarse de encima el cristianismo – entonces hagámoslo mediante la astucia: todos somos cristianos, entonces *eo ipso* el cristianismo ha quedado abolido.

Y aquí estamos ahora. Todo es una canallada; estas dos mil iglesias –o cuantas sean– son, cristianamente, una canallada; estos mil pastores de terciopelo, seda, paño, bombasín, cristianamente son, de igual forma, una canallada – pues todo se funda en el supuesto canalla de que todos somos cristianos, lo que justamente es la abolición más canalla del cristianismo. Por eso también es una clase particular de eufemismo cuando nos tranquilizamos pensando que todos nos salvaremos o que «yo me salvaré igual que todos los otros», pues así no se es recibido en el cielo, así no se llega, como tampoco se puede llegar por tierra a Australia.

UNA REBELIÓN COMO DESAFÍO – UNA REBELIÓN COMO HIPOCRESÍA O SOBRE LA DEFECCIÓN DEL CRISTIANISMO

Se sabe que el hombre es una criatura rebelde, pero no siempre se presta atención a que, en gran medida, es una criatura inteligente – y más cuando se trata de carne y sangre y bienestar terrenal. Esto es así, lo que, por lo demás, no quita que pueda ser cierta la queja sobre la estupidez humana.

Cuando hay algo que no le gusta, el hombre sopesa con inteligencia si el poder que manda sobre él es mayor que el poder que él es capaz de oponerle. Si se convence de que oponerse es posible, se rebela como desafío.

7. Un, dos, tres (en alemán en el original).

Pero si el poder que manda lo que no le gusta lo supera, de tal manera que no puede, bajo ninguna condición, rebelarse como desafío – el hombre entonces apela a la hipocresía.

Con relación al cristianismo, que no se haya notado la defección que ha sucedido hace mucho se debe a que no ha sucedido como rebelión sino como hipocresía. Precisamente la cristiandad es la defección del cristianismo.

En el Nuevo Testamento, según la propia enseñanza de Cristo, ser cristiano, hablando de forma puramente humana, es todo tormento, un tormento comparado con el cual todos los otros sufrimientos humanos son casi sólo juegos de niños. De lo que Cristo habla –y no lo hace de forma velada– es de crucificar la carne, odiarse a sí mismo, sufrir por las enseñanzas de Cristo, llorar y gritar de dolor, mientras el mundo se alegra; habla de los sufrimientos más desgarradores al odiar al padre, a la madre, a la esposa, a su propio niño; habla de ser lo que la Escritura dice acerca del modelo –y ser cristiano tiene que responder al modelo–: un gusano, no un hombre[8]. De ahí todas esas constantes exhortaciones a no escandalizarse, no escandalizarse porque, lo que en el sentido divino y más elevado es la salvación, la ayuda, tiene que ser terrible desde el punto de vista humano.

Así, por lo que se refiere a ser cristiano. Mira, nada de esto es una pequeñez para los hombres, y seguramente hubiéramos preferido ser dispensados de ello. Sí, si algún poder humano hubiera encontrado alguna solución, entonces el hombre de inmediato se hubiera rebelado como desafío.

Pero desafortunadamente Dios es un poder contra el que uno no se rebela como desafío.

Entonces «el hombre» apeló a la hipocresía. Ni siquiera tuvo el valor y la honestidad y la verdad de decirle directamente a Dios: «esto no lo puedo aceptar»; apeló a la hipocresía, y así creyó quedar plenamente seguro.

Se apeló a la hipocresía, se falsificó la determinación de lo que es ser cristiano. Ser cristiano, se dijo, es pura felicidad: «Qué sería de mí, ¡oh!, qué sería de mí si no fuera cristiano; ¡oh!, qué bien invalorable es ser cristiano; sí, ser cristiano, sólo eso da verdadero sentido a la vida, gusto a las alegrías y alivio a los sufrimientos».

Así todos nos volvimos cristianos. Y a partir de ahí se continuó aparatosamente con palabras grandilocuentes y modos de hablar rimbombantes y miradas celestiales y lágrimas a torrentes, todo hecho por artistas a sueldo con ese fin, los cuales no pudieron encontrar

8. Sal 22, 6.

mejores expresiones para agradecer lo suficiente a Dios por el enorme bien de ser cristianos, etc. – y el secreto era: hemos falsificado el concepto de ser cristiano, pero esperamos que gracias a una hipócrita y canalla adulación y dulces palabras, dando gracias una y otra vez porque –siendo lo contrario de lo que Dios entiende por ser cristiano– de este modo esperamos, engañándonos a nosotros mismos, ponerle una nariz de payaso; agradeciéndole tan ardorosamente ser cristianos, esperamos librarnos de llegar a serlo.

Mira, por eso una iglesia es el lugar más equívoco. Ciertamente hay otros lugares llamados equívocos pero que en realidad no lo son, porque son inequívocamente lo que son; el hecho de que se les llame «equívocos» impide que sean realmente equívocos. Una iglesia, por el contrario, sí es un lugar equívoco; una iglesia autorizada por el rey en la «cristiandad» es lo más equívoco que alguna vez haya existido.

Pues burlarse de Dios no es equívoco, pero hacerlo en nombre de rendirle culto es equívoco; querer abolir el cristianismo no es equívoco, pero abolir el cristianismo diciendo difundirlo, es equívoco; dar dinero para trabajar en contra del cristianismo no es equívoco, pero recibir dinero para trabajar en su contra diciendo trabajar por él, es equívoco.

PRESTACIÓN DE UN JURAMENTO O LO OFICIAL: LO PERSONAL

Permitidme contar un pequeño suceso del mundo del crimen, psicológicamente apreciable.

Se trataba de un caso en el que, como se dice, se podía «quedar libre» mediante juramento – es decir, librarse temporalmente a cambio de atarse eternamente por un perjurio; la persona en cuestión era bastante conocida y había sido con frecuencia condenada por la autoridad, la cual no tenía en su poder impedir el juramento pero, desde la moral, tenía la íntima convicción de que estaba ante un juramento falso; sin embargo, esa persona prestó el juramento.

Una vez cerrado el caso, el juez visitó al sujeto en la celda, conversó en privado con él y le dijo: «¿Te atreverías a darme la mano en señal de que lo que juraste era verdad?». «No, señor Juez, respondió, no lo haré».

He aquí un ejemplo de la diferencia entre lo oficial y lo personal. Para alguien que en esencia pertenece al mundo del crimen, quedar libre mediante juramento es algo oficial, es algo que hará sin vacilar ni un instante o sobre cuya justificación no tiene la más mínima duda,

ya que lo conoce por una larga práctica; para él ya está decidido que esto se hace oficialmente, impersonalmente; el arte consiste en dar la vuelta al caso con habilidad, de modo de quedar libre mediante juramento; el juramento es como decir «salud» a alguien que estornuda o escribir *S. T.*[9] en una carta. En vano el juramento y la solemnidad de la prestación buscan impresionarlo para comprometerlo personalmente; en vano, pues él está –¡se trata de un negocio!– de manera oficial, oficialmente armado contra toda impresión que de antemano sabe que se va a ejercer contra él, y entonces presta oficialmente el juramento; todo lo hace, así lo entiende él, *ex officio*[10].

Pero personalmente, no; personalmente no podía decidirse a confirmar en forma solemne una mentira. «¿Te atreverías a darme tu mano en señal de eso?». «No, señor Juez, no lo haré».

Cualquiera que tenga la más mínima práctica reconocerá sin dudarlo la exactitud de que (pasando a un mundo por completo distinto) no pocas veces se logra que un pastor, en una conversación privada, sobre todo cuando ésta lo afecta personalmente, admita otra convicción que la que expone *ex officio*, o que quizá personalmente dude de lo que *ex officio* expone con «total convicción». ¡Y sin embargo el pastor está comprometido por juramento, él ha prestado un juramento que debería asegurar que lo que expone es su convicción! ¡Ah, sí, pero esto de prestar un juramento en el mundo del pastor pertenece a lo oficial – así debe ser, si se quiere acceder a este cargo vitalicio! Se presta juramento oficialmente, se expone oficialmente aquello con lo que se está comprometido por juramento. «Pero contésteme con toda sinceridad, querido pastor P., ¿me daría su mano en señal de que es efectivamente su convicción o lo ratificaría por la memoria de su esposa muerta – pues para mí es muy importante conocer de primera mano su verdadera opinión para, en lo posible, acabar con mi duda?». «No, amigo mío, no, eso no lo haré; no puede pedirme que haga eso».

La prestación de un juramento normalmente debería asegurar que el caso es personal. Sin embargo, el juramento –el juramento, la condición para acceder al cargo, etc.; no nos dejes caer en tentación, ¡oh Dios!– el juramento quizá haya sido prestado de manera oficial. «Pero ¿realmente es tu convicción lo que enseñas? Te conjuro, por la memoria de tu esposa muerta, a que, para ayudarme, me des tu sincera opinión». «No, amigo mío, esto no lo puedo hacer».

9. Abreviatura del latín *salvo titulo*, que literalmente significa «dejando aparte el título», utilizada como fórmula de cortesía en las cartas.

10. «Por el oficio de uno».

LAS SEGURIDADES (GARANTÍAS) RELIGIOSAS DE MODA

Una vez, hace mucho, mucho tiempo, el asunto se entendía así: se exigía de quien quisiera ser maestro en cristianismo que entregara su vida como garantía de lo que enseñaba.

Hace tiempo que eso se dejó atrás, el mundo se ha vuelto más inteligente, más serio, ha aprendido a menospreciar toda esa cuestión mezquina y enfermiza de lo personal, ha aprendido a desear solamente lo objetivo – ahora se exige que la vida del maestro garantice que lo que dice es comercio, celebración dramática, entretenimiento, puramente objetivo.

Algunos ejemplos. Si de lo que quieres hablar es de que el cristianismo, el cristianismo del Nuevo Testamento, tiene una predilección por la soltería – pero tú mismo eres soltero: querido, éste no es un tema para ti, la congregación podría pensar que es en serio, podría intranquilizarse o sentirse ofendida por la manera tan inapropiada con que involucras tu persona. No, deberá pasar mucho tiempo antes de que seas apto para hablar con seriedad de esto, de manera que en verdad puedas satisfacer a la congregación. Espera a tener ya enterrada a tu primera esposa y estar encaminado con la segunda: entonces habrá llegado el momento para que comparezcas ante la congregación y enseñes y «testimonies» que el cristianismo tiene preferencia por la soltería – y de esta manera los satisfarás totalmente, pues tu vida garantiza que se trata de tonterías, comercio, o que lo que dices es: interesante. Sí, ¡qué interesante! Pues así como un matrimonio para estar asegurado contra el aburrimiento tiene que ser interesante –el hombre debe ser infiel a la mujer y la mujer al hombre–, así también lo verdadero sólo se vuelve interesante, enormemente interesante, cuando uno, con buen talante, se deja conmover, cautivar, encantar por ello – pero como es natural hace justo lo contrario, y maliciosamente se asegura dejando que la cosa quede ahí.

Si de lo que quieres hablar es de que el cristianismo enseña el desprecio de títulos, de condecoraciones, todas esas tonterías del honor – pero tú no eres una persona de rango ni nada que se le parezca: querido, éste no es un tema para ti; la congregación podría pensar que es en serio o sentirse ofendida por esa falta de educación que significa imponer de esta forma tu persona. No, espera sumar primero una buena cantidad de condecoraciones, cuantas más mejor, espera primero cargar con un collar de títulos y que por la cantidad de títulos hasta olvides tu nombre: entonces habrá llegado el momento de comparecer, predicar y «testimoniar» – y sin duda que satisfarás a

la congregación, pues tu vida garantiza que se trata de una diversión dramática, de un interesante entretenimiento para la mañana.

Si de lo que quieres hablar es de predicar el cristianismo en la pobreza, de que ésta es la verdadera predicación cristiana – pero tú mismo literalmente eres un pobre diablo: querido, éste no es un tema para ti, la congregación podría pensar que es en serio, angustiarse y atemorizarse, sentirse totalmente fuera de clima e inquietarse en grado sumo, afectada porque la pobreza se le acercó demasiado a su vida. No, consigue primero un sustento jugoso, y cuando lo hayas tenido durante tanto tiempo que estés por alcanzar uno más jugoso todavía, entonces habrá llegado el momento apropiado; entonces comparecerás ante la congregación, predicarás y «testimoniarás» – y la satisfarás completamente; pues tu vida garantiza que todo termina en una burla, como los hombres serios a veces pueden desearlo en el teatro o en la iglesia, en un descanso para reunir nuevas fuerzas a fin de – ganar más dinero.

¡Y de esta manera se rinde culto a Dios en las iglesias! ¡Y entonces estos oradores de terciopelo y de seda lloran, sollozan, la voz les tiembla estrangulada en lágrimas! ¡Oh!, si es verdad (y lo es, dado que Dios mismo lo ha dicho) que él cuenta las lágrimas de los que sufren y las guarda en una botella[11], entonces ¡ay de estos oradores, si Dios también ha guardado sus lágrimas dominicales y las ha guardado en una botella! ¡Sí, ay de todos nosotros si Dios presta atención a estas lágrimas dominicales, especialmente a las de los oradores, pero también a las de los oyentes! Pues un orador dominical tendría razón si dijera –y es seguro que desde el punto de vista retórico sería brillante, y más todavía si fuera acompañado de lágrimas y sollozos estrangulados–, tendría razón si dijera a los oyentes: voy a reunir todas las lágrimas inútiles que habéis derramado en las iglesias y con ellas voy a comparecer acusadoramente ante vosotros en el día del juicio – – tendría razón, sólo que no se debe olvidar por ello que las lágrimas dramáticas del propio orador son mucho más terribles que las lágrimas frívolas de los oyentes.

11. Sal 56, 8.

«¡CUIDAOS DE QUIENES GUSTAN DE ANDAR CON LARGAS VESTIDURAS!»
(Mc 12, 38; Lc 20, 46)

15 de junio de 1855

Dado que los «testigos de la verdad» como verdaderos «testigos de la verdad» prefieren, en lugar de advertir en público sobre mí, actuar en secreto, entonces yo me haré cargo de su tarea y en voz alta, muy alta, *testimoniaré* delante de todo el pueblo: ¡Cuidaos de los pastores!

¡Ante todo, cuídate de los pastores! A la condición de cristiano (si es que hay que serlo de tal modo que uno pueda ser aprobado en el juicio; ¡y si no, para qué sirve ser cristiano!) pertenece: haber sufrido por las enseñanzas de Cristo. Y créeme, como que me llamo Søren Kierkegaard, que no lograrás que ningún pastor oficial lo diga, como es natural, pues equivaldría a matarse a sí mismo; en el mismo instante en que se diga que sufrir por las enseñanzas de Cristo se le exige incluso al cristiano común, en ese mismo instante toda la maquinaria con los mil sueldos y funcionarios quedaría trabada, y estos mil sustentos puestos en evidencia. Por eso no lograrás que ningún pastor oficial lo diga. Por el contrario, puedes estar completamente seguro de que con todo su poder dirá lo opuesto, te impedirá caer en esos pensamientos para que continúes en el estado de lo que él entiende por ser cristiano: una buena oveja para esquilar, una mediocridad educada para quien la eternidad quedará vedada.

Créeme sólo a mí, por mi vida yo te ofrezco la seguridad que puedas demandar, pues al fin de cuentas ni siquiera me entrometo contigo, no busco atraerte a mí para fundar un partido ni nada por el estilo. No, yo cumplo religiosamente mi deber, y en cierto sentido me es indiferente, del todo indiferente, con tal de que yo lo cumpla, que me hagas caso o no.

Cuidaos de quienes andan con largas vestiduras. No se necesita decir que la idea de Cristo, con estas palabras, no fue criticar su vestimenta, no; no es un comentario sobre la ropa, no es que Cristo se oponga a que las vestiduras sean largas. Si el uniforme de los pastores hubiera sido vestiduras cortas, entonces Cristo habría dicho: Cuidaos de quienes andan con vestiduras cortas. Y si quieres que llegue hasta el extremo para mostrar que no es una crítica a la ropa – si el uniforme de los pastores hubiera sido andar sin ropas, entonces Cristo habría dicho: Cuidaos de quienes andan sin vestiduras. Es al gremio a quien él apunta al caracterizarlo por su particular traje (pues él entiende algo totalmente distinto sobre lo que significa ser maestro).

Cuidaos de quienes *gustan* de andar con largas vestiduras. Una interpretación de la Biblia de la hora del té enseguida se apoderará de la palabra «gustan» y explicará que Cristo sólo se refiere a algunos miembros del gremio, a aquellos que se vanaglorian de sus largas ropas, etc. No, mi buen hombre vestido de largo, quizá puedas hacer creer esto, desde el púlpito y con gran solemnidad, a señoronas y niños; eso responde bien a la imagen de Cristo que se presenta en el servicio dominical. Pero a mí no me lo harás creer: el Cristo del Nuevo Testamento no habla de esa forma. Él habla de todo el gremio, no se anda con esa palabrería vana de que hay algunos entre ellos que están podridos, lo que en todos los tiempos vale para todos los gremios, de modo que con decir eso no se añade nada. No, él considera al gremio como un todo, habla de que el gremio como un todo está podrido, de que el gremio como un todo tiene la podredumbre del gusto por las largas vestiduras, porque ser pastor en el sentido oficial es exactamente lo contrario de lo que Cristo entiende por ser maestro, lo cual es sufrir; en tanto que aquello es disfrutar de lo mundano refinado por la gloria de ser representante de Dios – entonces no resulta nada extraño que gusten de andar con largas vestiduras. Por eso, mientras todos los otros puestos en la vida se recompensan sólo con lo mundano, el clero oficial se agrega un poco de lo celestial como refinamiento. Pues bien, en sí mismo es totalmente indiferente si el uniforme consiste en vestiduras largas o cortas. Por el contrario, lo decisivo es: tan pronto como el maestro se pone los «hábitos», un traje especial, un uniforme, entonces ahí tienes culto divino oficial – y esto es lo que Cristo no quiere. Las largas vestiduras, los magníficos edificios eclesiásticos, etc., todo es parte de lo mismo, y la falsificación humana del cristianismo del Nuevo Testamento, una falsificación que vergonzosamente se aprovecha de que la muchedumbre, para colmo, se deja embelesar con demasiada facilidad por la impresión de los sentidos, y por eso (al contrario del Nuevo Testamento) es propensa a considerar el verdadero cristianismo según la impresión de los sentidos. Ésta es la falsificación humana del cristianismo del Nuevo Testamento; y no sucede con el gremio clerical como con otros gremios, que por sí mismos no tienen nada de malo; no, el gremio clerical es, cristianamente, por sí mismo, el mal, podredumbre, egoísmo que convierte el cristianismo en lo exactamente opuesto de lo que Cristo hizo.

Pero ahora que las largas vestiduras se han transformado en el uniforme de los pastores, también se puede estar seguro de que hay un motivo para esto; y pienso que si se le presta atención, se podrá comprender de una manera muy significativa lo que es o no es el cristianismo oficial.

Las largas vestiduras instintivamente llevan a pensar que se tiene algo que esconder; cuando se tiene algo que esconder las largas ropas son muy adecuadas – y el cristianismo oficial tiene muchísimo que esconder, pues es una no verdad desde el principio hasta el fin, y por eso se esconde mejor – bajo largas vestiduras.

Las largas vestiduras – son la vestimenta de las señoronas. Lo que lleva a pensar en algo característico del cristianismo oficial: lo poco viril, el recurso a la astucia, la no verdad, la mentira como instrumento de poder. También es característico del cristianismo oficial que, siendo una no verdad, utiliza una cantidad enorme de no verdad, tanto para esconder lo que es verdad, como para ocultar que él mismo es una no verdad.

Y esta cosa de señoronas, en algún sentido, señala otra característica del cristianismo oficial. Lo femenino, el querer pero de manera reticente, la coquetería inconsciente de la mujer, tiene su correspondencia exacta e imperdonable con el cristianismo oficial que, con tantas ganas, quiere lo mundano y temporal pero, por vergüenza, tiene que hacer como que no lo quiere, ocuparse muy bien de obtenerlo, pero a escondidas, pues hay que hacer como si – ¡por supuesto!, hay que desplomarse, desmayarse, cuando hay que ocupar los puestos más altos y suculentos, tan contrarios a lo que uno querría, y que sólo por el sentido del deber, única y exclusivamente por el sentido del deber, se ha decidido a aceptarlo sólo después de que uno –pero ¡ay!, en vano– le ha rogado y pedido a Dios de rodillas que le quite esa cruz, ese cáliz amargo – – y sin embargo, uno se vería en un maldito brete si el gobierno fuera lo suficientemente irónico como para liberarlo a uno de ese deber.

Finalmente: hombres con vestimenta de señoronas son algo equívoco. Uno podría verse tentado a decir que esto choca con el edicto policial que prohíbe a los hombres andar con vestimenta de mujeres y viceversa. Pero al menos es algo equívoco – y la equivocidad es la expresión más característica del cristianismo oficial, pues señala el cambio producido en el cristianismo con el correr del tiempo: que de ser lo que es en el Nuevo Testamento, algo simple, algo unívoco, se transformó –presumiblemente con ayuda de la perfectibilidad– en algo más: en algo equívoco.

¡Cuidaos por eso de quienes gustan de andar con largas vestiduras! Según Cristo (quien mejor debe saber cuál es el camino ya que él es el camino), la puerta es angosta, el camino estrecho – y son muy pocos los que lo encuentran. Y lo que sobre todo ha provocado que el número de estos pocos sea tan reducido, proporcionalmente más

reducido por cada siglo que ha pasado, es la monstruosa ilusión que el cristianismo oficial ha fabricado. Persecuciones, torturas, derramamiento de sangre, nada de esto ha hecho tanto daño; al contrario, han sido beneficiosos e infinitamente útiles en comparación con este daño radical: el cristianismo oficial, concebido para servir a la comodidad y mediocridad humanas, hace creer a los hombres que la comodidad y la mediocridad y el gozo de la vida son cristianismo. Si hay que suprimir el cristianismo oficial, dejemos que vengan las persecuciones: en ese mismo instante tendríamos nuevamente el cristianismo.

EL INSTANTE N.º 6
23 de agosto de 1855

BREVE Y PUNZANTE

1

El cristianismo puede ser perfeccionado (es perfectible); las cosas progresan; ya se alcanzó la perfección. Lo que se busca como el ideal, algo que en el primer tiempo sólo se había alcanzado de manera aproximada: que los cristianos fuesen un pueblo de pastores, ya se ha alcanzado de manera perfecta, especialmente en el protestantismo, especialmente en Dinamarca.

Puesto que si lo que llamamos pastor es efectivamente ser pastor – sí, ¡entonces somos todos pastores!

2

En la fastuosa catedral comparece el ilustrísimo, reverendísimo Geheime-General-Ober-Hof-Prædikant[1], el joven elegido por el mundo ilustre; comparece ante un círculo elegido entre elegidos, y predica *conmovido* sobre un texto que él ha elegido: «Dios ha elegido a lo vil y lo menospreciado del mundo»[2] – y no hay nadie que se ría.

3

Cuando un hombre tiene dolor de muelas, el mundo dice «pobre hombre»; cuando la mujer de un hombre le es infiel, el mundo dice «pobre hombre»; cuando un hombre está en apuros económicos, el mundo dice «pobre hombre». – Cuando le place a Dios sufrir en este mundo en la figura de un pobre siervo, el mundo dice «pobre hombre»; cuando un apóstol por encargo divino tiene el honor de sufrir por la verdad, el mundo dice «pobre hombre». ¡Pobre mundo!

1. Predicador privado general superior de la corte (en alemán en el original).
2. 1 Cor 1, 28.

4

«¿Tenía el apóstol Pablo algún cargo público?». No, no tenía ningún cargo público. «¿Ganaba mucho dinero de alguna otra forma?». No, no ganaba dinero de ninguna manera. «¿Pero al menos estaría casado?». No, no estaba casado. «¡¿Pero entonces Pablo no era un hombre serio?!». No, Pablo no era un hombre serio.

5

De un pastor sueco se cuenta que, turbado al ver el efecto que su discurso había provocado en la audiencia, deshecha en lágrimas, para calmarla dijo: No lloréis, hijos, que todo podría ser mentira.

¿Por qué el pastor ha dejado de decirlo? No es necesario; lo sabemos – somos todos pastores.

Pero de todas formas podemos llorar; tanto sus lágrimas como las nuestras no son hipócritas, sino sentidas, verdaderas – como en el teatro.

6

Cuando el paganismo llegó a su final, vivían algunos pastores llamados augures. Se cuenta que ningún augur podía mirar a otro sin sonreír[3].

En la «cristiandad» casi nadie puede mirar a un pastor, o casi ningún hombre puede mirar a otro sin sonreírse – pero también todos somos pastores.

7

¿Es la misma enseñanza cuando Cristo dice al joven rico: Vende todo lo que tienes – y dáselo a los pobres[4];

que cuando el pastor dice: Vende todo lo que tienes – y dámelo a mí?

8

Los genios son como los truenos: van contra el viento, asustan a los hombres, limpian el aire.

3. Cicerón, *De divinatione*, II, 24, 51.
4. Mc 10, 21.

Lo establecido ha inventado numerosos pararrayos.

Y resulta. Sí, vaya si resulta; y resulta que *la próxima* tormenta será aún más seria.

9

No se puede vivir de la nada. Esto se escucha con frecuencia, especialmente a los pastores.

Y justamente los pastores logran esta maravilla: el cristianismo no existe – y sin embargo viven de él.

MEDIDA DE LA DISTANCIA; Y DE NUEVO: SOBRE LA REAL DIFICULTAD CON LA QUE TENGO QUE LUCHAR

¡Mi querido lector! Para llamar tu atención respecto de dónde, cristianamente, estamos; para que tengas una oportunidad de medir la distancia que nos separa del cristianismo del Nuevo Testamento y del cristianismo primitivo, déjame recurrir a dos hombres, que cada uno por sí pero de manera diferente son considerados representantes del verdadero cristianismo, y que son conocidos por todos.

Considera primero al obispo *Mynster*. En la opinión de casi todo el pueblo, pasaba por ser un dechado de verdadera seriedad y sabiduría cristiana.

Sin embargo, con el obispo Mynster ocurrió que toda su seriedad no pasó del siguiente pensamiento: lograr de manera humana, admisible y recta, o seguramente de manera humana y honorable, atravesar esta vida de modo feliz y bueno.

Pero esta filosofía de vida no es de ninguna manera la del cristianismo del Nuevo Testamento, no es la filosofía de vida del cristianismo primitivo. El cristianismo primitivo es de tal manera contrario a este mundo que su filosofía es: no un mero pasar por este mundo de modo feliz y bueno, sino asegurarse de chocar en serio con este mundo de manera que, después de haber luchado y sufrido, se pueda salir airoso en el juicio donde el juez (a quien, según el Nuevo Testamento, sólo se puede amar odiando a este mundo y a la propia vida en este mundo) juzgará si se ha cumplido su voluntad.

Hay un mundo de diferencia, un abismo, entre la filosofía de vida de Mynster (que en realidad es epicúrea, es la filosofía del goce de la vida, de las ganas de vivir, propia de este mundo) y la cristiana, que es la de los sufrimientos, la del entusiasmo por la muerte, propia del otro mundo; sí, hay tal diferencia entre estas dos filosofías de vida,

que esta última (si es que hay que tomarla en serio y exponerla sólo una vez en un momento de meditación) debe parecerle al obispo Mynster como una especie de locura.

Mide ahora, y verás que lo que bajo el nombre de Mynster estás acostumbrado a considerar como seriedad y sabiduría cristiana, es, medido cristianamente, tibieza e indiferencia. Pues así debe designarse esta diferencia, la diferencia entre luchar a muerte con este mundo, por ningún precio hacer amistad con este mundo (lo cristianamente exigido) y querer un mero pasar por este mundo de modo feliz y bueno, a lo sumo luchando un poco, cuando esto contribuya a que se pueda pasar por este mundo de modo feliz y bueno.

Considera ahora al pastor *Grundtvig*. Grundtvig es considerado una «especie de apóstol» representante del entusiasmo, del coraje en la fe, que lucha por una convicción.

Veamos las cosas más detenidamente. Lo más grande por lo que ha luchado es por que les dieran permiso a él y a aquellos que quisieran unírsele, para expresar lo que él entendía por cristianismo. Por eso quería quitarse de encima el yugo que le imponía la iglesia estatal; le sublevaba que con la fuerza policial se le quisiera impedir, religiosamente, gozar de su libertad.

Bien. Pero si Grundtvig hubiera obtenido lo que quería para sí y los suyos, su idea hubiese sido dejar que toda esta monstruosa ilusión continuase, que el Estado se hiciese pasar por cristiano, que el pueblo se creyera cristiano, en fin, que cada bendito día se cometiera una ofensa, un crimen de lesa majestad contra Dios por cuanto se ha falsificado lo que el cristianismo es. Me parece que nunca se le ha ocurrido a Grundtvig luchar en este sentido. No, libertad para sí y para quienes pudieran estar de acuerdo con él, libertad para expresar lo que él y los suyos entendían por cristianismo, esto es lo máximo que él ha querido – y, por lo demás, mantenerse sereno, tranquilo en esta vida, tener su familia y vivir como aquellos que esencialmente tienen su hogar en este mundo y quizá llaman a su tranquilidad tolerancia con los otros, los otros – cristianos.

Piensa ahora en la pasión que había en el cristianismo primitivo, y sin la cual éste nunca hubiera entrado en el mundo; plantéale a alguno de aquellos hombres la pregunta: ¿Debe un cristiano vivir tranquilo de esa manera? «¡Detestable!» respondería, «¡qué terrible; ¡que un cristiano –si tiene permiso para vivir como quiere– tenga que callar y vivir tranquilo ante el hecho de que Dios cada día sea escarnecido cuando millones se hacen pasar falsamente por cristianos, le rinden culto tomándolo a broma, que tenga que callar ante eso y no arriesgarse instantáneamente –alabado sea Dios– sufriendo en medio de estos

millones, sufriendo alegremente por las enseñanzas de Cristo!». Pues no nos olvidemos de que mientras el cristianismo, en un sentido, presumiblemente sea la más tolerante de todas las religiones, por cuanto más que ninguna aborrece utilizar el poder terrenal, en otro sentido es la más intolerante de todas por cuanto sus verdaderos confesantes no conocen ningún límite con relación a querer obligar a otros aun sufriendo ellos mismos, obligarlos sufriendo su maltrato y persecución.

Medido con esta escala, se ve fácilmente que nunca podría decirse que Grundtvig haya luchado por el cristianismo; en realidad sólo ha luchado por algo terrenal, la libertad civil para él y sus partidarios; y nunca ha luchado con pasión cristiana. No, en comparación con la pasión del cristianismo primitivo, el entusiasmo de Grundtvig es: tibieza, indiferencia.

Lo que tanto en relación con Mynster como con Grundtvig es decepcionante es que, por vivir en un tiempo que no tiene ni idea acerca del cristianismo primitivo, han llegado a representar respectivamente la seriedad y sabiduría, y el entusiasmo y coraje en la fe.

Pero si sucede que en un determinado tiempo los dos máximos exponentes del cristianismo que representan la seriedad y sabiduría y el entusiasmo y coraje en la fe, medidos con la escala del cristianismo primitivo, resultan sólo tibieza e indiferencia, entonces se puede tener una idea sobre todo este tiempo y la dificultad con la que tengo que luchar.

La dificultad reside en que todo este tiempo está hundido en la más profunda indiferencia, no tiene ninguna religión, ni siquiera tiene predisposición para la religión.

Lo que desconcierta es que se hacen llamar cristianos y que no se presta atención a lo que la indiferencia en realidad es, o, mejor, a la forma más perversa de indiferencia.

Por indiferencia suele entenderse no tener ninguna religión en absoluto. Pero el hecho de no tener religión de manera decidida, resuelta, tajante, ya es algo apasionado, y por eso no es la forma más peligrosa de indiferencia. Por esta razón no es muy común.

No, la forma más peligrosa de indiferencia y la más común es tener una determinada religión, pero esta religión está diluida y embrollada hasta la pura tontería, de modo que se puede tener esta religión de una manera totalmente desapasionada. Ésta es la peor forma de indiferencia; pues justamente, al tener esta porquería bajo el nombre de religión, se está, se piensa, asegurado contra, fuera del alcance de cualquier acusación de no tener ninguna religión.

Toda religión tiene que ver con la pasión, con tener pasión. Por eso, especialmente en tiempos de la razón, la situación de cualquier

religión es tener pocos adeptos verdaderos. Por el contrario, viven miles que tienen un poquito de una religión, la diluyen, la embrollan y después de manera desapasionada (es decir, irreligiosamente; es decir, indiferentemente) tienen – esta religión, y por tener esta religión son totalmente indiferentes, están asegurados contra la acusación de no tener religión.

Aquí reside la dificultad con la que debo luchar, una dificultad como la de desencallar un barco cuando el lecho es fangoso y toda palanca que se hinca, cede y falla.

Lo que tengo ante mí es la indiferencia, la más profunda, la más perversa y peligrosa forma de indiferencia. Es una sociedad de la que un apóstol diría: «Cristianos, ¿éstos cristianos?, ¡pero si no tienen ninguna religión, si ni siquiera están en predisposición para tener una religión!». Una sociedad de la que Sócrates diría: «No son humanos, sino que, por ser público, se han deshumanizado o se han deshumanizado por ser nada más que público».

Todos son público. Este asunto humano de si una idea en sí misma es verdadera no preocupa a nadie, lo que preocupa es cuántos tienen esa idea. ¡Ajá! Pues el número determina si una idea tiene poder terrenal; y esto es lo único que preocupa: el individuo en el pueblo – sí, no hay ningún individuo singular, cada individuo es público.

Finalmente se convierte en una suerte de entretenimiento, similar al entretenimiento que debió de ser la riña de animales, se convierte en una especie de entretenimiento ser testigos, en su condición de público, de este combate: un hombre singular que sólo tiene poder espiritual y que por ningún precio quiere tener otro tipo de poder, luchando por la religión que es la religión del sacrificio, contra este gigantesco cuerpo de mil pastores comerciantes que no quieren saber nada acerca del espíritu pero agradecen de corazón al gobierno el caché, el título, la cruz de caballero[5], y a la congregación – la ofrenda.

Y porque el estado de cosas es éste, la más profunda indiferencia, al individuo que es un poquito más rápido no le resulta muy difícil pasar por importante, como si fuera alguien serio, una personalidad, etc. – Un hombre joven; se indigna ante la tibieza y apatía reinantes; él, que está entusiasmado, también quiere expresar su entusiasmo, y se atreve – a expresarlo anónimamente. Bienintencionado como seguramente es, y esto es loable, quizá se le escape que esto es algo débil, y quizá se deje seducir porque comparado con lo habitual es como si fuera algo. – Un ciudadano; es un hombre serio, se subleva

5. Condecoración concedida por el rey.

ante la tibieza y apatía que muchos muestran prefiriendo no oír nada sobre la religión. Él, por el contrario, lee; consigue de inmediato lo que se publica; habla de eso, se enfervoriza – en la sala de estar; y quizás se le escape que esta seriedad, desde el punto de vista cristiano, no es propiamente seriedad, que sólo lo es si se compara con lo que nunca debería usarse como término de comparación si se quiere avanzar; pues el esfuerzo sólo se hace posible mediante la comparación con lo que está delante, lo más avanzado.

«¡Sí, oh Dios, si no fueras la omnipotencia, que omnipotentemente puede obligar, y si no fueras el amor, que irresistiblemente puede conmover!... Pero tu amor me mueve, la idea de atreverme a amarte me anima a aceptar, alegre y agradecido, la condición de ser un sacrificado, el sacrificado de una generación», etc. Véase mi «Esto debe ser dicho»[6].

¡TEME MÁS QUE NINGUNA OTRA COSA ESTAR EXTRAVIADO!

Ésta es, como se sabe, una sentencia de Sócrates; de todo, lo que más temía era estar extraviado.

El cristianismo, ciertamente, no enseña al hombre a temer, ni siquiera a aquellos que podrían matarlo a uno; sin embargo, en otro sentido, enseña un temor aún mayor que el socrático, enseña a temer a aquel que puede corromper alma y cuerpo en el infierno.

Pero primero lo primero, centrar la atención en el cristianismo del Nuevo Testamento y para ello te ayudará el temor socrático, temer más que ninguna otra cosa estar extraviado.

Si no tienes este temor o (para no adoptar un tono tan elevado) si no sucede así contigo, si no es esto lo que quieres, si no quieres esforzarte por ganar coraje para «temer más que ninguna otra cosa estar en una ilusión», entonces no te involucres nunca conmigo. No, quédate con los pastores, deja que te convenzan cuanto antes mejor de que lo que yo digo es una especie de locura (pues el hecho de que figure en el Nuevo Testamento es completamente indiferente; cuando el pastor por juramento está comprometido con el Nuevo Testamento tienes la completa seguridad de que no se calla nada de lo que está en el Nuevo Testamento), quédate con los pastores, esfuérzate con tus mejores capacidades para meterte en la cabeza que el obispo Mynster era un testigo de la verdad, un eslabón de los verdaderos, uno de la cadena

6. Título de un panfleto o suelto publicado el 16 de mayo de 1855, que habría escrito en diciembre de 1854.

sagrada, lo mismo que el obispo Martensen e incluso todo pastor, y que el cristianismo oficial es la verdad salvífica; que Cristo, en medio de los sufrimientos más horrendos, incluso abandonado por Dios, expiró en la cruz para que nosotros tuviéramos ganas de utilizar nuestro tiempo y empeño y fuerza para disfrutar de esta vida con sensatez y buen gusto; que el propósito de su venida al mundo fue en realidad estimular la procreación de niños, por lo cual es «inadecuado que alguien que no esté casado sea pastor»; y que el sentido imborrable de su vida es que por su muerte (¡la muerte de uno, el pan de otro!) ha hecho posible (¡como un verdadero benefactor!) un nuevo medio de vida, el de los pastores, un medio de vida que debe considerarse como uno de los más ventajosos, puesto que también cuenta con el mayor número de comerciantes, expendedores, agentes marítimos, cuyo negocio es por un precio (considerando la extensión del trayecto, la gloria del lugar de destino, la duración de la estancia) increíblemente barato: embarcar a la gente a la bienaventuranza eterna, un negocio que, único en su género, tiene, comparado con todos los embarques a América, Australia, etc., la ventaja inapreciable de que asegura a la agencia marítima contra toda posibilidad de quedar desacreditada, por cuanto no se puede tener ninguna noticia de los embarcados.

Pero si, por el contrario, tienes coraje para tener el coraje que teme por encima de todo estar extraviado, entonces también puedes enterarte de la verdad de lo que es llegar a ser cristiano. La verdad es que llegar a ser cristiano es llegar a ser, humanamente hablando, infeliz para esta vida; la relación es: cuanto más te involucres con Dios y cuanto más él te ame, tanto más llegarás a ser, humanamente hablando, infeliz para esta vida, tanto más tendrás que sufrir en esta vida.

Y este pensamiento, que a decir verdad deja caer una luz un poco perturbadora (¡esto es lo que debe ser el cristianismo del Nuevo Testamento!) sobre el tráfico pletórico de vida de toda esta corporación de pastores alegres, procreadores de niños y ocupados en hacer carrera, y como un rayo inunda de luz este fantástico espejismo, esta farsa, este juego grupal, esta tontería –¡refugio de todas las ilusiones!– de la «cristiandad», Estados cristianos, países, un mundo cristiano; este pensamiento es terrible, letal, casi sobrehumanamente exigente para un pobre hombre. Esto lo sé por experiencia de dos maneras. Por un lado, porque no puedo soportar este pensamiento y por eso sólo como un descubridor veo la verdadera determinación cristiana de lo que es ser cristiano*, mientras que por mi parte me ayudo a soportar

* Por eso yo tampoco me llamo todavía cristiano, no, todavía estoy muy atrás. Pero tengo una ventaja con respecto a todo el cristianismo oficial (¡que para colmo está

los sufrimientos con un pensamiento más liviano, un pensamiento judío, no estrictamente cristiano: que sufro a causa de mis pecados; por otro lado, porque de una manera especial, por las propias circunstancias de mi vida, fui inducido a prestar atención a esto; si no, nunca le hubiera prestado atención y mucho menos habría sido capaz de soportar la presión de este pensamiento; pero, como dije, me ayudaron las circunstancias de mi propia vida.

Las circunstancias de mi propia vida eran mis conocimientos previos; con la ayuda de ellos fui inducido, a medida que me desarrollaba en el curso de los años, a prestar cada vez más atención al cristianismo y a la determinación: «llegar a ser cristiano». ¿Qué es, según el Nuevo Testamento, llegar a ser cristiano, para qué la una y otra vez repetida exhortación de no escandalizarse y de dónde las terribles colisiones (odiar al padre, a la madre, a la esposa, a los hijos, etc.) en las cuales el Nuevo Testamento respira? ¿No será las dos cosas, dado que el cristianismo sabe muy bien que llegar a ser cristiano es llegar a ser, humanamente hablando, infeliz para esta vida, pero esperando bienaventurados una bienaventuranza eterna? Pues ¿qué es, según el Nuevo Testamento, llegar a ser amado por Dios? Es llegar a ser, humanamente hablando, infeliz para esta vida, pero esperando bienaventurados una bienaventuranza eterna – de otro modo Dios, que es espíritu, no puede, según el Nuevo Testamento, amar a un hombre; él te hace infeliz, pero lo hace por amor, ¡bienaventurado quien no se escandaliza! ¿Y qué es, según el Nuevo Testamento, amar a Dios? Es *querer* llegar a ser, humanamente hablando, infeliz para esta vida, pero esperando bienaventurados una bienaventuranza eterna – de otro modo no puede un hombre amar a Dios, que es espíritu. Y esto es suficiente para que puedas ver que el cristianismo del Nuevo Testamento no existe en absoluto, que las migajas de religiosidad que hay en el país a lo sumo son judaísmo.

comprometido por juramento con el Nuevo Testamento!): yo digo verdaderamente lo que el cristianismo es, es decir, no me permito modificar lo que el cristianismo es, y digo verdaderamente cómo me relaciono yo con lo que el cristianismo es, es decir, no participo en modificar lo que el cristianismo es, para conseguir millones de cristianos.

QUE NOSOTROS, QUE «LA CRISTIANDAD» NO PUEDE EN ABSOLUTO APROPIARSE DE LAS PROMESAS DE CRISTO; PUES NOSOTROS, «LA CRISTIANDAD», NO ESTAMOS ALLÍ DONDE CRISTO Y EL NUEVO TESTAMENTO EXIGEN QUE ESTEMOS PARA SER CRISTIANOS

Imagínate que un espíritu poderoso les prometiera a unos hombres su protección, pero con la condición de que se presentaran en un determinado lugar al que era peligroso ir – figúrate que estos hombres evitaron presentarse en ese determinado lugar, y se quedaron en casa, en su sala de estar, hablando unos con otros con palabras entusiastas acerca de cómo el Espíritu les había prometido su poderosa protección para que nadie pudiera hacerles daño. ¿No es esto ridículo?

Así sucede con la cristiandad. Cristo y el Nuevo Testamento entienden por creer algo muy determinado; creer es aventurarse tan decisivamente como sea posible para un hombre, rompiendo con todo lo que él naturalmente ama, para salvar su vida, rompiendo con aquello en lo que naturalmente tiene su vida. Pero a los que *creen*, a ellos se les promete asistencia contra todos los peligros.

Pero en la «cristiandad» jugamos a creer, jugamos a ser cristianos, lo más lejos posible de cualquier ruptura con lo que el hombre naturalmente ama, nos quedamos en casa en la sala de estar, en el trajín de la finitud – y entonces, nos pasamos la vida tonteando o nos dejamos engatusar por el pastor con todas las promesas que se encuentran en el Nuevo Testamento: que nadie podrá hacernos daño, que las puertas del infierno no prevalecerán sobre nosotros, sobre la iglesia, etcétera.

«Las puertas del infierno no prevalecerán sobre su iglesia»[7]: estas palabras de Cristo últimamente han sido traídas a colación una y otra vez contra mí, contra mi postura que asegura que el cristianismo no existe en absoluto.

Mi respuesta es la siguiente. Aquella premisa no nos ayuda en lo más mínimo; pues la tontería en la que vivimos como si fuera ser cristiano no es en absoluto lo que Cristo y el Nuevo Testamento entienden por ser cristiano.

Aventúrate de un modo tan decisivo que rompas con toda la temporalidad y la finitud, con todo aquello en y por lo que un hombre vive, aventúrate de un modo tan decisivo para llegar a ser cristiano: entonces (ésta es la enseñanza cristiana), entonces, esto es lo primero, entrarás en batalla con diablos y poderes del infierno (lo que lo mezquino de la «cristiandad» parece evitar), pero entonces verás

7. Mt 16, 18.

también que Dios todopoderoso no te soltará, sino que te ayudará prodigiosamente, y estate seguro de que las puertas del infierno nunca prevalecerán sobre la iglesia de Cristo.

Pero la «cristiandad» no es en absoluto la iglesia de Cristo; tampoco digo que las puertas del infierno hayan prevalecido sobre la iglesia de Cristo. No, digo que la «cristiandad» es un disparate que se ha colgado del cristianismo como una telaraña de una fruta, y que ahora pretende hacerse pasar por cristianismo, como si la telaraña pretendiera ser la fruta porque frecuentemente cuelga de la fruta. La clase de existencias que los millones de la cristiandad muestran no tiene ninguna relación en absoluto con el Nuevo Testamento, es una irrealidad que impide el acceso a las promesas de Cristo para los creyentes; sí, una irrealidad, pues verdadera realidad sólo se da allí donde un hombre se ha aventurado tan decisivamente como Cristo exige – y entonces, también las promesas le conciernen de inmediato. Pero la «cristiandad» es este repugnante devaneo de querer permanecer de lleno en la finitud y encima – apoderarse de las promesas del cristianismo.

Si el control no fuera tan sencillo, entonces presumiblemente también estas legiones de cristianos o la perorata de los pastores que se dirige a ellos, pretenderían que los cristianos pueden hacer milagros; pues esto es lo que Cristo prometió a los creyentes; él dejó la tierra justamente con estas palabras (Mc 16, 17.18): estas señales seguirían a los que creen: «En mi nombre expulsarán demonios; hablarán nuevas lenguas; tomarán en las manos serpientes; y si bebieren cosa mortífera, no les hará daño; sobre los enfermos pondrán sus manos y sanarán». Pues lo mismo sucede con relación a la promesa de que las puertas del infierno no prevalecerán sobre la iglesia de Cristo; las dos cosas sólo tienen que ver con lo que el Nuevo Testamento entiende por creyentes, no la estafa de los pastores con estos batallones de cristianos, a los cuales, a semejanza de la diferencia que existe entre los cazadores domingueros y los verdaderos cazadores, se les puede llamar cristianos domingueros. Pero a seres como éstos, Satanás ni siquiera intenta atraparlos; él ve muy bien que la tontería se apoderó ya de ellos; por eso es incluso ridículo que sea confiando en las promesas de Cristo como se creen asegurados contra las puertas del infierno.

¿QUÉ DICE EL JEFE DE BOMBEROS?

Un hombre tiene lo que se llama una causa, algo que quiere en serio, pero dado que hay otros cuya tarea consiste en contrarrestar, impe-

dir, dañar, él debe tomar sus precauciones contra éstos, sus enemigos: de esto, cualquiera puede darse cuenta enseguida. Pero que haya uno que, con la mejor intención, quizá sea mucho más peligroso por estar destinado a impedir que la causa verdaderamente llegue a algo serio: de esto, no cualquiera se da cuenta enseguida.

Cuando un hombre enferma de repente, acuden los bienintencionados en su ayuda; uno propone una cosa; el otro, otra. Si todos a la vez pudieran decidir, la muerte del enfermo sería segura; el consejo bienintencionado de uno ya sería quizá lo suficientemente preocupante. Y aun cuando no sucediera nada de esto y no se siguiera el consejo de todos los bienintencionados ni el de uno en particular, su presencia solícita y desconcertada de todos modos podría causar daño por cuanto se interpone en el camino del médico. Así sucede también en un incendio. Apenas se escucha el grito de «¡Fuego!» cuando irrumpe en el lugar una masa humana, hombres simpáticos, cordiales, compasivos, serviciales, uno tiene una soga, el otro un balde, el tercero un matafuego, etc., todos hombres simpáticos, cordiales, compasivos y serviciales, que desean ayudar a apagar el fuego.

¿Pero qué dice el jefe de bomberos? El jefe de bomberos dice –sí, normalmente el jefe de bomberos es un hombre muy agradable y educado; pero en un incendio es lo que se llama poco delicado en sus expresiones– él dice, o mejor dicho, brama: «¡Oh, váyanse al infierno con todos sus baldes y matafuegos!». Y cuando estos bienintencionados se sientan quizá ofendidos y encuentren altamente indecoroso ser tratados de este modo y exijan ser tratados al menos con respeto, ¿qué dice entonces el jefe de bomberos? Sí, normalmente el jefe de bomberos es un hombre muy agradable y educado, que sabe mostrar a cada uno el respeto que se merece, pero en un incendio es otra cosa... Dice: «¿Dónde diablos está la policía?». Y si vienen entonces algunos agentes les dice: «Sáquenme de aquí a estos malditos hombres con sus baldes y matafuegos, y si no quieren irse por las buenas, sacúdanles un poco en las espaldas para que podamos deshacernos de ellos – y acceder».

Quiere decir que en un incendio el modo de ver las cosas es totalmente diferente al de la tranquila vida cotidiana. Aquello por lo cual en la vida cotidiana uno logra ser muy querido: la bondad, la mansedumbre y la buena intención, esto es sustituido en un incendio por palabras groseras y palazos en la espalda.

Y esto es totalmente correcto. Pues un incendio es algo serio y, siempre que se trate de algo serio, de nada sirve esa mansa buena intención. No, la seriedad introduce una ley totalmente distinta: o lo uno o lo otro; o eres alguien que puede hacer algo en serio y tiene

algo que hacer en serio, o, si no estás en esa situación, lo serio es justamente que desaparezcas. Si no lo entiendes por ti mismo, el jefe de bomberos te lo inculcará a través de la policía, lo que podrá resultarte muy provechoso y quizá contribuirá a hacerte un poco serio, de acuerdo con lo serio que un incendio es.

Pero, como en un incendio, así también sucede con las cosas del espíritu. Siempre que haya una causa para promover, un proyecto para poner en marcha, una idea para implantar – siempre se puede estar seguro de que cuando llega el que realmente es el hombre, el indicado, aquel que en un sentido más elevado tiene y debe tener el mando, aquel que tiene la seriedad y puede darle a la causa la seriedad que en verdad tiene – se puede estar seguro de que cuando llega al lugar, se encontrará, si se me permite decirlo así, con una jovial comparsa de tontos, que bajo el nombre de seriedad intenta chapuceramente servir a esta causa, promover este proyecto, implantar esta idea; una comparsa de tontos que naturalmente considera que negarse a hacer causa común con ellos (lo cual es justamente la seriedad) es una prueba segura de que al hombre en cuestión le falta seriedad. Yo digo que cuando el indicado llegue se encontrará con esto, o puedo decirlo también de esta otra manera: la cuestión de si es el indicado se decide en realidad por cómo se entiende a sí mismo en relación con esta comparsa de tontos. Si él considera que son ellos los que tienen que ayudar y que se potenciará en unión con ellos, *eo ipso*, no es el indicado. El indicado ve de inmediato, como el jefe de bomberos, que esta comparsa de tontos debe desaparecer, que su presencia y acción es la peor ayuda para sofocar el incendio. Pero en las cosas del espíritu no sucede como en un incendio donde el jefe de bomberos sólo necesita decirle a la policía: Sáquenme de aquí a esta gente.

Así sucede con todas las cosas del espíritu y así también en la esfera religiosa. Con frecuencia se ha comparado la historia con lo que los químicos llaman un proceso. La comparación puede ser muy ilustrativa siempre y cuando se la entienda correctamente. Se habla de un proceso de filtrado; el agua se filtra y en este proceso se separan los componentes más impuros. La historia es un proceso con un sentido totalmente opuesto. Se introduce la idea – y con ello se inserta en el proceso histórico. Pero éste desafortunadamente no consiste –¡suposición irrisoria!– en purificar la idea, que nunca es más pura que en su origen; no, consiste, de manera siempre creciente, en embrollar, trivializar, convertir la idea en disparate, vaciar la idea, introducir –lo contrario de filtrar– los componentes más impuros, ausentes en el origen, hasta que al final, por la acción conjunta de una serie sucesiva de generaciones de entusiastas que se reconocen mutuamente,

se llega a que la idea se pierde totalmente y lo contrario de la idea llega a ser lo que ahora se llama la idea, lo cual, según se afirma, se alcanza mediante el proceso histórico en el que la idea se purifica y perfecciona.

Cuando finalmente llegue el hombre indicado, el que en el sentido más elevado tiene la tarea, quizá tempranamente elegido y paulatinamente educado para este asunto que es iluminar la causa, prender fuego a esta maleza, a todo el disparate, a todos los traidores de la verdad, a todas las artimañas de los canallas – cuando él llegue siempre se encontrará con una comparsa de tontos que en jovial efusividad seguramente estiman que algo anda mal y que hay que hacer algo, o que se han acostumbrado a hablar de que la cosa está terriblemente mal, a jactarse de hablar de ello. Si él, el indicado, por un segundo viera mal y pensara que esta comparsa le servirá de ayuda, *eo ipso*, no es el indicado. Si se equivoca y se junta con esta comparsa, la providencia lo abandonará de inmediato por inútil. Pero él, el indicado, con medio ojo verá lo mismo que el jefe de bomberos, que la comparsa que bienintencionadamente quiere ayudar a apagar el incendio con un balde o un matafuego, que esta misma comparsa que bienintencionadamente quiere ayudar con un fósforo sin cabeza o una mecha mojada allí donde no se trata de apagar un incendio sino de prender fuego – que esta comparsa debe desaparecer, que él no debe tener nada que ver con esta comparsa, y entonces debe ser lo menos delicado posible en sus expresiones contra ellos, él que en otras circunstancias de ninguna manera hablaría de este modo. Sobre todo hay que quitarse de encima esta comparsa, pues su acción, bajo la figura de una cordial simpatía, extirpa la verdadera seriedad a la causa. Naturalmente la comparsa se enfurecerá contra él, contra su terrible arrogancia y otras cosas por el estilo. Esto no debe afectarlo en lo más mínimo. Siempre que en verdad haya seriedad, la ley es ésta: o lo uno o lo otro; o soy quien en serio tiene que ver con la causa, llamado a ello e incondicionalmente dispuesto a arriesgarse de manera decisiva, o, si éste no es mi caso, entonces la seriedad es no ocuparme en absoluto de ello. Nada es más repugnante ni más infame, traicionero y causante de una profunda desmoralización que esto: querer ser parte a medias ante lo que debe ser *aut - aut*, *aut Cæsar aut nihil*[8], querer ser parte a medias, con cordial moderación, parlotear acerca de ello, y con este parloteo pretender mendazmente ser mejor que aquellos que no se ocupan en absoluto de toda la

8. O bien ... o bien, o César o nada. *Aut Cæsar aut nihil* era el lema de César Borgia (1476-1507).

cuestión – pretender mendazmente ser mejor y dificultarle la causa a quien realmente tiene la tarea.

BREVES COMENTARIOS

1
La interpretación bíblica de la mediocridad

interpreta e interpreta las palabras de Cristo hasta quedarse solamente con lo carente de espíritu (lo trivial), con lo propio de la mediocridad – ¡y ésta, después de haber iluminado todas las dificultades, se queda tranquila, apelando a las palabras de Cristo!

La mediocridad evita que de esta manera surja una nueva dificultad, esa dificultad que seguramente es lo más irrisorio imaginable: que Dios *naciera*, que «la verdad» haya venido al mundo – para hacer comentarios triviales; y, además, otra nueva dificultad, la dificultad de explicar que Cristo fuera crucificado: pues la pena de muerte no suele aplicarse en este mundo de la trivialidad por hacer comentarios triviales, de modo que la crucifixión de Cristo se vuelve tan inexplicable como irrisoria, ya que es irrisorio ser crucificado por haber hecho comentarios triviales.

2
El teatro – La iglesia

La diferencia entre el teatro y la iglesia es en esencia que el teatro, sincera y lealmente, reconoce ser lo que es; la iglesia, por el contrario, es un teatro que por todos los medios y de manera desleal busca ocultar lo que es.

Un ejemplo. En la marquesina del teatro siempre figura con claridad: No se devuelve el dinero. La iglesia, este solemne santuario, se estremecería por lo chocante, lo escandaloso de colocar eso encima de la puerta de entrada o de imprimirlo debajo de la lista de predicadores del domingo. Sin embargo, la iglesia no se estremece por obstinarse de una manera quizá más estricta que el teatro en que el dinero no se devuelva.

Por eso, es una suerte que la iglesia tenga el teatro a su lado; pues el teatro es una fachada, una suerte de testigo de la verdad que descubre el secreto: lo que el teatro dice abiertamente, la iglesia lo hace de manera oculta.

3
Dios – El mundo

Si dos hombres comieran nueces juntos, y a uno no le gustara más que la cáscara y al otro sólo la semilla, debería decirse que se complementan bien. De la misma forma, debe decirse que Dios y el mundo se complementan mutuamente. Lo que el mundo rechaza, descarta, desprecia: los sacrificados, las semillas, justamente a ellos Dios los aprecia infinitamente, los recoge con mayor celo que el mundo a aquellos a los que ama con la mayor pasión.

EL INSTANTE N.º 7
30 de agosto de 1855

¿POR QUÉ «EL HOMBRE» AMA AL «POETA» MÁS QUE A NADIE? Y ¿POR QUÉ, DESDE EL PUNTO DE VISTA DIVINO, «EL POETA» ES EL MÁS PELIGROSO?

Respuesta: el poeta es, desde el punto de vista divino, el más peligroso precisamente porque el hombre ama al poeta más que a nadie.

Y el hombre ama al poeta más que a nadie porque para él es el más peligroso; pues esto suele ser parte de la enfermedad, desear con vehemencia amar más aquello que es más dañino para el enfermo. Pero desde el punto de vista espiritual el hombre está enfermo en su estado natural, está en un extravío, en un autoengaño, y por eso desea ante todo ser engañado, para que no sólo pueda permanecer en el extravío, sino que pueda encontrarse a gusto en el autoengaño. Y el poeta es justamente un engañador capaz de esto; por esta razón el hombre lo ama más que a nadie.

El poeta se rige sólo por la imaginación; produce lo bueno, lo elevado, lo desinteresado, lo magnánimo, etc., acorde con la distancia entre la imaginación y la realidad. Y a esta distancia, ¡cuán encantador es lo bello, lo noble, lo desinteresado, lo magnánimo, etc.! Si esto, por el contrario, estuviera tan cerca que me obligara a hacerlo realidad, porque aquel que lo había producido no era un poeta, sino un hombre de carácter, un testigo de la verdad, que él mismo lo hizo realidad para sí, ¡qué terrible, no se podría soportar!

En cada generación hay muy pocos tan empedernidos y corrompidos que quieran tener muy lejos lo bueno, lo noble, etc.; pero también hay en cada generación muy pocos lo suficientemente serios y honrados como para querer hacer realidad lo bueno, lo noble, etcétera.

«El hombre» no desea tener lo bueno tan lejos como los corrompidos, pero tampoco tan cerca como lo quieren los últimos pocos.

He aquí «el poeta», el amado preferido del corazón del hombre. ¡Cómo podía no serlo, si es una maravilla! Pues este corazón humano tiene, entre otras propiedades, una que por cierto rara vez es mencionada – aunque ésta, por qué no, es un efecto de la misma propiedad – esta propiedad es una refinada hipocresía. Y el poeta es capaz de fingir con el hombre.

El poeta convierte hábilmente en el más refinado placer aquello que, si se hiciera realidad, se convertiría en el más terrible sufrimiento. En la realidad, renunciar a este mundo no es broma. Pero, en la seguridad de poseer este mundo, exaltarse en la atmósfera del poeta en una «hora silenciosa» es un refinadísimo placer.

– – y es con ese tipo de culto divino como hemos llegado a ser todos cristianos. Toda la cristiandad, los Estados cristianos, los países, el mundo cristiano, la iglesia del Estado, la iglesia del pueblo, etc., están a la misma distancia de la realidad que lo está la imaginación. Son imaginación y, desde el punto de vista cristiano, una imaginación tan corrompida que es adecuado decir: la imaginación es peor que la peste.

El cristianismo es renuncia a este mundo. Esto lo dicta el profesor en su cátedra y hace de dictarlo en su cátedra su carrera, sin reconocer que en realidad no es cristianismo: si lo fuera, ¿dónde está la renuncia a este mundo? No, esto no es cristianismo: es la condición del poeta. – El pastor predica, «testimonia» (¡sí, gracias por hacerlo!) que el cristianismo es renuncia y hace de predicar esto su medio de vida, su carrera; no reconoce que eso en realidad no es cristianismo – porque ¿dónde quedó la renuncia? ¿No es ésta también la condición del poeta?

El poeta finge con el hombre – y el pastor es poeta, como hemos visto: entonces el culto oficial se convierte en fingir, y el Estado no tiene reparos en dar dinero para hacer posible este gran bien.

Si la hipocresía tiene que conjurarse, la forma más suave de lograrlo es que «el pastor» reconozca que esto en realidad no es cristianismo – de lo contrario, seguimos en la hipocresía.

Por eso no es totalmente cierto lo que dice el título: que el poeta, desde el punto de vista divino, sea el más peligroso. El poeta no dice ser más que poeta. *Es mucho más peligroso que alguien que sólo es poeta, al ser lo que se llama pastor, aparente ser algo mucho más serio y verdadero que el poeta, y que no obstante sólo sea poeta. Esto es hipocresía elevada al cuadrado* (potencia). Por eso se necesitaba un talento policiaco que precisamente al pronunciar la palabra, al decir que sólo era un poeta, podía pasar por detrás de todo este fraude.

LA PESCA DE HOMBRES

Éstas son palabras del propio Cristo: «Seguidme y os haré pescadores de hombres» (Mt 4, 19).

Entonces los apóstoles partieron.

«¿Pero qué hubiera sucedido con ese par de hombres que además, seguramente, entendieron las palabras de Cristo así: que ellos mismos debían ser sacrificados para pescar hombres? Es fácil ver que de haber continuado por ese camino, no se habría llegado a ninguna parte. Éste era el pensamiento de Dios, quizá bello, pero –sí, esto debe reconocerlo todo hombre práctico– Dios no es práctico. No puede pensarse algo más trastocado que esa clase de pesca donde pescar es ser sacrificado, de modo que no es el pescador quien se come a los peces, sino los peces quienes se comen al pescador, y esto debe llamarse pescar; es casi como la locura de Hamlet cuando dice de Polonio que está en un banquete, pero no allí donde come, sino donde es comido».

Entonces el hombre se hizo cargo de la causa de Dios.

«¡La pesca de hombres! Lo que Cristo ha querido significar es algo totalmente distinto de lo que estos simpáticos apóstoles realizaron desafiando todo el uso del idioma y toda analogía idiomática, pues en ningún idioma se entiende por pescar lo que los apóstoles interpretaron. Lo que él ha querido significar y ha buscado es simplemente el surgimiento de un nuevo oficio: la pesca de hombres, predicar el cristianismo de tal manera que realmente se pueda pescar algo».

Atención, ahora verás que se consigue algo.

Sí, doy fe de que se consiguió algo – se consiguió la «cristiandad establecida» con millones, millones, millones de cristianos.

El arreglo fue muy sencillo. Así como se forma una compañía que especula con la pesca de arenques, otra con la captura de bacalao o la caza de ballenas, etc., de la misma forma la pesca de hombres fue explotada por una sociedad comercial que garantizaba a sus miembros un dividendo de tanto y tanto por ciento.

¿Y cuál fue el resultado? Oh, si aún no lo has hecho, ¡aprovecha esta oportunidad para admirar el poder del hombre! El resultado fue que se capturó una cantidad monstruosa de arenques, mejor dicho, hombres, cristianos, y por supuesto, la compañía se desarrolló brillantemente. Sí, se vio que ni siquiera la más próspera compañía de arenques podía ni remotamente dar tantos beneficios como la pesca de hombres. Y una cosa más: un beneficio extra o al menos un condimento picante agregado al beneficio es que ninguna compañía de arenques se atreve a respaldarse en las palabras de la Escritura cuando envía los barcos a pescar.

Pero la pesca de hombres es una empresa divina; los señores accionistas de la compañía se atreven a respaldarse en las palabras de la Escritura, pues Cristo mismo dice: «Os haré pescadores de hom-

bres»; así se presentan tranquilos al juicio: «Hemos cumplido su palabra, hemos pescado hombres».

LO QUE SE SUELE LLAMAR UN CRISTIANO

Primer cuadro

Es un hombre joven –pensémoslo así, la realidad provee abundantes ejemplos–, un hombre joven incluso con capacidades excepcionales, conocimientos, al tanto de los acontecimientos de la vida pública, un político en activo.

En cuanto a religión, su religión es que no tiene ninguna. Nunca se le ocurre pensar en Dios; tampoco ir a la iglesia y, ciertamente, si no lo hace, no es por razones religiosas; y en cuanto a leer la palabra de Dios en su casa, casi temería hacer el ridículo. Y cuando sucede que las circunstancias de su vida lo llevan a expresarse sobre la religión, y hay riesgo al hacerlo, elige la salida de decir la verdad: No tengo ninguna opinión en materia religiosa, es una cuestión que nunca me ha preocupado.

El mismo hombre joven, que no necesita ninguna religión, siente por el contrario la necesidad de ser – padre. Se casa; ahora tiene un niño, es – padre de un niño: ¿y qué sucede?

Sí, nuestro joven está, como se dice, a la intemperie con este niño, y se ve en la necesidad, en su condición de padre de un niño, de tener una religión. Y resulta que tiene la religión evangélico-luterana.

Qué lastimosa manera de tener religión. Como hombre no tiene ninguna religión; cuando podría correr riesgo por tener tan sólo una opinión en materia religiosa, no tiene ninguna, pero en su condición de – padre de un niño tiene (*risum teneatis!*[1]) la religión cristiana, que preconiza el celibato.

Entonces se manda llamar al pastor; la partera llega con el niño; una dama joven sostiene coquetamente el gorrito del niño; unos hombres jóvenes, que tampoco tienen ninguna religión, le hacen el favor al padre del niño, como padrinos, de tener la religión evangélico-cristiana y asumir el compromiso de la formación cristiana del niño; un pastor de seda vierte con gracia agua tres veces sobre el dulce niñito, se le seca graciosamente con una toalla – –

y esto nos atrevemos a ofrecérselo a Dios bajo el nombre de bautismo cristiano. El bautismo: mediante este acto santo el salvador

1. Contened la risa.

del mundo fue consagrado para la obra de su vida y después de él, los discípulos, hombres que hacía tiempo que habían llegado a la edad del discernimiento y que ahora, muertos para esta vida (por eso se sumergían tres veces queriendo significar que se bautizaban para estar en comunión con la muerte de Cristo), prometían vivir como sacrificados en este mundo de la mentira y la maldad.

Sin embargo, los pastores, esos hombres santos, sí que entienden su quehacer, y de la misma forma entienden que si tuviera que ser como incondicionalmente lo exigen el cristianismo y cualquier hombre razonable: que sólo cuando uno ha llegado a la edad del discernimiento pueda decidir qué religión quiere tener – los pastores entienden muy bien que entonces no conseguirían casi nada con este oficio. Y por eso estos santos testigos de la verdad invaden las salas de partos y se aprovechan del instante delicado en que la mamá está débil, después de superado el sufrimiento, y el padre está – a la intemperie. Y entonces nos atrevemos, bajo el nombre de bautismo cristiano, a ofrecerle a Dios un acto como el descrito, en el que no obstante podría introducirse una migaja de verdad, si la joven dama, en lugar de sostener sentimentalmente el gorrito sobre el niño, sostuviera satíricamente el gorro de dormir sobre el padre del niño. Pues tener una religión de este modo es, desde el punto de vista espiritual, algo tragicómico. No se tiene ninguna religión; pero por causa de la situación embarazosa: porque primero la mamá quedó en situación embarazosa, y entonces, como consecuencia, el papá también quedó en situación embarazosa; por causa de la situación embarazosa con este dulce pequeñito, por causa de ello se tiene la religión evangélico-luterana.

Segundo cuadro

Es un comerciante. Su principio es: todos y cada uno son ladrones en su oficio. «Es imposible», dice, «pasar por este mundo si no se es igual a los otros comerciantes, ya que todos aplauden este lema: todos y cada uno son ladrones en su oficio».

En cuanto a religión – sí, su religión en realidad es ésta: todos y cada uno son ladrones en su oficio. A propósito, él también tiene una religión y su opinión es que especialmente los comerciantes deben tener una. «Un comerciante», dice, «no debería nunca, aunque no tuviera ninguna religión, hacerse notar por ello, pues esto fácilmente podría volverse perjudicial posibilitando la sospecha sobre su honradez; y un comerciante preferentemente debería tener la religión dominante en el país». Con la última frase se refiere a que los judíos

siempre han tenido fama de estafar más que los cristianos, lo cual, como él sostiene, de ninguna manera es así; él sostiene que los cristianos estafan tanto como los judíos, pero que lo que perjudica a los judíos es que no tienen la religión dominante en el país. En cuanto a lo primero, la ventaja de tener religión como amparo para quien estafa, él invoca a ese respecto lo que se aprende de los pastores; sostiene que lo que ayuda a los pastores a poder estafar más que ninguna otra clase social es justamente que están tan cerca de la religión: si tal cosa fuera posible, él pagaría con alegría buen dinero para ser ordenado, pues esto proporcionaría un brillante resultado.

Dos o cuatro veces al año, este hombre se pone lindas ropas – y va a comulgar. Entonces aparece un pastor, un pastor que (al igual que aquellos que, cuando se aprieta un resorte, saltan de una cajita de sorpresas) salta tan pronto como ve «un billete azul»[2]. Y entonces se celebra solemnemente el acto sagrado después del cual el comerciante o, mejor, los dos comerciantes (tanto el pastor como el ciudadano) vuelven a su casa, a su modo de vida habitual, sólo que de uno de ellos no se puede decir que vuelva a su modo de vida habitual, ya que no lo había abandonado sino que, por el contrario, continúa su actividad como comerciante.

Y esto nos atrevemos a ofrecérselo a Dios bajo el nombre del sacramento de la santa cena, ¡la comunión del cuerpo y la sangre de Cristo!

¡El sacramento de la santa cena! Fue en la mesa de la santa cena donde Cristo, consagrado desde la eternidad para ser la ofrenda, por última vez antes de la muerte, se reunió con sus discípulos y los consagró también a ellos para la muerte o la posibilidad de la muerte, si en verdad estaban dispuestos a seguirlo. Por eso, en toda su solemnidad, es estremecedoramente cierto lo que se dice de su cuerpo y sangre, sobre este pacto de sangre que ha reunido a la ofrenda con sus pocos fieles – testigos por la sangre, que es lo que llegarían a ser.

Y ahora la solemnidad es ésta: vivir antes y después de manera totalmente mundana – y además una ceremonia. Pero los pastores tienen buenas razones para cuidarse de ilustrar a los hombres acerca de lo que el Nuevo Testamento entiende por santa cena y el compromiso que comporta. Todo su oficio está fundado en *vivir* de que otros sean ofrendados; su cristianismo es *recibir la ofrenda*; sugerirles que ellos mismos sean ofrendados lo considerarían *eine sonderbare und höchst unchristliche Zumutung*[3], en contradicción total con la *sana* en-

2. El billete de 5 reales era de color azul.
3. Una exigencia extraña y muy poco cristiana (en alemán en el original).

señanza del Nuevo Testamento, lo que pueden demostrar con una erudición tan colosal que la vida de un solo hombre no bastaría para estudiar todo eso a fondo.

«PRIMERO EL REINO DE DIOS», UNA ESPECIE DE CUENTO

El licenciado en teología Ludvig From[4] – busca. Y cuando escuchamos que un licenciado en teología busca, no necesitamos una imaginación demasiado despierta para entender que lo que busca es el reino de Dios, que es lo primero que se debe buscar.

No, no es esto; lo que busca es un medio de vida como pastor designado por el rey y, como voy a mostrar a grandes rasgos, han sucedido *primero* muchas cosas antes de llegar tan lejos.

Primero fue al colegio secundario, de donde salió con el grado de bachiller. Luego, aprobó *primero* dos exámenes y *sólo*[5] después de cuatro años de estudios, consiguió el grado de licenciado.

De esta manera, es licenciado en teología, y uno podría pensar que después de haber pasado por todo esto *primero*, finalmente podría llegar a trabajar por el cristianismo. ¡Bah, por el gremio! No, *primero* debe ir medio año al seminario pastoral y cuando éste ha terminado significa que han pasado los primeros ocho años sin que pueda buscar; todo este tiempo debe transcurrir *primero*.

Y ahora comienza el cuento: los ocho años han pasado; él busca...

Su vida, que hasta el momento no puede decirse que haya tenido alguna relación con lo incondicionado, asume de pronto esa relación: él busca todo de manera incondicional; rellena una hoja tras otra de papel timbrado; corre de Herodes a Pilatos; se recomienda a sí mismo tanto ante el ministro como ante el portero; en breve, está totalmente al servicio de algo incondicionado. Sí, uno de sus conocidos que en el último par de años no lo ha visto cree descubrir para su sorpresa que se ha vuelto más pequeño, lo cual quizá se explica porque le ha ido como al perro de Münchhausen, que siendo un galgo, a base de mucho correr, se transformó en un *basset*[6].

Así pasan tres años. Nuestro licenciado en teología necesita realmente un descanso para, después de una actividad tan monstruosamente agotadora, ser retirado de la actividad o lograr la tranquilidad en

4. Nombre ficticio. *From* significa «piadoso».
5. En danés «sólo» se dice igual que «primero».
6. Perro de patas cortas y torcidas.

un cargo y ser cuidado un poco por su futura esposa – pues *sólo* en el ínterin se ha comprometido.

Finalmente –como Pernille le dice a Magdelone[7]– le llega la hora de la redención, de modo que con todo el poder del convencimiento podrá, por propia experiencia, testimoniar ante la congregación que en el cristianismo hay salvación y redención: obtiene un cargo.

¿Qué sucede? Al recoger una información aún más precisa que la que hasta el momento había tenido acerca de los ingresos por ese cargo, descubre que son aproximadamente 150 reales menos de lo que había creído. Esto es el colmo. El infeliz hombre está a punto de desesperar. Ya ha comprado papel sellado para presentar una solicitud al ministro a fin de que se le permita ser considerado como no seleccionado – y así comenzar de nuevo desde el principio. Pero, entonces, uno de sus conocidos le hace desistir de esto. De esta manera, se queda con el cargo.

Ha sido ordenado – y ha llegado el domingo en que tiene que ser presentado ante la congregación. El deán, a través de quien esto sucede, es algo más que un hombre común: tiene no sólo (como la mayoría de los pastores y, por lo general, en grado más alto según sea el rango) un ojo desprejuiciado para las ganancias terrenales, sino también un ojo especulativo acerca de la historia del mundo, algo que no conserva para sí, sino que hace redundar en beneficio de la congregación. Ha elegido genialmente como texto las palabras del apóstol Pedro «Mira, hemos dejado todas las cosas y te hemos seguido»[8] y le explica ahora a la congregación que precisamente en tiempos como los nuestros se necesitan hombres como éste para ejercer como maestro, y recomienda entonces a este joven, de quien el deán sabe cuán cerca estuvo de renunciar por causa de 150 reales.

El joven hombre sube ahora al púlpito – y el evangelio del día es (¡qué cosa extraña!): «Buscad *primero* el reino de Dios»[9].

Pronuncia su sermón. «Un muy buen sermón», dice el obispo, que estaba presente, «un muy buen sermón y tuvo un gran efecto toda la sección sobre 'primero' el reino de Dios, el modo como destacaba este *primero*». ¿Pero le parece a Su Excelencia que había consonancia entre el discurso y la vida? En mí provocó una impresión casi satírica este *primero*. «Qué injusticia; él ha sido llamado para predicar la enseñanza de Cristo, la sana y auténtica enseñanza de Cristo acerca de buscar primero el reino de Dios, y lo hizo muy bien».

7. Personajes de la comedia *Den Stundeslöse* de L. Holberg.
8. Mc 10, 28.
9. Mt 6, 33.

Ésta es la clase de culto divino que –¡bajo juramento!– nos atrevemos a ofrecerle a Dios, el más terrible ultraje.

Seas quien fueres, piensa sólo esta palabra de Dios, «primero el reino de Dios», y piensa entonces en este cuento que es tan verdadero, tan verdadero, tan verdadero: y no necesitarás más para que te quede claro que todo el cristianismo oficial es un abismo de mentira e ilusión, algo tan sacrílego que lo único que verdaderamente se puede decir acerca de ello es: tendrás para siempre (si es que participas en el culto divino oficial), al dejar de participar en él como es ahora, una, y una gran culpa menos: la de no participar en tomar a Dios en broma (cf. «Esto debe ser dicho, que entonces quede dicho»[10]).

La palabra de Dios dice «primero el reino de Dios» y la interpretación, quizás incluso la consumación, es (pues uno se aferra a lo propio): *primero* todo lo otro y por *último* el reino de Dios. Sólo al cabo de mucho tiempo se obtiene lo terrenal y entonces, finalmente, se pronuncia un sermón acerca de buscar *primero* el reino de Dios. Así se convierte uno en pastor y toda la práctica del pastor es un continuo ejercicio de esto: *primero* lo terrenal y después – el reino de Dios; *primero* la consideración de lo terrenal, si agrada al gobierno o a la mayoría, o si somos unos cuantos o, dicho de otro modo: *primero* la consideración de lo que el temor humano ordena o prohíbe y después el reino de Dios; *primero* lo terrenal, *primero* el dinero, y después puedes bautizar a tu hijo; *primero* el dinero y después se podrá echar tierra y pronunciar un discurso fúnebre de acuerdo con la tarifa; *primero* el dinero y después visitaré al enfermo; *primero* el dinero y después *virtus post nummos*[11]; *primero* el dinero y después la virtud, después el reino de Dios, y esto último, por último, llega en tal grado por último que no llega en absoluto, y todo queda en lo *primero*: el dinero – en este único caso no se siente la necesidad de «ir más allá».

Así se relaciona, en todos los puntos y en todo, el cristianismo oficial con el cristianismo del Nuevo Testamento. Y esto no se reconoce como algo lamentable, no, descaradamente se porfía que el cristianismo es perfectible, que no nos podemos quedar en el cristianismo primitivo, que éste sólo es un momento, etcétera.

Por eso, nada es tan contrario a Dios como el cristianismo oficial y formar parte de él dando por supuesto que se le rinde culto. Si crees, y esto al menos lo crees, que el hurto, el robo, el saqueo, la fornicación, la calumnia, la gula, etc., son contrarios a Dios, el cristianismo oficial y su culto divino le son infinitamente más repug-

10. Artículo del autor publicado el 16 de mayo de 1855.
11. La virtud después/detrás del dinero.

nantes. Que un hombre se haya sumido en semejante estupidez y falta de espíritu bestiales, que se atreva a ofrecerle a Dios tal culto donde todo es falta de pensamiento, falta de espíritu, indolencia; ¡y pensar que el hombre se atreve descaradamente a considerar esto un progreso del cristianismo!

Es *mi* deber decir esto: seas quien fueres y sea tu vida la que fuere, al dejar de participar (si es que participas) en el culto divino oficial, tal como es ahora, tendrás para siempre una gran culpa menos. Tú mismo cargas entonces y has de cargar con la responsabilidad por tus actos, ¡pero has sido advertido!

LA «CRISTIANDAD» ES, DE GENERACIÓN EN GENERACIÓN, UNA SOCIEDAD DE NO-CRISTIANOS. LA FÓRMULA SEGÚN LA CUAL ESTO SUCEDE

La fórmula es ésta: cuando el individuo ha llegado a la edad en que podría hablarse, en el sentido del cristianismo del Nuevo Testamento, de llegar a ser cristiano, considera difícil decidirse a serlo. Por el contrario, tiene ganas de – casarse. ¡Ah! Hace la siguiente observación: «En realidad ya soy demasiado mayor para llegar a ser cristiano» (la mentira fundamental de la cristiandad; pues según el Nuevo Testamento hay que ser hombre para llegar a ser cristiano). «No, uno debe hacerse cristiano cuando se es niño, esto debe adquirirse desde la niñez. Entonces, me voy a casar, voy a tener hijos – y ellos, ellos serán cristianos».

¡Maravilloso! Y cuando cada uno de estos chicos ha llegado a la edad en que, según el Nuevo Testamento, podría hablarse de llegar a ser cristiano, entonces cada uno de ellos razona como su señor padre y su señora madre razonaron: «En realidad ya soy demasiado viejo para llegar a ser cristiano, no, esto debe adquirirse desde la niñez; ahora, yo debo» (como Trop dice que es por cuenta de Prepsing por lo que se encuentra en el Dyrehaven[12]) «ahora debo por cuenta del cristianismo apresurarme a llegar al lecho nupcial – y ellos, mis hijos, serán cristianos».

Abracadabra. Amén, amén, eternamente amén. ¡Alabados sean los pastores!

Éste es el secreto de la cristiandad, una insolencia sin par como la de querer ponerle a Dios una nariz de payaso, una insolencia que,

12. El Dyrehaven es un extenso bosque situado a pocos kilómetros de Copenhague, donde la gente solía concurrir los domingos, atraída por toda clase de diversiones.

sin embargo, bajo el nombre de verdadero cristianismo, es bendecido por los pastores, estos maestros comprometidos, comprometidos por juramento; esta dudosa compañía que (cualquiera que tenga alguna práctica debe saber que es así, aunque no conozca lo suficiente acerca del cristianismo del Nuevo Testamento como para asquearse por ello) en especial busca mantenerse en buenas relaciones con las parteras. Préstale atención a esto y verás que es como digo: hay un entendimiento secreto entre cada pastor y las parteras. Ambos comprenden que es de la mayor importancia para el pastor cómo se entiende con la partera, y ambos entienden que en lo esencial tienen un oficio en común – y el pastor está comprometido por juramento con el Nuevo Testamento que recomienda el celibato. El cristianismo de la cristiandad es justo lo contrario del cristianismo del Nuevo Testamento, y por eso estos tipos vestidos de faldas (no me refiero a las parteras sino a los pastores) ofician como alcahuetes rondando las salas de parto.

En el cristianismo de la cristiandad, de lo que se trata es de imponer esta sentencia: se llega a ser cristiano cuando se es niño; si de verdad hay que llegar a ser cristiano, hay que llegar a serlo como niño, desde niño. Ésta es la mentira fundamental: si se acepta, entonces adiós al cristianismo del Nuevo Testamento. La «cristiandad» habrá ganado el juego, un triunfo; y la mejor manera de celebrarlo es con una comilona y una gran borrachera, una salvaje orgía con bacanales y bacantes (pastores y parteras) a la cabeza de la diversión.

La verdad es: no se puede llegar a ser cristiano cuando se es niño; es tan imposible como es imposible para un niño procrear niños. Llegar a ser cristiano supone (según el Nuevo Testamento) una existencia completamente humana, lo que en sentido natural se podría llamar madurez de hombre – para entonces llegar a ser cristiano rompiendo con todo aquello a lo que se está atado. Llegar a ser cristiano supone (según el Nuevo Testamento) una conciencia personal de pecado y de sí mismo como pecador. Se ve entonces con facilidad que todo esto de llegar a ser cristiano cuando se es niño, sí, que justamente haya que llegar a serlo cuando se es niño, no es ni más ni menos que una puerilidad que pastores pueriles, a causa de haber jurado por el Nuevo Testamento, como es de presumir, meten en la cabeza de los hombres para que el oficio y la carrera del pastor puedan desplegarse.

Volvamos al principio. El individuo dijo: «En realidad, ya soy demasiado mayor para llegar a ser cristiano, y entonces me quiero casar – y mis hijos deberán, etc.». Si realmente este individuo hubiera tenido la seria intención de llegar a ser cristiano, habría dicho: «Ya estoy en la edad en que puedo llegar a ser cristiano. Por supuesto, nunca se

me ocurriría casarme. Aunque no fuera así – que el cristianismo recomienda el celibato como lo expresa el modelo, mientras que 'el apóstol', claramente en contra de su voluntad, se ve obligado a ceder un poco ante la multitud deseosa de casarse, como uno que está harto de escuchar una eterna queja al respecto, al final cede un poco: si no hay otro remedio, es mejor casarse que abrasarse – aunque no fuera así, de todas maneras nunca se me ocurriría casarme; la tarea de llegar a ser cristiano es tan tremenda que ¡cómo se me podría ocurrir meterme en este embrollo, por mucho que los hombres, en especial a una cierta edad, lo presenten y lo consideren como la mayor felicidad! Francamente, no concibo cómo se le ha ocurrido a alguien unir el ser cristiano con el estar casado; entiéndase bien, no pienso, por ejemplo, en alguien que ya estuviera casado y tuviera familia y que sólo a esa edad llegó a ser cristiano, no, me refiero a cómo alguien que es soltero y asegura haber llegado a ser cristiano, cómo a él se le puede ocurrir casarse. Un salvador viene al mundo a salvar, ¿a quiénes? A los perdidos. Por cierto, de éstos hay suficientes, pues todos están perdidos; y todos los que nacen están, por haber nacido, perdidos. A cada uno el salvador le dice: ¿Quieres ser salvado? Aun cuando el salvador no dijera nada acerca del celibato, a mí me parece que es evidente, que no es necesario decir que un cristiano no se case; sería realmente lo mínimo que se le podría exigir a alguien que ha sido salvado, y a un precio tan alto como es la dolorosa vida y muerte de otro; sería lo mínimo que se le podría exigir: que no produzca más perdidos engendrando hijos; pues perdidos ya hay suficientes. Por la propagación de la especie, los perdidos se prodigan como el cuerno de la abundancia – y entonces el que fue salvado, en gratitud por su salvación, mediante la propagación de la especie, provee su cuota de perdidos».

En cambio, el individuo que tuvo la seria intención de llegar a ser cristiano, se contuvo a sí mismo – justo en eso está, cristianamente, la seriedad; se contuvo a sí mismo y comprendió que la tarea era llegar a ser cristiano; se contuvo a sí mismo en tal grado que no se le pudo ocurrir casarse y expresó lo contrario de lo que todo hombre necesariamente expresa en el plano natural: la posibilidad de una descendencia que quizá se prolongue por varias generaciones; pero él expresó lo contrario: cortar con esto. Así se relacionó de manera opuesta (por eso, cristianamente correcta) a la masa de la perdición; no se ocupó de incrementarla, sino que se relacionó negativamente con ella. En el cristianismo de la cristiandad ocurre al revés: batallones de muchachos viriles y señoritas se acoplan, y producen millones de niños – y esto pretenden los pastores (y ellos deberían saberlo,

ya que han prestado juramento por el Nuevo Testamento), y esto pretenden los pastores (pero qué no harán, aún más que el alemán, los pastores por dinero); y esto pretenden los pastores que es cristianismo; los pastores, esos hombres santos, de quienes no se puede en verdad decir, como, por otra parte, se puede decir de todos, que son ladrones en su oficio; el pastor es una excepción, él es – mentiroso en su oficio.

«Se debe llegar a ser cristiano siendo niño, adoptarlo desde la niñez», lo cual significa: los padres quieren liberarse de llegar a ser cristianos, pero necesitan tener una coartada, y para ello hacen esto: educan a sus hijos para que sean verdaderos cristianos. Los pastores entienden muy bien el secreto, por eso su discurso se refiere con frecuencia a la educación cristiana de los niños, a esta seriedad – mediante la cual los padres quieren librarse de la verdadera seriedad. Pasa con los padres, en relación con los niños, lo mismo que con los pastores respecto de la congregación. Los pastores tampoco tienen la voluntad de llegar a ser cristianos – pero los de su congregación sí tienen que llegar a ser verdaderos cristianos. La trampa reside en quitarse de encima la seriedad (llegar uno mismo a ser cristiano), y en su lugar poner: la profunda seriedad (!) de querer convertir a otros en cristianos.

Entonces, como se dice, uno educa a sus hijos para ser cristianos; esto significa: se llena al niño con cierta golosina que en absoluto es el cristianismo del Nuevo Testamento, y esta golosina se parece tanto a la enseñanza de la cruz y del tormento de morir, de odiarse a sí mismo, como la mermelada a la salsa tártara; los padres prueban un poquito de esta golosina y se vuelven sentimentales al pensar que ellos lamentablemente ya no son cristianos como lo eran de niños, pues sólo cuando se es niño se puede ser auténtico cristiano.

Y todo este galimatías lo consiente naturalmente «el pastor», ¡sí, naturalmente! Lo único importante para «el pastor» es hacer por todos los medios (en virtud de su juramento por el Nuevo Testamento) justo lo contrario de lo que el Nuevo Testamento hace: conservar, proteger, cultivar en los hombres el deseo de la reproducción de la especie para que puedan seguir produciéndose batallones de cristianos, lo cual es una necesidad vital absoluta si miles de prolíficos pastores con sus familias tienen que vivir de ello. Además, el pastor sabe con certeza lo que cualquier gobierno políticamente inteligente sabe (y que los amantes sólo después descubren): que la gente se vuelve insignificante por el matrimonio, y que lo que vale en verdad –como en las exposiciones de ganado y los premios a los grandes reproductores, aunque de otra manera, por ejemplo, haciéndolo pasar

por cristianismo– es alentar la reproducción de la especie, pues esto es lo que con mayor fuerza nos recuerda el parentesco del hombre con Dios. Finalmente, «el pastor» evita así todo choque problemático con la multitud. Como la visión de la vida del cristianismo en su totalidad es tan elevada, es fácil que resulte escandaloso para la multitud de los hombres; cuando, por el contrario, el verdadero cristianismo consiste en tener hijos, entonces se vuelve lo más popular y accesible. Y, como dice el pastor, no se debe espantar a los hombres de la religión; se debe resguardarlos para ella, por ejemplo, haciendo pasar por religión la satisfacción de sus impulsos. De esta forma se los gana en masa, y de paso él también gana (lucra) al conseguir que los hombres sean ganados de este modo para la religión – pero el cielo no se gana así.

De generación en generación, la «cristiandad» es una sociedad de no cristianos, y ésta es la fórmula para que esto suceda: el individuo no quiere ser cristiano, pero decide tener hijos que deberían llegar a serlo, y los hijos, a su vez, vuelven a hacer lo mismo. Dios está sentado en el cielo – para ser objeto de burla. Pero sus servidores, comprometidos por juramento en la tierra, los pastores, disfrutan de la vida y de esta comedia; codo a codo con las parteras colaboran en la propagación de la especie – ¡la verdadera seriedad cristiana!

LA CONFIRMACIÓN Y EL MATRIMONIO, FARSA CRISTIANA O ALGO PEOR

La confirmación

La conciencia (en tanto se pueda hablar de ella en este contexto) parece haber golpeado duro a la «cristiandad» acusando que era demasiado, que no podía ser admisible este sinsentido de neta bestialidad: llegar a ser cristiano recibiendo de niño un chorrito de agua en la cabeza por parte de un funcionario de la realeza, mientras la familia organiza para la ocasión una reunión y un banquete festivo para celebrar el acontecimiento.

Esto no puede ser, dice la «cristiandad»; también debe encontrar su expresión el hecho de que el bautizado se haga cargo *personalmente* de la promesa bautismal.

Para ello está la confirmación, un invento maravilloso cuando se tienen en cuenta dos cosas: que el culto divino tiene como fin burlarse de Dios y que, lo más importante, se ofrece como excusa para fes-

tejos familiares, reuniones, una noche alegre, un banquete, diferente de otros banquetes por el hecho de que –¡qué refinamiento!– tiene, además, un significado religioso.

«La criatura», dice la cristiandad, «no puede hacerse cargo personalmente de la promesa bautismal; para ello se requiere que haya una verdadera persona». Entonces se elige –¿es genial o ingenioso?– la edad de los catorce a los quince años, la pubertad. Es una verdadera persona – ya no hay ningún impedimento, él ya es un hombre para hacerse cargo personalmente de la promesa bautismal hecha por la criatura.

¡Un púber de quince años! Si se hablara de diez reales, el padre diría: «No, hijo mío, no puedes administrar esa cantidad, todavía eres muy joven para ello». Pero en cuanto a su bienaventuranza eterna, y tratándose de algo tan personal – hay que suponer lo más serio de la personalidad al acto mediante el cual una criatura es comprometida por una promesa que, en el sentido más profundo, no podría llamarse seria – la edad de los quince años es la más adecuada.

La más adecuada, ah sí, siempre y cuando, como ha sido dicho, se suponga que el culto divino tiene una doble finalidad: tomar a Dios por tonto –¿puede decirse así?– de una manera elegante, y servir de excusa para celebraciones familiares de buen gusto. Entonces, como todo en esta ocasión, cuadra de maravilla, también el evangelio para el día elegido, que, como es sabido, comienza así: «Cuando las puertas estaban cerradas»[13] – y esto cuadra sobre todo para un domingo de confirmación: escuchar al pastor leer esto un domingo de confirmación resulta verdaderamente edificante.

La confirmación, puede verse con facilidad, es un sinsentido mucho más profundo que el bautismo de los niños, justamente porque la confirmación pretende suplir lo que faltaba en el bautismo de los niños: una personalidad real que pueda conscientemente hacerse cargo de una promesa que tiene que ver con la decisión de una bienaventuranza eterna. Por otra parte, este sinsentido, desde otro punto de vista, es ingenioso y sirve al egoísmo del cuerpo pastoral, el cual entiende muy bien que si la decisión con respecto a la religión se reservara a la edad madura del hombre (lo único cristiano y lo único razonable), muchos quizá tendrían el carácter suficiente como para no ser cristianos de una manera falsa. Por eso «el pastor» busca apoderarse de los hombres en la más tierna edad, en la primera juventud, para que después, en la edad más madura, se enfrenten con

13. Jn 20, 19-31. Es el texto correspondiente al primer domingo después de Pascua, día habitual en Dinamarca para la confirmación.

la dificultad de tener que romper una obligación «sagrada» tomada, es cierto, en la pubertad, pero que no obstante en muchos produzca quizás un temor supersticioso. Por eso el cuerpo pastoral se apodera de los pequeños, del púber, acepta promesas sagradas de él, etc. Hay que recordar que lo que hace «el pastor», ese hombre de Dios, es una obra divina – de lo contrario quizá se podría exigir, de manera análoga al edicto policial que prohíbe a los cantineros servir a los púberes, que saliera una prohibición de recibir promesas solemnes vinculadas a una bienaventuranza eterna por parte de los púberes, una prohibición para evitar que los pastores, siendo ellos mismos perjuros, no tengan permiso para trabajar –para consuelo de ellos mismos– con vistas a lograr la mayor cantidad de *commune naufragium*[14], a que todos en la sociedad lleguen a ser perjuros; pues está como calculado para eso dejar que púberes de quince años se comprometan mediante una promesa sagrada con una decisión vinculada a una bienaventuranza eterna.

Por tanto, la confirmación es en sí misma un sinsentido mayor que el bautismo de los niños. Y para no dejar nada de lado que de algún modo pudiera contribuir a hacer de la confirmación justo lo contrario de lo que pretende significar, se ha puesto este acto en relación con toda clase de cosas finitas y civiles, de modo tal que el significado de la confirmación en realidad se convierte en: el certificado que el pastor emite sin el cual el respectivo jovencito o jovencita no puedan seguir adelante en esta vida[15].

Todo esto es una comedia – y quizá pueda hacerse algo al respecto para darle mayor ilusión dramática a este acto solemne como, por ejemplo, establecer una prohibición para que nadie pueda ser confirmado en camisa, lo que no cuadra con una real personalidad, *item*[16] una ordenanza por la cual los confirmandos varones deban llevar barba para ingresar en la iglesia, que, naturalmente, podría ser utilizada también durante el festejo familiar por la noche, o quizás usarse para jaranas y bromas.

Con esto que escribo no ataco a la congregación; ésta es engañada, y no se le puede reprochar que –esto es humano–, abandonada a sí misma, estafada por el hecho de que el pastor ha prestado juramento por el Nuevo Testamento, le parezca bien esta clase de culto divino. Pero ¡ay de los pastores, ay de ellos, esos mentirosos comprometidos

14. Naufragio común (tanto en sentido de ordinario como de la generalidad de las personas).

15. Este certificado era necesario para llevar adelante los trámites del Estado y otras actividades (estudiar, trabajar).

16. Del mismo modo, asimismo, igualmente.

por juramento! Lo sé muy bien, ha existido gente que se burla de la religión; qué hubieran dado o, mejor aún, qué no hubieran dado para conseguir lo que yo consigo, pero no tuvieron éxito, porque Dios no estaba con ellos. Algo distinto sucede conmigo; inicialmente estuve tan bien predispuesto hacia los pastores como rara vez alguien lo estuvo, sólo deseoso de ayudarlos; pero fueron ellos mismos quienes provocaron la reacción contraria contra sí. Y conmigo está el Todopoderoso; y él es el que mejor sabe cómo hay que golpear para hacer sentir que la risa, servida en temor y temblor, se convierta en azote – para eso soy usado yo.

El matrimonio

El verdadero culto divino consiste simplemente en hacer la voluntad de Dios.

Pero esta clase de culto divino nunca fue del agrado del hombre. Lo que en todos los tiempos ha ocupado al hombre, lo que ha motivado el surgimiento de la ciencia, su división en muchas, muchas ciencias, su expansión en grado incalculable, aquello de lo que y por lo que miles de pastores y profesores viven, aquello que es el contenido de la historia de la cristiandad, mediante cuyo estudio los futuros pastores y profesores son formados, es organizar otra clase de culto divino, consistente en hacer la propia voluntad, pero de modo que el nombre de Dios, la invocación de Dios, esté en relación con ella, con lo cual el hombre se asegura no ser un impío – ay, mientras justamente ésa es la clase más categórica de impiedad.

Ejemplo. Un hombre tiene la intención de ganarse la vida matando gente. Ahora bien, por la palabra de Dios ve que esto no está permitido, que la voluntad de Dios es: No matarás. Bien, piensa él, esta clase de culto divino no me sirve – pero tampoco quiero ser un impío. ¿Qué hace entonces? Consigue un pastor que, en el nombre de Dios, bendice el puñal. *Ja, das ist was anders!*[17].

La palabra de Dios recomienda el celibato. «Pero», dice el hombre, «esta clase de culto divino no me sirve – y un impío ciertamente tampoco soy; pero ante un paso tan importante como el matrimonio» (lo cual *nota bene*[18] Dios desaconseja, de modo que *él* opina que lo importante es dejar de dar «este importante paso»), «¿tendría yo que darlo sin asegurarme la bendición de Dios?». ¡Bravo! «Para eso está este hombre de Dios, el pastor, quien bendice este impor-

17. Sí, esto es otra cosa (en alemán en el original).
18. Tenlo en cuenta.

tante paso» (cuya importancia es dejar de darlo) «y entonces es grato a Dios» – y se hace mi voluntad; y mi voluntad se convierte en culto divino; y se hace la voluntad del pastor, que recibe diez reales, no ganados de una manera sencilla, como, por ejemplo, cepillando la ropa de la gente o sirviendo cerveza y aguardiente; no, él lo hizo todo en nombre de Dios, y ganar diez reales de este modo es culto divino. ¡Bravísimo!

¡Qué abismo de sinsentido y repugnancia! Cuando algo no le es grato a Dios, ¿se le vuelve grato si –¡esto es hacer de lo malo algo peor!– viene un pastor que –¡esto es hacer de lo malo algo peor!– cobra diez reales para declarar que es lo más grato a Dios?

¡Quedémonos en el matrimonio! La palabra de Dios recomienda el celibato. Pero resulta que hay una pareja que desea casarse. Esta pareja debería, ya que se llaman cristianos, saber qué es el cristianismo; pero dejemos esto de lado. Los enamorados se dirigen entonces al pastor – y el pastor está comprometido por juramento con el Nuevo Testamento, que recomienda el celibato. Si no es un mentiroso y un perjuro, que del modo más abyecto gana dinero vil, debería proceder así. Podría a lo sumo, lleno de simpatía humana por este caso humano de estar enamorados, decirles: «Pequeños hijitos, yo soy el último a quien deberíais dirigiros; dirigirse a mí en esta ocasión es tan extraño como si uno se dirigiera al jefe de policía para preguntarle cómo proceder para robar. Mi obligación es recurrir a todo para haceros desistir; a lo sumo puedo decir con el apóstol (pues no son palabras del maestro): sí, ya que no podéis controlar vuestro ardor, entonces uníos, 'es mejor casarse que abrasarse'. Y sé muy bien que os estremeceréis cuando os hable así sobre lo que vosotros consideráis lo más bello de la vida; pero yo debo cumplir con mi obligación. Y por eso os he dicho que yo era el último al que debíais dirigiros».

Muy diferente en la «cristiandad». El pastor, cuando hay algunos para acoplar, está siempre dispuesto; si los interesados se hubieran dirigido a la partera, quizá ni siquiera ella les habría confirmado de una manera tan segura que su propósito es algo grato a Dios.

Entonces son casados, es decir, se hace la voluntad del «hombre», pero su voluntad se refina hasta llegar a ser culto divino; pues todo se hizo en el nombre de Dios. Son casados – ¡por el pastor! Ah, el hecho de que intervenga el pastor es lo tranquilizante; este hombre, que por juramento está comprometido con el Nuevo Testamento y que por diez reales es el hombre más agradable con que se pueda tratar, este hombre garantiza que dicho acto es verdadero culto divino.

Desde una perspectiva cristiana debería decirse: justamente la circunstancia de que interviene un pastor es lo peor de todo. Si quieres casarte, entonces trata preferentemente de que te case un herrero; de esta forma quizá podrías, si se puede hablar así, escapar a la atención de Dios; pero cuando interviene un pastor es imposible que escape a la atención de Dios. Justamente el que intervenga un pastor hace que se trate de un hecho absolutamente criminal. Recuerda lo que se le dijo a alguien que en una tormenta invocó a los dioses: No dejes que los dioses se den cuenta de que estás ahí. Y de la misma manera debería decirse: Tratad al menos de evitar que intervenga un pastor. Los otros, el herrero y los enamorados, no han prestado juramento por el Nuevo Testamento; por eso es mejor que cuando, si se puede hablar así, interviene el pastor con su – sagrada presencia.

Toda religión en la que haya al menos algo de verdad –el cristianismo sin duda– busca una total transformación del hombre, quiere, mediante el renunciamiento y la abnegación, arrancarlo de todo aquello en lo que él inmediatamente se sostiene, de aquello en lo que inmediatamente tiene su vida. Esta clase de religión no le sirve al «hombre» como él quisiera. Por eso, la historia es que de generación en generación, vive –¡qué equívoco!– una clase social altamente respetada: la de los pastores. Su oficio: invertir toda la relación para que lo que el hombre desea se convierta en religión, bajo la condición de invocar el nombre de Dios y pagar a los pastores la suma establecida. El resto de la sociedad, si uno se fija con la suficiente detención, está de forma egoísta interesada en mantener la imagen del pastor – pues de lo contrario la falsificación no podría tener lugar.

Llegar a ser cristiano en el sentido del Nuevo Testamento es un cambio tan radical que, humanamente hablando, debe decirse que constituye el dolor más grave para una familia el que uno de sus miembros se haga cristiano. Pues en un cristiano la relación con Dios llega a ser tan dominante que no está «como» perdido sino que, en un sentido mucho más decisivo que si muriese, está realmente perdido para todo lo que se llama familia. De esto Cristo habla constantemente, tanto cuando dice que ser su discípulo es ser su madre, hermano, hermana, asegurando al mismo tiempo que no tiene madre, hermanos ni hermanas, como cuando constantemente habla de la colisión que supone odiar al padre y a la madre, al propio hijo, etc. Llegar a ser cristiano en el sentido del Nuevo Testamento requiere desprender (como el médico habla de desprender el diente de la encía), desprender al individuo singular del contexto del que se sostiene con pasión inmediata y que con pasión inmediata sostiene él.

Esta clase de cristianismo nunca fue –no más ahora que en el año 30 de nuestra era– del agrado del hombre, sino que siempre fue contrario a él en lo más profundo del corazón, un asunto a vida o muerte. Por eso, de generación en generación, vive una clase social altamente respetada, cuyo oficio es convertir al cristianismo en todo lo contrario.

El cristianismo de los «pastores» guarda relación con la ayuda que la religión (la que desafortunadamente es para provocar justo lo contrario) presta a las familias para unirlas más y más egoístamente, para organizar bellos festejos familiares, espléndidos festejos familiares, por ejemplo con motivo del bautismo y la confirmación, los cuales, comparados con un paseo por el Dyrehaven y otras alegrías familiares, tienen su propio encanto porque, «además», son religiosos.

«Ay de vosotros», dice Cristo de los intérpretes de la ley (escribas), «que os habéis llevado la llave de la ciencia, y vosotros mismos no entráis (justamente en el reino de los cielos, cf. Mt 23, 13), y a los que quieren entrar se lo impedís» (Lc 11, 52).

En esto consiste la actividad altamente respetada del pastor, un oficio que impide a los hombres entrar en el reino de los cielos. Para compensar esto, el «pastor» da lo mejor de sí en forma de diversas prestaciones, para las cuales, por ejemplo, el agente Carstensen tiene decidido talento en gran escala: bellos, espléndidos festejos con un poco –un poco de vino hace más rica la limonada– con un poco de religión, lo cual Carstensen no puede ofrecer... pero quizá él podría ser ordenado.

DE CÓMO LA EDUCACIÓN CRISTIANA DE LOS NIÑOS DE LA VIDA FAMILIAR CRISTIANA, TAN PONDERADA ESPECIALMENTE EN EL PROTESTANTISMO, ESTÁ CRISTIANAMENTE BASADA EN UNA MENTIRA, UNA PURA MENTIRA

Se vive de tal manera en la «cristiandad» que, por lo común, los padres no se ocupan en absoluto de ser cristianos salvo de nombre, en realidad no tienen ninguna religión. La educación del niño consiste en un cierto amaestramiento, en enseñarle algunas cosas, pero no se hace cargo de proporcionarle una visión religiosa de la vida, y mucho menos una visión cristiana de la vida, ni en hablarle acerca de Dios, y menos aún según los conceptos y representaciones propias del cristianismo.

Otra cosa sucede en las familias a las que les gusta jactarse de ser cristianamente serias y que saben hablar mucho sobre el significado de una educación cristiana de los niños. Lo que hay ahí es charlata-

nería y alarde en lo que se refiere a educar al niño en el cristianismo desde, como se dice, la más tierna infancia.

La verdad, sin embargo, es ésta: que la educación cristiana de los niños de la vida familiar cristiana (¡el orgullo del protestantismo!) está basada en una mentira, una pura mentira.

Y esto es muy fácil de mostrar.

Primero. De cómo se entiende, *cristianamente*, la llegada del niño al mundo, los padres no pueden hablar, cristianamente, de un modo verdadero. Los padres son lo suficientemente egoístas como para educar al niño –¡y bajo el nombre del cristianismo!– en la idea de que el hecho de que él exista ha sido una extraordinaria obra buena de los padres, que esta obra maestra de los padres, por la cual el niño llegó a ser, resulta de sumo agrado a Dios. Esto quiere decir: bajo el nombre de educación cristiana de los niños se pone al cristianismo patas arriba, se hace de su idea de la vida exactamente lo contrario de lo que es. *Cristianamente*, dar la vida a un niño en absoluto es la mayor obra buena (esto es paganismo); *cristianamente*, nada hay menos agradable a Dios, por lo que uno se haga atractivo a sus ojos, que ocuparse de procrear niños (una representación así de Dios es o paganismo, incluso una de las formas más primitivas de paganismo, o la clase de judaísmo que el cristianismo justamente quería abolir); *cristianamente* es el más alto grado de egoísmo que, porque un hombre y una mujer no puedan controlar su ardor, otro ser tal vez durante setenta años tenga que sufrir por ello en este valle de lágrimas y esta cárcel, y quizá perderse eternamente.

Segundo. Que este mundo, al cual los padres tuvieron la bondad de traer al niño con su gran obra buena, *cristianamente*, es un mundo pecador, impío y malo, que lágrimas, tormentos, miseria esperan a todo aquel que nace si es que está dentro del número de los que se salvan, y que a quienes no lo están les espera la perdición eterna. Esto los padres no pueden decírselo al niño. Por un lado, el niño no puede entenderlo: el niño es, por naturaleza, demasiado feliz como para entender semejante cosa; y, por otro lado, los padres, por su propia conveniencia, tampoco pueden decírselo al niño. Todo niño, en su ingenuidad, es más o menos genial. Supongamos que el niño, en su ingenuidad, les dijera a los padres: «Pero si el mundo es así, y esto es lo que me espera, entonces no es nada bueno que haya venido a este mundo». ¡Bravo, mi pequeño, diste en el blanco! ¡Ésta es una situación en extremo fatal para los padres! ¡No, con el cristianismo no se puede bromear!

Tercero. Los padres no pueden proporcionar al niño la verdadera representación *cristiana* de Dios, y por razones egoístas están

interesados en no hacerlo. Que para Dios este mundo es un mundo perdido, que todo aquel que nace, por el hecho de nacer está perdido, que lo que Dios quiere –por amor– es que el hombre muera para este mundo, y que si Dios tiene la generosidad de darle su amor, lo que entonces hace –por amor– es martirizarlo con todos los tormentos con el propósito de quitarle la vida; pues esto es lo que Dios quiere –pero por amor–, él quiere la vida del nacido, lo quiere transformar en un muerto para este mundo, en alguien que vive como un muerto para este mundo. Esto, el niño, por más que se lo digan, no lo puede captar, y los padres se cuidan bien de decirlo por razones egoístas. ¿Qué hacen entonces? Bajo el nombre de educación «cristiana» de los niños desparraman desenfadadamente necedades del barril del paganismo: es una extraordinaria obra buena que tú hayas llegado a ser, has venido a un mundo amable y Dios es un hombre amable, aférrate tan sólo a él, no te concederá todos tus deseos, pero te ayudará. Pura mentira.

Esto quiere decir que la tan alabada educación cristiana de los niños consiste en llenar al niño con – pura mentira. La tan alabada vida familiar cristiana es en sí misma, cristianamente, una mentira, cristianamente no hay vida familiar, menos aún en el sentido de que ésta sería la forma más verdadera de cristianismo; a lo sumo puede tolerarse con indulgencia. Basada en una mentira, la vida familiar cristiana llena al niño de mentiras, y ella misma termina por encontrarle el gusto a esta clase de cristianismo para niños (lo cual no es tan extraño, ya que es paganismo), y entonces se vuelve sentimental pensando que sólo el niño es un verdadero cristiano.

¿Y cuál es entonces la consecuencia de la tan alabada educación cristiana de los niños? La consecuencia es: o bien que el niño vaya por la vida como hombre, padre, anciano, sin salir nunca del mismo disparate, o bien que llegue un instante en esta vida en el que el niño sea probado en el más terrible sufrimiento sobre si Dios es un infame que le ha hecho creer que él (Dios) no es el que realmente es, o si los padres son unos mentirosos.

Y cuando este sufrimiento haya sido superado, cuando se haya entendido que, en lo que a Dios se refiere, todo es así, que él no tiene ninguna participación en lo que al hombre se le ocurra contar acerca de él y que, en todo caso, fueron los padres, con amor humano, los que dispusieron lo mejor para él, entonces necesitará quizá un largo, largo tiempo, la más dolorosa cura para quitarse de encima todo aquello con lo que, bajo el nombre de educación cristiana de los niños, le han llenado la cabeza.

Mira, ésta es la consecuencia de la tan alabada educación cristiana de los niños; basada en una mentira, es pura mentira. Pero los

pastores la alaban. Ahora bien, así como un hombre es suficiente para contagiar de cólera a todo un pueblo, mil impostores son más que suficientes para infectar a toda una sociedad, y así lo que se vive bajo el nombre de cristianismo es, *cristianamente*, pura mentira.

LA VERDAD ACERCA DEL SIGNIFICADO DEL «PASTOR» PARA LA SOCIEDAD

Así como un profesional de la estadística, cuando dispone de la información necesaria acerca de la población de una gran ciudad, debería poder precisar el número proporcional de mujeres públicas que una ciudad así consume; así como un profesional de la estadística, cuando se le informa sobre el tamaño de un ejército, debería poder determinar el número proporcional de médicos que un ejército de ese tamaño necesita para estar bien atendido; de igual manera, un profesional de la estadística, cuando se le informa sobre la población de un país, debería poder determinar el número proporcional de perjuros (pastores) que ese país necesitará si quisiera, bajo el nombre de cristianismo, estar asegurado y a resguardo total del cristianismo bajo la apariencia de poseer el cristianismo para poder vivir – el paganismo, incluso un paganismo apaciguado y refinado por el hecho de ser cristianismo.

Desde este punto de vista, se ve la verdad acerca del significado del «pastor» para la sociedad o de cómo se explica su significado.

El cristianismo se funda, como presupuesto, en la concepción de que el género humano es un género perdido, y que todo aquel que nace, por nacer humano, por pertenecer al género, está perdido. El cristianismo quiere, entonces, salvar a todos, pero de ninguna manera disimula el hecho de que si se lo toma en serio, esta vida se convertirá en exactamente lo contrario de lo que al hombre le gusta y entiende, se convertirá en puro sufrimiento, tormento, miseria.

Con esto, por supuesto, el hombre no se mete: entre millones no hay quizá ni uno solo que de manera sincera y honesta quiera meterse con esto. La tarea para el hombre, para el «género humano», para la «sociedad», es, por tanto, defenderse con todas las fuerzas contra el cristianismo, que pasará a ser considerado como el enemigo mortal del hombre.

Sin embargo el hombre, tan inteligente como es, dice «no» a romper abiertamente con el cristianismo, dice: «No, esto no es inteligente, es incluso imprudente, y en absoluto lo más seguro. Ante un poder tan formidable como el cristianismo – cuando se es lo su-

ficientemente honesto como para involucrarse tanto con él hasta rechazarlo – pues rechazarlo con honestidad es, de alguna manera, involucrarse con él, se corre el riesgo de que, al final del juego, este poder lo termine atrapando a uno como castigo por involucrarse de modo imprudente con él».

No, aquí se necesitan otros medios por completo diferentes; aquí el «hombre», esta cabeza sagaz, debe ocupar su puesto de una manera muy diferente.

Y ahora comienza la comedia. Para una población de tal y tal tamaño se necesitan, dice el profesional de la estadística, tal y tal número de perjuros. Se los pone a trabajar. Que lo que éstos predican, que lo que su vida expresa no es el cristianismo del Nuevo Testamento, se da por tan supuesto que ellos mismos lo ven, pero dicen: es nuestro medio de vida, para nosotros se trata de hacer oídos sordos, no tomárselo tan a pecho.

Así los perjuros. La sociedad, por su lado, quizá intuye que algo no encaja en este juramento por el Nuevo Testamento. Sin embargo, piensa la sociedad, es lógico que nuestra tarea sea hacer oídos sordos, hacer como si todo estuviera en orden. «Nosotros», dice la sociedad, «nosotros sólo somos laicos, nosotros no podemos ocuparnos de la religión, nos ponemos muy confiados en manos del pastor que, por juramento, está comprometido con el Nuevo Testamento».

Ahora la comedia alcanza su apogeo. No hay más que cristianos y cosas cristianas y pastores – y sin embargo todo expresa exactamente lo contrario del cristianismo del Nuevo Testamento. Y es casi imposible encontrar la punta de esta tan ingeniosa maraña, es casi imposible pasar al otro lado de esta apariencia. Cómo se le podría ocurrir a alguien dudar de que esta realidad sea cristianismo, cuando ello es casi tan imposible como que a alguien se le ocurriera pensar que el pastor sea un comerciante, pues, como sabemos, él está por juramento comprometido a renunciar a este mundo, de modo que su negocio sólo prospera bajo el signo del renunciamiento a este mundo; cómo se le podría haber ocurrido a alguien pensar que, por una especie de confusión parecida a la de quien dice «adiós» cuando llega, de forma que cuando escucha la palabra «adiós» en realidad es que alguien llega; cómo se le podría haber ocurrido a alguien... A nadie se le habría ocurrido ni nadie lo habría sabido si yo no lo hubiera dicho, que bajo el nombre del «pastor» está el «perjuro», el «pastor» que justamente es testigo de verdad.

Esto es lo que significa el «pastor» para la sociedad; de generación en generación, ésta consume un número «necesario» de perjuros para, bajo el nombre de cristianismo, estar asegurada por completo

contra el cristianismo y de este modo poder vivir el paganismo, garantizado e incluso refinado por el hecho de ser cristianismo.

No hay en todo el clero un solo pastor honesto. Sí, ya sé que cierta gente que no es reacia a estar de acuerdo conmigo en lo que digo, piensa, no obstante, que debería hacer excepciones, que algunos debe haber. No, gracias; conceder esto sería caer en el disparate; pues es seguro que el resultado será que todo el gremio y toda la sociedad me darán la razón en todo lo que digo, pues cada uno, como es de esperar, se considerará la excepción. Pero no hay literalmente ninguna excepción, no hay literalmente ni un solo pastor honesto. Dejemos si no que la policía examine con detenimiento al presunto honrado, ese hombre de tan rara y extraordinaria honestidad, y el que quiera ver verá que tampoco ése es una excepción: pues literalmente no hay un solo pastor honesto.

En primer lugar, porque no puede ser tan tonto como para no alcanzar a ver que el modo en que es remunerado, desde el punto de vista cristiano, es del todo inaceptable y contrario a la ley de Cristo; del mismo modo que toda su existencia como fusión de servidor del Estado y discípulo de Cristo, desde el punto de vista cristiano, es del todo inaceptable y contrario a la ley de Cristo, una ambigüedad por la que podría exigírsele usar un traje de dos colores[19] (aunque por una razón diferente por la que se exige su uso en el caso de los criminales – pues «el pastor» no se va a escapar, de eso podemos estar seguros) para expresar por un lado y por el otro tanto lo uno como lo otro.

En segundo lugar, por ser miembro del gremio participa de la culpa de todo el gremio. Cuando todo el gremio es podredumbre, la honestidad sólo puede mostrarse no siendo miembro del gremio, si no lo único que se logra es –si es que por un instante quisiéramos admitir su honestidad– que el gremio tenga en él a alguien en quien ampararse, lo que por cierto no debería tener. Es como cuando la policía, ante una aglomeración, ordena a la gente que se disperse: ningún buen ciudadano se queda ahí: quedarse ahí es justamente la señal de no ser un buen ciudadano, pues éste terminaría yéndose, no queriendo tener nada que ver con los que se quedan ahí a pesar de la prohibición de la policía. Si aun así admitiéramos por un instante que este hombre que permaneció allí es un buen ciudadano, altamente respetable, pasando por alto que su acto lo desmiente, se debería aclarar que, quedándose, hace un gran daño. La aglomeración tiene ahora uno en quien ampararse y esto hace que la policía tal vez no

19. Kierkegaard se refiere aquí al conocido traje a rayas de los presos.

pueda avanzar tan enérgicamente como sería necesario sólo porque este «buen ciudadano» está en dicho medio.

En tercer lugar, quizá este presunto honesto no sólo esté tan lejos de ser una excepción, sino que, de una manera sutil, sea incluso peor que los otros. Como se sabe, entre ciegos el tuerto es rey, y cuando se busca pasar por algo extraordinario por un precio barato, es un cálculo muy sagaz rodearse de la compañía de la mediocridad, de la miseria, de la falta de integridad; así, por contraste, un poco de honestidad luciría de manera brillante, oh sí, si no fuera porque esta sagaz utilización de la brillantez es una clase mucho más profunda de deshonestidad que la grosera deshonestidad de los otros.

No, no hay literalmente ni un solo pastor honesto. Por el contrario, por la existencia del «pastor» toda la sociedad, cristianamente, es una infamia, lo que no sucedería si el «pastor» no estuviera allí en medio.

De la mañana a la noche estos miles o millones de hombres expresan esta concepción de la vida que es exactamente la contraria a la del cristianismo, tan contraria como lo son vivir o morir. Esto no se puede llamar infame; es humano. Pero ahora viene lo infame: que en el medio hay mil hombres que prestaron juramento por el Nuevo Testamento, hombres que como el resto de la sociedad expresan una concepción de la vida exactamente contraria al cristianismo, pero que *al mismo tiempo* garantizan a la sociedad que esto es cristianismo. Y ahora es cuando la sociedad es una infamia.

Ser cristiano en el sentido del Nuevo Testamento es, en dirección ascendente, tan distinto de ser hombre, como ser hombre lo es, en dirección descendente, de ser animal. Un cristiano en el sentido del Nuevo Testamento, aunque sufriendo, está en el medio de la realidad de esta vida, pero es totalmente ajeno a esta vida, él es, como dice la Escritura y también las oraciones de colecta (que –¡sangrienta sátira!– siguen siendo leídas por la clase de pastores que hoy tenemos y para la clase de cristianos que hoy existen), un hombre extraño y forastero... Basta imaginarse, por ejemplo, al fallecido obispo Mynster decir cantando en el culto: ¡Somos extraños y forasteros en este mundo! Un cristiano en el sentido del Nuevo Testamento es literalmente un extraño y forastero: se siente extraño, y cada uno siente con absoluta naturalidad que es extraño. Permíteme poner un ejemplo. Trabajar de manera más esforzada que cualquiera que lo haga por obligación, pero aun así lograr dar dinero para no llegar a ser nada, para hacer el ridículo, etc.: a la multitud este modo de vivir debe parecerle una especie de locura; por lo menos la mayoría se sentiría extrañada de ver una vida así. La verdad es, no obstante, que este modo de vivir se

corresponde con el cristianismo del Nuevo Testamento. Dejemos que uno que vive así, viva en una sociedad cristiana donde hay toda una tripulación de maestros comprometidos por juramento con el Nuevo Testamento: entonces aparece la infamia.

Ante los maestros bajo juramento y su modo de vivir, la multitud no se siente extraña; al contrario, la mayoría lo conoce bien puesto que es su propio modo de vivir; ¡viva el lucro, el ejercicio activo del oficio que es remunerado tanto por lo uno como por lo otro (lo terrenal y lo celestial)! Pero estos maestros son, como sabemos, pastores, y por haber jurado por el Nuevo Testamento se supone que deben saber lo que es el cristianismo, es decir, que para la multitud constituyen la garantía de que esa manera de lucrarse, etc., es verdadero cristianismo. Entonces, cuando la multitud adoctrinada de tal manera se encuentra ante el modo de vivir antes descrito, se siente extraña e inclinada a considerarlo una locura (lo que todavía no es infamia sino algo humano), pero poco después se siente con derecho a juzgar *cristianamente* ese modo de vivir como una clase de locura. Esto es infame, y esta infamia se debe – a la existencia del «pastor».

En una oportunidad, la conversación con el fallecido obispo Mynster derivó en lo siguiente. Yo le dije que los pastores podrían dejar de predicar, que toda su predicación no tenía en absoluto ningún efecto, porque la comunidad, en su fuero interno, silenciosamente, pensaba: Claro, es su medio de vida. A esto el obispo Mynster respondió para mi sorpresa: Algo de eso hay. En realidad no me esperaba esa respuesta pues, aunque creo que estábamos a solas, el obispo Mynster solía ser la prudencia en persona en este punto. En lo que a mí respecta, no he cambiado de opinión en relación con aquella expresión, sólo que ahora me resulta claro que el pastor sí tiene, en un sentido, un efecto enorme, el de que su existencia convierte a toda la sociedad, cristianamente hablando, en una infamia.

SOBRE EL INTERÉS QUE DESPIERTA MI CAUSA

En cierto modo el interés es bastante grande; lo que escribo tiene difusión; en un sentido es mayor que la que pretendo; aunque en otro sentido debería desear la máxima difusión (naturalmente sin querer utilizar en lo más mínimo aquello que tenga la más mínima semejanza con los conocidos trucos de los políticos, charlatanes y trepadores). Se lee lo que escribo; muchos lo leen con interés, esto lo sé.

Pero para la mayoría quizá todo termina ahí. El domingo siguiente van a la iglesia como de costumbre, y se dicen: «En el fondo es

verdad lo que dice Kierkegaard, y es extremadamente interesante leer lo que saca a la luz, que todo el culto oficial es burlarse de Dios, que es una blasfemia – pero resulta que estamos acostumbrados, no podemos librarnos de ello, no tenemos suficiente fuerza. Pero leeremos con gusto lo que escribe; incluso podemos estar impacientes por recibir un nuevo número y saber más sobre este caso criminal sin duda de enorme interés».

Sin embargo, este interés no es para alegrarse, sino más bien para entristecerse, una lamentable prueba más de que el cristianismo no sólo no existe, sino que los hombres de nuestro tiempo ni siquiera están en lo que yo llamaría un estado de religión; son ajenos e ignorantes de la clase de pasión que cualquier religión debe requerir, sin la cual no se puede tener en absoluto ninguna religión, y mucho menos el cristianismo.

Permíteme utilizar una imagen para lo que voy a decir; en cierto sentido la utilizo a mi pesar, pues no hablo con gusto de esto, sin embargo la elijo y utilizo deliberadamente. Oh, sí, entiendo que no podría dejar de utilizarla, pues la seriedad del caso requiere que recurra a todo para hacer que quien lo necesite sienta asco de su estado, repugnancia de sí mismo.

Hay un hombre cuya esposa le es infiel, pero él no lo sabe. Entonces uno de sus amigos –para muchos quizá se trata de una ambigua amistad– le informa de ello. El hombre contesta: «Te he escuchado hablar con vivo interés, te admiro por la perspicacia con que has sabido rastrear una infidelidad escondida con tanto cuidado, de la cual realmente no tenía la menor idea. Pero que yo, ahora que lo sé, tenga que divorciarme, no, eso no lo puedo hacer. Resulta que estoy tan acostumbrado a esta rutina hogareña que no puedo prescindir de ella, además tiene fortuna, de la que tampoco puedo prescindir. Pero, en cambio, no niego que escucharé con el más vivo interés todos los detalles que puedas proporcionarme sobre esa relación, pues –aunque no lo digo para elogiarte– es en extremo interesante».

Hay algo terrible en tener este sentido de lo «interesante». Igualmente también es algo terrible enterarse bajo la forma de lo «interesante» que el culto que uno practica es blasfemia, pero no obstante persistir en él, porque resulta que uno se ha acostumbrado a ello. En el fondo, no es tanto despreciar a Dios como despreciarse a sí mismo. Se considera despreciable lo que sin culpa puede ser causado por la infidelidad de una esposa: pasar por marido y sin embargo no serlo; se considera miserable consentir esta relación, permanecer en ella. Pero (y esto es imposible que suceda sin culpa) mantener una religión sabiendo que su culto es blasfemia, y no obstante seguir haciéndolo

valer como la propia religión, esto, en el sentido más profundo, es despreciarse a sí mismo.

Oh, hay sin embargo algo que es más triste que lo que los hombres son propensos a considerar como lo más triste que pueda sucederle a un hombre: perder la razón; hay algo más triste. Se da una desidia con respecto a tener que ser un hombre de carácter, una necedad de la falta de carácter que es más tremenda que la de la razón, quizá también más difícil de curar. Y lo más triste que quizá pueda decirse del hombre es que no puede ser elevado, que su propio conocimiento no puede elevarlo. Como el niño que remonta su cometa, el hombre deja ascender su conocimiento. Seguirlo, seguirlo con la vista resulta interesante, enormemente interesante, pero – a él no lo eleva, él permanece en el barro, cada vez más enfermo de lo interesante.

Por eso, seas quien fueres, si de algún modo éste es tu caso: Avergüénzate, avergüénzate, avergüénzate.

LA INMUTABILIDAD DE DIOS
UN DISCURSO

1 de agosto de 1855

Dedicado a la memoria de mi fallecido padre
Michael Pedersen Kierkegaard
en tiempos pasados comerciante en esta ciudad

Prólogo

Este discurso fue pronunciado en la iglesia de la Ciudadela el 18 de mayo de 1851. El texto es el primero que empleé; más tarde ha vuelto a ser utilizado con frecuencia; ahora vuelvo de nuevo a él.

El 5 de mayo de 1854 S.K.

Oración

¡Tú, el Inmutable, a quien nada cambia! ¡Tú, amor inmutable, que para nuestro bien no te dejas cambiar: que también nosotros queramos nuestro propio bien y por tu inmutabilidad nos dejemos educar para que, en obediencia incondicional, encontremos el descanso en tu inmutabilidad! Tú no eres como el hombre que, si quiere mantenerse inmutable, no debe haber nada que lo conmueva y no debe dejarse conmover por nada. A ti, en cambio, amor infinito, todo te conmueve, incluso lo que para los hombres es una insignificancia y que pasamos por alto sin que nos conmueva, a ti hasta la necesidad de un gorrión te conmueve; un suspiro humano, al que con frecuencia no hacemos caso, a ti te conmueve, amor infinito; pero nada te cambia, ¡tú el Inmutable! Oh, tú, que en amor infinito te dejas conmover, que también te conmueva esta oración y que la bendigas para que cambie a quien la reza según tu voluntad inmutable, ¡tú el Inmutable!

Santiago 1, 17-21

Toda dádiva buena y todo don perfecto vienen de lo alto, descienden del Padre de las luces, en quien no hay cambio ni sombra de rotación.

Nos engendró por su propia voluntad, con Palabra de verdad, para que fuésemos como las primicias de sus criaturas. Tenedlo presente, mis queridos hermanos: que cada uno sea diligente para escuchar y tardo para hablar, tardo para la ira. Porque la ira del hombre no obra la justicia de Dios. Por eso, desechad toda inmundicia y abundancia de mal y recibid con docilidad la Palabra sembrada en vosotros, que es capaz de salvar vuestras almas.

Oyente mío, tú has escuchado la lectura del texto. ¡Qué cerca estamos de pensar en lo contrario: la mutabilidad de las cosas temporales, terrenales y la mutabilidad de los hombres! ¡Deprimente, fatigante, que todo sea corrupción, que los hombres sean mutabilidad, tú, oyente mío, y yo! ¡Triste, que el cambio tan frecuentemente sea para lo peor! ¡Pobre consuelo humano, pero no obstante un consuelo, que quede todavía un cambio en lo mutable: que llegue a su fin!

Sin embargo, si quisiéramos hablar así, especialmente en este espíritu de abatimiento, es decir, no como cuando con seriedad se habla de la corrupción, de la «inconstancia humana», entonces no nos atendríamos sólo al texto, no, lo abandonaríamos, sí, lo cambiaríamos. Pues en el texto se habla de lo contrario, de la inmutabilidad de Dios. El texto es puro regocijo y alegría; como desde la cima de las montañas, donde vive el silencio, así el discurso del apóstol se eleva sobre la mutabilidad de toda la vida terrenal; habla de la inmutabilidad de Dios, no de otra cosa. Sobre un «Padre de las luces», que vive más allá, adonde no llega ninguna variación, ni siquiera la sombra de la misma. Sobre «dones buenos y perfectos», que vienen de lo alto, de este Padre que, como Padre de «las luces» o de la luz, siempre se asegura de que sea bueno y perfecto lo que viene de él, y que como Padre nada prefiere más, en ninguna cosa piensa más que en mandar invariablemente dones buenos y perfectos. Y por eso, mis queridos hermanos, que cada uno sea «diligente para escuchar», no cualquier cosa que se diga, sino lo que se dice desde lo alto, desde donde sólo se anuncian buenas nuevas; «tardo para hablar», pues la palabrería en la que nosotros los hombres podemos caer, sobre todo en relación con esto y sobre todo de inmediato, sólo sirve las más de las veces para hacer que los dones buenos y perfectos sean menos buenos y menos perfectos; «tardo para la ira», para que cuando los dones no nos parezcan buenos y perfectos no nos airemos y provoquemos así que lo bueno y perfecto que está determinado para nuestro bien, por nuestra propia culpa llegue a ser para nuestra destrucción – esto es lo que la ira de un hombre puede obrar, y «la ira del hombre no obra la justicia de Dios». Por eso, «desechad toda inmundicia y abundan-

cia de mal» – como cuando uno limpia y adorna su casa y se sienta engalanado y con ánimo festivo a esperar la visita; que así también nosotros recibamos dignamente los dones buenos y perfectos. «Y recibid con docilidad la Palabra sembrada en vosotros, que es capaz de salvar vuestras almas». ¡Con docilidad! En verdad, si no fuera el apóstol quien habla y si no atendiéramos de inmediato la orden de «ser tardos para hablar, tardos para la ira», diríamos: Éste es un discurso extraño, ¿somos tan insensatos que necesitamos que se nos exhorte a la docilidad con quien sólo quiere nuestro bien? Utilizar de este modo la palabra docilidad es como burlarse de nosotros. Pues mira, si alguien quisiera pegarme injustamente, y hubiera otro ahí que me exhortara diciendo: Toléralo con docilidad, esto se entendería. Pero imagínate al ser más amigable, el amor mismo, que ha escogido un don destinado para mí, y el don es bueno y perfecto, sí, como el amor mismo; llega y quiere obsequiarme con este don – entonces hay otro hombre ahí y me exhorta diciendo: Déjame ver si lo toleras con mansedumbre. Y sin embargo así sucede con nosotros, los hombres. Un pagano, y sólo un hombre, el ingenuo sabio de la Antigüedad, se queja de haber experimentado frecuentemente que cuando quería quitarle a un hombre una necedad para darle un mejor conocimiento, es decir, para hacerle un bien, entonces el otro se enojaba tanto que quería morderlo, como el ingenuo cuenta en broma, pero en serio. ¡Ay! Y qué no habrá tenido que experimentar Dios en 6.000 años, qué no experimenta todos los días de la mañana a la noche con cada uno de estos millones de hombres; a veces nos enojamos más cuando él quiere hacernos el mayor bien. Sí, si nosotros los hombres conociéramos de verdad nuestro propio bien y en el sentido más profundo quisiéramos nuestro propio bien, entonces no sería necesaria ninguna exhortación a la mansedumbre en relación con esto. Pero nosotros los hombres (¿quién no lo ha aprendido por su propia experiencia?) en relación con Dios somos como niños. Y por eso es necesaria la exhortación a la mansedumbre para recibir lo bueno y lo perfecto – en tal grado el apóstol está convencido de que sólo dones buenos y perfectos descienden de él, el eterno Inmutable.

¡Distintos puntos de vista! Lo meramente humano (como lo muestra el paganismo) habla poco de Dios, y tiene una melancólica inclinación a querer hablar sólo de la mutabilidad de las cosas humanas; el apóstol quiere hablar única y exclusivamente de la inmutabilidad de Dios. Así sucede con el apóstol. Para él la idea de la inmutabilidad de Dios es única y exclusivamente puro consuelo, paz, alegría, bienaventuranza. Y esto es también eternamente verdadero.

Pero no olvidemos que el hecho de que sea así para el apóstol se debe a que el apóstol es el apóstol, a que hace mucho que se entregó en incondicional obediencia a la inmutabilidad de Dios, a que no se encontraba en el comienzo sino más bien al final del camino, el estrecho pero también el buen camino que, renunciando a todo, había elegido y había seguido de manera invariable sin mirar hacia atrás, con pasos cada vez más firmes, deprisa hacia la eternidad. Para nosotros, por el contrario, que sólo somos principiantes en formación, para nosotros la inmutabilidad de Dios debe tener otro lado desde el cual pueda verse; y si olvidamos esto fácilmente corremos el riesgo de tomar la superioridad del apóstol en vano.

Entonces hablaríamos, tanto en el espanto como para el alivio, de ti, tú, el Inmutable, o sobre tu inmutabilidad

Dios es inmutable. Omnipotente creó este mundo visible – y se hizo invisible; se vistió del mundo visible como un atuendo, y lo modifica como se cambia un atuendo – él mismo inmutable. Así sucede en el mundo sensible. En el mundo de los hechos, él está presente en todas partes a cada instante; en un sentido más verdadero que la justicia humana más alerta, de la que se dice que está en todas partes, él, sin haber sido visto por ningún mortal, es omnipresente, presente en todas las partes, en lo más pequeño y en lo más grande, en lo que sólo inapropiadamente puede llamarse un hecho y en lo que es el único hecho, cuando un gorrión muere y cuando el salvador de la raza humana nace; él sostiene a cada instante todo lo real como posibilidad en su mano omnipotente; él tiene a cada instante todo a disposición; él modifica en un ahora todo, las opiniones de los hombres, sus juicios, la grandeza y pequeñez humana, él modifica todo – siendo él inmutable. Cuando todo aparentemente es invariabilidad (pues es sólo aparentemente que lo exterior por un cierto tiempo permanece invariable, se modifica siempre), en la alteración de todo él permanece igualmente invariable, ningún cambio lo afecta, ni siquiera la sombra del cambio; en invariable claridad él, el Padre de las luces, es eternamente invariable. En invariable claridad – sí, justamente por eso él es invariable, porque es pura claridad, una claridad sin ninguna oscuridad, y a la que ninguna oscuridad se le puede acercar. Con nosotros, los hombres, no sucede así; nosotros no somos claridad, y justamente por eso somos cambiantes: ya algo se aclara en nosotros, ya algo se oscurece, y somos modificados, ora las cosas cambian a nuestro alrededor, y la sombra del cambio se desliza sobre nosotros y nos modifica, ora cae del mundo circundante una luz sobre nosotros

y nos modifica, mientras que a la vez nosotros somos modificados en nosotros mismos. Pero Dios es inmutable.

Este pensamiento es *estremecedor, puro temor y temblor*. Por lo general esto se destaca menos; nos quejamos de la mutabilidad de los hombres y de todo lo temporal, pero Dios es inmutable; éste es el consuelo, puro consuelo, decimos incluso con ligereza. Sí, ciertamente Dios es inmutable.

Pero antes que nada, ¿estás en entendimiento con Dios, consideras seriamente, te empeñas sinceramente en entender –y ésta es la voluntad eterna e inmutable de Dios para contigo como para con todo hombre, que cada uno se empeñe en esto–, te empeñas sinceramente en entender cuál puede ser la voluntad de Dios para contigo? ¿O vives de tal manera que esto no se te ha ocurrido? ¡Qué terrible que él sea entonces el eterno Inmutable! Tarde o temprano, deberás enfrentarte alguna vez con esta voluntad inmutable, esta voluntad inmutable que quería que consideraras esto, porque quería tu bien, esta voluntad inmutable que entonces debe aniquilarte si tú te enfrentas con ella de otro modo. Entonces, tú que al menos estás en entendimiento con Dios, ¿también estás en buen entendimiento con él, es tu voluntad, es ella y lo es incondicionalmente, su voluntad, son tus deseos, cada uno de ellos, sus mandamientos, son tus pensamientos, el primero y el último, sus pensamientos? De no ser así, ¡es terrible que Dios sea inmutable, eterna, eternamente inmutable! Pensemos en el hecho de estar en desacuerdo con un hombre. Quizá tú eres el más fuerte y dices del otro: sí, sí, ya cambiará. Pero si él es el más fuerte, quizá pienses en poder sobrevivirlo. Pero si resulta que se trata de toda una vida, quizá digas: setenta años no es la eternidad. Pero si estuvieras en desacuerdo con el eternamente inmutable, entonces sí se trataría de una eternidad, ¡qué terrible!

Imagínate un peregrino. Se ha detenido al pie de una montaña enorme, infranqueable. Ésta es la que quiere, no, no tiene que hacerlo, sino que es la que quiere cruzar, pues sus deseos, sus anhelos, sus objetivos, su alma –que tienen un medio de transporte más ligero– ya están del otro lado, y lo que falta es sólo que él los siga. Imagínate que el peregrino cumpla setenta años, pero la montaña permanece invariable, infranqueable. Dejemos que cumpla otros setenta años, pero la montaña le obstaculiza su camino invariablemente, invariable, infranqueable. Entonces, quizá, todo esto le modifica, mueren sus anhelos, sus deseos, sus objetivos, ya no se reconoce a sí mismo; así lo encuentra una generación posterior: sentado, modificado, al pie de la montaña que permanece invariable, infranqueable. Digamos que fue hace mil años. El que fue modificado murió hace tiempo;

sólo una leyenda habla de él; eso es lo único que quedó – sí, aparte de la montaña, que permanece invariable, infranqueable. Y ahora el eterno Inmutable, para quien mil años son como un día, ay, y hasta esto es demasiado decir, son para él como un ahora, en realidad son para él como si no hubiera sido – si tú en lo más mínimo quieres ir por otro camino que el querido por él: ¡qué espantoso!

Si tu voluntad, si la mía, si la de miles y miles no están en total acuerdo con la de Dios, las cosas andan como pueden allí fuera, en el así llamado ajetreo del mundo real. Dios no se conmueve con nada; sucede más bien que si hubiera un justo –¡si hubiera alguien así!– que contemplara este mundo, un mundo que, como dice la Escritura, yace en el mal (1 Jn 5,19), debería desanimarse por el hecho de que Dios no se inmuta por nada. ¿Pero crees por eso que Dios se ha modificado o que el hecho de que no se conmueva con nada es lo menos terrible, cuando lo cierto es que es el eterno Inmutable? A mí no me parece así. Vamos, piénsalo, y di entonces qué es lo más terrible; dirás: que el infinitamente más fuerte, cansado de dejarse burlar, se levante en su poder y aniquile a los rebeldes; esto es ciertamente terrible y así se considera cuando se habla de que Dios no se deja burlar y se hace referencia a tiempos en que sus condenas aniquiladoras caían sobre la humanidad... Pero ¿es esto en realidad lo más terrible? ¿No es esto otro aún más terrible: el infinitamente fuerte, que –¡eternamente inmutable!– está sentado tranquilo mirando, sin ningún gesto de cambio, casi como si no estuviese presente, mientras que –y ésta será la queja del justo– la mentira prospera, tiene poder, la violencia y la injusticia triunfan, incluso de tal manera que hasta el mejor puede verse tentado a pensar que necesita recurrir un poco a los mismos medios, si tiene que haber esperanza de hacer algo por el bien, de modo que es como si fuera burlado él, el infinitamente fuerte, el eterno Inmutable, que sin embargo no se deja burlar ni cambiar? ¿No es esto lo más terrible? ¿Pues por qué crees tú que él está tan tranquilo? Porque él se sabe el eterno Inmutable. Alguien que no estuviera eternamente seguro de ser el inmutable, no podría mantenerse tan tranquilo, se levantaría en su poder, pero sólo el eterno Inmutable puede permanecer así de tranquilo. Él da tiempo y también puede hacerlo: tiene la eternidad, y eternamente es inmutable; él da tiempo y lo hace de forma deliberada, hasta que llega la rendición de cuentas de la eternidad, donde nada ha sido olvidado, ni una de las palabras impropias que fueron pronunciadas, y eternamente es el inmutable. Pero también puede ser que dé tiempo por misericordia, tiempo para la conversión y la enmienda, pero qué espanto si este tiempo no se emplea para ello, porque entonces el mal y la ligereza en nosotros

preferirían que él estuviera inmediatamente encima con el castigo, antes que diera tiempo, que hiciese como si nada pasara siendo como es eternamente inmutable. Pregunta a un educador –¡en relación con Dios todos somos más o menos niños!–, pregunta a quien ha tratado con hombres descarriados –y todos nosotros al menos una vez nos hemos descarriado, por más o menos tiempo, con mayor o menor frecuencia– y escucharás que él reconocerá que es una gran ayuda para la ligereza o más bien para impedir la ligereza –¿y quién se atrevería a declararse libre de ligereza?– que el sufrimiento del castigo en lo posible siga inmediatamente a la transgresión, para que la memoria de quien actúa con ligereza se acostumbre a recordar el castigo junto con la culpa. Sí, si así fuera, que extravío y castigo se relacionaran de este modo, creo que se tendría cuidado con la ligereza, porque sería como si en un arma de doble cañón se pudiera apretar un solo resorte, y entonces, en el mismo momento en que se tomara lo placentero prohibido o uno se hiciera culpable del extravío, en ese mismo momento llegaría el castigo. Pero cuanto más tiempo transcurra entre la culpa y el castigo (lo cual, entendido de verdad, expresa la medida de la seriedad de la cuestión), tanto más tentador resultará para la ligereza, como si quizá todo pudiera ser olvidado, o la justicia cambiara y para ese tiempo tuviera otros principios o al menos pasara tanto tiempo de lo sucedido que fuera imposible presentar el caso tal como ocurrió. Así se transforma la ligereza, y no para mejor; entonces la ligereza se confía, y una vez que la ligereza se siente segura, se anima a más, y pasa año tras año – y el castigo no llega y sobreviene el olvido, y otra vez no llega el castigo, pero no deja de llegar un nuevo extravío, y el viejo extravío se ha vuelto más maligno, y entonces todo termina, la muerte acaba con todo – y para todo eso (¡era sólo ligereza!) había un testigo eternamente inmutable –¿era entonces también ligereza?–, un eterno inmutable, y es a él a quien tendrás que rendir cuentas. En el instante en que la aguja de la temporalidad, la aguja de los minutos, marcaba setenta años, y este hombre moría, en ese tiempo la aguja de la eternidad no se había movido ni un poquito: ¡a tal punto está todo presente para la eternidad, y para él, el Inmutable!

Por eso, fueres quien fueras, recuerda lo que me digo a mí mismo, que para Dios nada es significativo y nada insignificante; que en cierto sentido lo significativo es para él insignificante y, en otro sentido, aun la menor insignificancia es algo infinitamente significativo. Si tu voluntad no está, pues, de acuerdo con la de él, piénsalo, nunca te liberarás de él, agradécele si con clemencia o severidad te enseña a poner tu voluntad de acuerdo con la de él – qué terrible, si él no se

conmueve con nada, qué terrible, si llegara a suceder que un hombre se empecine en que Dios, o bien no existe, o bien se ha modificado, o bien es demasiado grande como para prestar atención a lo que nosotros llamamos insignificancias! Pues él no sólo existe sino que además es el eterno Inmutable, y su infinita grandeza es justamente que él ve incluso lo más pequeño, recuerda incluso lo más pequeño; sí, y si tu voluntad no se acomoda a la de él, ¡lo recuerda inmutable por toda la eternidad!

Esta idea de la inmutabilidad de Dios produce en nosotros, hombres que actuamos con ligereza y somos inconstantes, puro temor y temblor. ¡Oh!, piénsalo bien, sea que él se conmueva con algo o no, él es eternamente inmutable. Él es eternamente inmutable, piénsalo bien, si tienes, como se dice, alguna divergencia con él; él es inmutable. Quizá le has prometido algo, te has comprometido con una santa promesa... pero con el correr del tiempo has cambiado, piensas muy rara vez en Dios (¿quizá como adulto tengas cosas más importantes en que pensar?) o quizá pienses de diferente manera acerca de Dios, que a él no le gustan las insignificancias de tu vida, que tal creencia es una puerilidad; sea como fuere, te has olvidado de lo que le prometiste, y después has olvidado que se lo prometiste y por último has olvidado, olvidado – sí, olvidado que él nada olvida, él el eterno Inmutable, que es justamente una puerilidad de adulto pensar que algo sea insignificante para Dios y que Dios olvide algo, él ¡el eterno Inmutable!

En la relación entre dos hombres es común la queja sobre la mutabilidad, uno se queja de que el otro ha cambiado, se ha modificado; pero incluso en la relación entre dos hombres a veces la invariabilidad de uno puede transformarse en un tormento. Quizá uno le ha hablado al otro acerca de sí mismo. Quizá su discurso era un poco pueril, pero perdonable. Aunque quizá la cuestión fuera más seria: el corazón malo y vanidoso se sintió tentado a hablar en altos tonos sobre su entusiasmo, la estabilidad de sus sentimientos, su voluntad en este mundo. El otro lo escuchó con tranquilidad, ni siquiera sonrió ni lo interrumpió, lo dejó hablar, escuchó, guardó silencio, sólo prometió lo que se le pedía: no olvidar lo dicho. Así pasó el tiempo; el primero hacía tiempo que había olvidado todo esto; el otro, por el contrario, no lo había olvidado, e imaginemos algo aún más raro, que se hubiera dejado afectar por los pensamientos que el primero en un instante de exaltación había expresado, y, ¡ay!, que con leal empeño hubiera conformado su vida en relación con ello; ¡qué tormento la invariabilidad de su memoria, para él que sabía muy bien que recordaba hasta lo más mínimo de lo que en aquel instante había sido dicho!

... Y ahora el eterno Inmutable – ¡y este corazón humano! ¡Oh, este corazón humano, qué no esconderás en tu misterioso recinto, desconocido para otros –y esto no es lo peor– y a veces incluso casi desconocido para el propio interesado! ¡Cierto es que tan pronto un hombre alcanza determinada edad este corazón humano se cierra como una sepultura! Ahí yacen sepultados, sepultados en el olvido, promesas, propósitos, decisiones, planes enteros y fragmentos de planes y Dios sabe qué – sí, así hablamos nosotros los hombres, pues nosotros los hombres rara vez pensamos en lo que decimos; decimos: ahí yace Dios sabe qué. Y esto lo decimos medio a la ligera, medio cansados de la vida – y sin embargo es terriblemente cierto que Dios sabe hasta lo más mínimo, incluso lo que tú has olvidado, él sabe lo que para tu memoria se ha modificado, él lo sabe de manera inalterada, él ni siquiera lo recuerda como si hubiera pasado un tiempo, él lo sabe como si hubiera sido hoy, y él sabe si en relación con alguno de estos deseos, propósitos, decisiones se había hablado con él, y él es eternamente invariable y eternamente inmutable. Oh, si la memoria de otro hombre puede convertirse en una carga para un hombre – aunque su memoria nunca va a ser tan fiable y al menos no durará una eternidad y yo me liberaré de ese otro hombre y su memoria; ¡qué terrible será una memoria omnisciente y eternamente inmutable de la que no podrás escapar y mucho menos en la eternidad! No, de manera eternamente inmutable para él todo está eternamente presente, eternamente presente por igual. Ninguna sombra de cambio, ni de la mañana ni de la noche, ni de la juventud ni de la vejez, ni del olvido ni de la excusa, ninguna lo cambia; no, para él no hay ninguna sombra. Si, como se dice, nosotros somos sombras y él eterna claridad en su eterna inmutabilidad, si somos sombras que pasan volando – alma mía, fíjate bien, pues lo quieras o no, vuelas hacia la eternidad, hacia él, ¡y él es eterna claridad! Por eso él no sólo lleva la cuenta, sino que es la cuenta; se dice que nosotros los hombres tendríamos que rendir cuentas, como si hubiera un largo tiempo para ello y quizá también un número elevado de complicaciones para terminar de ajustar las cuentas: oh, alma mía, esto sucede a cada instante, pues su inmutable claridad es la cuenta hasta lo más mínimo totalmente terminada y conservada por él, el eterno Inmutable, que nada ha olvidado de lo que yo he olvidado, ni siquiera lo que yo recuerdo de manera diferente a como sucedió.

De esta manera, hay puro temor y temblor en esta idea de la inmutabilidad de Dios, casi como si superara en mucho, mucho, las fuerzas de un hombre el tener que vérselas con una tal inmutabilidad,

sí, como si esta idea debiera hundir a un hombre en la angustia y la inquietud hasta desesperar.

Pero también sucede que *en esta idea hay alivio y bienaventuranza*; realmente sucede que cuando tú, cansado de toda esta humana, toda esta temporal y terrenal inmutabilidad y cambio, cansado de tu propia inconstancia, desearas un lugar donde apoyar tu cansada cabeza, tu cansado pensamiento, tu cansada mente, para descansar hasta reponerte: ¡oh, en la inmutabilidad de Dios hay descanso! Cuando tú dejas que ésta su inmutabilidad te sirva como él quiere, para tu bien, tu eterno bien, cuando te dejas educar, de manera que tu propia voluntad (y es de aquí de donde la mutabilidad en realidad viene, aún más que de fuera) muera, cuanto antes mejor, pues no te ayuda, y esto debe suceder por las buenas o por las malas, piensa en lo vano de querer estar en desacuerdo con una eterna inmutabilidad, sí, como el niño que cuando presiente en lo profundo que frente a sí tiene una voluntad ante la cual sólo ayuda una cosa: obedecer – cuando te dejas educar por su inmutabilidad, de manera que renuncies a la inconstancia y mutabilidad y capricho y obstinación: entonces descansarás de manera cada vez más segura y bienaventurada y bienaventurada en esta inmutabilidad de Dios. Pues ¿quién duda de que la idea de la inmutabilidad de Dios es bienaventurada? Pero mantente vigilante para llegar a ser de tal modo que puedas descansar dichoso en esta inmutabilidad. Oh, como aquel que tiene un hogar feliz, podrás decir: mi hogar está eternamente resguardado, yo descanso en la inmutabilidad de Dios. Nadie podrá interrumpir este descanso excepto tú mismo; si logras ser totalmente obediente en inalterada obediencia, entonces, con la misma necesidad con que un cuerpo pesado se hunde en la tierra o con la misma necesidad con que lo que es liviano se eleva al cielo, podrás descansar libremente en Dios.

Y deja sin más que todo cambie, como de hecho sucede. Si tienes que encontrar tu papel en un escenario mayor, experimentarás en una mayor escala la mutabilidad de todo, pero en un escenario menor, aun en el más pequeño, experimentarás no obstante lo mismo, quizá de manera igualmente dolorosa. Experimentarás cómo los hombres cambian, cómo tú mismo cambias; a veces será como si Dios cambiara, lo cual forma parte de la educación. Sobre esto, sobre la mutabilidad de todo, alguien mayor podría hablar mejor que yo, mientras que quizá lo que yo pudiera decir le parecería al más joven algo nuevo. Sin embargo, no quisiera explayarme más sobre esto, sino dejar que la variedad de la vida lo despliegue para cada uno según está determinado que cada uno llegue a experimentar lo que otros experimentaron antes que él. A veces el cambio será de tal

manera que recordarás el dicho: El cambio agrada – sí, ¡sin palabras! También llegarán tiempos en que tú mismo inventarás un dicho que la lengua ha silenciado y dirás: El cambio no agrada – cómo pude llegar a decir: El cambio agrada. Cuando suceda así te verás especialmente movido a (lo que se supone que tampoco en el primer caso olvidarás) buscarlo a él, el Inmutable.

¡Tú que me escuchas! Esta hora pronto habrá pasado y así también el discurso. Si tú no deseas lo contrario, pronto esta hora también estará olvidada y así también el discurso. Y si tú no deseas lo contrario, pronto la idea de la inmutabilidad de Dios estará también olvidada en la mutabilidad. Sin embargo, ¡de esto no será culpable él, el Inmutable! Pero si no te haces culpable tú de olvidarlo, entonces en esta idea estarás sostenido para toda tu vida, por una eternidad.

Imagínate a un solitario en el desierto. Casi incinerado por el calor del sol, encuentra el ansiado manantial. ¡Oh, deliciosa frescura! Ahora estoy, alabado sea Dios, dice –y no encontró más que un manantial, ¡qué no diría el que encontrara a Dios! y, no obstante, también él diría: «¡Alabado sea Dios, encontré a Dios!»– ahora estoy, alabado sea Dios, salvado. Pues tu leal frescura, oh amado manantial, no está sometida a cambio. En el frío del invierno, si llegara hasta aquí, no te enfrías más, sino que conservas exactamente la misma frescura. ¡El agua del manantial no se congela! Bajo el fuego del mediodía del sol de verano, tú conservarás exactamente tu invariable frescura, ¡el agua del manantial no se entibia! Y no hay nada mentiroso en lo que él dice (él, que en mis pensamientos no eligió ningún objeto ingrato para una alabanza, sino un manantial, lo que cada uno entenderá mejor cuanto mejor sepa lo que significan desierto y soledad), no hay ninguna exageración mentirosa en su alabanza. Sin embargo, su vida tomó un giro totalmente distinto al que había imaginado. Se perdió y se vio obligado a deambular por el ancho mundo. Muchos años después, regresó. Su primer pensamiento fue el manantial – pero no estaba, se había secado. Un instante permaneció en silencio frente al dolor; después se calmó y dijo: No, no retiro ni una palabra de las que dije en tu alabanza, todo era verdad. Y si alabé tu deliciosa frescura mientras existías, oh amado manantial, deja que también la alabe ahora que has desaparecido, para que sea verdad que hay inalterabilidad en el pecho de un hombre. Tampoco puedo decir que me engañaste. No, si te hubiera encontrado, estoy seguro de que tu frescura hubiera sido la misma – y más no habías prometido.

Pero tú, oh Dios, tú inmutable, tú puedes ser siempre e invariablemente encontrado, y siempre e invariablemente te dejas encontrar.

Nadie viaja, ni en la vida ni en la muerte, tan lejos que no pueda encontrarte, que tú no estés ahí, pues tú estás en todas partes – manantiales, en cambio, no hay en todas partes; los manantiales sólo están en determinados lugares. Y además –¡con arrolladora seguridad!– tú no permaneces como el manantial en un lugar, tú acompañas al viajero; ¡ay!, nadie se extravía tanto que no pueda volver a encontrarte, tú, que no sólo eres como un manantial que se deja encontrar –¡pobre descripción de tu ser!– tú, que eres como un manantial que busca al sediento, al extraviado, lo que nunca se ha oído decir de ningún manantial. De esta forma, tú, invariablemente, siempre y en todas partes puedes ser encontrado. ¡Oh, cuando quiera que un hombre venga a ti, cualquiera sea la edad, cualquiera sea el momento del día, cualquiera sea el estado, siempre y cuando venga sinceramente, siempre encontrará (como la frescura invariable del manantial) tu amor igualmente cálido, tú Inmutable! Amén.

EL INSTANTE N.º 8
11 de septiembre de 1855

LA CONTEMPORANEIDAD; LO QUE HAGAS EN CONTEMPORANEIDAD ES LO DECISIVO*

«El que recibe a un profeta porque es profeta, recompensa de profeta recibirá; y el que recibe a un justo porque es justo, recompensa de justo recibirá. Y cualquiera que le dé aunque sea un vaso de agua fresca a uno de estos pequeñitos, porque es mi discípulo, no perderá su recompensa, os lo aseguro», dice nuestro Señor Jesucristo, Mateo 10, 41-42.

¡Es en verdad una generosidad mayor que la del rey y la del emperador; sólo la divinidad es tan generosa!

Pero, no obstante, míralo un poco más de cerca. Se habla aquí acerca de lo que se hace por un contemporáneo, lo que como contemporáneo se hace por el profeta, por el discípulo. «Y cualquiera que le dé aunque sea un vaso de agua fresca a uno de estos pequeñitos» – no, ciertamente no es aquí donde hay que poner el acento. ¡No! El acento hay que ponerlo en: porque es un discípulo, un profeta. Es decir, si un contemporáneo dijera: «Yo estoy lejos de considerar a este hombre un profeta, un discípulo; en cambio, estoy dispuesto a servirle un vaso de vino»; o si uno considerara a este hombre un discípulo, un profeta, pero por cobardía no tuviera el valor de reconocer su convicción o se aprovechara en forma ruin del hecho de que el profeta, el discípulo, no goza en este tiempo, en la contemporaneidad, de ningún reconocimiento como tal, si se aprovechara de ello para aparentar ser mejor que los otros mostrando lealtad hacia el discípulo, el profeta, pero con un costo menor, si dijera: «Yo no considero a este hombre un profeta, sin embargo es un hombre fuera de lo común, y para mí es un placer servirle un vaso de vino»; en ambos casos la respuesta debe ser: No, amigo, quédate con su vaso de vino, la Escritura no habla de esto.

* Este artículo es de 1853, sólo que he agregado aquí y allá algunas líneas o cambiado unas palabras; pero el artículo es de 1853. Acerca de su conclusión, remito al lector a mi artículo en *Fædrelandet* «Para la reimpresión de *Ejercitación del cristianismo*».

La Escritura habla sólo de darle un vaso de agua – pero *porque* es un discípulo, un profeta, o sea, reconociéndolo de manera completa y total como lo que él en verdad es. Lo que Cristo busca es que sea reconocido como discípulo, como profeta, y en la contemporaneidad. Si el reconocimiento se expresa dándole un vaso de agua o un reino es totalmente indiferente; el porqué del reconocimiento de la contemporaneidad es lo que importa. De modo que no es como los pastores del dinero que, mediante el dinero de los pastores, hacen creer a los hombres que dado que diez reales son más que un vaso de agua fría, entonces darle diez reales a un profeta, a un discípulo, *no porque* sea un profeta, un discípulo, es mucho mejor que darle un vaso de agua fría *porque* es un profeta, un discípulo. No, lo que importa es que el regalo sea *porque*, es decir, que exprese el reconocimiento de tal hombre de lo que en verdad es.

Y esto no resulta fácil hoy día, en la contemporaneidad; para ello no se requiere que uno sea un profeta, un discípulo, pero al menos hay que tener 2/3 del carácter de un discípulo, de un profeta (y no hay que olvidar que cualquiera puede tenerlo, si lo desea honestamente). Pues en la contemporaneidad este vaso de agua o, mejor dicho, este «porque» puede costarnos caro. En la contemporaneidad o en su vida, el profeta, el discípulo, es escarnecido, ridiculizado, odiado, maldecido, aborrecido, perseguido de todas las maneras – y puedes estar seguro de que por darle un vaso de agua «porque es un discípulo» se te dará como mínimo el castigo, el castigo del que habla el Nuevo Testamento, de ser excluido de la sinagoga, el castigo que se daba por implicarse con Cristo en la contemporaneidad, lo que la mentira de los pastores naturalmente «desdibuja, disimula, silencia, omite», mientras que, con hipo, eructos y sollozos ahogados, anhela y expresa su indecible deseo de haber sido contemporáneo de Cristo, para – ser excluido de la sinagoga, lo cual naturalmente es el más íntimo y profundo deseo de los hombres apegados al dinero y de las personas de rango.

Es decir, que quien le da a un discípulo un vaso de agua solamente porque es un discípulo, de ninguna manera perderá su recompensa, sino que recibirá una recompensa de profeta, mientras que aquel que cuando el profeta, el discípulo, ha muerto, construye su sepulcro y dice: «si...», ése es, según el juicio de Jesucristo, un hipócrita y su culpa, culpa de sangre.

Es un hipócrita. Sí, pues, *por un lado*, quizá el que construye el sepulcro del profeta muerto es contemporáneo de otro profeta – a quien él y los otros persiguen; o, si no vive entonces un profeta, quizá haya un justo que sufre por la verdad, y a quien el que construye el

sepulcro del profeta muerto y los otros persiguen; *por otro lado*, si no viviera ningún contemporáneo así, tu tarea para evitar la hipocresía sería hacer de tal modo presente la vida del glorioso muerto, que llegues a sufrir tanto como si en la contemporaneidad hubieras reconocido a un profeta como profeta.

Oh, si de alguna manera estás preocupado por tu alma, y con temor y temblor piensas en el juicio y en la eternidad; o si de alguna manera te elevas y pretendes elevarte aún más mediante la idea de que eres un ser humano, y de que por ser tú también un hombre estás emparentado con los gloriosos, los auténticos, cuyo valor no está en lo falso, el lucro, las estrellas, los títulos, sino en lo auténtico, la pobreza, la humillación, el maltrato, la persecución, el sufrimiento; entonces presta atención a este asunto de la contemporaneidad, y si en la contemporaneidad vive alguien que sufre por la verdad, sufre también tú reconociéndolo por lo que es; y si no hay ningún contemporáneo así, haz de tal manera presente la vida del glorioso muerto que tú mismo llegues a sufrir como si en la contemporaneidad lo hubieras reconocido por lo que es. Presta atención a esto de la contemporaneidad. Pues el asunto no tiene que ver con las honras que le dediques a un muerto, sino con lo que hagas en la contemporaneidad, o con que hagas tan presente lo pasado que llegues a sufrir como si fueras un contemporáneo suyo: esto es lo que determina qué clase de hombre eres. Por el contrario, las honras que le hagas a un muerto –ahora se entiende– también determina qué clase de hombre eres: eres, según el juicio de Jesucristo, un hipócrita, sí, un asesino, más repugnante para el muerto que quienes lo mataron.

¡Ten cuidado con este asunto de la contemporaneidad! No omitas para ese fin, si no lo has hecho ya, conocer un texto que publiqué en 1850, *Ejercitación del cristianismo*, pues en él tiene importancia ese asunto. El libro ha sido lanzado al mundo como si se tratara de un libro tranquilo a pesar de su carácter controvertido. Te diré exactamente cómo se vincula con lo establecido, con la predicación del cristianismo oficial o del representante oficial de la predicación del cristianismo oficial, con la predicación del cristianismo del obispo Mynster. Si el obispo Mynster dijera abiertamente de ese libro: Lo que aquí se dice es en verdad cristianismo, así entiendo yo mismo el cristianismo en mi fuero íntimo: entonces el libro sería una explicación de la prédica que del cristianismo hace el obispo Mynster – ¡una idea que me es infinitamente grata! Pero si, por el contrario, el obispo Mynster al ver este libro tan sólo pestañeara o, más aún, si se enfureciera airadamente contra el libro, léelo entonces y verás que aclarará de tal modo la prédica del cristianismo que hace Mynster

que ésta se revelará como una –sumamente, sumamente, sumamente artística y magistral– ilusión. Pero de esto no tiene la culpa el libro. Y, en todo caso, tú no tienes que ver con esto; a ti, por el contrario, si quieres, el libro te puede ayudar a prestarle atención a este asunto de la contemporaneidad.

¡Y esto es lo decisivo! Esta idea es para mí la idea de mi vida. Es más, me atrevo a decir con verdad que he tenido el honor de sufrir por sacar a la luz esta idea. Por eso muero contento, infinitamente agradecido a la providencia porque me ha sido concedido el prestar y llamar la atención sobre esta idea. No es que yo la haya inventado, Dios me guarde de hacerme culpable de tal atrevimiento, no, el invento es antiguo, es del Nuevo Testamento. Pero a mí me fue concedido, en el sufrimiento, recordar nuevamente esta idea, que, como el raticida para las ratas, es veneno para los «docentes»*, estos gusanos que han destruido el cristianismo. Los docentes, estos hombres nobles que construyen los sepulcros de los profetas, recitan objetivamente su enseñanza, se lucran –presumiblemente de manera objetiva y presumiblemente orgullosos de lo objetivo, ya que lo subjetivo es lo mórbido, la afectación– del sufrimiento y la muerte de los magníficos, pero ellos mismos –naturalmente que con la ayuda de la alabada objetividad– se mantienen ajenos, bien lejos de todo lo que podría tener la más lejana semejanza con el sufrir a la manera de los magníficos, o como se habría sufrido si en la contemporaneidad se hubiera reconocido a los magníficos por lo que eran.

La contemporaneidad es lo decisivo. Piensa en un testigo de la verdad, es decir, en uno de los modelos derivados. Durante largo tiempo soporta y sufre toda clase de maltratos y persecuciones; finalmente se le quita la vida. Cruelmente, se decide que el modo de morir será quemarlo vivo; con refinada crueldad, se decide más específicamente aún que será asado en una parrilla a fuego lento.

¡Piensa en esto! Seriedad y cristianismo significan que tú lo hagas tan presente que llegues a sufrir como habrías sufrido si en la contemporaneidad hubieras reconocido a este hombre por lo que es.

Esto es seriedad y cristianismo. Otra cosa es, como es natural, la bestialidad contra la cual los pastores no ponen objeción. Entonces

* Cf. *Temor y temblor*, donde por primera vez me ocupé de los docentes, estos infames de quienes también se dice que «no hay ladrón de iglesias, condenado a trabajos forzados, que sea un criminal tan infame como el saqueador de lo sagrado, y Judas, que vendió a su maestro por 30 denarios, no es más despreciable que el que de esta manera vende lo grandioso» [*Søren Kierkegaards Samlede Værker*, ed. de A. B. Drachmann, J. L. Heiberg, H. O. Lange, A. Ibsen y J. Himmelstrup, 2.ª ed., 15 vols., Gyldendal, København, 1920-1936, vol. III, p. 127].

se le asigna al testigo de la verdad y a su sufrimiento un buen día – y esto no es todavía lo bestial. No, se dice: No vamos a olvidar a este magnífico. Mira, con este fin resolvemos que el 17 de diciembre, que es el aniversario de su muerte, sea dedicado a su memoria[1]. Y para conservar de manera correcta la memoria de su vida, para que al mismo tiempo nuestra vida tenga «alguna semejanza» con la suya, como «un esfuerzo», que por mandato sagrado ese día en cada hogar se coma pescado asado, entiéndase bien –¡y préstese atención al detalle!–, asado en una parrilla, y que el más delicioso sea para el pastor. Es decir, el culto divino de sufrir por la verdad, sí, el sufrir la muerte, se convierte en el culto divino de comer y beber, y el pastor recibe la mejor parte: se convierte en el cristianismo verdadero (oficial), donde el pastor –igual que, a su manera, el pescado asado–, con un lindo discurso, contribuye a enaltecer la festividad del día, asegurándose así un ingreso creciente a medida que pasen los años, quizá haciendo carrera, quizá tan brillantemente que se vista de seda y terciopelo, condecorado con estrellas y cintas.

Esto es sólo un ejemplo. También reconozco que nada en los modelos derivados obliga incondicionalmente a nadie – pero tampoco obliga a la bestialidad. Y si los modelos derivados no obligan incondicionalmente a nadie, lo que por el contrario sí obliga es el «modelo» Jesucristo, incondicionalmente, e incondicionalmente a todos y cada uno. Aunque en tu tiempo contemporáneo no viva nadie que sufra por la verdad para que también tú llegues a sufrir, si tú –y ésta es, cristianamente, tu obligación; es cristianamente la exigencia– lo reconocieras por lo que en verdad es: entonces debes hacer tan presente al «modelo» que llegues a sufrir como si en la contemporaneidad lo hubieras reconocido por lo que es. Todo el homenaje posterior, el homenaje de construir su sepulcro, etc., etc., etc., etc., etc., etc., es, según el juicio de Jesucristo, hipocresía y la misma culpa de sangre que la de quienes lo mataron.

Ésta es la exigencia cristiana. Su forma más benigna, la más benigna, no es otra que la que utilicé en *Ejercitación del cristianismo*: que admitas que ésta es la exigencia y te refugies en la gracia. Pero, contra lo que sin duda nuestro Señor Jesucristo quiso prevenir por encima de todo, no es tan sólo el no querer cumplir la exigencia, no, es el querer además silenciar la exigencia – y, por el contrario, querer gastar en el monumento funerario, eso que el pastor por razones obvias llama «ser un cristiano serio».

1. De manera irónica, Kierkegaard elige aquí el único día del calendario católico romano en que no se celebra ningún santo.

SÓLO SE VIVE UNA VEZ

Estas palabras se escuchan muy a menudo en el mundo. «Sólo se vive una vez; por eso desearía ver París antes de morir, o reunir lo antes posible una fortuna, o al menos llegar a ser algo grande en este mundo – porque sólo se vive una vez».

Rara vez aparece, pero aparece, un hombre que sólo tiene un deseo, un determinado deseo: «Esto», dice, «esto es lo que desearía; oh, que pudiera cumplirse este deseo, pues, ay, ¡sólo se vive una vez!».

Imagínate ahora a ese hombre en su lecho de muerte. El deseo no se cumplió, pero su alma sigue aferrada a este deseo – pero ahora, ahora ya no es posible. Entonces se levanta de su lecho, y con la pasión de la desesperación vuelve a expresar su deseo: «¡Oh, desesperación, no se cumple mi deseo, desesperación, sólo se vive una vez!».

Esto parece terrible y en verdad lo es; pero no como él cree; con todo, lo terrible no es que el deseo no se cumpla; lo terrible es la pasión con que se aferra a él. Su vida no está perdida porque su deseo no se haya cumplido, de ningún modo; si su vida está perdida es porque no quiso renunciar a él; nada más alto quiso aprender de la vida salvo lo relativo a su único deseo, como si todo dependiera de su cumplimiento o incumplimiento.

Lo verdaderamente vano es otra cosa totalmente diferente, si por ejemplo un hombre en su lecho de muerte descubriera, si al menos en su lecho de muerte le quedara claro lo que en su vida sólo había entendido vagamente pero que en realidad nunca había querido entender del todo: que hay que haber sufrido por la verdad en este mundo para alcanzar la bienaventuranza eterna – y ¡sólo se vive una vez, esta única vez que para él ahora ha pasado! ¡Y pensar que la tuvo en su poder! ¡Y a la eternidad no se la cambia, la eternidad a cuyo encuentro el moribundo va como a su futuro!

Nosotros los hombres tendemos por naturaleza a considerar la vida de este modo: el sufrimiento nos parece un mal que tratamos de evitar por todos los medios. Y si lo logramos, consideramos que un día en nuestro lecho de muerte podremos con todo fundamento agradecerle a Dios que hayamos sido librados del sufrimiento. Nosotros los hombres consideramos que de lo que se trata en esta vida es de zafarnos de manera feliz y tranquila; el cristianismo, en cambio, considera que todos los horrores en realidad vienen del otro mundo, que los horrores de este mundo son cosa de niños comparados con los horrores de la eternidad, y que justamente por eso no se trata en esta vida de zafarse de manera feliz y tranquila, sino de relacionarse rectamente con la eternidad mediante el sufrimiento.

Sólo se vive una vez... Si cuando llega la muerte tu vida estuvo bien empleada, es decir, si estuvo relacionada de modo recto con la eternidad, que Dios sea eternamente alabado; si no lo estuvo, entonces es eternamente irreparable – ¡sólo se vive una vez!

Sólo se vive una vez; así es aquí en la tierra. Y mientras tú ahora vives esta única vez, cuya duración en el tiempo se acorta con cada hora que pasa, el Dios del amor está en el cielo, amorosamente amándote también a ti. Sí, amándote; por eso él querría que tú finalmente quisieras lo que él por la toda eternidad quiere de ti: que te decidas de una buena vez a querer sufrir, esto es, que puedas decidirte a querer amarlo, pues a él sólo puedes amarlo a través del sufrimiento, o si lo amas como él quiere ser amado, entonces sufrirás. Recuerda que sólo se vive una vez. Si conseguiste zafarte, si no llegaste a sufrir, o si lo eludiste, entonces es eternamente irreparable. Obligarte no, eso no lo quiere el Dios del amor por ningún precio, pues en ese caso recibiría algo totalmente distinto de lo que él quiere; ¡cómo se le iba a ocurrir al amor ser amado por la fuerza! Pero él es amor y por amor él quiere que tú quieras como él, y en amor él sufre, como sólo lo puede un amor infinito y todopoderoso; lo que ningún hombre puede alcanzar a entender, así sufre cuando tú no quieres como él.

Dios es amor. Esto significa que tú eres amado; y todavía no ha nacido el hombre a quien este pensamiento, especialmente cuando se vuelve cercano, no lo colme de una indescriptible gloria. En el siguiente instante, cuando se comprende que «esto significa sufrir», ¡qué terrible! «Sí, pero Dios lo quiere por amor, porque él quiere ser amado, y el hecho de que él quiera ser amado por ti es su amor a ti». ¡Muy bien! En el siguiente instante, tan pronto como el sufrimiento se vuelve una cosa seria, ¡qué terrible! «Sí, pero es por amor. No tienes idea de cómo él sufre, porque sabe muy bien que sufrir duele, pero no puede ser cambiado, porque entonces tendría que convertirse en otra cosa diferente del amor». ¡Muy bien! – En el instante siguiente, tan pronto como el sufrimiento se vuelve una cosa realmente seria, ¡qué terrible!

Pero ten cuidado, ten cuidado, que el tiempo no pase inútilmente, quizás en sufrimiento inútil; recuerda que sólo se vive una vez. Si te puede ayudar, considera el asunto así: estate seguro de que Dios sufre más por amor que lo que tú sufres, sin que por eso pueda ser cambiado. Pero sobre todo recuerda que sólo se vive una vez; hay pérdidas que son eternamente irreparables, de modo que la eternidad –¡lo que es aún más terrible!– lejos de borrar el recuerdo de lo perdido ¡es un eterno recordar lo perdido!

UNA ETERNIDAD PARA ARREPENTIRSE

Déjame contar una historia. No la he leído en ningún escrito edificante, sino en lo que se podría llamar una lectura de entretenimiento. Sin embargo, no tengo inconveniente en utilizarla; y digo esto sólo para que nadie se sienta perturbado si por casualidad conociera la historia o se enterara más tarde de dónde la había tomado – para que no lo perturbe el hecho de que yo lo hubiese silenciado.

En un lugar del Oriente vivía una pareja muy pobre, marido y mujer. Sólo tenían, como he dicho, pobreza, y naturalmente su preocupación por el futuro era cada día mayor al pensar en la vejez. Si bien no bombardearon el cielo con sus oraciones, porque para ello eran demasiado temerosos de Dios, sí imploraron insistentemente al cielo que los ayudara.

Entonces una mañana sucedió que la mujer, al acercarse al hogar, encontró una enorme piedra preciosa que se apresuró a mostrarle al marido, quien, conocedor de la materia, fácilmente pudo ver que con ella estarían salvados para toda la vida.

¡Un futuro luminoso para estos viejos! ¡Qué alegría! Sin embargo, modestos y piadosos como eran, decidieron no vender todavía la piedra, ya que ese día tenían de qué vivir. Al día siguiente la venderían y a partir de entonces comenzaría una nueva vida.

Aquella noche la mujer soñó que había sido llevada al paraíso. Un ángel le mostraba un lugar de tal magnificencia que sólo una imaginación oriental podría inventar. Luego la condujo a una sala donde había largas filas de sillones decorados profusamente con piedras preciosas y perlas, destinados, explicó el ángel, a los piadosos. Por último le mostró uno – destinado a ella. Al observarlo más de cerca, vio que faltaba una enorme piedra preciosa en el respaldo. Le preguntó al ángel el porqué. Y – – ¡oh, mucho cuidado, ahora viene la historia! El ángel respondió: Es la piedra preciosa que encontraste en la chimenea; la recibiste por anticipado, y no podrá ser devuelta a su lugar.

A la mañana la mujer le contó el sueño a su marido. Ella opinaba que era mejor aguantar ese par de años que les quedarían por vivir que no quedarse sin la piedra preciosa por toda la eternidad. Y su piadoso marido opinó lo mismo.

Entonces, a la noche, volvieron a poner la piedra en la chimenea y le pidieron a Dios que la volviera a tomar. A la mañana siguiente, como era de suponer, la piedra había desaparecido; los viejos sabían dónde había ido a parar; estaba en su lugar.

Este hombre estaba felizmente casado; su mujer era una mujer sensata. Pero aunque fuera verdad, como a menudo se dice, que las mujeres hacen olvidar lo eterno a los maridos, si todos los hombres fueran solteros, cada uno tendría de todos modos algo en sí mismo que de manera más astuta, insistente y constante que una mujer le haría olvidar lo eterno; algo que le haría medir de forma equivocada, como si un par de años, o diez o cuarenta, fueran un tiempo tremendamente largo, y la eternidad resultara breve en comparación con esto, mientras que por el contrario estos años son el tiempo breve y la eternidad lo tremendamente largo.

¡Recuerda bien esto! Quizá puedas con tu inteligencia evitar lo que Dios quiso unir al ser cristiano: el sufrimiento y la adversidad. Si con tu inteligencia lo eludes, quizá puedas para tu propia perdición alcanzar lo contrario, lo que Dios por la eternidad ha separado del ser cristiano: el goce y todos los bienes terrenales. Quizá puedas, seducido por tu inteligencia, perderte en la ilusión de transitar por el camino recto porque ganas lo terrenal; y entonces tendrás ¡una eternidad para arrepentirte! Una eternidad para arrepentirte, para arrepentirte por no haber utilizado el tiempo en lo que eternamente será recordado: amar a Dios en verdad, cuya consecuencia es que en esta vida tengas que sufrir a los hombres.

Por eso, ¡no te engañes a ti mismo! ¡Témete a ti mismo más que a todos los demás impostores! Aun si, en relación con lo eterno, le fuera posible a un hombre tomar algo por anticipado, tú sabes que te estarías engañando: algo por anticipado – ¡y una eternidad para arrepentirse!

¿QUÉ ES LO QUE ETERNAMENTE SERÁ RECORDADO?

Sólo una cosa: haber sufrido por la verdad. Si quieres ocuparte de tu futuro eterno, cuídate de sufrir por la verdad.

Y la oportunidad, la oportunidad para sufrir por la verdad, se presenta naturalmente a cada segundo. ¡Cómo podría ser distinto en este mundo de la mentira, del engaño, de las canalladas y la mediocridad! Pero tú no estás tan loco como para aprovechar esa oportunidad, tú eres mucho más inteligente, ¿verdad? – tú aplicas toda tu perspicacia para evitar un choque con este mundo agradable que pudiera hacerte sufrir. Además, quizá te mientas a ti mismo un poco y te digas que estabas dispuesto a sufrir si la oportunidad se hubiera presentado. ¡Oh, amigo mío! Sólo te engañas a ti mismo; nunca a la eternidad; la consecuencia es que no tendrás nada para recordar

eternamente; es decir, que eternamente te atormentarás por el vacío y el pensamiento torturante de que tu vida se perdió, ¡llena de lo que no se podrá recordar eternamente!

Quizá seas contemporáneo de un «justo» que sufre por la verdad – ésta es la oportunidad: reconócelo por lo que es y ¡sufrirás al igual que él! Pero tú, tú crees actuar de una manera muy inteligente, de modo que no sólo no lo reconoces por lo que es, en voz alta y en público, sino que lo evitas de todas las maneras posibles; quizás incluso creas actuar de manera muy noble por no ser como los demás, pues tú sí lo reconoces por lo que es – pero en secreto, donde no hay ningún peligro, mientras que no lo reconoces donde sí lo hay. Oh, amigo mío, te engañas a ti mismo; en tu necedad no aprovechaste la oportunidad que se te ofrecía de sufrir por la verdad – lo único que se podrá recordar eternamente.

Sí, lo único que se podrá recordar eternamente; elige lo que quieras, ninguna otra cosa se podrá recordar eternamente. Que hayas amado a la más bella joven, que hayas vivido toda una vida de felicidad con ella, la más amorosa esposa; esto no se podrá recordar eternamente; está hecho de lo que es más frágil que lo eterno. Las mayores hazañas en el mundo exterior, la conquista de reinos y países; los más interesantes y excitantes enredos, el haber sido el cerebro de los mismos; los más grandes descubrimientos en el mundo natural, el haber sido el descubridor, etc.; nada de esto se podrá recordar eternamente. Quizá pueda conservarse de generación en generación a través de todas las sucesivas generaciones, pero tú no lo podrás recordar eternamente; nada de esto es la verdad eterna ni te pertenece eternamente. Sólo queda una cosa, sólo una cosa se podrá recordar eternamente: el haber sufrido por la verdad.

Aquí en el mundo la verdad anda en despojo y humillación, no tiene donde recostar su cabeza[2], debe agradecer que alguien le ofrezca un vaso de agua – pero si alguien lo hace, si la reconoce por lo que es, a viva voz y públicamente, entonces esta insignificante figura, esta pobre desgraciada, ultrajada, burlada, perseguida, «la verdad», tiene, si puedo decirlo así, una pluma en su mano con la que escribe en un papel «por la eternidad» y se lo entrega a ese hombre que en la contemporaneidad la reconoció por lo que es, sufriendo por la verdad: su nombre está inscrito en el cielo, su vida fue empleada para lo único que será recordado eternamente (aquello para lo que menos quiere ser utilizado).

2. Mt 8, 20.

¡Seas quien fueres, considera esto! Huye ante todo del consejo de los pastores. Es fácil de entender: a través de los comerciantes no te enterarás de nada verdadero acerca de la verdad sufriente, es decir, del cristianismo. Huye de ellos; ellos te escamotean lo eterno haciéndote creer que lo puedes recibir de otra manera distinta a la del sufrimiento. Estate vigilante, pues justamente en esto radica la seriedad de la existencia: en que has sido puesto en un mundo en el que la voz que te llama por el camino recto habla en un tono muy bajo, mientras que miles de voces fuera y dentro de ti dicen en voz muy alta todo lo contrario – exactamente ésta es la seriedad, que aquella voz habla en voz baja porque quiere probar si estás dispuesto a obedecer aun su susurro más leve. Considera esto: no es la eternidad la que te necesita a ti, de modo que ella debiera levantar la voz cuando las otras voces suben de tono; no, eres tú quien necesita la eternidad, y ella quiere poner a prueba –¡oh, seriedad!– tu atención, y por eso se vuelve más leve a medida que las otras voces suben de tono, lo que no puede suceder sin tu culpa. Nada es más fácil que ahogar la voz de la eternidad que habla de sufrir por la verdad, de que esto es lo único que será recordado eternamente. Para esto no se necesita siquiera de los pastores, pero con su ayuda se obtiene lo más fácil del mundo: ¡Terrible! ¡Engañarse a sí mismo para toda la eternidad! Y aún más terrible es que sea tan tremendamente fácil hacerlo, que la eternidad sea algo tan serio que se deba decir que lo más fácil de todo para el hombre sea ¡engañarse a sí mismo para toda la eternidad!

UNA IMAGEN SOBRE LA VIDA Y UNA IMAGEN DE LA VIDA

Considera a los alumnos de una clase. ¿Quién de los compañeros es el más admirado? ¿El más haragán? No, ni pensarlo. ¿El más aplicado? Tampoco. ¿El más inteligente? Tampoco. Pero si hay uno que tiene la sagacidad para engañar a los maestros y hacerlo tan bien que siempre sale airoso, que siempre obtiene buenas notas, que siempre es de los mejores de la clase, y siempre es elogiado y destacado, ése es, entonces, el más admirado. ¿Y por qué? Porque sus compañeros entienden que tiene una doble ventaja. Tiene la ventaja que también tiene el haragán, de no hacer nada y tener siempre tiempo para jugar y divertirse – esta ventaja la tiene ciertamente también el haragán, pero es castigado por ello; y tiene además la ventaja del aplicado. Él es el admirado; de él dicen sus compañeros con admiración: «¡Este Ludvigsen, este Ludvigsen, es un hijo de puta!». Pero Frederiksen es más aplicado. Sí, pero para qué le sirve. ¿No saca acaso Ludvigsen las

mismas notas? Frederiksen sólo tiene una cosa más – la molestia. «Sí, pero Olsen tiene más cabeza». Ah, me cago en eso; tampoco le sirve de mucho; más bien le causa problemas. No, Ludvigsen, Ludvigsen, éste es un hijo de puta.

Ésta es una imagen sobre la vida; ahora paso a una imagen de la vida.

¿Quién es en este mundo el más admirado maestro en cristianismo? ¿Es el mundano insolente, que *sans phrase*[3] y sin vueltas reconoce que sólo pretende lo terrenal, dinero, poder, etc., y tiene la suerte de alcanzarlo? No, ni pensarlo. ¿Es entonces el verdadero piadoso que toma en serio el cristianismo y por ello se pierde los bienes y placeres de esta vida, de modo que la suya llega a ser una expresión de las palabras del apóstol: «Si nuestra esperanza sólo estuviera referida a esta vida, seríamos los más desdichados de todos»[4]? No, tampoco.

Pero si hay alguien que tiene la sagacidad de saber engañar a Dios, y que lo hace tan bien que siempre sale airoso, y gana –quizá de manera más segura que el mundano insolente– todos los bienes y placeres terrenales, mientras al mismo tiempo sigue siendo el piadoso, el temeroso de Dios, el hombre de Dios, la seriedad misma; éste es el admirado. ¿Y por qué? Porque disfruta de una doble ventaja: los bienes – y *además* la gloria, la aureola de santo, y el respeto y la deferencia debidos.

Y si lo logra tan perfectamente bien que absolutamente nadie pueda percibirlo con certeza, entonces alcanzó la meta[5], es un verdadero *non plus ultra*[6], incomparable, único – sobre todo a los ojos de las mujeres, aunque también de los hombres. Pero sobre todo de las mujeres; pues es innegable que la mujer está hecha de tal modo que para que algo le guste de verdad –y no hablemos si hay que llevarla a las cimas de la admiración y de la idolatría–, tiene que haber un poco de angustia. Y en este caso es claro que algo de eso hay. En medio de la más feliz elevación, en medio de lo más celestial, ante el admirado surge una remota aunque real angustia: ¿No será que...? No, ¡es imposible! Y esta composición da como resultado una admiración que se convierte en idolatría.

3. En una palabra.
4. 1 Cor 15, 19.
5. Kierkegaard escribe *saa er 101 ude*, expresión que se refiere al juego llamado «101», donde a quien primero alcanza tal cifra, los demás contestan *nu de 101 ude* (no va más).
6. Más allá no hay nada.

No hay nada más contrario a *Dios* que la hipocresía; es más, según la disposición de Dios la tarea de la vida es precisamente convertirse, dado que todo hombre es por naturaleza un hipócrita desde que nace.

No hay nada que *el mundo* admire tanto como las formas sutiles, las más sutiles, de la hipocresía.

¡Las formas sutiles, las más sutiles, de la hipocresía! Pero nótese que éstas a veces podrían aparecer de manera que desde el punto de vista moral no siempre fueran la mayor culpa del interesado. Piensa en unos grandes dones, una inteligencia extraordinaria y un carácter débil: esta composición dará una de las formas más sutiles de hipocresía, mientras que el interesado, desde el punto de vista moral, quizá no sea tan culpable, no tan culpable ante Dios. Por el contrario, es muy cierto que para los otros esta forma es justamente la más peligrosa de hipocresía; para los otros, es decir, para quienes se comportan frente al maestro como aprendices receptivos.

LA JUSTICIA DIVINA

Si tú alguna vez has observado cómo suceden las cosas en este mundo, seguro que te ha ocurrido, como a otros antes que a ti, que desalentado le has dado la espalda a todo y te has preguntado en tono de lamento: ¿ésta es una providencia justa?, ¿dónde está la justicia divina? Invasión de la propiedad ajena, robos, fraudes, todo lo que se relaciona con el dinero (el ídolo de este mundo) se castiga, se castiga severamente en este mundo; incluso lo que difícilmente puede llamarse un delito, como que un hombre pobre le suplique con la mirada a un transeúnte, se castiga severamente; tan severamente suceden las cosas en este – ¡mundo justo! Pero para los delitos terribles, como que un hombre se apropie de lo sagrado, que tome a la verdad en vano y que de esta manera cada día de su vida sea una mentira continua – para estos delitos no se ve intervenir ninguna justicia punitiva; por el contrario, este hombre tiene permiso para expandirse sin limitaciones y abarcar un círculo más o menos grande, quizá toda una sociedad, que con admiración y adoración lo retribuye con todos los bienes terrenales. ¿Dónde está entonces la justicia divina?

A esto debe responderse: es precisamente la justicia divina la que en su tremenda severidad permite que las cosas sucedan así; está presente, es todo ojos, pero se oculta; para revelarse tal como es no quiere ser vista antes de tiempo, pero cuando se revele se verá que estaba allí, presente incluso en lo más pequeño. Si la justicia divina

interviniera rápidamente de manera punitiva, los verdaderos delitos capitales no podrían consumarse. De quien, por debilidad, seducido por su deseo, arrastrado por sus pasiones sensuales, pero no obstante por debilidad, se extravía y toma el camino del pecado, de él la justicia divina se apiada y lo castiga, cuanto antes mejor. Pero al auténtico y al más grande criminal, a ése –recuerda que te lamentabas de que la justicia pareciera tan blanda o casi inexistente–, a ése la providencia lo enceguece, haciéndole creer ilusoriamente que su vida agrada a Dios y que es él quien en realidad ha logrado cegar a Dios: ¡tan terrible eres tú, justicia divina!

Que nadie se inquiete por esta objeción contra la justicia divina. Pues precisamente para ser justicia debe dejar primero que el delito se consuma en toda su culpa, pero el auténtico delito capital necesita –¡tenlo muy presente!– la vida entera para consumarse, y es precisamente el auténtico delito capital porque se perpetúa durante toda la vida. Pero ningún delito puede castigarse antes de ser consumado. De este modo la objeción desaparece. La objeción pretende en realidad que Dios castigue tan rápido que (es exactamente lo mismo) el castigo alcance al ladrón antes de que robe. Pero como el delito debe haberse consumado antes de ser castigado, y como el delito capital (exactamente lo que te subleva) necesita toda una vida para consumarse, entonces no puede ser castigado en esta vida; castigarlo en esta vida no sería castigarlo sino impedirlo, así como no sería castigar el robo si se castigara al ladrón antes de robar, impidiendo el robo e impidiendo al ladrón llegar a serlo.

Por eso no te quejes nunca cuando veas que prospera lo terrible que quiere sublevar tu mente contra Dios; no te quejes, no, tiembla, di: Dios de los cielos, él es uno de los peores criminales, cuyo delito requiere de toda la temporalidad para consumarse y que sólo se castiga en la eternidad.

Es entonces la severidad la que hace que el delito capital no se castigue en este mundo. Y en algunos casos es quizá también el cuidado hacia nosotros. Pues hay diferencia entre hombre y hombre; uno puede ser muy superior al otro. Pero también es una superioridad ser el peor criminal. Entonces la providencia lo deja sin castigo, también porque quizá se confundirían totalmente nuestras ideas si viéramos que él es un criminal. Como ves, la cuestión puede ser aún peor de lo que imaginabas cuando te quejabas; te quejabas de que Dios no castigaba lo que tú podías ver que era delito, pero, como ves, la cuestión puede ser aún peor de lo que te imaginabas cuando te quejabas. Quizás alguna vez haya vivido un criminal de tal envergadura que absolutamente nadie sospechara nada, sí, que Dios no hubiera podi-

do hacerse entender por los hombres entre los que el criminal vivía si lo hubiera castigado, que Dios al castigarlo en el tiempo (más allá de que esto hubiera sido impedir el delito) casi necesariamente habría confundido a los hombres entre los que el criminal vivía, y esto, Dios, por su amor y cuidado hacia nosotros, no podría quererlo. Y de ese modo no fuera castigado en el tiempo: ¡es terrible!

Sí, tiembla, porque haya delitos que necesiten todo el tiempo para consumarse, porque algunos quizá por consideración hacia nosotros ni siquiera puedan ser castigados en esta vida; tiembla, pero no acuses a la justicia de Dios, no, tiembla ante la idea (¡qué terrible suena cuando se dice así!) de este cruel privilegio de ¡no poder ser castigado más que en la eternidad! No poder ser castigado más que en la eternidad: ¡Dios misericordioso! Todo criminal, todo pecador que puede ser castigado en este mundo, puede también salvarse, salvarse para la eternidad. Pero el criminal cuyo signo distintivo es no poder ser castigado en este mundo, no puede salvarse, no puede salvarse para la eternidad siendo castigado en el tiempo, no, él no puede –éste es su privilegio– ser castigado más que en la eternidad. ¿Te parece entonces que hay algún fundamento para quejarse de la justicia de Dios?

EL INSTANTE N.º 9
31 de mayo de 1855

ENTONCES, ASÍ ESTÁ LA CUESTIÓN

Por una parte, hay un hombre que con su obra de escritor de muchos años y toda una vida como personalidad pública garantiza tener como pocos, quizá como ningún otro en este país, el derecho a hablar sobre lo que es el cristianismo.

Por otra parte, está el clero, al principio bastante locuaz, dado que se trataba de explotar con inteligencia la fácil circunstancia de hablar sobre un muerto para exaltar a mujeres y niños con declamaciones fúnebres, pero luego, cuando la cuestión se puso seria ante la prensa, observó el más profundo silencio, aunque –¡con el coraje de los testigos de la verdad!– por lo bajo tal vez hablaran demasiado.

El ataque contra mí – a favor de «los testigos de la verdad» cuyo silencio, merecidamente, se pone así en evidencia, está asegurado por *Kjöbenhavnsposten* y *Flyveposten*; y ésta es la estocada final (*pointe*) del ataque: que yo me llamo Søren[1].

Ahora sólo falta una cosa: que el testigo de la verdad, el obispo Martensen – si llegara a haber un nuevo alboroto, el obispo, como los niños en la noche de Año Nuevo, aprovecha la ocasión – escriba contra mí un artículo cuyo punto crucial consista en que me llamo Søren: entonces debería rendirme, someterme al poder de esta verdad, sería vano que tratara de oponerme a ella, puesto que me llamo Søren.

¡Tú, mi amado difunto padre, que de este modo te hayas convertido en mi desdicha! Visto desde la idea, he vencido como rara vez un hombre singular lo ha hecho, y lo he merecido; pero me llamo Søren.

Sin embargo, debo –sí, oh Dios, «¡contento y agradecido!»– encontrarme ahí, encontrarme en la rabia de la impotencia. Otra cosa

1. El diario *Kjöbenhavnsposten* publicó, el 30 de mayo de 1855, un artículo con la siguiente frase: «¡Pobre, miserable Søren, es así como debías terminar!». Al día siguiente, en el *Flyveposten*, un autor anónimo hizo una comparación entre Kierkegaard niño y adulto, dando a entender con ironía que el Kierkegaard que vivía como un rey de la fortuna de su padre muerto no era el legítimo heredero.

es si al pueblo danés le sirve de algo que se trabaje así para ridiculizarle como pueblo, ridículo a los ojos de cualquier nación que sepa que es un pueblo cuyo único argumento contra el espíritu es que un hombre se llame Søren.

Entonces, repito: Esto debe decirse: por dejar de participar en el culto divino oficial tal como es ahora (si es que participas) tienes una culpa menos, y grande. Dondequiera que estés, ten cuidado: no te irá bien en la eternidad si no consideras más en serio el asunto de la religión y permites que esta ilusión sea tu culto divino y tomas en broma a Dios. La religión no se tiene para transitar felizmente por esta vida sino por la otra vida; en ese otro mundo radica la seriedad de la vida y desde ese otro mundo resuena la palabra de Dios tanto para ti como para mí: «No te confundas, Dios no se deja burlar». No, no se deja burlar. En la eternidad no tolera lo que él consiente que suceda en el tiempo: que bajo el nombre de culto divino se obtenga lo contrario de lo que es el cristianismo en el Nuevo Testamento. El hecho de que esto haya sucedido de forma paulatina e insidiosa a través de los siglos no te ayudará. Ante todo, no te dejes seducir por los pastores; créeme, presta atención sólo un instante, sin prejuicios, al Nuevo Testamento y verás que el cristianismo no ha venido al mundo para asegurarle al pastor una floreciente y agradable carrera ni para tranquilizarte en tu estado natural, sino que vino al mundo para, con los horrores de la eternidad y la renuncia a todo, arrancarte de la calma en la que naturalmente estás instalado.

En lo que ha pasado hasta aquí, hay una sola cosa que me produce escalofríos; y me produce escalofríos apenas me doy cuenta de que ni siquiera voy a ser entendido cuando hable de ello.

Lo que me produce escalofríos es lo siguiente: mientras mi vida – aunque débilmente en comparación con los gloriosos que nos han precedido – lo expresa preocupándose de la salvación de su alma en lucha por la eternidad, me encuentro rodeado de contemporáneos que a lo sumo se interesan por este asunto en calidad de público. En una volátil disposición, quizá uno se deje atrapar por lo que digo; en el próximo instante, juzga estéticamente; en el siguiente, lee lo que se escribe contra mí; luego, le produce curiosidad el resultado, etc., etc.; en síntesis, uno es: público. Y a ninguno, a ninguno de ellos se le ocurre que, por ser humano, está sujeto a las mismas condiciones que yo, que también le espera una rendición de cuentas en la eternidad, y una cosa es sabida: que la eternidad se cierra para todo el que en esta vida sólo quiere ser público, «igual que los otros». Mira, lo que me produce escalofríos es que estos hombres vivan en la ilusión de

que soy yo el que está en peligro, mientras que yo, hasta donde sé, visto desde la eternidad, estoy mucho menos en peligro que ellos, yo, que lucho por la eternidad. Y aún tiemblo cuando considero que esto sucede en la cristiandad, que mis contemporáneos forman una sociedad de cristianos que tiene mil maestros comprometidos por juramento con el Nuevo Testamento – y que la verdad es que estos hombres no tienen la menor idea acerca de lo que es el cristianismo. Es escalofriante para mí a tal punto que tengo razón en lo que digo acerca de que el cristianismo no existe y, en lo que digo, cómo se relaciona esto con la prédica del cristianismo que hacen «los testigos de la verdad».

QUE LOS IDEALES DEBEN SER PREDICADOS – DE LO CONTRARIO, EL CRISTIANISMO ESTÁ FALSIFICADO EN SUS FUNDAMENTOS

Considera otro caso. Hay un dicho conocido: Es un mal soldado quien no espera llegar a general. Así debe ser para que haya vida y entusiasmo en el ejército; este dicho debe estimular a todos: Es un mal soldado quien no espera llegar a general.

Otra cosa es, y lo enseña la experiencia de generación en generación, que de una masa enorme de soldados sólo unos pocos lleguen a ser suboficiales; algunos, oficiales; muy pocos, raramente oficiales superiores y más raramente aún, como excepción, uno sólo llega a general.

Invierte ahora la situación: se supone que la experiencia aprendida de generación en generación es cada vez más verdadera, y entonces se dice lo siguiente: «Es tonto que un soldado se imagine que va a llegar a general; conténtate con lo que eres, como los demás, conténtate con lo que enseña la experiencia, que de millares sólo uno llega a general». ¿No desmoraliza esto al ejército?

Lo mismo ocurre desde el punto de vista cristiano. En lugar de predicar los ideales, se acepta lo que la experiencia enseña, lo que la experiencia de todos los siglos ha dejado: que millones de gente sólo llegan a la mediocridad.

Entonces se acepta el cristianismo: tranquilizante.

Infame mentira de pastor, pero conveniente, aceptar el cristianismo tranquilizante, en lugar de mostrar, en el más profundo sentido, que el cristianismo es resucitador, inquietante. Se lo acepta como tranquilizante: «Empeñarse en alcanzar los ideales es una necedad, una tontería, una locura; es soberbia, ilusión» (a lo que Dios se opone); «el justo medio es la verdadera sabiduría. Quédate tranquilo, tú

eres exactamente igual a millones de hombres; y lo que la experiencia de todos los siglos ha dejado es que más lejos no se llega. Quédate tranquilo, tú eres como los otros, llegarás a ser bienaventurado como todos los demás» – un eufemismo para decir: irás al infierno como todos los demás; pero esta verdad no reportaría dinero a los pastores, y lo primero es un negocio brillante.

Si hay un individuo singular que no quiere conformarse, que no quiere tranquilizarse con esta clase de bienaventuranza, entonces toda la masa comandada por los perjuros se vuelve en su contra, lo declara un egoísta, un terrible egoísta que no quiere ser como los demás.

Pero el Nuevo Testamento siempre tendrá razón, pues este individuo singular se adentra totalmente en los verdaderos conflictos cristianos: ser odiado por los hombres porque quiere – ser cristiano; sólo que estos hombres van disfrazados y se autodenominan cristianos, y son conducidos –¡con cuánta solemnidad!– por maestros que han jurado por el Nuevo Testamento.

De este modo, se ha desmoralizado la cristiandad por hacer justo lo contrario de predicar los ideales.

Pero, ¿de qué vale, de qué vale que uno, asistido por la mentira del pastor, consiga una vida ligera y cómoda? La eternidad no se deja engañar y, así como el género humano permanece en su posición con tanta firmeza y castiga hasta con la muerte el no querer ser como los demás, la eternidad, por su parte, mantiene imperturbablemente la suya y castiga con la perdición eterna el tranquilizarse siendo como los demás.

UNA DOSIS DE HASTÍO DE VIVIR

Así como el hombre –por naturaleza– desea lo que puede nutrir y estimular las ganas de vivir, así también quien tiene que vivir para lo eterno necesita constantemente una dosis de hastío de vivir para no apegarse a este mundo, sino más bien aprender a asquearse, aburrirse y hartarse de la locura y la mentira de este mundo miserable. He aquí una dosis.

El Dios-Hombre es traicionado, insultado, abandonado por todos, todos, todos; ni uno solo literalmente permanece fiel a él – y después, después, después ¡hay millones que peregrinan de rodillas a los lugares donde hace varios cientos de años adoran una astilla de la cruz en la que fue crucificado!

Y, salvando las distancias, así sucede siempre en la contemporaneidad, pero ¡después, después, después!

¡Como para no asquearse de ser hombre!

Una vez más: ¡como para no asquearse de ser hombre! Pues los millones que peregrinaron de rodillas a su sepulcro, la multitud a la que ningún poder pudo dispersar necesita sólo una cosa: que Cristo viniera de nuevo y todos esos millones se pondrían de pie para salir corriendo, toda la multitud se desvanecería como llevada por el viento o bien, manteniéndose de pie, se precipitaría en masa sobre Cristo para matarlo.

Lo único que Cristo, que el Apóstol, que todo testigo de la verdad anhela es imitación – lo único por lo que el género humano no siente placer ni gusto.

No, suprimamos los peligros – que podamos jugar: entonces los batallones del género humano (¡qué repugnancia!) realizarán maravillas con su parodia; en lugar de la imitación de Cristo, tenemos (¡qué repugnancia!) las monerías sagradas bajo la guía y el comando (¡qué repugnancia!) de los pastores que han prestado juramento y que ejercen como sargentos, lugartenientes, etc.; hombres que han recibido la ordenación y cuentan por tanto con la asistencia del Espíritu Santo para esta seria tarea.

SÉ UN NECIO – Y VERÁS QUE TODAS LAS DIFICULTADES DESAPARECEN

Si con este consejo yo quisiera instruir a la humanidad acerca de lo que debería hacer en el futuro, estaría llegando tarde, extremadamente tarde. Pues es lo que con gran suerte y progreso sostenido se ha venido practicando desde hace siglos.

Cualquier concepción superior de la vida (incluso las más altas del paganismo y ni qué hablar la del cristianismo) considera que la tarea del hombre es aspirar a entrar en parentesco con la divinidad y que esta aspiración torna la vida tanto más difícil cuanto mayor sea la seriedad, la energía, el esfuerzo con que se haga; en cambio, el género humano, en el transcurso del tiempo, se ha hecho otra idea sobre el significado y la tarea de la vida. Sagaz como es, el género humano le ha arrancado a la existencia su secreto; se ha dado cuenta de que, si se quiere una vida fácil (y esto es exactamente lo que se quiere), es muy sencillo lograrlo; sólo se necesita minimizar cada vez más su propio sentido, el sentido de ser hombre – así la vida se hará cada vez más fácil. Sé un necio – ¡y verás que todas las dificultades desaparecen!

Hubo un tiempo en que la «mujer» se relacionaba consigo misma mediante el ideal de su sentimiento. Una pena bastaba para decidir su

vida para toda la vida; la muerte del ser amado o su infidelidad bastaban para que ella entendiera que su tarea era estar perdida para esta vida, lo cual, cuando ha de realizarse de manera consecuente, implica largas, largas luchas y crisis interiores, ocasiona muchos choques dolorosos con el mundo circundante; en fin, hace la vida difícil. Por eso, para qué todas estas dificultades, sé un necio – ¡y verás que todas las dificultades desaparecen! La muerte del ser amado o su infidelidad pasan a ser a lo sumo una breve pausa, casi como si en un baile tuviera que quedarse sentada durante una pieza; media hora después estarás bailando con otro caballero – por otra parte, sería aburrido bailar toda la noche con el mismo caballero; en cuanto a la eternidad, es bueno saber que te esperan varios caballeros. Como ves, todas las dificultades desaparecen; la vida se vuelve divertida, muy alegre, fácil y placentera; en fin, es un mundo magnífico para vivir, siempre y cuando sepamos comportarnos adecuadamente – siendo necios.

Hubo un tiempo en que el «varón» se relacionaba consigo mismo mediante el gran ideal de ser un hombre de carácter. Uno tenía principios que por ningún precio traicionaba o abandonaba, prefería dar su vida o prefería exponerse durante toda la vida a cualquier tipo de maltrato antes que ceder lo más mínimo en sus principios, porque se entendía que ceder lo más mínimo en los principios era abandonarlos, y abandonar los principios era abandonarse a sí mismo. De este modo, naturalmente la vida se hacía pura dificultad. Y por eso, para qué todas estas dificultades, sé un necio – ¡y verás que todas las dificultades desaparecen! Sé un necio, ten una opinión hoy, mañana otra, después otra vez la de anteayer y una nueva el viernes; sé un necio, conviértete en varios o divídete, ten una opinión anónima y otra con tu nombre, una verbal y otra escrita, una como funcionario público y otra como particular, una como esposo de tu mujer y otra en el club y verás que todas las dificultades desaparecen; ya verás, vas a ver (mientras que todos los hombres de carácter, y tanto más cuanto más lo sean, han experimentado y atestiguado que éste es un mundo mediocre, miserable, lamentable, corrompido y malo, sólo apto para malvados y necios), ¡verás que éste es un mundo magnífico hecho a tu medida!

Hubo un tiempo en que el «hombre» se relacionaba consigo mismo mediante el ideal infinito de ser cristiano, cuando tomaba en serio el morir para este mundo, el odiarse a sí mismo, el sufrir por las enseñanzas de Cristo; y entonces la vida se le hizo tan difícil, tan atormentada que hasta los más fuertes estuvieron a punto de sucumbir frente a las dificultades, se encogieron como gusanos, y hasta los más humildes no estuvieron lejos de desesperar. Por eso, para qué todas

estas dificultades – sé un necio ¡y verás que todas las dificultades desaparecen! Sé un necio y sé entonces o bien pastor, deán, obispo que –en virtud de un juramento sagrado por el Nuevo Testamento– una vez por semana durante tres cuartos de hora dice necedades en voz alta pero, por lo demás, le da la espalda a lo más alto; o bien sé un laico que durante tres cuartos de hora se eleva por las necedades que el pastor dice en voz alta durante tres cuartos de hora pero, por lo demás, le da la espalda a lo más alto: sé un necio ¡y verás que todas las dificultades desaparecen! Falsifica de raíz la consideración que Dios o el cristianismo tienen de esta vida; que sea para ti la señal de que el camino es el correcto, agradable a Dios y (en total oposición a la palabra de Dios) fácil – y verás que todas las dificultades desaparecen; y este mundo se vuelve magnífico, cada vez más magnífico, agradable y fácil en cada siglo vivido de este modo. Y no tengas ningún recato, créeme, no necesitas avergonzarte ante nadie; toda la compañía es de la misma clase, el elogio está listo para ti, el elogio de tu sagacidad, el elogio de parte de los otros que, al elogiarte a ti –¡con cuánta habilidad calculada!–, se elogian a sí mismos y que sólo te condenarían si no fueras como... los otros.

LOS PASTORES SON ANTROPÓFAGOS Y DE LA FORMA MÁS ABOMINABLE

Todos sabemos lo que se entiende por antropófagos; la palabra misma lo dice; uno se estremece al leer o escuchar sobre el hecho terrible de que hay salvajes que matan a sus enemigos para comérselos. Uno se estremece, uno tiende a negar el parentesco con este tipo de seres, a negar que sean hombres.

Ahora voy a mostrar que los pastores son antropófagos y de un modo mucho más abominable.

¿Qué es el cristianismo del Nuevo Testamento? La verdad que sufre. En este mundo mediocre, lamentable, pecador, malo e impío, la verdad debe sufrir – ésta es la enseñanza cristiana; por eso el cristianismo es la verdad que sufre, porque es la verdad y está en este mundo.

Por ella, su fundador no sólo sufrió la muerte en la cruz sino que toda su vida fue sufrimiento desde el principio hasta el fin. Por ella, sufrió el apóstol; por ella, el testigo de la verdad. Sólo una cosa exigió el Salvador, la misma que, después de él, el apóstol y el testigo exigieron como lo único: la imitación.

Pero ¿qué hace el pastor? Este hombre tan instruido no puede estar loco. ¡Imitarlos! ¡Qué propuesta para un hombre inteligente!

Antes tendría que cambiar y volverse loco para que se le ocurriera semejante cosa. No, pero ¿no era posible describir los sufrimientos de estos magníficos, predicar sus enseñanzas como doctrina, no era posible esto y hacerlo de modo que rindiera tanto como para permitirle a un hombre deseoso de disfrutar la vida, vivir de ello, casarse y tener y criar hijos? Es decir, ¿no era posible convertir a los magníficos en dinero, o comérselos, vivir, con esposa e hijos, vivir de comérselos?

¡Mira, aquí tienes a los antropófagos! ¡Los pastores son antropófagos! Oh, muertos gloriosos, en este mundo de bestias que, *a parte potiori*[2], se llama mundo de los hombres, vuestro destino en la vida y después de la muerte es ser comidos: en vida, os comen los parásitos contemporáneos, por último os matan y, una vez muertos, ponen manos a la obra los verdaderos antropófagos, ¡los pastores que viven de comeros! Como en los hogares se sala la provisión de carne para el invierno, así el «pastor» conserva en salazón a los gloriosos que debieron sufrir por la verdad. En vano grita el muerto: ¡Imitadme, imitadme! «¡Qué tontería!», contesta el pastor, «no, cállate y quédate donde estás; ¡qué absurdo pedir que te imite justamente yo que tengo que vivir de comerte, y no sólo yo sino también mi esposa y mis hijos; imitarte yo, quizá llegar a ser sacrificado en lugar de hacer la carrera más brillante, ganar dinero a montones para mí y mi mujer y mis hijos, quienes, tendrías que verlo, están tan a gusto que es un deleite mirarlos, y todos viviendo de ti o comiéndote».

Esto es antropofagia y lo es del modo más abominable, como lo demostraré ahora:

1) El caníbal es un salvaje; el «pastor», un hombre educado, culto, lo que hace que esta abominación sea mucho más indignante.

2) El caníbal se come a su enemigo. No así los «pastores». Éstos aparentan sentir una gran devoción por aquellos a quienes se comen. El pastor, justamente el pastor, es el amigo más devoto de esos gloriosos: «Sólo tienes que escucharlo, escucha cómo describe sus sufrimientos, cómo expone sus enseñanzas; merece un centro de mesa de plata, una cruz de caballero, todo un juego de sillones bordados, un par de miles más al año, él, este glorioso hombre que, conmovido hasta las lágrimas, puede describir así el sufrimiento de los gloriosos». Mira, así no es el caníbal; él reconoce que es abiertamente antropófago y no se dice amigo de aquél a quien se come sino que lo declara enemigo y a sí mismo enemigo de ese hombre. El pastor, por el contrario, disimula con el máximo cuidado que es antropófago (como el cocodrilo

2. «En el mejor de los casos». Literalmente: «de mayor valor», «más importante», «mejor», preferible».

con sus lágrimas lastimeras), lo disimula aparentando ser el amigo más devoto de aquél a quien se come. Por juramento, el pastor se compromete con el Nuevo Testamento, es decir, se compromete a la imitación, a imitar al salvador del mundo – y después le dice adiós a la imitación y vive con la familia de (comérselo) describir sus sufrimientos, exponer sus enseñanzas como doctrina, aparentando ser el discípulo verdadero y devoto del Crucificado. «Tendrías que haberlo escuchado el domingo; este hombre es un verdadero discípulo de Cristo; cómo sabe describir los sufrimientos y dar testimonio... ¿No merece una estola de terciopelo y una placa y algunos miles más al año?».

3) El caníbal es rápido y preciso: de un salto salvaje se abalanza sobre su enemigo, lo somete, lo mata, come un poco de él. Y se terminó. Después retorna a los alimentos habituales hasta que su salvajismo vuelve a poner a un nuevo enemigo en la mira.

No así el «pastor» como antropófago. Su antropofagia está bien pensada, hábilmente organizada; calculada para no necesitar otra cosa de qué vivir durante toda la vida y lo que tiene para vivir debe alcanzar para alimentar a un hombre con familia de tal modo que año tras año rinda más. El pastor está confortablemente instalado en su vivienda rural, con la mirada puesta en el próximo ascenso; su esposa es la satisfacción misma y sus hijos, no menos. Y todo gracias al sufrimiento de los gloriosos, del Salvador, del apóstol, del testigo de la verdad; de esto vive el pastor, a ellos se los come, con ellos da de comer a su mujer y a sus hijos en el alegre goce de la vida. Él conserva a los gloriosos en salazón. El grito: ¡Imitadme, imitadme! es vano. Durante un tiempo quizá deba taparse los oídos para no escuchar ese grito, no sea que –debido al juramento que ha prestado– venga a perturbar todo su negocio; pero con el paso de los años se endurece tanto que ya ni lo oye. Acaso, al principio, escuche con un cierto pudor que lo llamen un verdadero discípulo de Cristo; con el paso de los años se ha acostumbrado tanto a escucharlo que cree que lo es, y así muere, tan radicalmente corrompido como es posible que un hombre llegue a estarlo, y entonces se lo entierra como «testigo de la verdad».

EL PASTOR NO SÓLO PRUEBA LA VERDAD DEL CRISTIANISMO SINO QUE AL MISMO TIEMPO LA REFUTA

Sólo hay una manera de relacionarse con la verdad revelada: tener fe.

Y que uno tiene fe puede probarse de un solo modo: estar dispuesto a sufrir por esa fe; y el grado de la fe que uno tiene puede probarse sólo por el grado de voluntad que uno tenga de sufrir por esa fe.

De este modo llegó el cristianismo al mundo, servido por testigos dispuestos incondicionalmente a sufrirlo todo por su fe y que en verdad tuvieron que sufrir, dar su vida y su sangre por la fe.

El coraje de su fe causa tal impresión en el género humano que éste saca la siguiente conclusión: aquello que puede entusiasmar al hombre para darlo todo y arriesgar su vida y su sangre debe ser la verdad.

Tal es la prueba que se adujo en favor de la verdad del cristianismo.

Por el contrario, el pastor ha tenido la habilidad de convertir en un medio de vida (pero un medio de vida es lo opuesto al sufrimiento y al sacrificio que constituyen la prueba) esto: probar la verdad del cristianismo por el hecho de que han vivido hombres que han sacrificado todo, arriesgado su vida y su sangre por el cristianismo.

¡He aquí la prueba y la contraprueba al mismo tiempo! La prueba de la verdad del cristianismo por el hecho de que se ha arriesgado todo por su causa es refutada o puesta bajo sospecha por el hecho de que el pastor que expone esta prueba hace precisamente lo contrario. Al ver que los gloriosos, los testigos de la verdad arriesgan todo por el cristianismo se llega a la conclusión de que el cristianismo debe ser verdad. Al observar a los pastores, se llega a la conclusión de que es difícil que el cristianismo sea verdad.

No, la prueba de que algo es verdad por la voluntad de sufrir por ello sólo puede ser esgrimida por quien también esté dispuesto a hacer lo mismo. La prueba del pastor: probar la verdad del cristianismo por el hecho de que gana dinero, obtiene un lucro, vive de, con su familia y tras ascensos periódicos, vive de – que otros hayan sufrido: es una contradicción, es un fraude.

Y por eso, al pastor, desde el punto de vista cristiano, hay que detenerlo, como desde el punto de vista civil se habla de detener a un ladrón. Y así como se gritaba ¡*Hep*[3]! a un judío, así también hay que gritar ¡Detened al ladrón! cada vez que se vea un pastor, hasta que ya no quede ninguno. ¡Detenedlo, está robando lo que pertenece a los gloriosos! Lo que ellos habrían merecido por su noble desinterés pero no recibieron, siendo retribuidos a cambio con ingratitud, persecución y muerte, el pastor lo roba apropiándose de sus vidas, exponiendo sus sufrimientos, probando la verdad del cristianismo por la voluntad de estos gloriosos de sufrir por ella. Así, el pastor les roba a los gloriosos y, de este modo, engaña al simple, a la multitud, incapaz de advertir el comercio del pastor, el hecho de que prueba la verdad del cristianismo y al mismo tiempo la refuta.

3. Grito despectivo con que se llamaba a los judíos en Alemania.

Cómo sorprenderse entonces de que el cristianismo no exista en absoluto, de que todo esto de la cristiandad sea un galimatías cuando los que son cristianos lo son fiándose de la prueba del pastor; admiten que el cristianismo es verdad fiándose de la prueba del pastor, a saber: que algo es verdad porque uno está dispuesto a lucrarse de ello y, quizás incluso de manera más refinada, a obtener un lucro mayor asegurando que se está dispuesto a sufrir. Admitir la verdad del cristianismo fiándose de esta prueba es tan absurdo como considerarse un hombre rico porque se tiene en las manos mucho dinero ajeno o porque se poseen muchos billetes emitidos por un banco que no tiene respaldo.

EL INSTANTE N.º 10[1]

LO QUE LLAMO ILUSIÓN

[En el borrador:] 25 de agosto

... consiste en que lo que parecía estar al servicio de algo más alto, lo infinito, la idea, Dios, tras un examen más detenido, resulta estar al servicio de lo finito, lo bajo, el lucro. Y esto era lo que el obispo Mynster practicaba con magistral virtuosismo.

Permítaseme, a título de ejemplo, recordar un hecho que todavía no puede haber sido olvidado y que ilustra lo que digo, un hecho en el que los dos obispos, el muerto y el vivo, Mynster y Martensen, son los personajes.

Después de que Martensen hubo sido profesor durante algunos años, se empezó a hablar en Copenhague de que el profesor Martensen tenía necesidad de predicar la Palabra ante la feligresía, además de desempeñar sus tareas en la universidad.

¡Hermoso! Martensen es profesor y, desde el punto de vista humano, ha tenido éxito – ahora bien, esta necesidad de predicar la Palabra ante la feligresía quiere mantenerla pura, ajena a todo lo que tenga que ver con lo finito, con una retribución temporal y cosas así; pues hay una verdadera necesidad religiosa en él. Y el asunto es fácil de resolver: simplemente le pide a uno de los pastores que le ceda el púlpito cada vez que sienta la necesidad; cualquier pastor lo hará con gusto.

Si Martensen hubiera procedido así, entonces –tan cierto como que me llamo Søren Kierkegaard– no habría hallado gracia a los ojos de Mynster. Con su fino olfato, el obispo Mynster habría olido de inmediato: un hombre con tal necesidad en este sentido no es de los míos; y como líder de la Iglesia, esa clase de necesidad repugna a lo más profundo de mi corazón. Es imposible calcular hasta dónde esta necesidad puede conducir a un hombre. Así era el obispo Mynster, nadie puede saberlo mejor que yo, que lo sé porque el obispo Myns-

1. Este número de *El Instante* no llegó a ser publicado por Kierkegaard; el manuscrito fue hallado sobre su escritorio, listo para la impresión, después de su muerte.

ter consideraba como un acto de gracia el tolerarme (cosa que sus enemigos tendían a interpretar como temor), por no decir –¡algo realmente extraordinario!– que me apreciaba un poquito. Pero toda mi existencia le repugnaba en el más alto grado debido a que no me inclinaba en absoluto ante el único paradigma cristiano que él reconocía los lunes, el paradigma del cristianismo consumado: que todo empeño por lo infinito se mide por la retribución y las ventajas finitas, lo que un hombre dominante hace bien en reconocer como único paradigma, pues quien se inclina ante él es muy fácil, demasiado fácil de manejar y someter.

Pero, volviendo a la necesidad del profesor Martensen, ¿qué pasaría si esta necesidad se satisficiera convirtiéndose en predicador de la corte? *Das ist was Anders!*[2]. Aquí hay cuatrocientos reales por doce sermones y además una probabilidad mucho mayor de acceder al sillón episcopal, cosa que, de lo contrario, sería más dudosa. Por otra parte, en este puesto naturalmente ya no podría hablarse de reunir a la feligresía en torno a sí, como habría sido el caso si *qua* profesor hubiera elegido una determinada iglesia y (algo muy fácil de alcanzar) subiese al púlpito cada seis domingos[3].

En resumen, predicador de la corte: cuatrocientos reales por doce sermones, alta probabilidad de acceder al sillón episcopal: todo conforme con las ideas de Mynster. Ahora podía perfectamente entender, aprobar y simpatizar con esta necesidad, encontrar hermosa la necesidad que Martensen sentía de predicar también la Palabra ante la feligresía. Ahora sí que el dominante líder de la Iglesia podía jugar tranquilo por la noche al divertido tresillo y ser la alegría personificada, pues una tal necesidad al estilo Martensen no representa ninguna amenaza; al contrario, es la mejor manera de sofocar el espíritu.

Resumiendo: en el texto: una necesidad religiosa; y en nota a pie: predicador de la corte, cuatrocientos reales y la probabilidad de un sillón episcopal. Sin embargo, la crédula población no se da cuenta de nada, está conmovida por esa necesidad religiosa: «¡Qué hermoso que Martensen sienta esa necesidad, cómo no confiar en un hombre que siente esa necesidad tan profunda de predicar la Palabra!». Esto es ilusión.

Y sobre la ilusión estaba instalada toda la conducción de la Iglesia ejercida por el obispo Mynster. Su virtuosismo para el equívoco se había convertido en su segunda naturaleza.

2. ¡Eso es otra cosa! (en alemán en el original).

3. En Dinamarca, es común que un profesor de teología ejerza también como pastor auxiliar de una parroquia sin cobrar honorarios.

Durante años, con admirable virtuosismo, llevó de las orejas cristianamente a su generación, una generación que por gratitud quiere levantarle un monumento, acaso en calidad de aquello a lo que Martensen lo ha promovido: testigo de la verdad, uno de los justos, uno de la cadena sagrada; Martensen, que tan bien como yo sabe que el secreto del obispo Mynster era el del epicúreo, el del hedonista, el del «enfermo de placer»: *après nous le déluge*[4] – sí, lo sabe tan bien como yo y, si quisiera negarlo, iré en ayuda de su memoria.

«¿CÓMO PODÉIS VOSOTROS CREER, PUES RECIBÍS GLORIA LOS UNOS DE LOS OTROS?» (Jn 5, 44)

[En el borrador:] 15 de julio de 1855

¡He aquí otra vez la sentencia de muerte del cristianismo oficial!

Este prodigioso castillo en el aire: un mundo cristiano, Estados cristianos, reinos, países; un juego con millones de cristianos que se reconocen mutuamente en la mediocridad; pero, no obstante, son todos creyentes: todo esto descansa en un fundamento que, según las palabras del propio Cristo, hace imposible la fe.

El cristianismo del Nuevo Testamento consiste en amar a Dios en oposición a los hombres, en *padecer* a los hombres por la fe; por las enseñanzas de Cristo, padecer a los hombres. Sólo esto es la fe; *recibir gloria* los unos de los otros hace imposible la fe.

Como digo, el cristianismo no existe. La clase de pasión requerida para vérselas únicamente con Dios (y es todo lo que Cristo entiende por creer y por eso, en oposición a «recibir gloria de los hombres», v. 41, o recibir gloria los unos de los otros, habla de «buscar la gloria que viene del Dios único», v. 44), en la más completa separación y en oposición a los hombres, esta clase de pasión ya no se encuentra. El tipo de hombre que ahora vive no podría tolerar algo tan fuerte como el cristianismo del Nuevo Testamento (moriría o perdería la razón), exactamente del mismo modo que los niños no pueden tolerar las bebidas fuertes, por lo que se les hace un poco de limonada – y el cristianismo oficial es una insípida limonada para la clase de seres a quienes se llama hombres; es lo más fuerte que pueden tolerar; y a esta cosa insípida la llaman en su idioma cristianismo, del mismo modo que los niños llaman vino a su limonada.

En la «cristiandad», el cristianismo, el ser cristiano se rige por el siguiente paradigma: Fulano de Tal es un hombre magnífico, un ver-

4. Después de nosotros, el diluvio (en francés en el original).

dadero hombre de fe: merece ser ordenado caballero... Oh, es muy poco para tan excelente hombre de fe: merece ser nombrado comandante, etc., etc. Y como fundamento para la bendecida actividad del caballero, comandante, miembro del consistorio, de las conferencias, se recurre siempre al Nuevo Testamento, donde se dice: ¿Cómo podéis vosotros creer, pues recibís gloria los unos de los otros? Es lo que hace la cristiandad de generación en generación, de siglo en siglo: el malabarismo de declinar *mensa* según *domus*[5].

Antes que participar del cristianismo oficial con la última milésima parte de mi dedo meñique, prefiero infinitamente más participar en la siguiente exhibición de seriedad. Se compra una bandera en el bazar: se la despliega, con gran solemnidad comparezco ante ella, levanto tres dedos y juro. Ataviado con sombrero de tres picos, cartuchera, sable (todo del bazar), monto a caballo sobre un palo para, unido a los otros, arremeter contra el enemigo, con desprecio del peligro de muerte al que visiblemente me expongo, con la seriedad de quien sabe lo que significa haber jurado por la bandera. A decir verdad, no soy en absoluto amigo de participar en este tipo de seriedad, pero si no queda más remedio lo prefiero infinitamente a participar en el cristianismo oficial, el culto divino dominical, la seriedad de los comprometidos por juramento. Lo primero es sólo burlarse de uno mismo, lo último es burlarse de Dios.

QUÉ RESPONDE EL ECO

[En el borrador:] 9 de julio

Se han escrito páginas y páginas para mostrar y mostrar cómo reconocer el verdadero cristianismo.

Pero se puede hacer de un modo mucho más sencillo.

La existencia es acústica. Escucha lo que responde el eco y sabrás de inmediato qué es qué.

Cuando alguien predica el cristianismo de manera tal que el eco responde «magnífico, profundo y serio cristiano, tú mereces ser elevado al rango de príncipe, etc.», sabed que su predicación del cristianismo es, desde el punto de vista cristiano, una mentira infame. No es incondicionalmente cierto que alguien que anda con grilletes sea un delincuente, pues hay ejemplos de que la autoridad civil ha

5. Las palabras latinas *mensa* y *domus* pertenecen respectivamente a la primera y cuarta declinación, por lo que es imposible declinar una según la otra.

condenado a inocentes. Pero es eternamente seguro que quien ¡al predicar el cristianismo! gana todo lo terrenal es un mentiroso, un impostor; en algún punto ha falsificado las enseñanzas que Dios ha dispuesto en una relación tan antagónica con este mundo que es imposible, eternamente imposible, predicar de modo verdadero lo que el cristianismo en verdad es, sin llegar a sufrir en este mundo y ser repudiado, odiado y maldecido por él.

Cuando alguien predica el cristianismo de tal manera que el eco responde «está loco», sabed que en su predicación hay significativos momentos de cristianismo verdadero, aunque no se trate del cristianismo del Nuevo Testamento. Ha debido encontrar el punto, pero presumiblemente ni su predicación oral ni la predicación con su vida tienen la suficiente presión, de suerte que desde el punto de vista cristiano se queda en la superficie; su predicación no es la del cristianismo del Nuevo Testamento.

Pero cuando alguien predica el cristianismo de tal manera que el eco responde «echad fuera de la Tierra a este hombre; no merece vivir», sabed que éste es el cristianismo del Nuevo Testamento.

Exactamente como en el tiempo de nuestro Señor Jesucristo, se pena con la muerte lo que el cristianismo en verdad es: amar a Dios odiándose a sí mismo y odiándose a sí mismo odiar todo aquello en lo que un hombre tiene su vida, todo aquello que para él es la vida; odiar aquello para cuya consecución reclama egoístamente la ayuda de Dios para obtenerlo o para consolarse por su privación o su pérdida – exactamente como entonces, predicarlo con carácter se pena con la muerte. Predicarlo con carácter, pues si el predicador presume de objetivo, lo que en nuestros tiempos se considera lo máximo, de modo que su vida expresa justo lo contrario de lo que predica, entonces resultan formas de lo interesante que nunca provocarían persecución; al contrario, la falta de carácter agrada a este mundo. Pero el mérito de la «cristiandad», gracias a la enseñanza de la perfectibilidad del cristianismo, es haber convertido en mundanidad el cristianismo. Así, naturalmente, cesa la persecución porque es impensable que la mundanidad persiga a la mundanidad. Ésta fue la primera mentira: convertir el cristianismo en mundanidad. La segunda es que el mundo ahora se ha vuelto tolerante, ha progresado tanto que ya no hay persecuciones – no hay nadie a quien perseguir.

¡Sí, el cristianismo es perfectible! ¡Y todo sigue adelante! El cristianismo llegó al mundo y lo encontró perdido en la mundanidad y en los anhelos y afanes terrenales. El cristianismo enseñó entonces el renunciamiento. Pero, dice la cristiandad, el cristianismo es perfecti-

ble; aquí no podemos quedarnos, el renunciamiento es un momento; debemos seguir adelante – hasta: ¡Viva el lucro! ¡Qué refinamiento! El paganismo era mundanidad antes del renunciamiento; lo mundanal de la cristiandad tiene la pretensión de haber llegado más alto que el renunciamiento, al que se considera fanatismo.

QUE EL DELITO DE LA «CRISTIANDAD» ES COMPARABLE CON LA APROPIACIÓN INDEBIDA DE UNA HERENCIA

[En el borrador:] 24 de agosto

Un hombre muere, y declara a alguien heredero de toda su fortuna – pero hay una condición, algo que se exige del heredero, y que a éste no le agrada. ¿Qué hace entonces? Se apodera de la fortuna – pues es el heredero, asegura él, y le dice adiós a la obligación.

Esto es, como cualquiera sabe, deshonestidad; es mentira que, sin más, él sea el heredero de la fortuna; lo es siempre y cuando asuma la obligación; de lo contrario, no tiene más derechos que cualquier otro hombre.

Lo mismo sucede con la «cristiandad». El cristianismo es un regalo para la humanidad legado por testamento, por decirlo así, del Salvador del mundo. Pero hay una obligación; en el cristianismo, el regalo y la obligación están en exacta reciprocidad; en el mismo grado en que el cristianismo es regalo, también es obligación.

La canallada de la «cristiandad» consiste en tomar el regalo – y decir adiós a la obligación, en querer ser el heredero del regalo sin asumir la obligación, como si eso fuera el cumplimiento de la voluntad del Salvador del mundo cuando declaró a la humanidad su heredera. Ahora bien, la verdad es que únicamente cumpliendo la obligación, la humanidad o, mejor dicho (puesto que se trata de una obligación, sólo de una manera muy inapropiada puede llamarse heredera a una abstracción como la «humanidad»), cada individuo singular en la humanidad es el heredero.

Pero con la hipocresía propia de todo en la «cristiandad», se ha sostenido que el cristianismo incluye, por cierto, también una obligación – se debe estar bautizado. ¡Ah, qué manera tan pícara de quitarse de encima la obligación! Un chorrito de agua sobre la cabeza del niñito en el nombre del Dios trino, ¡ésta es la obligación! No, la obligación es la imitación de Jesucristo.

Sin embargo, si el regalo y la obligación tienen que estar en exacta reciprocidad, si tiene que haber tanta obligación como regalo, en-

tonces la humanidad desdeña al cristianismo y no le queda otra alternativa que aferrarse a la falsedad – y entonces tienes «cristiandad», cuyo delito consiste en la apropiación indebida de una herencia.

CUÁNDO ES EL «INSTANTE»

[En el borrador:] 29 de mayo de 1855

El instante llega cuando el hombre está ahí, el hombre indicado, el hombre del instante.

Éste es un secreto que eternamente permanecerá oculto para toda inteligencia mundana, para todo lo que sólo es hasta cierto punto.

La inteligencia mundana no aparta su mirada de acontecimientos y circunstancias; calcula y calcula, pensando que el instante podría destilarse a partir de las circunstancias, para convertirse ella misma en poder, con la ayuda del instante, esa eclosión de lo eterno, y rejuvenecerse, cosa que necesita sobremanera, con la ayuda de lo nuevo.

Pero es en vano; la inteligencia nunca tendrá éxito, ni en toda la eternidad, con este sucedáneo; tan poco éxito, como los artificios de la cosmética en la producción de la belleza natural.

No, sólo cuando el hombre esté ahí y cuando arriesgue como hay que arriesgar (lo que precisamente la inteligencia mundana y la mediocridad tratan de evitar), entonces es el instante – y el hombre del instante obedece así a las circunstancias. Si no entran en juego otra cosa que inteligencia mundana y mediocridad, el instante nunca llega. La situación puede continuar durante cien mil y millones de años siempre igual: quizá pueda parecer que el instante llegará pronto, pero mientras sólo haya inteligencia mundana y mediocridad y cosas similares, no llegará; es tan imposible, como que alguien estéril llegue a engendrar hijos.

Mas cuando llega el hombre indicado, sí, entonces es el instante. Pues el instante es justamente lo que no está en las circunstancias, lo nuevo, la irrupción de la eternidad – pero, en el mismo momento, el instante domina hasta tal punto las circunstancias que ilusoriamente (calculado para burlarse de la inteligencia y la mediocridad) parece como si surgiera de las circunstancias.

No hay nada tan acuciante para la inteligencia mundana como el instante; ¡qué no daría para calcularlo con precisión! Sin embargo, nadie está más excluido de atrapar alguna vez el instante que la inteligencia humana, pues el instante es el regalo del cielo para el afortunado y el audaz –como diría un pagano–, mientras que un cristiano

dice: para el creyente. Sí, la fe, tan profundamente despreciada por la inteligencia mundana o a lo sumo adornada solemnemente los domingos con frases prestadas, sólo la fe se relaciona como posibilidad con el instante. La inteligencia mundana está eternamente excluida, despreciada y aborrecida en el cielo más que cualquier otro vicio y delito, pues en su esencia pertenece más que ninguna otra cosa a este mundo vil, ¡y más que ninguna otra cosa está alejada del cielo y de lo eterno!

MI TAREA

[En el borrador:] 1 de septiembre de 1855

«Yo no me llamo cristiano, no digo de mí que soy cristiano». Es lo que continuamente debo repetir; todo aquél que quiera entender mi tarea especialísima tiene que ejercitarse en sostenerlo.

Sí, lo sé bien, en este mundo cristiano donde todos y cada uno son cristianos, donde ser cristiano es algo que cada uno naturalmente es, suena casi como una suerte de locura, que haya uno que diga de sí mismo: yo no me llamo cristiano; y que, además, lo diga uno a quien el cristianismo ocupa tanto como a mí.

Pero no puede ser de otro modo; lo más verdadero siempre debe aparecer como una suerte de locura – en el mundo del disparate; y es bien sabido que vivo en el mundo del disparate, que lo es entre otras cosas por el disparate de que cualquiera, sin más, sea cristiano.

Sin embargo, no puedo ni quiero ni me atrevo a cambiar mi declaración – si lo hiciera, quizá se produciría también otro cambio: que el poder, una omnipotencia que se sirve especialmente de mi impotencia, me soltara de la mano y me abandonara a mi suerte. No, no puedo ni quiero ni me atrevo a cambiar mi declaración; no puedo servir a estas legiones de canallas comerciantes, quiero decir, pastores que, al falsificar el sentido de ser cristiano, lograron millones y millones de cristianos en beneficio de su negocio. Yo no soy cristiano y por desgracia puedo poner en evidencia que los otros tampoco lo son, sí, incluso menos que yo; pues se convencen a sí mismos de que lo son o se lo atribuyen de manera mendaz o (como los pastores) convencen a otros de que lo son, con lo cual el negocio de los pastores sigue prosperando.

El punto de vista que tengo que exponer y expongo es tan original que, literalmente, en los mil ochocientos años de cristianismo, no encuentro nada análogo, nada comparable que me sirva de re-

ferencia. También aquí –frente a estos mil ochocientos años– estoy literalmente solo*.

La única analogía que puedo invocar es Sócrates; mi tarea es una tarea socrática, revisar el sentido de ser cristiano (manteniendo libre el ideal), pero puedo poner en evidencia que los otros lo son menos aún.

Tú, sencillo noble de la Antigüedad; tú, el único *hombre* a quien reconozco con admiración como pensador, se ha conservado poco de ti; entre los hombres el único verdadero mártir de la intelectualidad, igualmente grande *qua*[6] carácter y *qua* pensador; pero este poco ¡cuán infinitamente mucho! Cómo me gustaría hablar contigo, aunque no fuera más que media hora, lejos de los batallones de pensadores que la «cristiandad» pone en el campo con el nombre de pensadores cristianos – pues, por lo demás, en el transcurso de los siglos ¡sólo ha habido unos pocos pensadores significativos en la cristiandad!

La «cristiandad» yace en un abismo de sofística mucho, mucho peor que cuando los sofistas prosperaban en Grecia. Estas legiones de pastores y docentes cristianos son todos sofistas, viven de –y aquí viene lo propio del sofista de la Antigüedad– convencer de algo a quienes no entienden nada y después hacer de la cantidad de este tipo de hombres la instancia que decide lo que es la verdad, lo que es el cristianismo.

Pero yo no me llamo cristiano. Entiendo muy bien que lo que digo sea muy molesto para los sofistas. Entiendo muy bien que ellos preferirían ver que me proclamara a bombo y platillos como el único verdadero cristiano. Entiendo también muy bien que a su vez se intente con mentiras presentarme de este modo. ¡Pero a mí no me van a engañar! En cierto sentido, soy muy fácil de engañar; he sido engañado en casi todas las circunstancias en que me he encontrado – pero

* En la medida en que he hecho un comentario crítico con respecto al «apóstol», debo observar lo siguiente: 1) Tengo todo el derecho, pues el apóstol es sólo un hombre y mi tarea exige ser continuada hasta el final; si en la predicación del apóstol se encontrara la mínima cosa que pudiera vincularse con la sofistería que ha echado a perder el verdadero cristianismo, entonces tengo que levantar la voz de alarma para que los sofistas no se amparen sin más en el apóstol. 2) Esto es de gran importancia para el protestantismo a fin de remediar la tremenda confusión que produjo Lutero al invertir la relación y, en realidad, criticar a Cristo a través de Pablo, al maestro a través del discípulo. Por mi parte, no he criticado al apóstol como si yo fuera alguien; yo, que ni siquiera soy cristiano. Lo que he hecho es: mantener la predicación de Cristo al lado de la del apóstol. 3) Una cosa es hacer una observación dialécticamente verdadera desde el punto de vista intelectual y otra es menoscabar, debilitar al apóstol, pretensión de la que estoy más lejos que nadie.

6. En tanto que.

entonces ha sido porque yo mismo lo he querido. Cuando no quiero, no hay ningún contemporáneo que pueda engañar a un consumado talento policiaco como yo.

En fin, no me van a engañar. Yo no me llamo cristiano. En cierto sentido, parece fácil desembarazarse de mí, pues los otros son todos distintos: son verdaderos cristianos. Sí, sí, así parece. Pero no lo es; pues justamente porque no me llamo cristiano, es imposible desembarazarse de mí, que tengo la maldita cualidad de que, gracias a que no me llamo cristiano, puedo poner en evidencia que los otros lo son aún menos.

¡Oh, Sócrates! Si te hubieras proclamado a bombo y platillos el más sabio, los sofistas habrían terminado rápidamente contigo. No, tú eras el ignorante, pero tenías al mismo tiempo la maldita cualidad de que (gracias a tu ignorancia) podías poner en evidencia que los otros eran aún menos sabios que tú; ni siquiera sabían que eran ignorantes.

Pero así como te ha ido a ti (según lo dices en tu «Apología», a la que irónicamente llamaste la sátira más cruel de tu tiempo) que, al poner en evidencia que eran ignorantes, te ganaste muchos enemigos, y así como se te imputó ser aquello que podías mostrar que los otros no eran y entonces comenzaron a odiarte por envidia, así también me ha ido a mí. Ha despertado encono contra mí el hecho de que pueda poner en evidencia que los otros son aún menos cristianos que yo, que sin embargo mantengo una relación tal con el cristianismo que en verdad veo y reconozco que no soy cristiano. Y se me quiere imputar que el hecho de llamarme no cristiano sólo es una forma velada de soberbia, que yo seguramente debo ser lo que soy capaz de probar que los otros no son. Pero éste es un malentendido: lo cierto es que yo no soy cristiano; es una conclusión precipitada asegurar que porque pueda mostrar que los otros no son cristianos, yo deba serlo; tan precipitada, como si, por ejemplo, de uno que es medio pie más alto que otro, se concluyera de inmediato: *ergo*[7] mide 6 codos.

Mi tarea consiste en revisar la noción de cristiano. Sólo existe un único hombre que reúne las condiciones para hacer una verdadera crítica de mi trabajo: yo mismo. Por eso, había algo de verdad en lo que, hace ya muchos años, me dijo el ahora deán Kofoed-Hansen respecto de su intención de hacer una crítica del *Postscriptum Definitivo*[8]: que al leer la crítica de algunos trabajos anteriores contenida en

7. Luego, consiguientemente.
8. Se trata del *Postscriptum no científico* a su obra *Migajas filosóficas*.

esa obra, desistió de su propósito porque el propio autor era el único capaz de hacer una verdadera crítica. No, no hay en este tiempo nadie, ni uno sólo, que reúna condiciones para hacer una crítica de mi trabajo. El único que ocasionalmente ha dicho una palabra más verdadera acerca del sentido de mi tarea es el profesor R. Nielsen; pero, lo verdadero que dice lo obtuvo de conversaciones privadas conmigo. Cuando jueces tan competentes como, por ejemplo, los señores Israel Levine, Davidsen, Siesby, pensadores tan lúcidos como Grüne, o caracteres tan transparentes como los anónimos, etc. – cuando toda esta gente tiene que juzgar ante un tribunal tan informado como el público sobre un caso tan singular, es lógico que el resultado sea – el que ha sido, cosa que me duele por este pequeño pueblo que, de este modo, ha sido puesto en ridículo *qua* pueblo.

Pero incluso si uno u otro mucho mejor informado se propone decir algo acerca de mí y de mi tarea, el resultado siempre es que, después de una mirada superficial sobre mi trabajo, rápidamente declara que lo mismo había sido dicho antes en términos análogos.

Así no se llega a nada. Que un hombre con mi ocio, mi aplicación, mis capacidades, mi formación (que el obispo Mynster ha certificado por escrito) haya invertido no sólo catorce años sino toda su vida en una sola cosa, lo único por lo que ha vivido y respirado; y que ahora un pastor, a lo sumo un profesor, no necesiten más que una mirada superficial para llegar a ese juicio, es una necedad. Y lo que ha sido distinguido con tanta claridad que enseguida se le ha puesto el sello: «el individuo singular – no soy cristiano», cosa que ciertamente no ha ocurrido antes en los mil ochocientos años de cristiandad, donde todo lleva el sello «comunidad, sociedad – soy un verdadero cristiano»; y que ahora un pastor, a lo sumo un profesor, le encuentren de inmediato una analogía, también es una necedad; con un examen más minucioso, descubrirían que es imposible. Pero, para ellos, esto no vale la pena; prefieren una mirada superficial sobre mi obra y la de mis predecesores y entonces enseguida encuentran analogías, como el público podrá entender de inmediato.

Sin embargo, es como yo digo: no hay, en los mil ochocientos años de cristiandad, nada análogo, nada equivalente a mi tarea; es la primera vez en la «cristiandad».

Lo sé, sé también lo que me ha costado, lo que he sufrido, lo que sólo puede expresarse con una palabra: nunca he sido como los otros. ¡Ay, el tormento más intenso y terrible de la juventud!: no ser como los otros, no vivir un solo día sin recordar con dolor que no se es como los otros, no poder correr con la manada, que es deleite y alegría de la juventud; no poder entregarse libremente jamás; que al

menor intento se te recuerde dolorosamente la cadena, el aislamiento de la peculiaridad que, dolorosa hasta la desesperación, te separa de todo lo que se llama vida y alegría y placeres humanos. Es cierto que con los más terribles esfuerzos se puede tratar de ocultar lo que a esa edad se considera una deshonra, que uno no sea como los otros. Hasta cierto punto, quizá pueda lograrse, pero el tormento sigue en el corazón y, como sólo se logra hasta cierto punto, la menor imprudencia puede vengarse de una manera terrible.

Con los años, este dolor se sobrelleva cada vez mejor, pues cuanto más uno se convierte en espíritu menos duele no ser como los otros. Espíritu significa precisamente no ser como los otros.

Y entonces quizá llegue por fin un instante en el cual el poder que, de este modo, alguna vez –sí, así parecía a veces– te maltrató, se transfigure y diga: «¿Tienes algo de qué quejarte; te parece que, en comparación con lo que reciben otros hombres, tú has salido perdiendo; aun cuando –por amor– he debido llenarte de amargura la infancia, tanto la juventud temprana como la tardía, te parece que te he engañado con lo que has recibido a cambio?». Y la respuesta a esta pregunta sólo puede ser: «No, no, Amor infinito», mientras que la masa de los hombres preferiría en grado sumo verse liberada de lo que yo con tanto dolor he llegado a ser.

Bajo tormentos como los míos, un hombre aprende a soportar el hecho de ser un sacrificado, y la infinita gracia que se me ha manifestado y se me sigue manifestando es la de haber sido elegido para ser un sacrificado, haber sido elegido para eso, sí; y una cosa más, bajo la influencia conjunta de la omnipotencia y el amor, haber sido transformado para sostener con firmeza que éste es el grado supremo de gracia que el Dios del amor puede manifestarle a alguien y, por ende, sólo a los que ama.

Mi querido lector, como ves, no abunda el provecho; esto sólo sucederá después de mi muerte, cuando los mercaderes que prestaron juramento quieran aprovecharse también de mi vida para llenar sus despensas.

El cristianismo apunta tan alto que lo que entiende por gracia es aquello de lo que todos los profanos (*procul, o procul este profani*)[9] más que de ninguna otra cosa querrían librarse. Los pastores de la mentira o los pastores transforman la gracia en indulgencia; la gracia consiste en que el hombre saca literalmente provecho de Dios; y el pastor, provecho de los hombres, a quienes les hace creer eso invitán-

9. «Estad lejos, lejos, profanos» (Virgilio, *La Eneida*, VI, 258).

dolos con las palabras de Cristo: «Venid todos a mí»[10]. El verdadero sentido de estas palabras es, sin duda, que la invitación se extiende a todos, pero que cuando hay que mantenerse en aquello a lo que Cristo los invita (llegar a ser un sacrificado, en la imitación) sin transformarlo en algo que agrade a todos, entonces se verá que, como en el tiempo de Jesús, todos querrían librarse de eso más que de ninguna otra cosa; y que sólo muy excepcionalmente un muy raro individuo singular responde a la invitación, y que, a su vez, de estos individuos singulares sólo un muy raro individuo singular la responde de tal manera que puede sostener con firmeza que es una gracia infinita e indescriptible la que se le manifiesta: ser sacrificado. Una gracia indescriptible, pues es la única manera en que Dios puede amar a un hombre y ser amado por un hombre. Pero es una gracia infinita que Dios lo quiera y lo permita.

Poco importa entonces que, por precaución y para eliminar todo lo profano, se haya puesto como condición necesaria el ser sacrificado. Y también casi repugnante, sofocante, nauseabundo, revulsivo ¡que ser amado por Dios y atreverse a amarlo tenga que ir necia y bestialmente unido a sacar provecho!

¡Tú, hombre común! El cristianismo del Nuevo Testamento es algo infinitamente elevado, pero téngase en cuenta que no es elevado en el sentido de las diferencias que se dan entre los hombres en relación con la inteligencia, etc. No, es para todos. Absolutamente todos, todos y cada uno – si lo quiere absolutamente, si absolutamente quiere odiarse a sí mismo, si absolutamente quiere soportarlo todo, sufrirlo todo (y lo pueden todos y cada uno, si quieren), entonces esto infinitamente elevado es accesible para él.

¡Tú, hombre común! No he separado mi vida de la tuya, tú lo sabes, he vivido en la calle, todos me conocen; además, no he llegado a nada importante, no pertenezco a ningún egoísmo de clase y si a alguien pertenezco, te pertenezco a ti, tú, hombre común, tú, que, sin embargo, alguna vez inducido por alguien que te sacaba dinero haciéndote creer que era para tu bien, llegaste a encontrarnos ridículos a mí y a mi existencia; tú, que menos que nadie tienes motivos para impacientarte o irritarte, porque soy de los tuyos; más bien, los distinguidos tienen razones para hacerlo porque no me uní de manera decidida a ellos, sino que sólo mantuve una relación superficial con ellos.

¡Tú, hombre común! No te oculto que, de acuerdo con mis ideas, ser cristiano es algo infinitamente elevado y que (cosa que confirma

10. Mt 11, 28.

la vida de Cristo, cuando se piensa en su propio tiempo, y que da a entender su mensaje, cuando se lo escucha atentamente) sólo unos pocos individuos singulares lo alcanzan; sin embargo, es posible para todos. Pero a una cosa te conjuro por el Dios del cielo y por todo lo que es santo: huye de los pastores, huye de ellos; esos abominables cuyo oficio es impedirte incluso que te des cuenta de lo que es el verdadero cristianismo y de ese modo transformarte, apelando a galimatías e ilusiones, en lo que ellos entienden por un verdadero cristiano, un miembro contribuyente de la Iglesia estatal, de la Iglesia del pueblo, etc. Huye de ellos; sólo acuérdate de pagarles voluntaria y puntualmente el dinero que les corresponda. Con aquellos a quienes uno desprecia, no hay que tener cuentas pendientes a ningún precio, así no podrán decir que uno huye de ellos para evitar el pago. No, págales el doble para que tu desacuerdo con ellos quede bien claro: que lo que les ocupa a ellos no te ocupa en absoluto a ti, el dinero; y que, por el contrario, lo que no les ocupa a ellos te ocupa infinitamente a ti, el cristianismo.

BREVES OBSERVACIONES
[En el borrador:] 2 de agosto

1
El culto divino de los pastores

¡Considera un ejemplo totalmente arbitrario para ver mejor la verdad!

Supongamos que la voluntad de Dios fuera que los hombres no pudiéramos visitar el Dyrehaven.

Como es natural, esto no será aceptado por el «hombre». ¿Qué sucedería entonces? Sucedería que los «pastores» inventarían, por ejemplo, que si se bendijera el carruaje Holstein de cuatro asientos y se hiciera la señal de la cruz sobre los caballos, la visita al Dyrehaven agradaría a Dios.

La consecuencia sería que se continuaría yendo al Dyrehaven tanto como antes, exactamente de la misma manera; sólo que ahora se pagaría un poco más por el pasaje: los ricos quizá cinco reales más, que irían al pastor, y sólo cuatro reales los pobres. Pero entonces, los paseos al Dyrehaven tendrían la magia de ser también culto divino.

Quizás a los pastores se les ocurriera, además, el negocio de alquilar ellos mismos caballos y carruajes, de manera que, para que realmente agradara a Dios la visita al Dyrehaven, habría que alquilarle el carruaje al pastor; quizá para agradar aún más a Dios, otro

pastor podría acompañarlos; mejor todavía si fuera el cochero y, para agradar a Dios en grado supremo, el cochero debería ser un obispo. Pero alcanzar este punto máximo de agrado a Dios costaría tan caro que esta clase de culto divino sólo estaría reservado a aquellos que, según el cristianismo llevado a la perfección (pues el Nuevo Testamento tiene, como se sabe, otra concepción), serían los únicos en condiciones de complacer a Dios: los millonarios.

2
El pastor - el actor

El actor es un hombre sincero que dice sin disimulo: yo soy actor.

Pero nunca, a ningún, ningún precio, lograríamos que esto lo dijera un pastor.

No. El «pastor» es lo más opuesto a un actor; incluso, de manera totalmente desinteresada (ya que sabe que la cuestión no le concierne), formula y responde la pregunta acerca de si un actor puede ser enterrado en suelo cristiano. No se le ocurre en absoluto –obra maestra del arte escénico, cuando no de estupidez– que en esta respuesta él también está involucrado, porque, aun cuando se resolviera a favor del actor, siempre seguiría siendo dudosa la pertinencia de enterrar al pastor – en suelo cristiano.

3
El «pastor» como pantalla

Así como en el mundo de los negocios se tiene un socio, algo parecido a un personaje de dimensión ficticia y de pura forma – cuando se habla de actuar tal vez con un poco de desinterés, con un poco de consideración, de no ser demasiado egoísta, sí, entonces se dice: «Mi buen hombre, esté seguro; por mi parte, yo lo serviría con placer; soy blando de corazón, pero a mi socio es imposible pensar en conmoverlo». Todo naturalmente es una canallada que se calcula para poder ser tan estrecho de corazón, un alma tan mercenaria como sea posible, y aun así aparentar algo por completo distinto... si no fuera porque uno tiene este socio.

Así como en la vida práctica se tiene una esposa – y cuando llega la oportunidad de actuar con decoro, con coraje, de corazón, se dice: «Sí, amigos míos, estad seguros de que, en lo que me concierne, tengo el corazón en su lugar; tenía la mejor voluntad, pero mi esposa... no me ayuda en absoluto a pensar en eso». Todo esto naturalmente es una canallada con la cual se quiere ser un cobarde y

a la vez disfrutar de la ventaja de serlo en la vida y, al mismo tiempo, ser un tipo de buen corazón... si no fuera por la mala suerte de tener esta esposa.

De igual forma, la existencia del «pastor» significa avalar la hipocresía en la sociedad. «Nosotros no tenemos ninguna responsabilidad; somos gente común; nos atenemos al pastor, que ha prestado juramento». O bien: «No nos atrevemos a juzgar al pastor; debemos atenernos a lo que él dice, este hombre de Dios, que ha jurado por el Nuevo Testamento». O bien: «Estaríamos dispuestos a renunciar a todo, si se nos exigiera; pero, no nos hacemos cargo de decidir si eso se nos ha de exigir; sólo somos laicos; el pastor es la autoridad que no queremos desconocer, y él dice: es una exageración», etcétera.

Toda la astucia del hombre sólo busca una cosa: poder vivir sin responsabilidad. El significado del pastor para la sociedad debería consistir en hacer de todo para que el hombre se hiciera eternamente responsable de cada hora que vive, incluso de lo mínimo que hace, pues esto es cristianismo. Pero su significado para la sociedad es avalar la hipocresía, ya que la sociedad transfiere su responsabilidad al «pastor».

4
Paganismo – el cristianismo de la «cristiandad»

La diferencia es igual a la que hay entre el trago que un bebedor toma sin más y el que toma como – recompensa por su abstinencia: lo último es infinitamente peor que lo primero, pues se trata de un refinamiento; lo primero es una borrachera honesta; lo último es una borrachera refinada y, *a la vez*, abstinencia.

5
¡Terrible proporción!

La proporción no consiste en que por cada uno que verdaderamente ha querido la verdad (con la consecuencia de ser sacrificado) viven cien mil sensuales, mundanos, mediocres. No, la proporción consiste en que por cada uno que verdaderamente ha querido la verdad viven –¡estremécete!–, viven mil pastores que, con familia, se ganan la vida impidiendo que la inmensa cantidad de sensuales, frívolos, mundanos, tenga una impresión más verdadera del único que en verdad quiso la verdad.

6
De corazón – Sin corazón

La gente que tiene el corazón en el cuello, en los labios, en los pantalones, en fin, en cualquier otro lugar que no sea en su lugar, acusa de no tener corazón a quien sí lo tiene en su lugar.

Después de haber buscado en vano ese corazón en cada uno de los lugares que ellos conocen para el corazón, se convencen de que no tiene corazón; pues él lo tiene justamente en su lugar y ahí no se les ocurre buscarlo.

7
La infamia refinada

en cierto sentido no se ve en el mundo; pero es como la corona que hace que el mundo parezca justo lo contrario.

Lo que en el mundo se ve, y una vez visto se etiqueta como repugnante e infame, puede ser muy terrible. Pero todo ello no es nada comparado a lo refinado que –de manera refinada– se hace pasar por lo opuesto a la infamia. Sucede con esto como con lo que se llama el pecado que clama al cielo. El pecado que más clama al cielo es el que –de manera refinada– sabe parecer santidad, de modo que es el último del que se pueda decir que clama al cielo; pero en otro sentido es precisamente esto lo que hace porque el silencio de la hipocresía clama más al cielo que el pecado que clama al cielo.

Permíteme poner un ejemplo.

En un pueblo vive un forastero. No posee más que un solo billete muy grande. Pero como nadie en el pueblo conoce el billete, para ellos equivale a cero y por supuesto nadie le daría nada por él.

Entonces un día llega un hombre, un forastero, por ejemplo, que conoce bien el billete y le dice: «Soy su amigo; quiero, como corresponde a un amigo, ayudarlo a salir del apuro, le ofrezco» – y le ofrece la mitad de su valor. ¡Mira qué refinado! Pretende ofrecerle amistad y afecto, por lo que merece la admiración y alabanza de los vecinos del pueblo, y al mismo tiempo birlarle un cincuenta por ciento. Pero esto no se ve. Los vecinos del pueblo no podían verlo; ellos ven, por el contrario, una inusual magnanimidad, etcétera.

Como sucede en las cuestiones de dinero, así también en las del espíritu.

Por un tiempo, uno puede encontrarse de un modo tal que, de los muchos, nadie tenga la menor idea de quién se es, de su valor y de su significado. Y, por supuesto, tampoco debe llamar la atención

que los muchos consideren como *nul und nichts*[11] todo lo que tenga que ver con él.

Entonces se le allega un hombre que conoce su verdadero valor y le dice: «Yo soy su amigo; seré su testigo» – y después, en público, no le reconoce más que la mitad de lo que sabe que le corresponde. Qué refinado; pretende aparecer a los ojos de los contemporáneos con una rara, rara y desinteresada abnegación, un raro valor y entusiasmo que hacen justicia al no reconocido; pero, al mismo tiempo, se expone lo menos posible, con lo cual al no reconocido le hace el mayor daño posible, puesto que le ocasiona una dificultad nueva y más grande que la de ser mal entendido: un reconocimiento a medias. Pero esto no se ve; los contemporáneos no ven más que el entusiasmo abnegado, valiente y noble del refinado.

8
[En el borrador para los números 8-10:] 7 de julio de 1855
«Es por el sucesor»

Quizá yo sea injusto con los pastores. Pero la verdad es que cuando se ve el celo con que insisten en su derecho, con que exigen cada monedita que les corresponde, casi como los abogados, que tampoco dan un paso sin que se les pague, entonces uno se ve tentado a decir adiós a sus aseveraciones acerca de que las cosas terrenales no les preocupan.

Pero quizá sea yo el equivocado y que, poco práctico como soy, haya pasado por alto algo que cambia toda la cuestión. Cuando el obispo Martensen reclama seiscientos barriles de cebada en lugar de trescientos, quizá sea yo quien esté pasando algo por alto y que esto no suceda porque tal asunto terrenal preocupe a un hombre santo como él, sino que Su Santidad – lo hace por su sucesor, porque es la obligación de Su Santidad para con su sucesor, quien a su vez hará lo mismo – por su propio sucesor. ¡Ah, esto es otra cosa! Entonces es un acto noble – ¡por el sucesor!

Ahora comprendo al obispo Martensen; me parece que su reclamación se corresponde con sus afirmaciones –de modo que es cierto– y no vacilo en revelarlo a otros, ya que sirve a su enaltecimiento: fue pura y exclusivamente por sentido del deber por lo que aceptó la elección como obispo. En verdad necesitábamos un hombre así para el sillón episcopal de Selandia – esto es cierto.

11. Cero y nada (en alemán en el original).

Por tanto, es por el sucesor, pura y exclusivamente por el sucesor, por sentido del deber hacia el sucesor; de modo que, por ejemplo, si el obispo Martensen se enterara de que no habría de tener sucesor, de inmediato desistiría de su reclamación o, si ya se le hubiera concedido, de inmediato renunciaría a los trescientos barriles de cebada, pues no era para sí mismo para quien los reclamaba sino para el sucesor. O, si hubiera un ministro de culto que, al considerar que la reclamación se hacía pura y exclusivamente por el sucesor, resolviera conceder los seiscientos barriles de cebada, pero de tal manera que los trescientos fueran regularmente reservados para el sucesor (porque éstos por cierto sólo eran para el sucesor) o que el adicional (trescientos barriles) sólo comenzara a correr a partir de la toma de posesión del sucesor, entonces el obispo Martensen le estaría muy agradecido a este ministro de culto que lo había ayudado a eliminar toda sospecha de que su reclamación fuera «también» para sí mismo y de que él estaría contento con tal de recibir los seiscientos barriles, más allá de lo que ocurriera con el sucesor.

9
La cerveza de la convención

Éste era uno de los puntos en que me hacía muy feliz –¡qué querido recuerdo para mí!– estar de acuerdo con el fallecido obispo Mynster. También él consideraba que el trabajo de las convenciones era cerveza liviana.

Por eso, me causó cierta satisfacción encontrar por casualidad hace poco, en un libro, que la cerveza liviana se llama cerveza de convención, detalle que había ignorado hasta entonces. Puesto que probablemente el obispo tampoco lo sabía, le habría alegrado enterarse.

10
La sabiduría superior de tener un predecesor y un sucesor

Todo lo equivocado es – culpa del predecesor.

Toda búsqueda de lo terrenal – es por el sucesor.

De este modo, gracias al hecho de tener un predecesor y un sucesor se pasa alegremente por la vida y se es, además, testigo de la verdad. Dios ayude a quien no tiene predecesor ni sucesor; para él, la vida se convierte en lo que según la voluntad del cristianismo debe ser: un examen en el que no cabe hacer trampa.

ÍNDICE


ISBN 978-84-8164-867-6
9 788481 648676